



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

**“¡En ese momento fue que me volví  
defensora!”**

**Angélica Acosta Táutica**

**En coautoría con Victoria, la protagonista de esta historia**

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología  
Bogotá, Colombia  
Año 2015



# **“¡En ese momento fue que me volví defensora!”**

**Angélica Acosta Táutica**

**En coautoría con Victoria, la protagonista de esta historia**

Tesis o trabajo de investigación presentada(o) como requisito parcial para optar al título de:

**Magister en Antropología Social**

Directora: Myriam Jimeno Santoyo  
Título (Ph.D., Doctora en Antropología)

Línea de Investigación:  
Conflicto Social y Violencia  
Grupo de Investigación:  
Conflicto Social y Violencia

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología  
Bogotá, Colombia  
Año 2016



A mí amada Rebe.

A mis queridas y admiradas, Victoria y Rosario

A todas las lideresas y defensoras de DDHH que en estos últimos años me han enseñado sobre los desafíos de asumir este lugar social.

A mi madre por todas las velas encendidas y haberme enseñado la tenacidad para enfrentar la vida.

A mi padre por haberme enseñado amorosamente el gusto de aprender observando.



## Agradecimientos

En primer lugar agradezco inmensamente la confianza, la amistad, la generosidad, el apoyo y los valiosos conocimientos que me brindaron Victoria y Rosario.

A la profesora Myriam Jimeno Santoyo “la profe”, por asumir la dirección de sus tesis como un asunto propio, por tener la agudeza para identificar puntos a profundizar, por no tener miedo a discutir las diferencias, por su confianza, respetar mis intuiciones y decisiones y por su calidez para acompañarme en este proceso.

Al grupo de tesis dirigido por ella, quienes terminamos formando una comunidad de muchas emocionalidades y quienes me aportaron generosamente sus conocimientos y afectos. A María Teresa García, Carolina Pabón, Angélica Franco, Juan Carlos Patiño, Ángela de Castro, Oriana Guzmán, Ingrid Díaz, Alice Gwen Nora y Andrés Cancimance, con quien el tema de investigación en común, me permitió conocer como colega, maestro, amigo y aliado en este recorrido.

Al profesor Carlos Páramo Bonilla, por recordarme el gusto por la etnografía como un ejercicio de constante descubrimiento y continua creación que retrata la vida misma; por su acompañamiento, sus profundas reflexiones éticas sobre lo que implica etnografiar una vida y concebirla como un asunto digno de la mayor importancia; por compartir sus posiciones y facilitar discusiones; por su calidad y calidez humana y el enorme compromiso con sus alumnos. Pero sobre todo por haber sido el inspirador, autoridad y el más grato evaluador de este recorrido.

A Caroline Moser, por haber sido mi maestra y amiga durante casi veinte años. Por la generosidad al transmitirme sus conocimientos, por el camino al que me invitó acompañarla en el diálogo y en la construcción colectiva de saberes y por haberme enseñado que el enfoque participativo al ser político, debe hacer parte de la vida cotidiana.

Al profesor Luis Alberto Suarez Guava, por enseñarme que esto de la etnografía es un oficio en el que nunca paramos de entrenarnos, sobre el que es necesario persistir para que no se reduzca su espacio. Pero sobre todo, por recordarnos constantemente, que si no nos sirve para transformarnos como personas no tiene sentido. Gracias por su disposición a escuchar y por su generosidad para compartir sus caminos y miradas.

Finalmente, gracias a Rebeca y todos mis amigos(as)-colegas, que me acompañaron con sus emociones y afectos en la compleja tarea de la cotidianidad. A Miguel Ángel Díaz Charry, María Dolores Sánchez, Juan Nicolás Sánchez, Camilo Piñeros, Iván Castaño, Juan Rojas, Ricardo del Corral, Manuel Rosaldo, Lina del Castillo, Ana Lara y Andrea Restrepo, con quienes compartí reflexiones, quejas, dudas, alegrías, rabias y miedos en este proceso, pero sobre todo, mi cariño.

## Resumen

En esta tesis me propuse esbozar un fragmento de la vida de Victoria<sup>1</sup>, una lideresa del corregimiento de Amagüí de la región de los Montes de María, del Caribe Colombiano. El objetivo fue aproximarme al significado que tenía para ella emprender una trayectoria de sobreviviente a denunciante de la violencia paramilitar, en medio de un contexto de múltiples amenazas. Esta trayectoria abarcó el periodo de 1997 al 2014, y fue documentada a partir de la construcción con ella de esta narrativa.

Para abordar este objetivo general, indagué por la manera en que la denuncia se fue volviendo un eje en su vida; las emociones y prácticas que puso en marcha para emprender este recorrido y las motivaciones que tuvo al empeñarse en liderar procesos de reclamación y denuncia a pesar de constantes amenazas. Esto lo fui construyendo a través de una biografía de un trozo de su vida, desde una etnografía multilocal (Marcus; 2001) y colaborativa (Rappaport y Pacho; 2005). Este matiz metodológico fue el boceto sobre el que se construyó y narró este texto, sobre el que pude ubicar y expresar mi posición ética y política como antropóloga, desde una manera de narrar distinta, que los invita a ustedes como lectoras y lectores a caminar y descubrir algunas dimensiones de lo que le significó a esta lideresa, emprender esta trayectoria en medio del terror paramilitar.

**Palabras clave:** Amenazas, resistencias, liderazgo, agencia, control paramilitar, denuncias, cotidianidad.

## Abstract

On this thesis, my main purpose was to show a part of Victoria's life, a leader in the Amagüí township of the Montes de Maria region, in the Colombian Caribe. My objective was to find out the meanings that implies for her the fact of being a survivor and complainant in the middle of multiple threats. This trajectory goes from 1997 to 2014, and was documented thanks to a joint work between the both of us, in order to create this narrative.

---

<sup>1</sup> El nombre de Victoria, el de las personas con las que relaciona directamente y el de varios lugares por los que transita fueron cambiados para proteger su identidad.

To achieve this general objective my main focus was the way in which claims became the main element in her life and the emotions and practices that she, as a leader, feels and practice on this process. This was created with a piece of her biography, from a multilocal ethnography (Marcus, 2001) and a collaborative one (Rappaport y Pacho; 2005). This methodological concepts were the sketch for the creation and narration of this text, that alouds me to express my ethical and political position as an anthropologist, from a different use of the narration. This text invites you as readers to walk and discover some of the dimensions in this leader's life, as a survivor and complainant, in the middle o the paramilitary control and horror.

**Keywords: Threats, resistance, leadership, agency, paramilitary control, complaints, everyday.**



# Contenido

Pág.

<b>Resumen</b> .....	<b>VIII</b>
<b>Lista de fotos y gráficos</b> .....	<b>XIII</b>
<b>Apertura</b> .....	<b>16</b>
Testigos denunciantes .....	21
Corralejas: entre el riesgo y el valor .....	25
Denunciar y vivir bajo amenaza reordenan la vida .....	28
El camino etnográfico .....	30
<b>1. Capítulo 1: De enfermera a habitante de Amagüí</b> .....	<b>37</b>
1.1 “Yo como que me rebelaba” .....	37
1.2 “Como enfermera...yo me le medía” .....	43
1.3 “La gente no caminaba, la gente bailaba... era como un hechizo” .....	46
1.4 “Llegan los pao-paos: El pueblo estaba sucio, ellos venían a poner el orden” .....	48
1.5 “Ese señor se creía que era un Dios” .....	51
1.6 El terror de las masacres .....	53
1.7 “Un comandante al que se le fueron llenando las agallas” .....	56
1.8 “Las fiestas se volvieron de ellos” .....	58
1.9 “Uno no se atrevía a llorar por miedo” .....	61
<b>2. Capítulo 2: “A las enfermeras nos hicieron para salvar vidas</b> .....	<b>63</b>
2.1 “No sabía cómo quitarle la tristeza a la gente” .....	63
2.2 “A mí también me daba ese no se qué” .....	68
2.3 El reinado y las primeras amenazas .....	70
2.4 “Cuando El Tigre se las llevaba para arriba” .....	77
2.5 “Yo siempre me la he jugado” .....	79
2.6 “Era mi deber... a las enfermeras nos hicieron para salvar vidas” .....	82
2.7 Enfermera en “resistencia civil” .....	86
2.8 “Al único que le tenía miedo El Tigre” .....	92
2.9 “Me destituyeron” .....	95
<b>3. Capítulo 3. “Sudando camisa ajena”: las prácticas y significados de volverse defensora de derechos humanos</b> .....	<b>99</b>
3.1 La denuncia: de lo local a lo nacional, de lideresa a defensora .....	99
3.1.1 Cartas en emergencia: “¿Cómo más nos hacíamos escuchar?” .....	99
3.1.2 Primeras marchas .....	105
3.1.3 Audiencia pública .....	108
3.2 Como defensora, “yo no me podía quedar quieta” .....	112
3.2.1 “La verdad la teníamos nosotros” .....	113
3.2.2 “Una audiencia reparadora” .....	120
3.2.3 “Un proceso por los casos que negó y un círculo de afecto que nos blindara” .....	123
3.3 Del blindaje de la Red al blindaje del esquema .....	130
3.3.1 “Me toca sacrificar mi libertad... pagando una condena equivocada” .....	130
3.3.2 El esquema: “un mal necesario” .....	142
3.4 “Sudando camisa ajena” .....	156

<b>4.</b>	<b>Capítulo 4: Construyendo una cotidianidad entre aquí y allá.....</b>	<b>163</b>
4.1	Construyendo una cotidianidad entre aquí y allá.....	163
4.2	Un día de diciembre.....	165
4.3	“Como cucaracha en fiesta de harina” .....	169
4.4	Entre amenazas y resistencias en la cotidianidad .....	172
4.5	Servidora con experiencia de defensora.....	180
4.6	Buscando lugar en Bogotá.....	187
<b>5.</b>	<b>Capítulo 5. ¿Cierres? .....</b>	<b>196</b>
5.1	Celebrando el valor que tuvo Amagúí .....	196
5.2	Victoria en escenas: .....	205
5.2.1	Ensayando el socio-drama.....	208
5.2.2	Presentación y representación del proceso: .....	212
5.2.3	Frente al público.....	215
5.3	La lucha por configurar un nuevo significado de la vida: .....	228

## Lista de fotos y gráficos

▯	Ilustración 1. Foto Portada .....	XV
▯	Ilustración 2. Mapa de la región .....	17
▯	Ilustración 3. Foto. Carta escrita por la comunidad para la Infantería de Marina 2004 .....	102
▯	Ilustración 4. Fotos. Fragmentos de cartas de documentación de casos .....	119
▯	Ilustración 5. Foto: Cocina Amagúí .....	133
▯	Ilustración 6. Foto. En el esquema entrando a Amagúí .....	152
▯	Ilustración 7. Foto. El esquema visto desde afuera .....	153
▯	Ilustración 8. Gráfico1: Línea de tiempo de amenazas .....	178
▯	Ilustración 9. Foto: Placa masacre 2001 .....	218
▯	Ilustración 10. Foto: Galería de la Memoria .....	220
▯	Ilustración 11. Foto: Porro y fandango .....	232
▯	Ilustración 12. Foto: Estatua.....	233



- Ilustración 1. Foto Portada



Foto tomada por Angélica Acosta, 2014

## Apertura

El cuatro de octubre del 2008 a las 8:30 de la mañana llegué a un hotel en el centro oriente de Bogotá. Era un lugar pequeño, con aproximadamente catorce cuartos que se repartían en dos pisos. Apenas se llegaba al patio interior, contiguo al comedor, se tenía un panorama general del lugar. Los cuartos de arriba se alineaban detrás de un balcón de barandas blancas que permitía observar la llegada de visitantes. En el segundo cuarto de este piso, nos reunimos cinco mujeres que llegamos a este encuentro para hablar de las posibilidades de trabajar juntas en un proyecto. Con Mariana<sup>2</sup>, que había reservado el lugar y nos había convocado, nos conocíamos desde hacía varios años, por compartir temas de trabajo que nos fueron volviendo amigas. Ella pertenecía a una organización de paz y desde meses atrás, tenía el propósito de apoyar una iniciativa de una lideresa del corregimiento de Amagúí ubicado en el municipio del Mar del Santo Patrono, en la región de los Montes de María del Caribe colombiano<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Como se dijo anteriormente los nombres de las personas que aparecen en el texto han sido cambiados para proteger su identidad

<sup>3</sup> Este territorio se destaca por su riqueza de corredores viales y fluviales, su fácil comunicación con dos departamentos de Colombia y la salida a dos puertos por el mar Caribe. Esto ha hecho que en diversos informes la zona sea descrita como estratégica para la movilización de recursos producto de su rica agricultura como de insumos para la guerra y narcotráfico por parte de diferentes grupos armados.

▪ Ilustración 2. Mapa de la región



Fuente: Instituto geográfico Agustín Codazzi, 2005 con delimitación de la zona hecha por autora de la tesis.

Seis meses antes me habían presentado a otra de las invitadas a este encuentro. Cuando la conocí me dio la impresión que era una lideresa muy joven por su capacidad de sorprenderse y reírse de cosas simples; por su apertura y facilidad para confiar en la gente y por la manera sencilla y honesta de compartir las historias de “Montes”, como ella llamaba a la región de dónde provenía. Andaba siempre con mucha calma;

su carácter sereno expresaba cierta inocencia que parecía ir paralela con las recomendaciones que le hacían sus familiares y amigos, de “*hablar y andar con cuidado*”. En sus conversaciones cotidianas defendía argumentos muy políticos, que basaba en el conocimiento que tenía de su región. Parecía saber lo que allí pasaba y describía los personajes de sus historias como si los conociera de cerca, lo cual hacía difícil dejar de escucharla. Ella era Rosario<sup>4</sup>.

Con Rosario habíamos hablado en algunas ocasiones, unas en la sede de la organización de paz y otras de manera más personal en cafeterías, en las que fuimos ampliando nuestras charlas a asuntos personales y familiares. En uno de nuestros encuentros la acompañé a tomar el bus porque su principal preocupación de ese momento era perderse en una ciudad que no conocía. En la calle, Rosario caminaba con tranquilidad, como poniendo a un lado de la acera las amenazas que ella y su familia habían recibido de parte de grupos paramilitares. Ella mencionaba que estas amenazas se daban por haber “*reclamado justicia*” ante el asesinato de su papá en abril del 2003 y por otros hechos perpetrados por este grupo armado en su región. En razón de estas amenazas, en el año 2006 la Comisión Interamericana de Derechos Humanos le había dictado medidas cautelares a ella y a otras personas de su familia, exigiendo al gobierno nacional la protección de su vida e integridad personal.

La tercera mujer era una abogada de esta misma zona. Azucena, conocía muy bien el contexto de su región desde el derecho y desde las visitas que había realizado a diferentes municipios cuando era funcionaria de la Defensoría del Pueblo. Había trabajado mucho en campo, desde el afán de resolver el día a día de lo que se encontraba. Por esto, tal vez, estaba interesada en ahondar sobre algunas problemáticas, en especial las relacionadas con niñez y juventud en contextos de conflicto armado.

La cuarta mujer era Victoria, una lideresa que hacía doce años vivía como enfermera en el corregimiento de Amagüí. Ella venía formando su liderazgo desde muy temprana edad, cuando hizo parte de una institución juvenil franciscana con sede en la capital del departamento. Había trabajado también como promotora de salud y auxiliar de enfermería en un corregimiento vecino y había empezado su capacitación con el Hospital del Municipio del Mar del Santo Patrono.

Durante los primeros meses como enfermera de Amagüí, ella vivió y trabajó en el puesto de salud. Allí, en 1997 fue testigo de la entrada al corregimiento de aproximadamente veinte paramilitares que estaban bajo el mando de alias “Daniel”. Aunque permanecieron casi un año ejerciendo control sobre las personas de

---

<sup>4</sup> Usaré nombres ficticios de ciertos lugares y personas para proteger su identidad

Amagüí, para ellas no era clara la estructura paramilitar a la que pertenecían. Algunos rumoraron que se trataba de un grupo que se hacía llamar “Los Carranceros”<sup>5</sup>, a quienes el Ejército expulsó de la zona antes de terminar ese año. Por los mismos meses, en el país se daba la coordinación nacional de distintos grupos paramilitares en las llamadas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), figura en la que se reagruparon distintas estructuras regionales y se designaron nuevos bloques y jefes.

En la región de Montes de María, el dominio paramilitar que había estado disperso en varios grupos, como se evidenció en Amagüí, desde entonces fue designado al denominado bloque “Héroes de los Montes de María”, creado el dos de noviembre de 1997<sup>6</sup>. De las tres estructuras que componían este bloque, la del Golfo de Morrosquillo, dirigida políticamente por Edwar Cobos Téllez, alias “Diego Vecino” y militarmente por Rodrigo Mercado Peluffo, alias “Cadena”, fue la que tuvo control sobre Amagüí<sup>7</sup>. A este corregimiento de aproximadamente siete mil habitantes, le designaron como comandante a alias “El Tigre”<sup>8</sup>, quien junto a sus hombres ejercieron control sobre la vida cotidiana de las personas de allí, entre los años 2000 al 2005.

Victoria, como otra de las habitantes de Amagüí, tuvo que aprender a vivir bajo el control armado y a soportar los asesinatos, las amenazas de muerte y los castigos constantes a los que eran sometidas las personas que se atrevían a desobedecer. A medida que su liderazgo y sus denuncias se hicieron más visibles en el corregimiento, las amenazas se incrementaron y empezaron a atravesar su vida como mujer, enfermera y lideresa. Desde el año 2003, las amenazas las hicieron directamente contra su vida, por lo cual empezó a experimentar la sensación permanente de vivir en riesgo. Sin embargo, ese día de octubre del 2008 en Bogotá, la escuchábamos con la iniciativa de empezar un proyecto para “empoderar” a las mujeres de Amagüí. Como yo era la única persona que Victoria no conocía al convocado encuentro, las invitadas que sabían de mí le habían dicho que mi presencia en ese espacio podía ser útil porque me tenían confianza; Rosario le había dicho que yo era su amiga, y que “sabía de cosas de investigación y de escribir informes”. También porque conocía algunas metodologías para trabajar con la gente, que podían servir para facilitar la construcción de un proyecto conjunto.

---

<sup>5</sup> Denominación asociada al servicio de Víctor Carranza. Sin embargo según esta fuente, la Fiscalía no ha establecido nexos entre él y este grupo. Se cree que hacían parte de las Autodefensas Campesinas de Puerto Boyacá. Ver en <http://www.verdadabierta.com/component/content/article/82-imputaciones/3896-los-carranceros-que-se-tomaron-puerto-gaitan-y-puerto-lopez/>

<sup>6</sup> Ver en: <http://www.verdadabierta.com/victimarios/jefes-de-la-auc/2505-cadena-rodrigo-mercado-peluffo>. Páginas revisadas el 9 de agosto del 2014.

<sup>7</sup> Las otras dos estructuras de este bloque eran la del Canal del Dique al mando de “Juan Dique” y la Central de Bolívar comandada por Román Zabala en el 2002. <http://www.seguridadydemocracia.org/>. Consultada en marzo del 2012.

<sup>8</sup> Nombre cambiado para proteger identidad de Victoria

En los días anteriores yo había pensado mucho en este encuentro; preparé la metodología de un taller que nos permitiera analizar el contexto, compartir nuestros intereses, saberes e identificar algunos puntos en común para la elaboración de un plan de acción. Teníamos dos días, desde las ocho y treinta de la mañana, hasta las cuatro o cinco de la tarde, dependiendo de la charla. Aparecían muchos temas, pero nos marcaba la premura del tiempo, por la dificultad que tenían Rosario, Victoria y Azucena de volver a viajar a Bogotá desde su región. Yo estaba muy contenta porque la reunión me interesaba mucho. También un poco nerviosa, por cómo abordarla de la mejor manera. Antes de salir de mi casa cambié unas botas negras por unos zapatos rojos para parecer más formal ante las invitadas que no me conocían. Aunque sabía sobre la dificultad que teníamos de manejar los problemas de seguridad de Victoria y Rosario, a la vez confiaba en los cuidados con los que se había hecho la reserva del hotel: sólo unos días antes, bajo el supuesto de hacer una reunión de trabajo fuera de la oficina y sin detalles sobre las participantes.

Cuando llegué al hotel, Mariana, Azucena y Rosario estaban en el comedor; saludé, comí algo, y cuando llegó Victoria, nos presentaron. Ella me observó con mucha seriedad; no expresaba mucho agrado en su rostro y detenidamente condujo su mirada de mi cabeza a mis pies. Se detuvo en mis zapatos, lo cual no era difícil, ya que eran el único punto rojo luego de una prolongada línea negra que era mi ropa de ese día. Victoria era una mujer delgada, de cabello largo liso y piel cobriza. Ese día, vestía una blusa vaporosa, usaba tacones y llevaba labial en su boca. Me sorprendí de la imagen que yo había construido de ella por los comentarios que había recibido. Pensaba que era una mujer afro por la región de donde provenía y la imaginaba acuerpada, debía ser por la fuerza del liderazgo que me habían descrito. Ese día, mientras desayunábamos, observé que sus manos eran pequeñas pero muy fuertes y que a pesar de la charla que varias le hacíamos, se mostraba muy parca para contestar. Cuando pasamos al patio interior para subir al cuarto reservado al lado izquierdo del balcón, me detuve un momento a mirar el hotel. Vi que aunque no había mucha gente hospedada, el cuarto contiguo al nuestro estaba vacío y en el siguiente había dos personas. Otros cuartos ubicados al extremo derecho también estaban ocupados. A llegar al segundo piso, de nuevo observé la planta baja y a las personas que pasaban. Ese día, de manera espontánea, hice la misma observación, tres veces, como si estuviera vigilante de la gente que entraba y salía.

Empezamos el taller hablando de nuestros intereses de trabajo entre los que se cruzaban temas diversos como derechos humanos, derechos sexuales y reproductivos, empoderamiento de las mujeres, fortalecimiento de la democracia, incidencia política y otros que estaban en la agenda de diversas organizaciones sociales. Victoria empezó hablando de su deseo por trabajar las “violencias ocurridas

en la región<sup>9</sup>, pero aclaraba que se debían enfocar en casos específicos de tratamiento y prevención para las mujeres. Rosario por su lado, tenía interés en trabajar sobre el despojo de tierras. Recuerdo que el tema de tierras nos pareció tan álgido a todas, que le dijimos a ella que era muy relevante pero peligroso. Varios medios informaban de las amenazas y asesinatos contra líderes y lideresas reclamantes de tierras que habían sido despojadas por grupos paramilitares. En el 2006, Ricardo Rodríguez<sup>10</sup>, un amigo de Victoria y Rosario había recibido amenazas de muerte por liderar uno de estos procesos en la región. El primero de febrero del 2007 había ocurrido el asesinato de Yolanda Izquierdo, reclamante de tierras de la finca Santa Paula en Córdoba<sup>11</sup>. Sólo en el 2008 Human Rights Watch- HRW documentó 17 asesinatos de reclamantes en el país (HRW; 2013)

A medida que trascurría el taller, Victoria se comunicaba con mayor confianza, y su participación, así como las ideas de todas, aumentaron. También su tono de voz expresaba el entusiasmo de estar hablando de sus intereses. Mariana y yo advertíamos constantemente que debíamos bajar la voz para evitar que nos oyeran los vecinos de los cuartos cercanos. Esto generó varios momentos de risa nerviosa por la dificultad, sobre todo para ellas, de hablar bajo. Parecía una tarea muy difícil por el entusiasmo que estas mujeres costeñas ponían en sus relatos.

## Testigos denunciantes

En el momento del café, Victoria y Rosario, contestaron varias llamadas de personas de la región en las que les comentaban sobre situaciones similares a las que estábamos tratando; una de las llamadas era de una mujer a la que le habían asesinado a su hijo. Parecía como si la charla del taller, tan particular para las tres que no éramos lideresas de la zona, fuera el tema cotidiano del que ellas hablaban y sobre el que las consultaban continuamente. En las respuestas que daban por teléfono estaban dispuestas a orientar las denuncias de la violencia paramilitar o hacerlas directamente ellas: “Sí miya, yo te puedo ayudar con eso”, contestó algunas veces Victoria. No sólo hablaron constantemente de estos temas durante los dos días de la reunión, sino que también lo hicieron en distintos momentos de descanso. Se comentaban entre

---

<sup>9</sup> Como se explicará posteriormente, la voz de Victoria a lo largo del texto se visibilizara con este tipo de letra.

<sup>10</sup> Nombre cambiado para proteger la identidad de Victoria

<sup>11</sup> El mismo informe menciona a otros líderes reclamantes de tierras asesinados durante ese año: Juan Agustín Jiménez Vertel, Apartadó, Antioquia, 20 de julio de 2008; Benigno Gil, Chigorodó, Antioquia, 22 de noviembre de 2008; Jaime Antonio Gaviria Villada, Chigorodó, Antioquia, 5 de diciembre de 2008, todos líderes de la organización Tierra y Vida. Walberto Hoyos, 14 de octubre de 2008, Caño Manso, Chocó; Alex Miguel Correa 8 de diciembre de 2008 en Ovejas, Sucre.

sí sobre los casos y recordaban a otras personas que habían sufrido la misma violencia. Lo hacían en todas partes, en el hotel, en la calle, en taxis, por celular o directamente.

Parecía que querían decir a todos y en voz alta, lo que había pasado en su región y hacer los cuestionamientos que cada una tenía, por lo que habían visto, vivido, o les habían contado. Eran testigos -denunciantes, pero su voz iba mucho más allá del “acto de testimoniar” (Blair, 2008; 85) y de la comunicación dialógica que les implicaba el ser testigos (Jelin, 2002; Ricoeur, 2004). Ellas, al hablar del conflicto armado, parecían asumir un trabajo sin descanso. Paradójicamente no hablaban de lo que les había sucedido directamente o de lo que sintieron en medio de esta violencia. Era como si su voz personal estuviera en el fondo y a la sombra de la necesidad y la fuerza de las denuncias, sobre lo ocurrido a otras personas de su región. Sus cuerpos parecían disponerse a recibir y responder a las múltiples solicitudes que les hacían, como si para ellas fuera una responsabilidad incorporada.

Indudablemente, una parte de esta responsabilidad, la asumían por el compromiso que habían adquirido como testigos (Beverley y Achugar, 2002; Jelin, 2002; Ricoeur, 2004; Blair, 2008) y por las experiencias vividas, los dolores generados por la violencia paramilitar que las dotaban de cualidades para entender y expresar las dimensiones de lo que otros les narraban. Pero la sensación de compromiso con las personas de su región, iba más allá de haber experimentado esta violencia. Estaba acompañada de un sentido de delegación y encargo que les hacían de manera tácita y explícita, para que impulsaran las denuncias que a ellas y a ellos, el miedo o el lugar social que ocupaban, no se lo permitía. Estas solicitudes constantes de apoyo las habilitaban a ejercer el lugar de denunciantes al que años atrás habían decidido cruzar. Esto traspasaba la noción de auto designación con la Paul Ricoeur (2004) caracteriza al testigo, y la de “testimoniante delegativo” que Elizabeth Jelin retoma de Primo Levi, al referirse al deber de hablar por los que no sobrevivieron (Jelin; 2002). En efecto, ellas se habían asumido como denunciantes, pero también era un lugar que constantemente les designaban otros sobrevivientes. Con el tiempo, Victoria me comentaría:

“Yo pienso que éramos conscientes de que la demás gente no lo iba a hacer. Y que quienes habíamos tomado la decisión éramos muy poquitas y era a quienes nos correspondía. Entonces era como si nosotras fuéramos las voces de las víctimas y entonces por eso siempre lo hacíamos y lo de nosotros quedaba ahí. Y todavía, yo pienso que mi trabajo nunca ha sido enfático en lo mío, no. Mi trabajo ha estado en visibilizar y denunciar lo que le pasa a otras personas”.

Ese sentido, esta designación constante hacía ellas, hizo que emprendieran un proceso que atravesó su cotidianidad y entretejió distintas maneras de ser y situarse como sujetos en relación a sus saberes, intereses, emociones, roles y representaciones. Pero sobre todo, este camino las llevó a construir de manera intersubjetiva sus experiencias como denunciantes en las que se juntaban sus propias vivencias, las de familiares, amigos y cercanos, con los que compartían el mismo espacio de significado. De esta manera empezaban a trascender la definición de testigos por “haber estado allí” o “ser testigos oculares” (Randall, 1979; Jelin; 2002; Ricoeur, 2004; Blair, 2008), para incorporar una responsabilidad colectiva, dotada de autoridad por la experiencia construida.

Victoria y Rosario habían iniciado las denuncias en su región, desde el trabajo con sus organizaciones locales porque como reiteradamente decían, tenían “el sueño de buscar justicia”. Esto incluía el derecho a conocer y dar a conocer la violencia cometida por los paramilitares, la identidad de los perpetradores y los motivos por los cuáles la ejercieron. También, que este grupo armado “pagara según la ley y que se conociera la verdad y la responsabilidad estatal en los hechos”. Todo esto, con el fin de que esta violencia no llegara a repetirse.

Así lo reiteró Victoria en la reunión del día siguiente en la que nos mencionó su interés por trabajar el tema de “salud sexual y reproductiva y formar a las mujeres, para que lo que les había pasado, no les volviera a suceder”. Se refería a varios casos de violencia sexual perpetrados por “El Tigre y sus hombres en Amagüí, que ella había conocido por su trabajo como enfermera. Nos decía que como servidora pública sentía la obligación de “ayudar a estas mujeres a denunciar y a que buscaran justicia”.

Desde que se había dado inicio al proceso de paz entre el gobierno y los paramilitares en el año 2004 y con él, a la ley 975 del 2005 o Ley de Justicia y Paz, el discurso de “*la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición*”, lo posicionaban en el país las organizaciones sociales, las de defensa de los Derechos de las Mujeres y de Derechos Humanos en general. La interrelación de estos derechos, contribuía a garantizar que no hubiese impunidad para las víctimas del paramilitarismo. Sin embargo, cuando se les preguntaba a estas dos líderes por su reparación personal, ninguna parecía tener mucho interés en el tema. Conocer la verdad, hacer que esta verdad se denunciara públicamente y llegara a la justicia nacional o internacional, parecía su principal objetivo y acto de reparación de ese momento.

Unos meses antes de la aprobación de la ley de Justicia y Paz y en respuesta a varias demandas de organizaciones sociales, la Corte Constitucional le había exigido al gobierno nacional modificaciones al primer texto, para que ofreciera a las víctimas del paramilitarismo garantías sobre su derecho a la verdad. En consecuencia, esta entidad de Justicia había agregado la sanción penal para los paramilitares que no confesaran todos sus crímenes en las llamadas “versiones libres”. Esta sanción se expresaría en su expulsión de la ley Justicia y Paz, que no les daba una pena mayor a ocho años de cárcel, y su traslado a la justicia ordinaria para ser juzgados por esta vía.

Otro aspecto que aumentaba el riesgo de impunidad y las restricciones para dar a conocer la verdad, era la permanencia de grupos armados relacionados con las estructuras paramilitares en varias regiones del país, a pesar de la desmovilización producto del acuerdo de paz del 2004. De la región de Montes de María había varias denuncias, que Victoria y Rosario corroboraron durante nuestro encuentro de esos días. Nos contaban:

“Siguen los armados, la gente tiene miedo, los líderes están debilitados por temor y la fuerza pública ve a las personas que trabajan en derechos humanos como amenazas para la [Ley de] Seguridad Democrática”.

Las limitaciones por cuenta de la ley y aquellas que imponía el contexto, hicieron que organizaciones regionales y nacionales emprendieran sus denuncias respaldadas en casos documentados de personas o grupos que habían sido víctimas del paramilitarismo. La documentación se hizo a partir de los testimonios de las víctimas sobrevivientes. De esta manera, el testimonio se convirtió en la principal herramienta de denuncia de la violencia paramilitar en el nivel nacional y hacía otros países. En ese momento, el lugar de las personas que como víctimas y testigos se atrevieron a denunciar, cobró un protagonismo, hasta entonces desconocido. Lideresas y líderes de organizaciones locales, regionales y nacionales, promovieron la documentación de casos sobreponiendo sus denuncias al miedo que les generaban las amenazas, los asesinatos, la violencia sexual y los desplazamientos que se acentuaban sobre ellos como mecanismos para acallarlos. Estas expresiones de violencia, se concentraron sobre todo en los líderes y lideresas que visibilizaron y denunciaron dos tipos de violencia: el despojo de tierras y la violencia sexual como crimen de

lesa humanidad<sup>12</sup>. Sumado a las amenazas, varias de estas personas fueron víctimas de robos de información en las sedes de sus organizaciones<sup>13</sup>.

Estas razones hicieron que nuestra reunión fuera en un ambiente de confidencialidad. Además de estar pendientes de que no nos escucharan, intentamos tener cuidado con el registro de la información. Mis notas iniciales de campo de ese momento carecen de nombres, no hicimos grabaciones y ahora revisitándolas, me sorprende de no haber escrito el interés de trabajar el tema del despojo de tierras ni sobre la violencia sexual; en su lugar registré la información de esos días a través de iniciales, símbolos o palabras asociadas. Aunque en ese momento no fui consciente de sentir miedo, la frontera entre éste y el cuidado que debíamos tener para propiciar esta reunión “en condiciones seguras”, especialmente para las dos lideresas amenazadas, se volvía muy difusa, ambigua y muchas veces contradictoria. No puedo decir que la sensación de miedo y cuidado copaba nuestras emociones; también tuvimos muchos momentos divertidos durante estos días y varios de ellos fueron tan espontáneos, que iban en contravía de las recomendaciones para estar seguras, que ya empezaban a circular entre organizaciones, como “no visitar lugares públicos y preferiblemente no salir del hotel”.

## **Corralejas: entre el riesgo y el valor**

Nos vimos de nuevo con estas mujeres en enero del 2009 en las fiestas de corralejas de toros que se celebran tradicionalmente en la región de los Montes de María. A estas fiestas Victoria nos había invitado con mucho entusiasmo, porque desde que era “pelada” asistía todos los años a “parrandiar por varios días”. Caminando hacia las corralejas, me contó que duraban de cinco a siete días y cada municipio o corregimiento les destinaba una fecha, de acuerdo con las fiestas patronales que celebrarían. Victoria recordaba que un amigo suyo empezaba las corralejas a finales de diciembre y de ahí iba siguiendo la fiesta de pueblo en pueblo.

---

<sup>12</sup> Entre las organizaciones nacionales que iniciaron la documentación y las denuncias de casos de violencia sexual se destacan: la Mesa de trabajo mujer y conflicto armado, la Corporación Humanas, Sisma Mujer, Iniciativa de Mujeres Colombianas por la paz, Ruta Pacífica de las mujeres, la Red Nacional de Mujeres y Vamos Mujer.

<sup>13</sup> Según el informe: “El sistema de protección de los derechos humanos de Naciones Unidas y la situación de las mujeres en Colombia”, elaborado por la Mesa de trabajo Mujer y Conflicto armado en septiembre del 2009, la Casa de la Mujer, la Ruta Pacífica de las Mujeres y la Iniciativa de Mujeres por la Paz fueron víctimas de robos de información, seguimientos permanentes e interceptaciones telefónicas a sus integrantes y a sus familias.

El entusiasmo de Victoria crecía a medida que nos acercábamos a las corralejas y que aumentaba el volumen de la música que salía de los *picós*<sup>14</sup>. Aunque cada una de estas grandes torres que juntaban varios amplificadores de sonido, tenía una música distinta, el alto volumen con el que la gente de un *picó* parrandiaba, no permitía escuchar la interferencia del otro. Tal vez por esto, estaban ubicadas a las afueras del municipio, en una zona verde, amplia y alejada del centro, por la que transitaban las miles de personas en busca del espectáculo de toros y del baile. Como era casi medio día y el calor era muy fuerte, Victoria nos recomendó comprar sombreros en algunos de los tantos kioscos que los promocionaban. En la variedad que nos ofrecieron estaban los sombreros vueltiaos de los que nos describieron muchas calidades y precios. Junto a estos nos hablaron de “los otros”, que eran fabricados con otros materiales de la zona. Los “otros sombreros” llevaban una cinta roja en el centro, en la que estaba escrito con letras blancas “corralejas”, el nombre del municipio y al lado tenían dibujado un sombrero vueltiao, como si este fuera un sello de garantía de los sombreros de estas fiestas.

Una vez llegamos a las corralejas, caminamos buscando los palcos. Victoria nos contó que mucha gente prefería estar en la parte de abajo de las gradas porque se sentía más cerca de la llegada del toro. Ese día vi a varias de estas personas acostadas sobre el piso, con la mitad de su cuerpo en el campo de la corrida; cuando el toro se acercaba se deslizaban muy rápidamente hacia el gran corral de madera para evitar ser atacados. Era un constante juego entre las personas y el toro, atravesado por el riesgo. Victoria me contó que le gustaba ver la corrida desde allí. Pero ese día preferimos ubicarnos en un palco de arriba, luego que un hombre nos ofreció boletas a mitad de precio, y sin pensarlo mucho las compramos. Victoria era la más entusiasmada, se había vestido para las fiestas, llevaba un pantalón blanco y una camisa rosada ajustados a su cuerpo. A pesar de las dificultades que imponía caminar sobre los palcos o en el pasto, ella llevaba unas sandalias con tacón y por ningún lado parecía experimentar la sensación de riesgo.

Nos sentamos en los primeros puestos para ver con más detalle la fiesta. Al caminar sobre las gradas, pudimos sentir el movimiento de la gente, que hacía mecer fuertemente la estructura. Victoria nos contaba que siempre era así, que en los años ochenta los palcos se habían caído y por eso, por algún tiempo suspendieron la fiesta, “por esto ahora las corralejas son más seguras”, nos decía. Detrás de nosotras estaban ubicados los músicos cerca a un grupo de hombres mayores que compartían una botella

---

<sup>14</sup> Picós, es la manera como le llaman a un conjunto de equipos de sonido que alcanzan altos decibeles. Esta denominación es famosa en la Costa Caribe desde los años 70s, época desde la cual se hacían duelos de picós y ganaba el que lograra opacar al otro. <http://akabolamusic.blogspot.com/2009/10/cartagena-pionera-de-los-duelos-de.html>

de ron. Al llegar, estos hombres nos saludaron muy amablemente, tal vez porque éramos el único grupo compuesto por mujeres. Al rato, un hombre se acercó a ellos para pedirles dinero. Al ver que le dieron varios billetes, le pregunté a Victoria de qué se trataba y me dijo que el hombre estaba ofreciendo enfrentarse al toro a cambio de algunos pesos. Efectivamente el hombre bajó, se acercó bastante a un toro logrando esquivar la cornada. Los hombres que le habían dado dinero, celebraron el acto de valentía. Cuando estaba terminando la corrida en la que se destinaban los toros más bravos por ser “*los más toreados*”, un hombre de unos treinta y cinco años que estaba cerca a nosotras se paró con fuerza, ajustó sus pantalones, se quitó la camisa y saltó al ruedo. Cuando se acercó al toro movió sus brazos para retarlo hasta que consiguió tenerlo enfrente. Durante varios segundos quedaron cara a cara, hasta que el toro desistió. Muchos de los que estaban cerca, entre ellos Victoria celebraron este acto. Este hombre retornó a las gradas caminando despacio, pisando con mucha fuerza, con su pecho y su cabeza erguidos como demostrando el orgullo por su coraje. Aunque muchos aplaudieron este acto y una mujer comentó “*ese sí es un macho*”, los que más lo celebraron fueron los demás hombres que lo ovacionaron por varios minutos. Era como si al tomar el riesgo de enfrentarse al toro, hubiera expuesto una masculinidad compartida, elogiada por su fuerza y el valor de afrontarlo, desafiarlo y conseguir estar a salvo. Así, este hombre parecía cumplir con una doble expectativa social en apariencia contradictoria: por un lado retar la bravía de uno de los toros más toreados, arriesgando su vida y por otro, lograr protegerse y salir ileso, ganando la confirmación máxima de su poder frente a otros.

Al día siguiente con Victoria y Rosario viajamos varias horas hasta un municipio cercano. En el camino Victoria me contó más sobre su trabajo en la zona y sobre algunos asuntos de su vida, de sus hijos, de sus amores y del inicio de su formación como lideresa. Al empezar la noche nos sentamos en un parque. Desde allí, la ventana abierta de una de las casas nos dejaba ver la figura delgada de una mujer afro de unos ochenta y cinco años de edad, que hilaba en una rueca con un cono de madera al lado. Mientras comíamos los chicharrones con maíz que vendían en la calle, nos quedamos en silencio mirando las estrellas, como dejando pasar el tiempo con mucha calma. De vez en cuando hablábamos de cualquier cosa. En algún momento le pregunté a Victoria si sabía qué había pasado en ese municipio durante el conflicto armado, pero su respuesta fue corta: “Aquí no fue tan duro”. Esta fue la primera vez que vi a Victoria haciendo una pausa de su habitual narrar y de su afán de buscar alternativas y soluciones sobre lo que le había pasado a la gente de la región.

## **Denunciar y vivir bajo amenaza reordenan la vida**

En febrero del 2009, a raíz de una visita de Victoria y Rosario a la organización de paz, nos volvimos a ver de nuevo en Bogotá. Allí nos contaron sobre la difícil situación que varios líderes amigos suyos estaban viviendo a causa de las amenazas que habían recibido. En esa visita se quedaron en mi casa; allí hablamos hasta tarde del tema que era frecuente para ellas. En varias ocasiones me retiré y la conversación continuaba entre ellas con la misma energía que la había dejado. También Intenté varias veces hablar de otras cosas, pero mi charla no prosperaba. Como a las diez de la noche estábamos sentadas en el comedor y Victoria recibió una llamada de su hijo mayor. Como era habitual que su teléfono sonara constantemente, seguimos la conversación con Rosario sin prestar mucha atención, hasta que vimos su cara de angustia, seguida de la pregunta ¿Y cuándo fue eso? Su hijo le decía que a su casa había llegado una amenaza de muerte contra ella. Victoria durante un tiempo se quedó en silencio. Rosario y yo, poco a poco empezamos a preguntarle varias cosas, pero ella parecía no poder o no querer explicar bien los detalles. Luego de unas horas intentamos dormir pero creo que esa noche, ninguna logramos conciliar el sueño.

Dos días después, a las dos de la tarde, un par de hombres entraron al apartamento de Mariana en Bogotá, quien empezaba a trabajar en el corregimiento de Amagüí. Esto ocurrió durante la única hora y media del día en que el apartamento estuvo vacío. De allí, se llevaron algunos discos compactos y unas USB que ella tenía con información de distintos trabajos que estaba haciendo. Dejaron el dinero y otros objetos de valor aún cuando estaban a la vista. En los días siguientes también empezaron a ocurrir algunas cosas que no eran habituales en los entornos que vivíamos. Mis compañeras directamente afectadas, buscaron apoyo por medio de la organización de paz que tenían cerca.

Luego de unos meses, tuvimos otro encuentro con Victoria y algunas mujeres de Amagüí, en una ciudad cercana a la Costa Caribe. Allí pude acercarme un poco más a lo que había pasado en el corregimiento. Sin embargo, las dificultades de seguridad, unidas a las circunstancias personales y de trabajo de varias de nosotras, hicieron que desistiéramos del proyecto sobre los derechos de las mujeres de Amagüí, que estábamos pensando hacer juntas. Pero Victoria, unos meses después, emprendería un proceso de denuncia jurídica de los casos de violencia sexual perpetrada por los paramilitares contra algunas chicas del corregimiento. Desde ese momento las amenazas contra su vida alcanzarían su punto más alto. Esto ocurría en el año 2009.

Aunque dejamos la iniciativa de trabajar juntas con Victoria y Rosario, cada vez que teníamos la oportunidad nos veíamos como amigas. Algunas veces que confluimos en la misma ciudad, sacamos el tiempo para vernos y hablar sobre la región y sobre Amagúí, como era habitual para ellas. Pero también disfrutábamos de las comidas, de un café, de medirnos ropa, comprar uno que otro regalo y hasta compartir trucos de maquillaje. ¡Ah!, también de acompañarlas a buscar los encargos que sus familiares y vecinos les hacían, presuponiendo que en la ciudad se conseguía de todo y todo quedaba cerca. También hablábamos de los trabajos que deseábamos o teníamos y siempre nos alcanzaba el tiempo para asuntos tan importantes como los amores, los desamores, los hijos, hijas y las inconsistencias de algunos conocidos. ¡Durante este tiempo no nos faltó tema!

Luego de compartir más con Victoria y Rosario, me era muy difícil comprender cómo en medio de fuertes y reiteradas amenazas, podían y querían seguir denunciando. Una primera pregunta que me hice fue: ¿Qué hace una persona para seguir viviendo su cotidianidad en medio de la amenaza y la persecución?, ¿Qué las motiva a ellas a empeñarse en liderar procesos de reclamación y denuncia, cuando el grupo que asesinó a sus seres queridos había seguido en la región amenazándolas? Su espontaneidad para hablar y denunciar en cualquier espacio, junto al riesgo de hacerlo, me cuestionó: ¿Qué significaba hacer el tránsito de sobrevivientes a denunciantes de esta violencia?, ¿Cómo harían ellas para seguir las recomendaciones de volverse cautelosas, que muchas organizaciones sociales e instituciones del gobierno les estaban haciendo?, ¿Cómo se aprendía este proceso?, ¿Qué implicaba andar precavidas y cuidadosas todo el tiempo?, ¿Cómo esto podía modificar sus vidas?, ¿Cómo cambiaba sus relaciones y su vida diaria? y ¿Hasta dónde estaban dispuestas a hacerlo?

Ser denunciante y vivir bajo amenaza, implicaba un proceso de aprender y desaprender a ser uno mismo en relación con otros; aprender a saber qué decir o no decir, cómo decir, cuándo decir y a quién decir. Era ocupar un espacio de manera distinta, visibilizarse y pasar inadvertida, hacer otros manejos del cuerpo y un nuevo uso del tiempo; resituar las emociones en este nuevo contexto; mejor dicho era aprender a reordenarse la vida. Todo esto, en medio de la tensión entre evitar desatar una violencia letal hacia ellas mismas y la necesidad o el compromiso de resistir, de no callar y de denunciar.

Sumadas a las amenazas, Victoria llevaba tres años sin trabajo remunerado desde que los paramilitares la habían sacado del puesto de salud de Amagúí y la habían despojado de su empleo como enfermera en el año 2005. Durante este tiempo, como ella decía, “había trabajado como lideresa”, pero no obtenía dinero. Con su experiencia y sus conocimientos, muchas veces apoyó el trabajo de algunas de las tantas

organizaciones e instituciones que en ese momento se preciaban de trabajar en los Montes de María “en favor de los derechos de las víctimas”. Pero su pago era mínimo o a veces no pasaba de la gratitud por estar cumpliendo “*su deber de lideresa*”, como alguna vez alguien le dijo, cuando ella solicitó alguna remuneración económica.

A Rosario le preocupaba y le molestaba mucho esta situación. Sobre todo porque Victoria tenía a cargo a sus cuatro hijos. También, porque era una lideresa sobre la que se soportaban procesos locales y nacionales importantes, pero no se sabía sobre lo que vivía en el día a día, lo que sentía, las dificultades que pasaba para conseguir el sustento para su familia, ni tampoco sobre la importancia de su liderazgo. Muchas veces las tres hablamos del tema y cada vez, era más claro, que vivía una situación compleja por el contexto de amenazas, por las dificultades de conseguir trabajo pago, por un liderazgo poco reconocido y por tener la responsabilidad de sus hijos y de los procesos que acompañaba.

## El camino etnográfico

Esto hizo que en un encuentro que tuvimos en octubre del 2011 habláramos de hacer su historia de vida, entre los tantos temas que tratamos ese día. Para ese momento, por su nivel de riesgo la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía, le había asignado un esquema: “con un carro blindado y dos escoltas”<sup>15</sup>. Luego, la historia de vida la dejamos en un segundo plano en medio de nuestras conversaciones habituales. Este tema sólo lo retomamos en abril del 2012, a raíz del interés etnográfico que me surgió sobre la vida de ella, gracias a las reflexiones suscitadas en la clase de Fundamentación teórica, del primer semestre de Maestría de Antropología social, dictada por el profesor Carlos Páramo. A él en varias ocasiones<sup>16</sup> le oí decir que la biografía era una representación de una vida, era el grafos que permitía ir más allá de contar una historia. Era acercarse al sentido que construía el o la protagonista, para poder retratar un poco el significado de su vida. Era entablar un diálogo, en este caso, entre la retratista y la retratada, en el que se plasmaban cosas de cada una. Era también respetar como la retratada entendía su vida y la manera en que quería ser representada. Esto no evitaba discutir con ella y hablar de las cosas que desde mi mirada percibía.

---

<sup>15</sup> En este orden lo describen los documentos de la Fiscalía de Justicia y paz.

<sup>16</sup> Notas de clase, en conversaciones en cafeterías o en los pasillos de la facultad, donde siempre él estuvo dispuesto a compartir y debatir este tema.

Ese camino biográfico como forma de hacer etnografía empezó a despertar mi interés. Sin embargo me asaltaban varias dudas, en enfocar mi trabajo en una sola persona, porque como antropóloga nunca antes lo había hecho. Después de un tiempo de darle vueltas en mi cabeza al tema de mi tesis, el departamento me recomendó entre los posibles tutores a la profesora Myriam Jimeno. Por correo, le hice la solicitud de que fuera mi directora, argumentándole que yo era constante y disciplinada. No le dije que no era muy obediente, aunque ahora que la conozco un poco más, creo que esto no hubiera cambiado su decisión de dirigirme. En menos tiempo del que pensaba, recibí una respuesta positiva de ella y en nuestro siguiente encuentro, al exponerle de manera general mi proyecto, “la profe” me insistió en la riqueza que había en concentrarme sólo en la vida de Victoria.

Después de pensarlo mucho, reorganicé las notas recogidas desde octubre del año 2008 hasta finales del 2009. Luego inicié de manera más enfocada mi trabajo de campo desde el 2012 hasta finales del 2014, con la intención de hacer su historia de vida. Fueron un poco más de cuarenta y siete horas de entrevistas y muchas otras de conversaciones cotidianas y de observación participante que registraba en mis diarios de campo, después de acompañarla a distintas actividades relacionadas con su trabajo y algunos momentos de descanso. No tomaba notas delante de sus escoltas para evitar que se dieran cuenta del trabajo que estábamos construyendo.

Con la información recogida hasta el 2012, me di cuenta que en su narrativa de vida, Victoria resaltaba su trayectoria desde la llegada a Amagúí hasta convertirse en denunciante de la violencia paramilitar allí ocurrida<sup>17</sup>. En ese recorrido había actuado desde los distintos lugares sociales en los que había experimentado esta violencia. En su relato se posicionaba como mujer, habitante de Amagúí, enfermera, servidora pública, lideresa, defensora de derechos humanos, mamá, pareja, vecina, familiar y amiga. Este conjunto de posiciones, [junto con sus emociones], fueron construyendo [y modificando su lente] y su subjetividad (Bonder, 1998 y Alcoff, 2002) como observadora y testigo denunciante de esta violencia.

La información recogida me permitió identificar cuatro momentos que Victoria destacaba en la construcción de su narrativa de vida y que fueron la base para escribir los primeros cuatro capítulos. Estos momentos daban cuenta de las posiciones que ella había adoptado a lo largo de este proceso: en el primero se narran algunos aspectos generales de la vida de Victoria antes de llegar a Amagúí; las circunstancias que la llevaron a vivir allí y la manera en que experimentó la entrada y el control paramilitar, mientras pasaba de

---

<sup>17</sup> Esta información fue sistematizada a través de Atlas.ti luego de haber construido un cuerpo de categorías de análisis

enfermera foránea a otra de sus habitantes. Los constantes viajes a su ciudad de origen y su formación como lideresa juvenil, contribuyeron a que tuviera una mirada más regional de algunas dinámicas de este fenómeno. En ese momento, ella vivió las amenazas de este grupo paramilitar, como cualquier habitante y compartió con ellos varias prácticas para sobrellevar esta situación de control y temor.

En el segundo momento, Victoria, a través de su posición como enfermera y por la confianza que fue construyendo con la gente de Amagüí, tuvo un espacio privilegiado para conocer aspectos íntimos que vivían las personas del corregimiento en relación con el control paramilitar. Esto le permitió, sin proponérselo, generar espacios de disidencia marginal frente al control paramilitar. Haciendo uso del deber y el “*saber curar*” fue configurando un campo de poder que fortaleció su liderazgo y le permitió mantener la organización de la “resistencia civil”, emprendida por el pueblo de Amagüí contra el paramilitarismo. En ese momento, ella vivió amenazas de muerte directas de parte del comandante paramilitar. Junto al miedo que le generaban las amenazas, también hizo uso de algunos espacios para la desobediencia desde su saber y su ejercicio como enfermera.

En el tercer momento, ella se posicionó como defensora de derechos humanos y denunciante de la violencia paramilitar. Su participación en una audiencia pública en el año 2006 y la articulación de su trabajo con organizaciones de derechos humanos del orden nacional, hicieron que su testimonio saliera del espacio micro local al nacional y al global. En este contexto, las amenazas se focalizaron más en ella, extendiéndose a su familia, y se intensificaron en frecuencia y en la forma en que se expresaron. Las prácticas para sobrellevar estas amenazas también se modificaron, pasando de prácticas colectivas de protección “el blindaje que da la Red de líderes”, a las de testigo protegido de la Fiscalía de Justicia y Paz, con un “esquema duro” de seguridad, como ella lo nombraba, el cual fue asignado por esta entidad.

Un cuarto momento lo da la posición de Victoria de nuevo como servidora pública y defensora de derechos humanos residente de Bogotá, lo cual hizo que habitara en una interconexión constante entre su región y esta ciudad. Este escenario multilocal contribuyó a dar nuevas formas a sus experiencias, sus concepciones de tiempo, espacio y sus relaciones. Viviendo este viaje material y simbólico entre aquí y allá, Victoria hizo resistencia. Por un lado frente a los actores de las amenazas que buscaron sacarla de su territorio y alejarla de los procesos de denuncia como defensora. Por otro, frente al Estado, que para garantizarle su protección se empeñó también en mantenerla fuera de su territorio geográfico, lo que limitaba el riesgo, pero también los procesos que lideraba.

El capítulo final narra cómo Victoria organizó y vivió la celebración de los diez años de la “resistencia civil” que emprendió el pueblo de Amagüí contra el paramilitarismo en junio del 2004. En él se cuentan algunos momentos de esta celebración, las luchas por la memoria durante el evento, una puesta en escena de sus procesos y de los lazos construidos en Amagüí y algunas reflexiones sobre lo que le significa a ella haber transitado de sobreviviente a defensora de derechos humanos y denunciante de la violencia paramilitar.

A lo largo de esta trayectoria uno de sus retos principales fue garantizar su sobrevivencia y la de sus hijos. Continuar la vida diaria no fue una tarea fácil de Victoria. Ser denunciante fue el desafío de una enfermera y lideresa frente a los paramilitares. Pero también un desafío para ella, al no poder “vivir en su tierra”, a no poder ejercer su carrera y vivir de ella; a reducir el tiempo y la tranquilidad de estar con sus hijos y su familia; a no continuar su vida en pareja y a robar el tiempo y el lugar para disfrutar, al menos un poquito de sus parrandas.

La mirada biográfica que nos había propuesto el profesor Páramo en primer semestre, me permitía profundizar en la riqueza inmersa en el significado que tenía la vida para Victoria, como también lo había destacado Rosaldo (en Jimeno; 2005). En este caso se trataba de acercarme a él, a través de un trozo de la vida de esta mujer, que desde sus prácticas, constantemente invitaba a experimentar como “la emoción se vuelve fuerza constitutiva de la vida social” (Jimeno; 2005). Sus tránsitos por distintos escenarios, me retaron como etnógrafa a abordar un trabajo de campo móvil a nivel físico y simbólico. La perspectiva biográfica me permitía conectarlos y “revelar [esas] yuxtaposiciones de contextos sociales mediante la sucesión [que iban tejiendo sus] experiencias narradas individualmente” (Marcus; 2001:121). Pero sobre todo, me facilitaba entrar en diálogo con su testimonio, con su palabra, esa de la que parecía no tener descanso. En ese sentido no se trataba de “darle la voz” sino entender el por qué se la había tomado y se la seguía tomando a pesar de las amenazas.

Con el tiempo, empecé a entender que la importancia del testimonio, como nos dice Alejandra Oberti no está en revestirse de elementos de verdad validados por entes académicos o jurídicos, “sino en que refiere a la vitalidad de aquello que no puede ser archivado, que habla en nombre propio y también en nombre de quienes no lo hacen o no pueden hacerlo. [...] Los testimonios no sólo *dicen* [...] en el mismo acto de decir (para sí, con otros y para otros) también *hacen*” (Oberti; 2008-2009: 45, 48). En ese sentido, un segundo reto fue escribir un texto que entrara en diálogo con su testimonio procurando ser fiel a esa vitalidad.

Por ello, la biografía de esta trayectoria la abordé, no sólo desde una etnografía multilocal (Marcus; 2001), sino también colaborativa (Rappaport y Pacho; 2005). A través de esta ruta metodológica pude dialogar con Victoria y su testimonio, pude indagar por “la circulación [del significado que tuvo para ella este trayecto de su vida] en un tiempo-espacio difuso” (Marcus; 2001:111). Pero sobre todo, me propuse ser fiel a esa vitalidad, con la construcción de un trabajo en coautoría basado en un diálogo de saberes.

Para ello, me empeñé en “recoger los conceptos en vida” (Vasco, 2007), es decir aquellos que le dieron sentido a Victoria en su trayectoria; pero no sólo como datos etnográficos sino como “dispositivos conceptuales [...] que facilita[ran] nuevas interpretaciones, consonantes con epistemologías y prioridades políticas de las organizaciones” (Rappaport y Pacho; 2005) y de las personas con quienes trabajamos. Por ello, los conceptos académicos se incorporaron al texto como otras voces que hablan con esta narrativa, desde tres principios que me aportó el feminismo: equivalencia, equifonía y equipotencia (García; 2008). La equivalencia la apliqué asignando el mismo valor en el texto al conocimiento local y al académico, por tanto sus voces buscan equipararse (equifonía), para lograr cierto equilibrio de poderes en el texto (equipotencia).

Hacer visible el diálogo entre nosotras y reflejar el protagonismo de su voz en el texto, no me fue posible con las reglas de la cita textual. Sus opiniones no se limitaron a ampliar o reforzar mis ideas, sino que constituían la voz central a partir de la cual yo entablé un diálogo con ella. Por eso su voz aparece con una letra distinta a la mía, como lo hizo Rappaport y Pacho en el 2005 y a la misma distancia en el margen.

Es importante decir, que para mí, la construcción de esta etnografía también estuvo atravesada por la tensión permanente entre contar y ocultar. No sólo se trataba de narrar la vida de otra persona, sino que además era la vida de una mujer, amiga, en situación de amenaza.

Como ocurre en la vida misma, también hacen parte de este trabajo los silencios, las ambigüedades, las contradicciones e incertidumbres. Hay que aclarar que aunque el diálogo entre Victoria y yo, estuvo acompañado algunas veces por otras voces (lo cual pudiera parecer una polifonía) nunca tuvo la pretensión de ser armónica. Más bien procuró reflejar una lucha constante entre controles y resistencias que siguen transcurriendo en la vida de Victoria.

En el lugar de los silencios quedaron las cosas que Victoria se reservó para ella, las que me pidió que no contara, las que me corrigió y tuve que cambiar, las que se nos escaparon y las que decidí o no alcancé a incluir. También quedaron muchas risas, lágrimas, rabias y esperanzas. Después de hablar por mucho tiempo con ella y que leyera el texto, algunos apartes dos veces, Victoria se reconoció en él; luego de hacer una primera lectura me dijo: “Ange yo no sabía que eso que hacía a diario podía ser importante”.

Las contradicciones y las ambigüedades están abiertas para que las descubran las personas que decidan hacer parte de este texto como lectores. A ellas, debo aclararles que mucha información en el texto no se escribe de manera explícita, sino que se narra y se explica en distintas partes él. Cada lector podrá sentirlo o recorrerlo de acuerdo a su búsqueda, conexión y experiencia.

Los nombres de Victoria como protagonista de esta historia y de los personajes que interactúan con ella así como el de la mayoría de los lugares que transita, se cambiaron porque el contexto aunque dinámico, no es mejor para ella, en relación a su situación de amenaza. También hay información de Amagüí que tuve que omitir o hacer citas de textos y fuentes consultadas de manera general, porque si lo hacía de la manera directa, era fácil identificar a Victoria o a este corregimiento.

Este matiz metodológico y personal para abordar este trabajo, a medida que lo fui construyendo, fui borrando y reescribiendo este texto. A pesar de la sensación que nos acompaña siempre como investigadores de no haber concluido del todo y querer profundizar en varios temas, con el texto que presento sentí que me pude ubicar y posicionar ética, política y emocionalmente como antropóloga desde esta manera de narrar. Con ella quiero hacer una invitación a ustedes como lectoras y lectores a caminar, descubrir y de pronto involucrarse en algunas dimensiones de lo que le significó a Victoria emprender la trayectoria de sobreviviente a denunciante, en medio de las amenazas y el terror paramilitar.

Esta etnografía fue también una manera de hacer un reconocimiento a una amiga a la que admiro por su empeño en transformar la realidad que ha vivido y por su capacidad de reconstruir constantemente su cotidianidad. Fue el lugar para entender la persistencia de sus denuncias con las que parecía constantemente retar sus amenazas, lo cual algunas personas cercanas percibíamos con extrañeza y una preocupación que nos generaba hasta molestia.

Finalmente, quiero aclarar que este trabajo en ningún sentido fue construido o puede ser usado como una fuente probatoria con fines judiciales. Para muchas personas como Victoria la intención de verdad va más allá de lo judicial, y para mí también, más allá de lo académico formal. Más bien es una invitación a no desentendernos de las realidades del presente cotidiano cuando abordamos trabajos relacionados con la memoria. Como escribe TzvetanTodorov (2000):

“Conmemorar a las víctimas del pasado es gratificador, mientras que resulta incómodo ocuparse de las de hoy en día: «A falta de emprender una acción real contra el "fascismo" actual, sea real o fantasmagórico, el ataque se dirige resueltamente contra el fascismo de ayer» (Todorov; 2000: 52).

Y yo le sumaría, en lenguaje y estructura formal....

## 1. Capítulo 1: De enfermera a habitante de Amagüí

Este capítulo narra algunos aspectos generales de la vida de Victoria antes de llegar a Amagüí; la manera en que fue pasando de enfermera foránea a habitante del corregimiento y cómo experimenta las primeras manifestaciones de la violencia paramilitar de las cuáles fue testigo.

### 1.1 “Yo como que me rebelaba”

En 1965 Victoria nació como la cuarta hija de una familia en la que se mezclaban la descendencia zenú, afro y mestiza. De ella hacían parte cuatro hermanas y tres hermanos, que se llevaban un poco más de un año y que junto a su madre y a su padre, crecieron en un barrio muy humilde de una ciudad del Caribe. Este era reconocido porque en su plaza de mercado se organizaban unas de las mejores fiestas, que vieron crecer a “El Joe”<sup>18</sup> como cantante y a Victoria como una de sus admiradoras.

Ella recuerda desde muy niña ver salir a su mamá de lunes a viernes a trabajar como aseo de la Escuela de Bellas Artes. Además, que en los fines de semana y las vacaciones se dedicaba a los oficios domésticos para una familia de políticos prestigiosos de la región: los González Salazar. Por el largo tiempo que trabajó para ellos, fue habitual que Victoria o una de sus hermanas la acompañaran y ayudaran en su trabajo; también eran frecuentes los presentes y las ayudas que ellas y sus hermanos recibían de parte de esta familia. Incluso, para su bautismo, Victoria fue apadrinada por uno de los hijos jóvenes de los González Salazar, que en 1992 sería elegido congresista de la República, como lo había sido el padre de él.

“El trabajo de mi mamá era una lucha constante para darnos lo que necesitábamos. Era un trabajo muy fuerte, a pesar que tenía la ayuda de esta familia González Salazar. Ayuda en el sentido de qué nos daban la ropa, nos daban zapatos, la ayudaban a ella; también cualquier cosa o los cuadernos, o becas para mis hermanos mayores. Allá, se se veía mucha opulencia, a pesar de que era una gente muy sencilla. O sea, a pesar de que eran ricos, no se les notaba la discriminación con las otras personas. Pero, yo creo que desde ahí, fue que yo empecé a notar la gran diferencia social que había en el país y entonces, yo como que me rebelaba y a veces no quería acompañar a mi mamá. En una ocasión yo me acuerdo que la señora me dijo que me iba a llevar para Bogotá, que ella me podía poner a

---

<sup>18</sup> Joe Arroyo, cantante y compositor de música salsa en Colombia. Nació en Cartagena de Indias en 1955 y murió en Barranquilla en el año 2011

estudiar. Yo le dije que no, que yo no quería irme, que no quería ser la sirvienta de nadie, que yo cuando estuviera grande, yo iba a trabajar y a estudiar”.

Ella recuerda que su padre nunca estuvo de acuerdo con que sus hijos fueran donde los González Salazar: “Él decía que el ser mandado por otra persona era muy feo y que él no quería que sus hijos trabajaran pequeños...”. Tal vez por esto, laboraba por su cuenta, como ebanista y carpintero, vendiendo en su carretilla las maderas que conseguía, mientras en su casa empajaba mecedoras, sillas y otros muebles. Este era un oficio tradicional al que se dedicaban algunas personas de su región y que consistía en trenzar paja y otras fibras de árboles de la zona, para zurcir las superficies de sus muebles.

“Ese arte se lo enseñaba a mis hermanos; todos en mi casa aprendieron, excepto yo, yo fui rebelde, yo decía que ¿para qué yo iba a aprender a hacer eso? Además, creo que era una de las consentidas de mi papá, de los siete hijos. Entonces él a mí nunca me puso a empajar, todos aprendieron menos yo. Mi papá era una persona que le gustaba hacer los trabajos bien hechos, él una cosa mal hecha nunca la hizo...pero le gustaba mucho la parranda”.

Desde muy niñas, Victoria y su hermana mayor habían tenido que asumir el trabajo doméstico de su familia, cuando apenas empezaban la secundaria. Esto hizo que su nivel de estudio bajara en comparación con los años de primaria que había cursado sin problema. Durante estos primeros años se consideraba “una buena estudiante, que no aceptaba perder materias”, pero en el segundo grado de bachillerato al reprobar el año, tuvo que dejar uno de los colegios más reconocidos de la zona por su buen nivel académico.

“Teníamos que responsabilizarnos de los quehaceres de la casa. En ese entonces teníamos como doce años y ya nos tocó cocinar, nos tocaba todo. Entonces yo antes de irme para el colegio, porque yo estudiaba al medio día y el colegio era muy lejos, yo tenía que dejar almuerzo preparado. También lo hacía los sábados. Nunca esa responsabilidad me la impuso mi mamá ni nadie, era yo misma, yo lavaba la ropa de todos para que mi mamá no viniera a hacer oficio después de las semanas de trabajo que tenía. Bueno, después de eso estudié en un colegio privado el segundo de bachillerato que era el que iba a repetir. Pero entonces era muy difícil, porque a mi mamá le tocaba muy duro tener que pagar un colegio y me pasé para un colegio reconocido por hacer protestas. Ahí tuve mis primeros liderazgos, digo yo, porque pertenecía a los consejos estudiantiles y me fascinaba salir a

las protestas. Creía que había que tomar vocerías en algunas cosas, que los pupitres estaban dañados, que a los profes no les pagaban y no sé, ¡a mí me gustaba! Al principio lo hice como por conocer cosas nuevas, por tener nuevas experiencias, pero es que yo creo que en el fondo eso era lo que yo buscaba, lo que me gustaba”.

En este colegio estudió hasta más o menos los 16 años, cuando se enamoró y dejó su bachillerato. Victoria cuenta que la preocupación de su mamá por ver que no asistía al colegio, hizo que la matriculara en la jornada de la noche de la escuela de Bellas Artes donde ella trabajaba. Allí le empezó a gustar la pintura, la escultura y la poesía. Cursó tres años, pero suspendió sus estudios por los altos costos de los materiales que requería. Luego de un tiempo, ella se interesó en hacer parte de una escuela de formación de líderes de la Pastoral Juvenil de la región quienes eran seguidores de la orden franciscana y con quienes se quedó aprendiendo por casi siete años. Victoria recuerda:

“Había un proceso de la Pastoral Juvenil sobre formación de líderes. Yo entré siendo scout y habían muchos grupos juveniles, unos que se llamaban Jucri, juventud cristiana y una cantidad de grupos de los diferentes barrios. En la primera formación el curso se llamaba de pre-líderes pero ese todavía no te daba a ti una autonomía. La idea era irlo formando a uno para ser buenos misioneros cristianos. En esas primeras formaciones que duraban casi de un año, no lo soltaban a uno para irse a una comunidad a hacer misiones, que era lo que uno iba a hacer. Sólo después de un año, fue cuando hice mis primeras misiones en unos pueblos cerca de donde vivía y esas fueron unas experiencias muy lindas.

Yo creo que eso fue lo que me hizo querer tanto el trabajo con la comunidad, acercarme más a la justicia, ver que lo más importante era el prójimo de uno, que ese era el tema de uno. Además sentir la primera satisfacción de saber que uno estaba aportando algo. Que no necesitabas tener millones, que no necesitabas tener un vestido nuevo, un zapato nuevo, para dárselo a alguien y para tú sentir que estabas haciendo algo. Sino que era la satisfacción de irnos para una comunidad, compartir con ellos, enseñarles cosas. Entonces esas fueron mis primeras experiencias con comunidades. Después de eso tuve muchas misiones, muchas, muchas misiones. Y pues yo creo que eso fue lo que me marcó, fue en realidad lo que me formó como líder a mí”.

Al recordar el interés que le despertó esta formación en el trabajo con comunidad y en empezar a acercarse en el tema “*de justicia*”, describía las enseñanzas que la coordinadora de este centro de formación les daba para que analizaran los problemas sociales que vivían en su región:

“Umbelina, esa vieja era una verraca, me enseñó muchas cosas, el aterrizar, el saber la realidad de nuestra sociedad, de las diferencias, los aspectos políticos, todo eso nos los enseñaba. De pronto en esos momentos, con todos los temas de formación, nunca imaginé que eso me iba a marcar tanto en mi vida. Pues en ese tiempo más me los tomé como un escape, una experiencia nueva, para conocer nueva gente. Pero el tema de formación no lo tenía tan preciso; lo teológico, lo religioso de la fe cristiana fue muy importante. Para mí eso fue de mucho valor. Yo admiro a Umbelina, porque yo creo que si yo no hubiera pasado por allí y no hubiera tenido la formación que tuve, estuviera en otro sitio, no estuviera haciendo lo que hago ahora.”

Al referirse a esta formación como un escape, Victoria hablaba del momento de tristeza que vivió cuando su relación amorosa con Arturo se había terminado. Él era un chico de un barrio vecino al suyo, con quien había durado seis años de noviazgo. Como cuenta ella, le costó mucho dejar este vínculo. Pero de nuevo, por insistencia de su mamá, finalizó el bachillerato en un instituto de esta ciudad. Al graduarse de secundaria básica ella le sugirió que estudiara enfermería, pero en ese momento a Victoria le interesaba más la filosofía y las letras que daba la Universidad Santo Tomas, que tenía sede en su departamento. Aunque se matriculó para cursar esta carrera, en poco tiempo la suspendió por la falta de recursos ante los costos de una universidad privada y porque unos meses después tomó la decisión de casarse:

“En ese momento estaba en mi etapa cruel, crítica de mi tema sentimental. Con Arturo estábamos terminados, ya teníamos rato de haber terminado, a veces nos veíamos, a veces no; él ya había empezado una relación con otra persona, ya había formado su hogar, pero aún nos seguíamos viendo. Ese vínculo sentimental nos amarraba mucho, y yo pensé que poniendo distancia... y, eso me hizo como buscar a alguien y al poco tiempo me embarqué de esa persona y eso conllevó a que me casara enseguida”.

Juan, su esposo, era un hombre que había crecido en El Paltal, un pueblo ubicado a varias horas de la ciudad donde creció Victoria, pero en los últimos meses, estaba trabajando y viviendo en otra ciudad de la región, en dónde habían planeado asentarse:

“Pero no, me fui para el pueblito de él, me llevó para una finca en un alto y eso fue muy duro, ¡uich! fue muy duro porque yo nunca había vivido en un monte, como decimos nosotros. Era una finca sin luz, muy lejos, rural, y eso fue muy fuerte para mí. Pero yo era muy consciente del compromiso que había adquirido y yo me había hecho el firme propósito de sacar adelante mi matrimonio, que nada hiciera que se cambiara. Además, que uno viene con unas ideas de que el matrimonio es para toda la vida, que uno le debe fidelidad al esposo y otras cosas. Entonces yo iba con ese firme propósito y me aguanté mucho tiempo. Después de algunos seis o siete meses de estar ahí, me fui para la ciudad con él. Allí vivimos un poquito de tiempo, también como unos meses o algo, hasta que nació mi niño, mi primer hijo y volví a venirme otra vez para la finca esa. Entonces él ya empezó a tener problemas con el empleo, se le iba a acabar el contrato en una empresa, y nos tocó venirnos... Entonces me dejó allí, en la finca del alto y yo no pasé necesidades, pero porque su papá cumplía con el compromiso de mis necesidades”.

Su estancia en la finca, la ausencia de su esposo al que sólo veía los fines de semana porque trabajaba en un carro que le había regalado el papa de él y la lejanía de su familia, hicieron que Victoria cuestionara su matrimonio, el trato que recibía de su esposo y la relación con su padre. Como ella dice “*entró en un debate*” con ella misma, sobre cómo se debía ser mujer, comparando las enseñanzas que había recibido en su casa con las que la habían formado como lideresa juvenil. Como ella narró:

“En el alto de El Paltal yo empecé a desanimarme mucho, primero porque uno no está acostumbrado a estar en el monte y yo venía de una experiencia de niña de no quererme dejar joder de los hombres. Yo era muy rebelde y yo le contestaba a mi papá cuando nos trataba duro a mí o a mi mamá. Pero cuando yo estaba en El Paltal, yo ni pensaba en una separación, porque yo no lo quería defraudar a él, ni mucho menos a mi mamá, porque mi mamá era una mujer religiosa y mi mamá le aguantó tanto a mi papá... Ella decía que los hijos eran para el papá y que uno no podía criar hijos sin papás, ni ponerle padrastro a los hijos de uno. Entonces eso era un debate interno entre la Victoria, esa líder rebelde que tenía adentro y los preceptos y las cosas que mi mamá me había enseñado. Esas eran cosas que hacían las mujeres cotidianas de donde ella se había criado, o sea, mujeres sumisas con los hombres. Entonces esa era una lucha interna que tenía yo ahí”.

Como ella cuenta, las dificultades con su esposo, “ *fueron tomando fuerza en esa rebeldía que [ella] llevaba interna*”. Le dolía que cada ocho días, cuando venía a verla, no pasara el fin de semana completo con ella; que ella no pudiera viajar a la ciudad a estar con su familia y sobre todo, que en un par de ocasiones él hubiera sido violento; de este tema no le gustaba hablar, y la única vez que me hizo mención de ello concluyó la charla rápidamente diciendo: “*mi esposo era una persona machista, muy buena gente pero machista*”. Lo que sí narraba varias veces fue un día en que ella le pidió un beso y él le dijo que ellos ya no estaban para eso.

“Yo empecé a darme cuenta que esa no era la vida que yo quería para mí. Un día después de que se terminó la Semana Santa, decidí irme para la ciudad. Mis cuñados, los hermanos de él, que me habían querido mucho, ellos me aportaron el dinero para que yo saliera. Entonces yo me vine para donde mi familia. Para esa fecha se casaba mi hermano mayor, era la fecha del matrimonio de él y mi niño tenía como ocho o nueve meses, algo así. Entonces me vine; no le dije a mis papás cuál era la decisión que había tomado, ellos pensaron que yo venía de visita por el matrimonio, pero ya yo tenía mi decisión tomada. Y bueno, después que pasó el matrimonio y pasaron los días y las mamás no son bobas, las mamás se dan cuenta, entonces yo le dije. Pero esos temas de los papás de uno, que creen que así sea uno grande, ellos tienen que decidir por uno, entonces mi mamá tomó la decisión y fue al Paltal a hablar con Juan. ¿Qué hablaron?, no sé, porque yo no estuve. Igual yo seguía en mi casa y para el mes de julio cumplía un año mi hijo, entonces esa fue la disculpa o el motivo para que Juan empezara a llegar nuevamente. Entonces decidí devolverme para El Paltal, con él y con mi niño, pero ya era para el pueblo, no para la finca. Pero igual él seguía viviendo con la mamá y era muy fuerte ahí, entonces yo empecé a buscar trabajo”.

Para Victoria fue un hecho significativo que su hijo, en ese primer diciembre que pasaba, no tuviera “una muda de ropa nueva que ponerse”. Ella recuerda que para su esposo y su suegra no era importante que un veinticuatro de diciembre un niño de un año de edad, tuviera o no tuviera ropa, “porque ese niño no sabía de eso”. Pero para Victoria la ropa nueva y los aguinaldos eran una costumbre que les había dejado su mamá y que se había vuelto fundamental en las navidades. En algunos diciembrees que la acompañé ví como se rebuscaba el dinero para comprar los regalos a sus hijos y a otras personas de su familia. Cuando tenía muy poco lo repartía sólo entre sus hijos y sus sobrinos. En una navidad me dijo:

“A mí sí me dio muy duro, porque a pesar de toda la pobreza que nosotros tuvimos, las navidades eran las épocas más lindas para nosotros. No sé cómo hacía mi mamá, cómo se las ingeniaba, pero nosotros teníamos aguinaldos y teníamos ropa, regalada, de que fuera, pero la teníamos ahí y aguinaldos que nos daban las otras personas, pero también de ella. Yo cuando era más grandecita me daba cuenta, que cuando ya era el mes de octubre, ella empezaba a ir comprando jugueticos e ir guardando. Cuando llegaba el veinticuatro de diciembre ya tenía aguinaldos para todos. Además que nosotros crecimos con la idea de que el Niño Dios existía, de que el Niño Dios traía los aguinaldos, hasta que tomábamos la primera comunión. Cuando tomábamos la primera comunión ella nos llamaba y nos decía quién era el que traía los aguinaldos. Entonces a mí me dio muy duro que mi hijo no tuviera que ponerse ese año sabiendo yo que el papá tenía manera cómo hacerlo. Él era la única persona que tenía el único carro en el pueblo y hacía hasta cinco viajes. Y no lo hizo de maldad, me imagino yo, sino que para ellos no era relevante”.

Desde ese suceso Victoria decidió buscar trabajo. En principio buscó una plaza como profesora, pero en ese momento no había vacantes en el pueblo. Un tío de su esposo, que era concejal, le dijo que había sólo una oportunidad de trabajo y era para el cargo de enfermera.

## **1.2 “Como enfermera...yo me le medía”.**

Victoria cuenta que de enfermería no sabía nada, sólo había estudiado primeros auxilios en el bachillerato, pero cuando el tío de su esposo le dijo: *“O lo tomas o lo dejas, es lo único que hay, o si no, te toca esperarte para el otro año, a ver si conseguimos meterte como profesora”*, ella decidió aceptar:

“Con la desesperada que tenía, yo le dije que le hiciera, que yo me le medía y empecé a estudiar todas las cartillas de primeros auxilios. Mi esposo tenía una tía que tenía como veinte años de ser promotora de salud en ese pueblo y ella me enseñó. Ella me empezó a dar clases antes de que en el hospital me hicieran el examen de admisión y yo empecé a trabajar con ella. Me ponía a curar a las personas, me enseñaba muchas cosas, cuando me hicieron el examen fue una de de mis mejores notas, pasé. Entonces me dieron mi cargo como ayudante de enfermería, pero mi esposo no quería que yo trabajara, fue una cosa dura, ahí sí me apoyaron mis suegros y la familia de él, diciendo que yo tenía que trabajar, que me dejara trabajar, pero era muy fuerte”.

En su trabajo como enfermera de El Paltal empezó a atender mucha gente, pero en especial a adultos mayores que venían con varios problemas de salud, lo cual según Victoria, requería que ella y otras enfermeras tuvieran más preparación. Por ello, solicitaron a la alcaldía del municipio del Mar del Santo Patrono, ser capacitadas por el SENA como “*promotoras de enfermeras y agentes comunitarios en salud*”. La duración de la capacitación fue de un año, tiempo en el cual Victoria tuvo que viajar constantemente al Hospital de este municipio. Así, a sus 26 años, se le despertó el gusto por la enfermería y por la necesidad de conocer más sobre esta práctica:

“¡Uy! fue una lucha con mi esposo, porque tenía que ir tres días al Mar del Santo Patrono y regresar; era una lucha, pero yo terminé. Yo sabía que le brindaba a la gente una mejor atención. Eso era como cuando tú quieres algo y lo comes y quieres seguirlo comiendo y no te sientes satisfecha. Entonces ya terminé eso. La primera persona a la que yo le aplique una inyección fue a mi hijo. ¡Ay mira no fui capaz!, le dejé la aguja metida [risas] y tenía a la tía de mi esposo ahí, asesorándome. Mi hijito era gordito y bonito y era una ampolla de benzetazil, una que era bien fuerte. Esa inyección duele mucho, y bueno la primera vez me ayudó ella a terminar de inyectarlo y todo eso y ya la segunda y la tercera ya me solté. Entonces leía todo lo que podía, porque me daba cuenta que estábamos en un corregimiento lejano, donde no teníamos médicos cercanos y era necesario el tema de vacunación de los niños y empezar a dictarle charlas a la gente. Entonces empecé a enamorarme de mi profesión, me gustaba, a mi me gustaba.

Para esa época yo creo que el hospital del Mar del Santo Patrono estaba muy bien organizado, tenía muy buenas personas trabajando allí. Además, porque estaba la estructura de las promotoras que era una base fundamental para las comunidades. Había algo muy bueno y era que nos reuníamos mensualmente entre todas, con las jefes de enfermeras, con los médicos, y nos contábamos lo que pasaba en las comunidades: lo que faltaba, quien estaba enfermo, donde había lepra, o sea era algo dinámico y se socializaba ahí”.

En su trabajo como enfermera en El Paltal, Victoria recuerda que hizo parte del sindicato y que poco a poco se convirtió en la persona que sus compañeras proponían como vocera, para hablar con los gerentes del hospital por si faltaba algo. También del hospital la consultaban para tomar algunas decisiones respecto a los asuntos de salud del corregimiento. Una de las peticiones que le tocó hacer en representación de sus

compañeras fue la de recibir mayor capacitación que les garantizara mantenerse en su trabajo y aspirar a ascensos. Esto sucedía luego que el Ministerio de Salud recomendara acabar con las ayudantes de enfermería, lo cual hizo necesario que se volvieran auxiliares. Victoria recuerda esta gestión:

“Entonces empezamos a pedir que por favor se hiciera algo para capacitar a las ayudantes como auxiliares de enfermería, eso fue una lucha de casi un año, pero los gerentes del Hospital de esa época eran buenos y conseguimos eso con el SENA. Pero imagínate tú, que cuando eso se da, Victoria está embarazada, de la niña. Eso fue en el año 95, fue muy duro, muy duro, porque ya se empezaba a notar la presencia de los grupos armados con más fuerza en la zona”.

Ese mismo año Victoria sintió la entrada de los paramilitares a El Paltal, cuando algunos de ellos intentaron obligar a su esposo a que los transportara por tener el único automóvil del corregimiento. “Entonces para evitarse problemas mi esposo y su hermano se fueron. El papá los hizo salir y se llevaron a mi hijo a vivir donde mi familia”

Victoria se quedó por mantener su trabajo. Hacía unos meses había concursado por una plaza como auxiliar de enfermería en El Paltal ante el Ministerio de Salud. A comienzos de 1996, la solicitud fue respondida por el Hospital del Mar del Santo Patrono, comunicándole que la plaza le había sido asignada, pero para el puesto de salud de Amagúí. Este era un corregimiento vecino, ubicado a varias horas de El Paltal lo cual no permitía que Victoria fuera y regresara a diario. Por esta razón tuvo que tomar la decisión de irse a vivir allí: “¡Aunque no quería, me fui para Amagúí, acepté ese traslado!”

De esta manera, continuó haciendo sus viajes a ver a su familia en la capital del departamento ya no desde El Paltal como le había tocado desde el desplazamiento de su familia, sino que desde ese momento los hizo desde Amagúí.

### 1.3 “La gente no caminaba, la gente bailaba... era como un hechizo”

Durante su formación como lideresa, Victoria había conocido varios corregimientos en las misiones asignadas por la Pastoral Juvenil. Sin embargo, Amagúí le era desconocido y mucho más lejano que El Paltal, lo cual le generaba incertidumbre y cierto temor de vivir allí. Las diferencias que percibía entre Amagúí y otros corregimientos más cercanos a su ciudad de origen, se hicieron evidentes en su relato de la llegada a este lugar en 1996:

“La llegada a Amagúí ¡Ay eso fue muy feo! Además que yo me fui para allá porque yo tenía la esperanza, de que bueno, el gerente del Hospital se arrepintiera y nuevamente me mandara para El Paltal. Pero resulta que ese primer día que yo llegué, eso fue como con mucha ansiedad, porque yo sentí ese pueblo muy lejos, lejísimos. Eso era una zona que yo no conocía, yo conocía hasta la entrada del Alto de la Cruz, pero para allá nunca había entrado. Además porque íbamos en un bus estilo chiva, súper lento, con animales. Además de eso, ese bus iba lleno, la gritería y la bulla, la música, esa champeta, y yo no estaba acostumbrada a eso. ¡Ay no eso era un ruido feo! Y se gritaban, entonces para mí eso era nuevo, de mal gusto, yo nunca viajé en esos buses así, entonces eso como que me generó angustia.”

Desde antes de salir de El Paltal Victoria hizo gestiones para encontrarse con la enfermera a la que iba a reemplazar en el puesto de salud y a quien conocía desde las capacitaciones, que tiempo atrás, habían recibido en el Hospital del Mar del Santo Patrono. Como unos familiares de su esposo tenían casa allí, Victoria pensó que por su parentesco era posible vivir con ellos. Al respecto recordaba:

“Eliana, la enfermera, me recibió muy bien, me mostró el puesto de salud y después me acompañó a la casa de ese familiar de Juan, para informarle que yo me iba a quedar allí. Pero la esposa del señor dijo que no, que no había espacio para yo quedarme. ¡Mira que yo quería salir corriendo y devolverme!, no quería estar en Amagúí. Yo quería que eso fuera más cerca y que yo pudiera coger un bus y estar en mi casa enseguida, pero no. Entonces me prestaron una hamaca y yo empecé a dormir en el puesto de salud”.

Desde ahí y durante algunos años, el puesto de salud se convirtió en la casa y en el lugar de trabajo de Victoria. Aurelio Ramos el médico que la recibió, se había formado en una universidad pública reconocida en el Caribe, motivado por la admiración a la profesión de su mamá, quien como Victoria, era auxiliar de enfermería. Él la encargó de hacer los controles de hipertensión, en su mayoría, a las “*viejas*” y “*viejos*” de la comunidad, como ella los llamaba con cariño:

“Con ellos siempre lograba tener una afinidad y hacía mucha amistad porque empezaban a llegar y les gustaba hablar mucho conmigo y contarme sus cuentos. Me contaban que al principio, en 1933, fueron unas tres o cuatro familias que llegaron al corregimiento: Amagüí era puro monte, puro monte. Entonces esas familias, que hicieron como dos o tres casas en la placita, venían de otros pueblos cercanos. Pero los dueños de La Playa querían sacarlos de ahí, porque decían que esos terrenos les pertenecían a ellos y que ahí no iba a vivir nadie. Pero la otra gente se armó, no dejó que los sacaran ni la policía, ni los sacara nadie y fue una lucha continua”.

Los “*cuentos de los viejos*” poco a poco despertaron el interés de Victoria, por conocer más sobre la historia y las costumbres de las personas de este corregimiento. Recuerda que cuando llegó la sorprendieron las fiestas y los bailes de porro y fandango con los que la gente celebraba. Pero sobre todo, la manera en que el baile hacía parte de la vida diaria de la gente. En la primera entrevista que le hice a Victoria en el 2009 me contó con alegría y todavía con asombro:

“Allá en Amagüí la gente no caminaba, la gente bailaba, o sea para las personas que llegábamos por primera a vez, era como un hechizo de la comunidad eso, era un contagio de la alegría de la gente, cuando uno llegaba. A todo el mundo le llamaba la atención porque la gente y todo el mundo parrandiaba. Todo el mundo, si estaba barriendo, estaba bailando; si llevaba el balde de agua, iba bailando; si iba para el puesto de salud, iba bailando. Allá la gente no caminaba, allá la gente bailaba y lo hacían los pelados, los adultos, los viejos, todo el mundo, uno le veía con su son en su cuerpo y eso si se acabó”.

Al año de estar viviendo allí, Victoria recuerda que el doctor Aurelio Ramos pidió su traslado de Amagüí. Para ese momento, el paramilitarismo se estaba empezando a sentir en la zona norte y como ella cuenta “ya se encontraban los muertos”. A pesar de que los médicos que llegaban a Amagüí, en su mayoría lo hacían para cumplir su año rural, entre 1997 y el 2004 sólo hubo una médica que se quedó el doble de este tiempo, mientras los otros pasaron sus solicitudes de traslado unos meses antes de cumplir el año. Ella

era la doctora Diana Barrios, quien a su llegada, como bautizo en fuego, tuvo que presenciar en 1997 la entrada de “Daniel”, el primer comandante paramilitar en Amagüí, y obedecer sus órdenes. Ella junto a Victoria y a otros trabajadores del puesto de salud, debieron asear el puesto y atender y curar a las personas que resultaron heridas por machete, en su afán de cumplir la orden del comandante Daniel de limpiar el pueblo.

#### **1.4 “Llegan los pao-paos: El pueblo estaba sucio, ellos venían a poner el orden”.**

Uno de los aspectos de los que Victoria se va enterando por sus viajes periódicos a la capital del departamento y por el conocimiento que tenía de algunos municipios de la zona, era la procedencia, y la manera en que iban haciendo presencia algunos grupos paramilitares en la región:

“Antes ya estaban las CONVIVIR<sup>19</sup>, entonces ya se sonaba, se rumoraba que las CONVIVIR eran las que ajusticiaban a la gente. Pero pasaba algo muy claro en el departamento y era que la zona menos tocada era la zona norte de Mar Azul del Santo Patrono. La gente conocía que había unos grupos armados y todo ese cuento. Aunque ya venía minando de tres años atrás en las otras comunidades las muertes selectivas y todo eso, en la zona norte empezó como en el 97, cuando entra el primer grupo armado. Anteriormente a que ellos entraran ya habían salido pasquines y la gente no conocía, no tenía claridad de qué era lo que estaba pasando. Hasta que ellos incursionan a la comunidad y sacan a un pastor evangélico. Esto fue porque el pastor evangélico tuvo la decisión de ir a la Fiscalía a poner

<sup>19</sup> Las CONVIVIR eran cooperativas de seguridad que fueron creadas el 11 de febrero de 1994, por parte del gobierno colombiano, según el decreto 356, “por medio del cual autoriza la creación y funcionamiento de ‘servicios comunitarios de vigilancia y seguridad privada’, los cuales son definidos como una ‘la organización de la comunidad en forma de cooperativa, junta de acción comunal o empresa comunitaria, con el objeto de proveer vigilancia y seguridad privada a sus cooperados o miembros, dentro del área donde tiene asiento la respectiva comunidad.’” A su vez, se autorizaba para que los integrantes de dichos servicios comunitarios fueran dotados de armas de uso restringido para la fuerza pública. ...se pudo establecer que durante el año 1996, 60 de estas organizaciones, habían sido dotadas de numeroso armamento. ‘Como consta en las actas del Comité Consultor de la Superintendencia, de enero a diciembre de 1996 esta entidad aprobó para las convivir la compra de 422 subametralladoras, 373 pistolas 9 mm, 217 escopetas de repetición, 17 ametralladoras Miniuzi, 70 fusiles, 109 revólveres 38 largo y 41 armas de uso restringido -que pueden ir desde fusiles Galil hasta ametralladoras M-60, lanzacohetes, granadas de fragmentación, rockets y morteros” (Revista Alternativa N° 8, marzo 15 – abril 15 de 1997, página 12) .En el año 1997, la Fiscalía General de la Nación informaba de la existencia de más de 35 investigaciones penales, en contra de integrantes de las denominadas Convivir, en razón de su participación directa en la ejecución de diversos crímenes de lesa humanidad”. En: Paramilitarismo de Estado en Colombia 1988 – 2003 Centro de Investigación y Educación Popular–Cinep. Las Convivir: la legalización del paramilitarismo. <http://www.nocheyniebla.org/files/u1/casotipo/deuda/html/pdf/deuda13.pdf>. Consultada en Mayo 14 del 2012.

un denuncia de que habían salido los pasquines y ahí había unos nombres de gente que eran de la comunidad, que era gente sana. Y se fue a denunciarlos a la Fiscalía y a los dos días lo vinieron a matar. Eso fue en enero del 97, entraron lo sacaron y lo mataron. A raíz de eso, empezaron a llegar las otras muertes selectivas, entraban a los dos meses y sacaban y mataban gente, eso duró como tres años. Al principio la gente los llamaba los Pao-paos o los encapuchados. Pao-paos porque los niños cuando jugaban decían pao, pao, como en señal que habían matado al contrario. Entonces la gente en su ignorancia empezó a llamarlos los Pao-paos a ellos, o los encapuchados”

Estos paramilitares eran los que comandaba alias “Daniel”, quienes todavía no estaban agrupados en la naciente estructura nacional de las Autodefensas Unidas de Colombia. En poco tiempo, este grupo fue variando los implementos usados en el ejercicio de su violencia. Fueron pasando de los asesinatos selectivos a la imposición de órdenes y a los consecuentes castigos en caso de desobediencia. A su llegada, fue particular que después de las listas y los asesinatos de las personas que a su juicio no debían estar en la comunidad, el primer mandato colectivo fue asear y barrer las casas y las calles del corregimiento.

Victoria recuerda que ese primer día este grupo paramilitar comenzó a reunir a la gente de Amagüí en la plaza central: “Empezaron a mandar a la gente a hacer aseo, todo el mundo, señores, señoras, niños, todo el mundo, profesores, a limpiar las casas, los patios sucios, fueran de quien fueran, a todo el mundo”.

Ella, la médica asignada y la otra enfermera, continuaron su trabajo en el puesto de salud, desde donde escuchaban las nuevas órdenes que este grupo paramilitar les imponía a las personas del corregimiento. Luego de un rato de estar en la plaza, el comandante “Daniel” llegó al puesto de salud:

“Nos dijo que nosotros teníamos que hacer aseo. Nos dijo que teníamos que asear el puesto de salud porque nosotros éramos los que teníamos que dar ejemplo. La doctora se puso muy mal; este comandante cuando se dio cuenta que la doctora estaba embarazada, le dijo que se quedara quieta, que ella no se moviera [...]. Ese fue un día de mucha presión, ver uno que hubo algunos heridos que se cortaban con machetes, yo no sé si eran por los nervios o yo no sé. ¡Y tener uno gente armada en el pueblo mandando!”

La obligación de limpiar las calles y las casas, en un principio no fue mal vista por algunos pobladores. Una mujer con la que hablé en el 2009, me comentó que en ese momento muchas personas estuvieron de acuerdo porque “*eso era bueno para el pueblo*”. Barrer las calles y hacer aseo de plazas, era una costumbre practicada desde años atrás en varios de los corregimientos de la región. Durante este tiempo había sido promovida por los funcionarios de salud de la zona, por autoridades escolares y por la misma administración municipal. Todavía en Amagúí, antes de cualquier celebración colectiva, hombres, pero sobre todo mujeres, salen a barrer las calles con las escobas de palma de vino, que durante años, algunos residentes han fabricado y vendido en tiendas y graneros y cuyo valor hoy en día no supera los dos mil pesos.

No era extraño, que esta práctica comunitaria fuera percibida como positiva para las personas de Amagúí. Estaba asociada con condiciones de bienestar y con las orientaciones que desde tiempo atrás les habían ofrecido figuras de autoridad y legitimidad en la zona. Tampoco era raro que algunos consideraran la orden de aseo como una cualidad en sí misma. Esto la revestía de atributos de neutralidad y la hacía libre de sospecha, sin importar de parte de quien venía, si era obligatoria o no y a qué intereses de poder y control respondía. Pero no tardó mucho en develarse la intención de los paramilitares, detrás de esta práctica de limpieza. Como lo narró Victoria:

“Ese día nos dijeron que el pueblo está sucio y ellos venían a poner el orden, que ellos eran los que mandaban y que ellos iban a poner el orden en las comunidades. En todos los pueblos hicieron lo mismo, con todos los pueblos de la zona norte del departamento pusieron a la gente a hacer aseo, y empezaron a colocar algunas multas en las comunidades, empezaron a impartir la ley en las comunidades”.

Así, el aseo, tan cotidiano y bien visto por la gente, se volvía una de las prácticas mediante las cuales este grupo paramilitar combinaba la violencia explícita con mecanismos más sutiles de control, construidos sobre elementos de verdad, que no era fácil refutar. Este era un nuevo ejemplo, en el que la promoción del aseo y la limpieza, como cualidades de bienestar y cuidado social, indispensables para garantizar una mejor salud y vida entre las personas, servían como un eficiente vehículo para insertar en la vida cotidiana modelos de progreso, nuevas estructuras de poder y de disciplinamiento de los cuerpos (Lock and Nguyen; 2010).

Como se aprecia en el relato de Victoria, la relación entre limpieza y orden dejó clara la pretensión de dominación de este nuevo control armado. “Poner orden” y “limpiar” implicaban el rechazo de aquellos elementos considerados inapropiados, sucios, impuros o peligrosos, desde la mirada del sistema de clasificación (Douglas; 1973) que se quería imponer. A través de este primer día de aseo y limpieza, este grupo paramilitar anunciaba lo que pretendía borrar, sacar o regular. Lo primero fue la desobediencia: Desde la jornada de aseo a los que intentaron desobedecer se les castigó con violencia y así se dispersó el miedo sobre varias personas, que en su afán de limpiar bien la hierba, se cortaron sus manos con los machetes o rulas, como antes lo narró Victoria.

## 1.5 “Ese señor se creía que era un Dios”

Aunque el tiempo en el que este grupo armado permaneció en la zona fue menos de un año y su presencia no fue permanente en el corregimiento, su comandante no limitó las oportunidades de hacer explícito su poderío o esa propiedad de actuar de manera individual, sobre los otros sin hacer parte de ellos (Arendt; [1970] 2005). Es decir por la fuerza y no por el consenso. Muchas personas de Amagüí fueron obligadas a “pagar las multas” que este grupo armado les fue exigiendo por ser dueños de negocios, de fincas, tener ganado o cultivos que les reportaba alguna ganancia.

Aparte de estas órdenes generales que podían entenderse en relación al control de recursos materiales de la comunidad, empezaron a surgir expresiones de un control más cotidiano e íntimo sobre algunas mujeres de Amagüí. Victoria recuerda la tarde en que el comandante Daniel las visitó de nuevo en el puesto de salud:

“Ese comandante Daniel, ¡Ahh, ese señor que no sé, se creía que era el Dios, o no sé qué! Una tarde estaba la promotora ahí conmigo y ese señor se ha quitado la camisa y se quedó con esa espalda ahí, al aire, peluda. Entonces, estábamos las dos sentadas y nos dijo, -necesito que alguien me rasque la espalda-, nos dijo a nosotras y nosotras dos, lo único que hicimos fue salir corriendo de ahí. Nosotras lo dejamos sólo en el puesto de salud y nos vinimos”.

La expresión del relato de Victoria: “Ese señor se creía un ¡dios o no sé qué!” revela que para ella, esta exigencia constituía un abuso de poder, que las sorprendió tanto, que a pesar del mandato de no desobedecer, la única respuesta suya y de su compañera fue salir corriendo. Era claro, que este comandante les había dirigido esta orden por ser mujeres. A ningún hombre de la comunidad, le hubiera solicitado lo mismo. Esto daba un indicio del interés de este grupo por ejercer un control más íntimo sobre las personas de Amagüí, a través de un ejercicio de dominación, ligado tanto a lo armado como a lo masculino.

A los pocos meses, varias personas del corregimiento empezaron a escuchar y ver los disparos que le hicieron desde un helicóptero al campamento ocupado por Daniel y sus hombres que estaba en la finca “El Sur”, de un corregimiento vecino. Victoria narra ese acontecimiento como “el bombardeo a la gente de Daniel:

“Entonces un día cualquiera, nosotros no sabemos, nos imaginamos que fueron los militares, se les metieron los militares y los bombardearon, eso fue como para un febrero. ¡Uy sí eso fue horrible, horrible, horrible!, bombardeaban desde arriba y sonaban las pistolas con que les disparaban a ellos. De todas maneras esa finca, estaba como retiradita de Amagüí, pero nosotros alcanzábamos a escuchar. Veíamos a los papás angustiados corriendo, corriendo a buscar a sus hijos que estaban en la escuela, o sea eso fue el caos. Nosotros en ese momento le decíamos a la gente que se encerrara. Yo en ese momento como enfermera le decía a la gente cercana de la plaza, que recogieran los pelaos, que nadie quedara afuera, que se encerraran. Hasta que supimos que se estaban dando combate ellos allá, que se estaba combatiendo a la gente de “Daniel”. Y los bombardearon, y creo que ellos casi todos murieron, creo que todos y algunos se los llevaron presos. Yo creo que en ese combate murió el comandante Daniel”

Después de eso, Victoria relata que las personas de Amagüí quedaron tranquilas por la acción del ejército:

“Nos entró un fresco, dijimos ya se acabó, la ley acabó con los paramilitares. Las personas decían que eso ya se había acabado, que ellos, el Ejército, habían venido a protegernos a nosotros, pues eso pensábamos nosotros. Pero muchos años después, haciendo memoria, reconstruyendo la historia, es que analizamos y atando cabos sobre todo ese andamiaje que venía de los paramilitares, desde Montería, Sucre y toda esa zona, fue que divisamos que en ningún momento los militares nos fueron a salvar a nosotros, ellos fueron a

limpiarle el terreno a ‘Cadena’. Estos tipos de Daniel, que decían que eran de “Carranza” y que fueron a tomarse la comunidad, estaban en terreno ajeno. Estaban en terreno de ‘Cadena’, que supuestamente a esa organización le correspondía esa zona. Pues eso fue lo que logramos analizar. Ya para esa época había una permeabilidad de los paramilitares hasta cierto punto con el Ejército. Entonces empezaron nuevamente a hacer muertes selectivas, después de eso, para el año 99 si no estoy mal, hubo otras muertes selectivas en la comunidad”.

Como si se repitiera la historia para los habitantes de Amagúí, estas nuevas muertes selectivas, marcaron la llegada del segundo grupo paramilitar al corregimiento. Ellos hacían parte del Bloque Héroes de los Montes de María, de la estructura del Golfo de Morrosquillo, quienes serían los autores de dos masacres en Amagúí. Muy cerca de allí instalaron su campamento, lo cual facilitó un mayor control sobre de la vida cotidiana de sus habitantes, durante casi cinco años.

## **1.6 El terror de las masacres**

Desde finales de 1997 Victoria cuenta que se dedicó a su trabajo como enfermera, mientras se separaba de Juan, a quien durante su matrimonio no le había notado mucha preocupación por ella: “El nunca fue a Amagúí a verme, ni se interesó por saber donde vivía yo, ni cómo hacía mientras yo estaba allí”.

Esta decisión condujo a que arrendara una casa en Amagúí para vivir con sus dos hijos, ya que en el puesto de salud no había de espacio suficiente para ellos. La doctora Diana había tenido su hijo y vivía allí con él, con la mujer que lo cuidaba mientras ella trabajaba y con su esposo que los visitaba todos los fines de semana.

En su nueva casa, ubicaba cerca a la entrada principal de Amagúí, Victoria y sus hijos fueron armando su vida junto a los otros habitantes. Un par de años después, compartían esta vivienda y sus vidas con David, un pescador joven nacido en La Playa y del que Victoria se había enamorado en una de las fiestas patronales. Amagúí y La Playa, eran lugares cercanos, unidos por los trabajos y los afectos que David y Victoria tenían con la gente de estos corregimientos.

En el recorrido constante entre estos dos lugares, los cuatro se fueron volviendo una familia que todos los fines de semana paseaba La Playa en bicicleta. Victoria recuerda que siempre los acompañaba su perro León, un cruce de labrador y criollo, al que le gustaba el mar tanto como el yogurt.

En 1999, la gente de estos dos lugares volvió a escuchar sobre las muertes selectivas hacia personas de sus corregimientos. El día 24 de junio de este mismo año, mientras la gente de La Playa celebraba las fiestas de San Juan el Bautista, parte del Bloque Héroes de los Montes de María se dirigió a la plaza donde se encontraba la mayoría de la gente, y frente a todos, asesinaron a uno de los tres muchachos que hicieron parte de la masacre de esa noche. Al recordar este acontecimiento Victoria narró:

“Esto sucedió a media noche, delante de todos, justo cuando la gente estaba más enfiestada. Se estaban celebrando las fiestas de La Playa y llegaron ellos, llegaron los paramilitares. Estaban los picóss prendidos, y llegó una camioneta con los paramilitares y bajaron a alguien ahí en la Plaza. En el momento creíamos que sólo era ese muchacho, que era de la comunidad de Amagüí. A él lo pararon y lo mataron delante de las personas. Ellos llegaron y mandaron a poner las personas bocabajo, entonces mataron ese muchacho. Yo me había ido a dormir. Hacía como veinte minutos que estaba acostada cuando yo oí, que David llegó gritando, yo le abrí la puerta y él me abrazaba y lloraba, yo no sabía qué era lo que pasaba, hasta que la persona que lo acompañó me dijo que era que habían matado a alguien. Esa noche no dejaba de llover, fuera de eso llovía y llovía. El se quedó quieto conmigo abrazado, ahí se quedó dormido, eso fue como a las doce y media o una que ocurrió eso. Eso ya creó pánico, porque entraban y los sacaban de noche, porque no se sabía, porque era un mensaje claro a la gente sobre quiénes eran los que mandaban, y que quiénes se interpusieran sabíamos lo que podía pasar”.

El resto del año, para Victoria fue un tiempo de descanso “*en el que no había habido más muertos*”. Pero unos días antes de esta fecha del siguiente año, ella fue testigo de otra masacre, esta vez en la entrada de Amagüí:

“Eso fue a las doce de la noche, escuchábamos los perros, ya cuando nosotros escuchábamos los perros en la madrugada, era desastroso. No dormíamos, allá la gente creo que descansaba después que el bus que viajaba a la ciudad se iba. Cuando el bus empezaba a pitar, entonces uno decía, ya no va a pasar nada en la comunidad. El bus se paraba tres o cuatro [de la mañana] o de pronto más temprano para irse para la ciudad,

entonces ya a esa hora empezaban los que iban a viajar y eso. Entonces nosotros decíamos ya no va a pasar nada, pasaba antes de que el bus saliera. Entonces eran las doce, las personas que vivíamos cerca de la plaza empezamos a sentir las botas, las botas en la calle, botas así pesadas y mucha gente, como cuando marchan, eso empezamos a sentir en el pueblo, los que vivíamos cerca. Algunas personas dicen que alcanzaban a escuchar llanto o ruego de los muchachos que sacaban, que lloraban y rogaban a Dios que no los mataran. Y sacaron cinco y los pusieron muy cerca de ahí, de la entrada cerca de mi casa y empezaron a matarlos. Eso sonaba horrible, era como si estuvieran disparando ahí mismo en la puerta de la casa o en la ventana.

Uno no sabía qué pasaba, si era que le iban a disparar a uno, o se iban a meter a la casa, o que era lo que estaba pasando; y eso se oía cerquita, cerquita, los disparos esos, se oyeron como cinco o seis disparos, y el pueblo quedó en silencio.

Yo dormía en el piso, en el piso de mi casa, yo vivía en una casa muy cómoda pero el colchón lo tenía tirado en el piso y mis dos niños dormían en el otro cuarto. Yo ya vivía con David, él no se atrevía a moverse de ahí. Y yo no sé cómo me paré de ahí, cuando empecé a escuchar los disparos y yo cargué a mis dos niños, a los dos los cargué y me los traje para donde estábamos nosotros; los metimos en el medio y ahí nos acostamos, esperando a ver qué pasaba. Eso pasó como una hora, cuando sentimos que el bus empezó a pitar, entonces ya la gente como que se empezó a parar. A los que les habían sacado sus familiares de las casas, empezaron a pararse a buscarlos, no sabían dónde estaban, porque me imagino que ellos estaban distantes del sitio donde los mataron, o sea escucharon los disparos muy lejos. Nosotros, los que estábamos o los que vivíamos más cerca, sabíamos.

Y entonces ya la gente empezó a buscar sus muertos. Nos paramos como a las dos [de la mañana] todo el mundo, yo me acuerdo que nos paramos y abrimos la puerta, y yo creo que más nunca nadie durmió, en el pueblo. Se escuchaban los llantos de la gente, ¡yo tenía tanto miedo ese día! Tenía mucho miedo, tenía a los niños, eso fue un viernes, ese día no había luz, yo cogí y metí ropa de mis hijos y metí mi ropa y me fui para la ciudad donde mi familia. Yo no vi los cadáveres; cuando pasamos, cuando el bus pasó, ellos estaban ahí tirados pero yo no fui capaz de verlos. Yo me fui con mis niños para que ellos no vieran eso y David se quedó. Me cuenta la gente que eso era una desolación horrible, eso salió en el

periódico y era como algo normal; o sea, se mataba a la gente pero, no, no había autoridades, no había nada, ni quien ni nada. Esa muerte de los cinco se la adjudicó ‘Juancho Dique’<sup>20</sup> en una de las audiencias, dijo que él había participado”

Algunos asesinatos dejaron claro entre los habitantes de Amagúí los actos y personas que podían ser sancionadas por los paramilitares con la muerte, como fue el caso de los denunciantes. Pero la mayoría de los muertos, especialmente los de las masacres, generaron muchas dudas en la población acerca de las razones de su muerte. La falta de claridad sobre el porqué se asesinaba, hizo que se distribuyera y circulara el terror entre todos los pobladores, en tanto todos, o cualquiera de ellos, podían ser potencialmente acusados de algo y ser asesinados.

Así, más allá de la sanción sobre actos y sujetos específicos, el dominio paramilitar se sostuvo en el terror o “pánico” que había sido abonado por el grupo paramilitar anterior y que se incrementó en la comunidad, al obligarlos a presenciar de manera directa las masacres. Así, este grupo armado ponía en escena, de manera explícita y pública, su capacidad y posibilidad de disponer arbitrariamente de la vida y la muerte de la gente del corregimiento, al tiempo que los involucraba como testigos de esta violencia.

Por esa potestad que se adjudicaron estos grupos sobre la vida y la muerte de las personas de Amagúí, Victoria representaba a sus comandantes, como aquellos que “*se creían dioses*”. Su supremacía la ejercían mediante la fuerza de su violencia y el sentimiento generalizado del terror que se desprendía de ella. Pero para Victoria y otras de las personas del corregimiento, estas manifestaciones de violencia los hacía cada vez más ilegítimos. Sin embargo, no tenía alternativa distinta a emprender acciones para sobrellevar esta violencia como fue encerrarse, resguardar a sus hijos y al otro día salir con ellos del corregimiento.

## **1.7 “Un comandante al que se le fueron llenando las agallas”**

“El Tigre” fue el comandante asignado por el bloque Héroes de los Montes de María para la zona de la que hacía parte Amagúí y La Playa. Había nacido en una de las capitales de los departamentos de la región, en una familia de clase media y al llegar al corregimiento de Amagúí, estaba cerca de cumplir los cuarenta años. Victoria relata que cuando él entró al corregimiento, lo hizo tímidamente, en compañía de una mujer de la comunidad, pero en poco tiempo su alias tomó sentido entre la población de Amagúí, por generar tanto terror entre los habitantes, que aún en los espacios privados no se atrevían a nombrarlo.

---

<sup>20</sup> Comandante del Bloque Héroes de los Montes de María y que luego fue responsable de la Zona del Canal del Dique.

“Yo escuchaba a la gente que decía, que llegó “El Tigre”, que Reinalda lo llevaba. Eso yo escuchaba, pero todavía no lo conocía, yo no conocía al tal ‘Tigre’. Lo que sí sé es que él empezó a llamar a la gente de la comunidad. Reinalda le pasó el dato de por lo menos las parejas con que habían tenido conflicto, los vecinos con que habían peleado, el que había peleado por un ganado. Entonces así esas peleas hubieran sido de tres años atrás, él empezó a llamar a esa gente, a exigirles multas, a exigirles todo. Empezó a meterse en todo, él era el que daba los permisos, él era el que solucionaba los problemas.

Entonces empezó a hacer presión y el temor se fue generando en la comunidad, los profes le tenían mucho miedo, y ya no teníamos médicos en la comunidad. Porque todo el mundo sabía que era ‘paraco’, y que ajá, a cualquiera podía matar”.

Como cuenta Victoria, le tenían miedo porque “sabían que eran ‘paracos’ y que a cualquiera podían matar”. A diferencia del grupo anterior, estos paramilitares no sólo tuvieron el tiempo, sino la información necesaria, para meterse en la vida íntima de las personas del corregimiento. “El Tigre” era quien imponía las normas, concedía los permisos, identificaba a las personas y los comportamientos y acciones para castigar, establecía multas, regulaba los códigos de vestido para hombres y mujeres y los rituales de celebración y dolor, como las fiestas y los velorios. Ahora estaban bajo su control todas las personas de Amagú e imponía sanciones frente a cualquier tipo de comportamiento que no fuera el deseado por él:

“Él decía que ellos eran los que tenían el mando, entonces empezó a hacer muchas cosas. Al principio yo diría que empezó como que tímidamente, sobre todo porque había un mando mayor que era ‘Cadena’. Pero ya cuando él empezó a tener presencia en la comunidad, como que se le fueron llenando las agallas, como uno llama, y empezó a hacer más cosas. Entonces ya hacía actividades en la comunidad, ya él organizaba fiestas, casetas y la gente tenía que ir, la gente tenía que colaborarle, tenían que comprarle las boletas, a cómo él dijera. O sea era una presión muy fuerte que él empezó ejercer. Además, que prácticamente pasaba era allá, y no era como antes que uno no sabía quiénes eran, ya se sabía. Además ya andaba con hombres. Él nunca andaba sólo, andaba como con cinco o seis hombres. Esa fue la época de mas terror y miedo que se vivió acá, porque él en todo momento estaba amenazando, mostrando su poderío, y según él, era la ley en el municipio”.

Pero para Victoria uno de los aspectos que le generó más terror a ella y a otras personas de Amagüí, fue ver que los paramilitares en muchas ocasiones estaban acompañados de militares y de otras personas que eran percibidas como autoridad en la zona:

“Ya él juega a posesionarse de la comunidad y era evidente el temor y el terror que tenía la gente, ya nosotros sabíamos a quién teníamos que obedecerle, qué teníamos que hacer y quiénes eran los que mandaban. Porque ellos se veían con los militares, con los policías, con personalidades políticas acompañándolos y eso nos quedaba clarito que nosotros no teníamos otra alternativa sino obedecerlos a ellos. Así fue que nos mantuvieron en sus manos y en sus leyes por mucho rato, porque ellos eran los que estaban allí y ellos eran los que mandaban y nos daban los nombres de los políticos a los que teníamos que apoyar”.

Según el relato de Victoria este terror se había acrecentado cuando las autoridades de la zona que tenían el deber y el poder de protegerlos, se habían vuelto parte del apoyo de este grupo paramilitar. El terror aumentaba a medida que la violencia iba destruyendo [o en este caso aliando a representantes del] poder legítimo (Arendt; [1970] 2005), y en palabras de la misma autora: “alcanza[ba] su climax cuando el estado policial empieza[ba] a devorar a sus propios hijos[...]” (Arendt; [1970] 2005:76). Ser testigo de la complicidad de las autoridades de la zona al paramilitarismo, aún de parte de aquellos con un alto nivel de educación, hizo que surgieran en Victoria y en otras personas de la comunidad, sensaciones de ilegitimidad y sentimientos de impotencia, al ver inviable la protección por parte del Estado y el menoscabo de su poder –como gobernantes y profesionales-, dejando sus vidas bajo el total sometimiento de “El Tigre”:

“Yo decía él no es ningún intelectual, pero cómo es posible que la gente profesional del municipio le obedezca, que los alcaldes le obedecieran era como la degradación del valor humano, definitivamente en esos momentos. Y yo creo que eso era lo que hacía más mella en mí, o sea esa impotencia interna de saber que las cosas no estaban bien, pero que nosotros estábamos validando de cierta manera que eso pasara”.

## **1.8 “Las fiestas se volvieron de ellos”**

En una conversación que tuvimos con Victoria en el 2009 al preguntarle por los momentos en los que se juntaba la gente en Amagüí, de manera espontánea me respondió: ¡las fiestas!. Las personas de Amagüí habían crecido con las fiestas y los sábados en cada casa sonaba un picós con una música distinta. Pero

había fiestas establecidas para las que se organizaban comités y en la misma fecha las personas de Amagüí podían disfrutar de las parrandas visitando una y otra fiesta. Una de las fiestas más tradicionales que recuerda Victoria era la que organizaba anualmente el comité de viejos y viejas de la comunidad:

“Era una organización muy chévere que ya estaba cuando yo llegué y era que los señores de la tercera edad, anualmente se reunían y reunían fondos para una fiesta que uno llamaba la fiesta de los viejos y ellos todos los años hacían esa fiesta. Estaba muy bien organizada desde hacía mucho tiempo. Daban los tragos servidos, hacían actividades, aportaban económicamente e iban todos los viejos del pueblo a bailar ahí. Yo por lo menos, yo me iba un rato para la fiesta de los viejos, porque era muy chévere la organización que tenían los señores en ese entonces”

También había un comité o “Junta Pro-fiestas” que se reunía para preparar las fiestas patronales de junio en La Playa y las de la Virgen de las Mercedes en septiembre, en Amagüí: Victoria recuerda que “ellos tenían una tómbola para recoger plata para estas fiestas y que todo el mundo ponía su cuota, porque todo el mundo quería enfiestar”. Una amiga de ella, recordaba que junto a otras personas de Amagüí, recogían dinero atravesándole a los carros una cabuya para no dejarlos pasar hasta que dieran algunas monedas y a los que no daban nada les echaban barro. También recuerda que ellas hacían “cerveceros”, que era la cerveza que metían en grandes tinas con hielo, para venderla y cuyo “fondo” o ganancias, las compartían con quienes habían hecho la compra.

Victoria también me comentaba que sobre las ganancias de las fiestas todos tenían derecho: “Todos los tenderos podían vender su cerveza, el que quería hacer los fritos los hacía, el que quería poner un negocio lo ponía, todo el mundo trabajaba independiente y todo el mundo lo podía hacer”.

Así, las fiestas se constituían en los eventos de cada dos o tres meses que iban marcando el tiempo y el ritmo en Amagüí: Se celebraban las fiestas de semana santa en abril, las fiestas patronales de San Juan el Bautista en junio, las de la Virgen de las Mercedes en septiembre, un carnaval del 11 de noviembre y las fiestas de navidad y fin de año en diciembre, las que muchos aprovechaban para bautizar a sus hijos y que se extendían hasta comienzos de enero. De las fiestas patronales una amiga de Victoria recordaba: “toda la gente del pueblo caminaba con la gente de la música, hasta la hora que uno quisiera irse para la casa”.

Pero sobre todo, las fiestas eran uno de los principales lugares de expresión de la alegría colectiva en Amaguí, convirtiéndose en unos de los primeros espacios en ser regulados con la llegada del paramilitarismo. Como lo contó Victoria:

“Ellos eran los que decían a qué horas se bailaba, quiénes bailaban y quiénes no. Le decían a los tenderos que ellos no tenían derecho a vender trago y si había una tienda que vendía trago, era porque ese trago era de ellos y ellos se los daban a esa gente para que los vendieran, pero las ganancias económicas eran para ellos. Todo lo que se ganaba en la fiesta, eso lo manejaban ellos. Imponían normas, leyes, entonces ya la cerveza sólo la vendían ellos, ya todo el mundo tenía que ir a bailar, ya era un sólo sitio donde sonaba un picós, entonces ya la gente no lo hacía como antes, porque uno antes prendía su picós en su casa y uno enfiestaba en cualquier parte. Uno en el pueblo salía y se metía hasta a tres fiestas diferentes y parrandeaba, pero cuando ellos llegaron, entonces ya era un sólo sitio de fiesta, la que ellos impusieran y el picós que ellos impusieran. Le prohibían a otra gente dueños de picós que lo prendieran, las muchachas tenían que estar en las fiestas”; Sabíamos que la fiesta era la de ellos y a esa era a la que teníamos que acudir. Y ya la gente no parrandeaba lo mismo, porque antes era como espontaneo, se le veía a la gente la alegría, pero después no fue lo mismo...”

Se empezó a cobrar la entrada de las fiestas y a exigirle a la gente del corregimiento que comprara las boletas de ingreso. Dos mujeres con las que hablé en el 2009 me comentaron acerca de “El Tigre”:

“Él tenía la gente muy humillada, tenía que hacer lo que él dijera. Iban a la casa: ‘que estas boletas a cinco, diez mil pesos, que tienen que agarrarla’. ‘Uno que no, no tengo plata’. Y ellos decían que tienen que pagarla, que esto es del patrón, sino, él va a hacerles esto y él también necesita. Entonces uno hacía lo que fuera con tal de poner la plata. Los maridos de uno tenían que conseguir lo de la fiesta, si eran veinte o treinta mil, tocaba buscarla”.

El control de las fiestas fue más allá de regular los espacios de integración y concurrencia social o de controlar sus ganancias económicas. También tuvo fuertes repercusiones sobre la expresión de la emocionalidad relacionada con la alegría de la gente de Amaguí. Victoria recordaba que “los viejos”, a pesar del miedo a desobedecer, no volvieron a las fiestas:

“A los viejos se les acabó la alegría y ya uno no los veía ni en las casetas ni en las parrandas. Era una manera de ellos como que de demostrar la impotencia del hecho que les causaba no poder rebelarse en contra de esta ley, era eso. Ya se apagaron muchos de los señores, se apagaron, y no salían a bailar y ya no los veía uno con esa alegría de bailar los fandangos, de estar con uno[...] después de tanta ola de violencia, la gente empieza a perder todo eso, a desganarse, a no encontrarle sentido a esas costumbres sobre todo cuando ya hubo un tiempo donde muchas cosas que se hacían era obligadas, como hasta el mismo hecho de ir a bailar. Eso como que le resta la importancia que la comunidad le daba a eso, porque eso era algo natural, algo propio de la comunidad y nadie debía venir a imponerle a uno si uno quería ir a bailar o no quería; y ellos venir a cambiar costumbres, entonces eso como que le quitó las ganas a mucha gente”

## 1.9 “Uno no se atrevía a llorar por miedo”

Sucedió lo mismo con los velorios que era una conmemoración que se hacía en Amagúí durante nueve noches en las que los vecinos, amigos y conocidos del muerto, se reunían hasta la madrugada. Para no dormirse, hacían juegos, rondas, tomaban café, bebidas con jengibre y entre todos compartían la comida que llevaban. Con la llegada del grupo paramilitar este ritual fue prohibido. Así como se reguló “la alegría” de la comunidad con el control de las fiestas, ocurrió lo mismo con el dolor, prohibiendo los velorios de familiares o amigos. Hablando con una mujer mayor de Amagúí, me contó sobre esta imposición:

“Cuando ellos entraron para acá no aceptaron que se hiciera el velorio, nada que hubiera reuniones así en los velorios. Uno no se atrevía a llorar por miedo. Llegaron a prohibir llorar a nuestros muertos y decían que rompían altares. Antes cuando alguien se moría en Amagúí, se hacían las nueve noches de acompañamiento. Entonces en esas nueve noches la gente se reunía en la casa de los familiares del muerto, donde vivía, y allí uno pasaba casi toda la noche y la mayoría de las veces se amanecía ahí. Como para aguantar las horas de la noche, para no dormirse, habían por costumbre muchos juegos, jugar juegos, las maruchas<sup>21</sup>, el café y allí jugaban toda clase de personas, los señores, los muchachos, los jóvenes, las mujeres, todos. Los que no jugaban eso, jugaban dominó, pero igual era una

---

<sup>21</sup> Algunas personas han comentado el juego del parqués, dominó, pero también rondas como las maruchas o la tablita, en la que se juntan en círculo, cantan y bailan.

parte donde llegaba casi toda la gente de la comunidad y así acompañábamos a los dolientes durante esas nueve noches”.

Las maruchas era una ronda en la que hombres y mujeres empezaban cantado con cierta voz de lamento la siguiente petición: *San Isidro y San Simón santos de mi devoción, quítenme esta pesadilla que tengo en el corazón...*

Y continuaban con una canción más rápida y alegre, que entre su estribillo decía: *“Ay marucha, trucha que trucha que va”* se mencionaban frases alegres, graciosas y con contenido sexual.

Así *“la gente aguantaba las nueve noches velando, las casas estaban llenas en el día, no cerraban la puerta. Si la gente no tenía fuerza para comprar café o azúcar, uno se llevaba o le ayudaba para que pagara las rezanderas”*, me contaba otra mujer de la comunidad.

Una mujer a quien le habían asesinado a su hijo me decía:

*“La gente se aguantaba sufriendo, ahí callada, y no lloraban duro para que no los sintieran llorar y ese es un dolor muy grande, porque no podían desaguar su pena. Cuando me tocó el caso de mi hijo, yo sí lo lloré y le hice velorio. La gente me decía ¡ay vieja! usted hizo velorio. Y yo les decía sí, si me matan voy tranquila. Si me mataron a mi hijo que me maten a mí, decía yo. Pero no pasó nada, hay otras que no lo han hecho”*

Al ser las fiestas los principales lugares de expresión de la alegría, así como los velorios y entierros los del dolor, la regulación de estos espacios implicaba un control que iba a una parte más interna de los cuerpos: sus emociones. Controlar los espacios en los que se manifestaban las emociones colectivas, era controlar un lugar en que las personas de Amagúí, fácilmente superaban sus diferencias a través de las emociones, como un lenguaje poderoso e íntimo (Lutz and White 1986). Su poder estaba en mover la emoción del otro o conmoverlo, y de esta manera, continuar haciéndolo parte de una “comunidad emocional” que era capaz de fortalecer sus relaciones (Jimeno; 2008, 2010). A través del control de las emociones, se atacaron expresiones sociales con fuerte poder simbólico, que hacían parte de la estructura social de la gente de Amagúí.

## 2. Capítulo 2: “A las enfermeras nos hicieron para salvar vidas

Este capítulo describe cómo Victoria, a través de su posición como enfermera y por la confianza que fue construyendo con la gente de Amagúí, creó sin proponérselo, espacios de disidencia marginal frente al paramilitarismo. “*Saber curar*” era su deber, como lo dice ella, pero frente al control paramilitar también se convirtió en su campo de poder. Finalmente ella narra la manera en que se posiciona como lideresa en Amagúí, para mantener la organización de la “resistencia civil” y conseguir la protección de la comunidad.

### 2.1 “No sabía cómo quitarle la tristeza a la gente”

Victoria llevaba poco tiempo de haber llegado al corregimiento cuando el doctor Aurelio Ramos, al verle el interés en su trabajo y las necesidades de atención que allí surgían, se empeñó en enseñarle procedimientos que estaban más allá de las labores de una auxiliar tradicional de enfermería. Así, en poco tiempo ella aprendió a hacer suturas externas e internas, parar hemorragias y limpiar y curar heridas con “mecha” para parar las infecciones.

“Aprendí a suturar que eso no te lo enseñan ni en la universidad; a encabezar un tendón, eso no lo aprende uno allá. El doctor Aurelio fue muy buen médico y me enseñó muchas, muchas cosas. Y eso fue muy importante para mí, porque en Amagúí había mucho herido con machete, por riñas, pero la mayoría por su trabajo en el campo, en la agricultura. Entonces el doctor Aurelio me decía: - tú vienes a una parte donde tú no sabes qué te va a llegar, entonces tú tienes que aprender esto. Y él me ponía a practicar, practicábamos cómo íbamos a suturar, la sutura interna, la fascia y la sutura de la piel. La fascia es como la partecita blanca, esa que se te ve, que está entre la piel y el músculo. Y eso se corta muchas veces y eso se abre y queda como blanquito. Entonces eso hay que suturarlo aparte con otro tipo de aguja. También me enseñó a hacer puntos colchoneros, que eran diferentes a los puntos individuales. Los puntos colchoneros eran para que no se soltaran. Porque si era una herida en la rodilla, en el codo, en un sitio donde uno hacía mucho movimiento, entonces uno los hacía colchoneros, dándole la vuelta al hilo y eran seguidos para que fuera más fuerte. La piel estaba ahí, y el hilo era el que no se cortaba. Cuando uno hace un punto individual, tú cortas y vuelves y cosas, pero con los colchoneros no, con

los colchoneros es seguido. Tocó eso, me lo enseñó Aurelio Ramos. ¡Y allá, mi especialidad se volvió la sutura, por eso me querían en Amagúí!”

Estos conocimientos que Victoria fue adquiriendo, hicieron que se interesara en profesionalizar su trabajo. Por ello en 1998, al tiempo que se separaban con su esposo y empezaba a vivir con su hija e hijo en Amagúí, inició la carrera de enfermería en una de las universidades públicas más importantes de la región. Mientras tanto el doctor Aurelio Ramos pedía su traslado.

Como sus clases eran de jueves a sábado en la mañana, los domingos se encargaba de abrir el puesto de salud para recuperar las horas invertidas en su estudio. A pesar de haber llevado a sus hijos a vivir con ella, seguía viajando casi todos los fines de semana a su ciudad de origen, para que su familia cuidara de ellos, mientras ella estudiaba.

“Vivía con mis dos niños grandes y el perrito León. Yo me los llevaba y me los traía con el perro también, porque el niño quería mucho al perro. Nos daba pánico dejarlo y que le pasara algo. Nos lo llevábamos”. Así fue, como hasta enero del 2001, que terminé la universidad. En ese tiempo hice la solicitud para pagar mí año rural como enfermera en Amagúí. Le hice la solicitud a la gerente del hospital. Y me autorizó. Igual yo siempre tuve funciones como enfermera en Amagúí, pero empecé a asumir roles de enfermera jefe y creo que nunca dejé de tenerlos después de eso”.

Desde el ataque de parte del Ejército al campamento de alias “Daniel”, Victoria, la doctora Diana Barrios y otras personas encargadas de la salud en Amagúí, habían pasado de la atención de lesiones y enfermedades físicas, a acciones para evitar que habitantes del corregimiento fueran heridos en los enfrentamientos.

Poco a poco la reacción de Victoria de “recoger a la gente” para que se resguardara y salvara sus vidas, se desplazó hacia el cuidado de las manifestaciones emocionales a causa de esta violencia. Por ejemplo con la masacre de los tres muchachos en las fiestas patronales en 1999, ella lo narró como:

“¡Un día pesado del que quería despertar! [y en el que] ¡No sabía cómo quitarle la tristeza a la gente, como ayudar a la gente! [Explicaba que] había habido otros muertos, pero ese muerto así, como para darnos una lección, fue muy feo”.

En su relato de nuevo aparecen sentimientos de impotencia, esta vez relacionados con no poder cumplir el mandato femenino de cuidar de otros, que las funciones de su profesión reforzaban con curar. Pero ya no se trataba de afecciones físicas, sino de los dolores emocionales que resultaban de vivir bajo el terror. “*No saber cómo quitar la tristeza a la gente*”, se volvía un asunto del que como enfermera sentía que debía atender y tratar. Esta sensación de Victoria también respondía a las múltiples consultas que empezaba a recibir de personas de Amagüí, en las que luego de exponerle varios síntomas físicos, le decían en un tono bajo: “*Seño, es que yo siento el pecho apretao, es que yo tengo un no sé qué*”.

Victoria recuerda que después de las masacres, especialmente la de los cinco muchachos ocurrida a comienzos de junio del año 2000, el “*miedo a la noche*” se volvió una sensación constante para la gente de Amagüí. En el puesto de salud aumentaron los enfermos y cada vez eran más las consultas asociadas a diarreas, hipertensión, insomnio, dolores de cabeza y otros síntomas no establecidos en los protocolos médicos. Ahora la gente se quejaba de “*nervios*”, de sentir “*apretados*” en el pecho, de “*sustos*” y algunos “*no sé qué*” asociados al temor. Ella explica que las diarreas y otras enfermedades eran “*respuestas emotivas a la ansiedad*”, generada por el terror paramilitar de “*que cualquiera se podía morir*”:

“La gente siempre comentaba: Yo no puedo dormir. No dormían por el miedo, por el susto, estaban pendientes que cualquiera se podía morir o que se podían meter en la noche, porque no sabíamos y siempre se metían de noche. Y cuando se metían, se metían encapuchados en horas nocturnas o de madrugada que nadie los viera. A Julián lo sacaron de una casa, se lo llevaron y lo mataron y a otras tres personas que las mataron, también los sacaron de sus casas donde estaban dormidas y los mataban ahí mismo. Por ese tiempo se dispararon las hipertensiones, muchas diarreas yo diría que emotivas, muchas respuestas emotivas a la ansiedad que se vivía en ese momento en la comunidad, por el temor a los paramilitares uno tenía que acostarse temprano. Esa ya era una situación que se sentía en el ambiente, que se sentía mucho. La gente se quejaba de dolor, muchos dolores de cabeza, dolores en los músculos, muchas taquicardias, a la gente le daba mucho de eso, como decían ellos: siento apretaos. Muchas contracciones de los músculos; anginas, claro, mucho dolor, la gente vivía estable con dolor. La gente se enfermaba mucho como una respuesta a una situación de estrés que se vivía en la comunidad. Mucha gente tomaba pastillas, droga para los nervios. Sí mucha gente nerviosa, mucha, mucha gente. Los nervios eran una de las principales quejas por las que la gente acudía al puesto de salud: ‘Ahí yo no sé seño, ¿es que tengo un susto! Yo no sé que tengo, yo tengo un susto, un

apretao en el pecho, como un susto, como un no sé qué’. Ya yo sabía que era, porque a mí también me daba ese no se qué”.

Como algunas de estas personas varias veces por semana repetían su consulta, Victoria le agregó al examen de diagnóstico, mayor tiempo para conversar con ellas. Ella recuerda que muchos, aunque hablaban de distintas cosas, eran herméticos para hablar de “El Tigre”. Algunos ni siquiera lo podían nombrar. En sus consultas, por ejemplo, cuenta que nunca escuchó quejas de quienes estaban siendo víctimas de extorsión por parte de este grupo paramilitar. Pero para otras personas, esta consulta se volvió un espacio para hablar en secreto, “*para desahogarse*” con ella:

“Cuando a mí me llegaba un paciente, por decirte algo, dos veces a la semana, o todos los días a la semana iba con dolor de cabeza, o porque le dolía el pecho, o mírame la presión que yo creo que tengo la presión alta, o es que tengo la presión baja, yo me imaginaba porqué era. Con ellos yo hacía como más charla, les daba la medicina, pero con muchos de ellos me sentaba a hablar, hablar y hablar...Había mucho miedo, mucho temor y alguna gente ni siquiera se atrevía a decir es que “El Tigre” esto, incluso él podía estar en un problema con cualquiera, extorsionándolo o algo y ellos no lo decían. Se sabía más, por ejemplo, el tema de mujeres, cuando él se las llevaba para arriba, porque todo el mundo sabía, porque todo el mundo veía. O cuando se llevaba un muchacho para castigarlo o para algo. Pero muchas familias en Amagüí que fueron extorsionadas y que fueron violentadas por “El Tigre”, no se atrevieron nunca a decirme nada. Era gente muy temerosa, pensaban que con decirlo se les iba a agrandar el problema y el iba a tomar represalias contra ellos.

Otros, en mi función como enfermera, me comentaban esos miedos, o me enteraba de cosas que ocurrían en la comunidad porque la gente me decía, es que ocurrió esto y esto y “El Tigre” le hizo a fulano esto. Pero más era como una confesión de enfermera, era más como un desahogo de ellos, ¿sabes?, para minimizar los nervios, para desahogarse, para eso. Entre otras cosas porque tenían la confianza de que yo no iba a salir a decídeselo a nadie.”

La confidencialidad de su oficio como enfermera les permitió a las personas de Amagúí la apertura de un espacio para hablar con ella de los asuntos no dichos por miedo al paramilitarismo. Pero sobre todo era la confianza que había ganado con las personas del corregimiento la que hacía posible construir este espacio.

Victoria se había vuelto otra habitante de Amagúí, a quien le gustaba comprar la yuca en la cuadra de atrás de su casa y que como cualquier vecina recibía los plátanos o aguacates de parte de quienes los cosechaban en el pueblo. Además, por las brigadas de salud que hacía con otras auxiliares y promotoras, conocía bien todas las veredas y los barrios del corregimiento. También, se había ganado la confianza y el cariño de los viejos que le contaban las historias de Amagúí, tal vez por ser foránea, o por su personalidad abierta, por su alegría, por su empatía, o por su interés y curiosidad en las costumbres de la gente de allí. En poco tiempo, Victoria se había vuelto una más de las que disfrutaba las parrandas y quien un tiempo después de llegar a vivir allí, decidió organizar nueva casa y familia con un pescador de La Playa.

Estas características la acercaban más a las personas del corregimiento y contribuían a confiar en ella por la proximidad de compartir la cotidianidad y algunos sentimientos similares hacia las mismas cosas. Pero había un elemento adicional y era que a pesar de que su oposición a las acciones de los paramilitares era soterrada, algunas personas de Amagúí empezaban a notar su inconformidad:

“Yo no sé, si mas era porque yo había ganado cierto liderazgo en la comunidad y también por el hecho de ser enfermera, toda la confianza. Además que no sé por qué, pero en Amagúí siempre estuvo esa sensación, de que yo era parte contradictoria de ellos [los paramilitares]. O sea todo el mundo sabía que yo con ellos ¡nada! Yo nunca patrociné lo que ellos hacían, y yo de pronto nunca me enfrente a ellos directamente, pero con mis actitudes... O sea yo nunca estuve donde estaban ellos, era como una manera de decirles, yo no estoy de acuerdo. O la impotencia de uno de no poder decir algo y la gente sabía eso, la gente se daba cuenta de eso; también que había tenido algunos inconvenientes con el jefe paramilitar. Y a veces no sé, como que pensaba en voz alta o no me callaba algunas cosas que veía que me dolían mucho y las decía. Entonces, eso ayudó a que la gente me tuviera mucha confianza. Además que durante un buen tiempo fui el referente de salud, no había nadie más”.

Ser referente de salud y profesional en el tema, le daban a Victoria cierto estatus y autoridad basados en sus conocimientos de sanar, curar y salvar vidas, lo cual contribuía a aumentar y visibilizar su liderazgo.

Todas estas circunstancias unidas a las características de su personalidad, fueron coloreando y modificando las relaciones, las emociones y los lugares sociales, que ella desde su oficio de enfermera y como habitante de Amagüí fue ocupando y anudando con las personas de allí. Además, contribuyó a que tuviera un acceso más amplio a información sobre la violencia paramilitar en la zona, desde los espacios privados e íntimos de las personas que la consultaban en Amagüí.

## 2.2 “A mí también me daba ese no se qué”

Junto a otros habitantes de Amagüí, Victoria había experimentado el miedo a las masacres y a los asesinatos de las personas que los paramilitares sacaban de sus casas en la noche. También había vivido las sensaciones de terror que escuchaba en las consultas desde cuando este grupo se había vuelto “ley” en Amagüí. Por ello, cuando le hablaban de “*un apretao*”, “*como un susto*”, o un “*no sé qué*”, como ella narra: “*Ya sabía que era, porque a mí también me daba ese no se qué*”.

“A mí esos no se qué me empezaron a dar prácticamente como para la época del reinado [de belleza] que organizó “El Tigre” por ahí en el 2003, en pleno auge de él. Era evidente que había un choque de ideas entre lo que era él, lo que hacía con su gente y lo que representaba yo en la comunidad, por decirlo así. Entonces ya empezó a haber diferencias entre él y yo y ya empezó a hacer una serie de cosas, como hacer casetas para fiestas y decir que todo el mundo tenía que ir. Y ya empezó un choque porque yo era muy rebelde. Yo iba a las casetas sólo por complacer a David, porque yo sabía que a David le daba temor, porque después “El Tigre” iba a tomar represalias si sabía que uno no iba. Cada vez que había una caseta yo sabía que “El Tigre” terminaba llamándome, porque algo se presentaba en el puesto de salud, entonces me llamaban a mí.

Y cuando el reinado, hubo muchos choques y la gente empezó a decirle que yo no lo apoyaba, que yo no estaba con él, entonces ya él empezó a verme como un enemigo ahí. No sé, yo creo que nunca se dio que me hiciera daño, las veces que intentó hacerlo, o trató de hacerlo, las cosas no se le dieron. Entonces ya después de eso a mí sí me empezó a dar ese no se qué. A veces en la noche me daba mucho temor y al principio cerraba muy bien la puerta y hacía una cantidad de cosas, yo dormía con un jean o siempre vestida como preparada, esperando que me fuera a buscar y no me cogiera a mí en pijama, porque él

sacaba gente de sus casas, las maltrataba y no le importaba que a uno lo vieran. Yo no dormía y yo creo que la mayoría de la gente no dormía”.

Experimentar estas emociones asociadas al terror paramilitar como lo hacían otras personas de Amagüí, le permitió a Victoria comprender los nuevos dolores que padecía la población y al mismo tiempo sentirse partícipe de una misma comunidad emocional con las personas que atendía. Sin embargo, en esta comunidad, nuevamente Victoria centró su lugar social en lo que consideraba su compromiso como enfermera y funcionaria pública, que para ella era atender, sanar y servir a otros. Al preguntarle si en algún momento su salud se afectó por ese temor, me dijo:

“Yo pienso que en ese momento yo sentía que era una responsabilidad mía como servidora pública estar ahí con la gente, que yo no me lo permití, yo no me podía enfermar, ¡Yo no me podía enfermar! Es más, yo creo que si me enfermé nunca lo quise asumir, porque tenía que estar ahí, porque ¿Si la gente se enfermaba, a quién buscaba?”

Así, Victoria se iba convirtiendo en una de las personas que debía estar dispuesta a atender a quienes acudían a ella por ayuda. La disponibilidad como parte de su compromiso de atender, sanar y servir a otros, no sólo le quitó tiempo o importancia a la expresión de sus emociones personales, sino que en ese contexto de control paramilitar, ella lo volvió un propósito para contribuir al cuidado emocional de otras personas del corregimiento. Un día que le pregunté si habló de ese miedo con alguien cercano o de su familia me respondió:

“Con nadie. No, con David menos y con mis hermanas no; yo trataba de que ellas no supieran que tan grande era el riesgo, como para que ellas no vivieran allá preocupadas. Ya para los últimos años sí, cuando el riesgo fue muy inminente. ¿Y hablar de miedo en la comunidad? No. O sea, yo no podía hablar de miedo, yo tenía que infundirle a la gente valor, calma, tranquilidad”.

¿Cuándo fue la primera vez que tú hablaste de ese miedo?

“No sé, no me acuerdo. No sé. Hay cosas de las que nunca he hablado”

La expresión de sus emociones las reconfiguró bajo la necesidad de dar soporte a otros. De ahí que empezara a representar un canal de escucha y consulta permanente de los dolores físicos y emocionales que padecían algunas personas de Amagüí, contribuyendo a que se conformara un espacio oculto para hablar o confesar aquello que el control paramilitar no permitía.

## 2.3 El reinado y las primeras amenazas

Durante un reinado de belleza organizado por “El Tigre” en febrero del 2003, la inconformidad que expresó Victoria frente a la imposición de cambiar a la candidata de La Playa, le significó a ella las primeras amenazas directas. En ese momento Victoria se encontraba en su licencia de maternidad por el nacimiento de su tercer hijo en diciembre del 2002 y gozaba de las vacaciones que había dejado acumular para pasar más tiempo con él. Los primeros días, había estado en la capital del departamento con su familia de origen pero después de unos días se había ido para La Playa en dónde estaba David y sus amigos. Victoria recuerda que un sábado salieron con David a parrandiar:

“Entonces había un amigo de nosotros con mis amigos de siempre, de La Playa. Ellos nos dijeron pero colabórenos, quédense aquí, tómense una cerveza para colaborarle a la reina. David conmigo siempre fue muy parrandero y yo para esa época me acuerdo que no tenía plata, mi suegro me prestó. A mí me habían dicho que la reina era una chica de La Playa, una pelada que yo conocía, entre otras cosas era familia de David, y me quedé ahí en esa fiesta. Bueno se acabó la fiesta y nos quedamos ahí. Después yo no sé, pasaron unos días, unos ocho días o yo no sé qué pasó, yo no me enteraba casi y de la noche a la mañana cambiaron la candidata. “El Tigre” impuso otra candidata allá, una niña de Amagüí, entonces el dijo que esa iba a ser la reina y que la junta [Pro-reinado] tenía que colaborarle.

A mí, los amigos de ahí, me habían pedido que les colaborara, que había un reinado en Puerto Grande, yo creo que eran las fiestas de Puerto Grande si no estoy mal. Entonces que les colaboráramos nosotros para poder pagar el carro hasta allá. Entonces nosotros con el fin de colaborarle a la Junta Pro-reinado, que eran los amigos de nosotros, nos fuimos con ellos para Puerto Grande. Ahí fue donde yo me enteré que la candidata era una niña de Amagüí. Pero esa niña, yo no sé en su cabecita que tenía, si era que se creía que estaba participando por algún reinado de Cartagena o qué. No sé qué dimensión tendría del

reinado, pero creía que tenía a Dios agarrado por una pata. Y ese día ella quería bajarnos del carro que nosotros estábamos pagando. Entonces yo le dije a mi amiga, pues yo me bajo pero no te pago na, yo me quedé aquí, a mi me da lo mismo quedarme en Amagúí, que ir pa otra parte. Total que como se pudo nos fuimos pa Puerto Grande. En Puerto Grande, el fin nuestro era irnos para la caseta, a nosotros no nos interesaba lo del reinado. Ella ignoró completamente a la directiva que tenía y se fue a encontrarse con las otras candidatas y como que con ese Comandante, no sé. Nosotros nos pusimos a parrandear y a tomar, y el picós y la cosa y la gente se anima. Una de las muchachas que era de la Junta directiva si estaba dolida y con toda razón, porque ella estaba organizando y la chica la había ignorado completamente. Entonces como a las nueve de la noche, cuando la fiesta se pone mejor, llega esta niña: ¡Nos vamos!, o sea como dándonos ordenes, a nosotros. ¡Nos vamos!, y ella quien se creía que era ¡Ajá! Entonces la chica que era la encargada le dijo ¡Nos vamos cuando yo diga!, ahorita nos vamos, estamos parrandiando. Ella hizo pataleta, pero nosotros nos fuimos cuando la Junta directiva decidió que nos íbamos, no cuando ella le dio la gana. Mi pecado, mi error, fue haber dicho a la joven de la directiva que yo pensaba colaborar con el vestido de la reina, pero como nos cambiaron la candidata y ya no es de La Playa, entonces yo no te colaboro con na”.

Victoria recuerda que cuando ella dijo esto, estaban cerca varias personas de Amagúí a las que “El Tigre” las estaba obligando a colaborar con el reinado. Al día siguiente, la fueron a buscar algunos profesores de Amagúí:

“Cuando ellos llegaron, yo los noté asustados y me dijeron: - Victoria, es que necesitamos que nos acompañes-.

-Y yo, ¿Que te acompañe a donde?.

- No, lo que pasa es que el patrón, mandó a decir que subieras allá a La Cima.

-Y yo le dije ¿Qué patrón?,

- “El Tigre”.

- Y yo le dije: “El Tigre” no es mi patrón y yo no voy para La Cima.

¡Uy pero esos profesores estaban más asustados!, la gente estaba muy nerviosa, mucha gente pensaba que él me iba a matar allá. Y yo no iba a ir. Yo decía que si él quiere decirme algo que venga acá. ¡No, que tienes que ir, que te mandó a decir que tienes que

ir! Y yo fui, fuimos un poco de gente en un bus. Él iba a hacer la presentación de las candidatas y la presentación de otras personas de la comunidad, que estaban ahí. Y había una persona que era como que les iba a enseñar modelaje, algo así, algo de Cartagena, e iba a hacer toda esa presentación. Total que nosotros fuimos allá. Para nosotros eso fueron horas eternas de estar ahí sentados y escuchado toda esa cantidad de cosas. Y aplaudir, sin tener ganas de aplaudir, porque uno ahí estaba con el temor, uno sabía ya a lo que iba. Eso fue en La Cima, en la casa donde él vivía. Cuando se acabó el dichoso reinado, los profesores me llevaron donde estaba él. Allí él me dijo que yo no le quería colaborar a su reina, que yo había tratado mal a su reina. Yo le dije: Yo no la traté mal, lo que pasa es que ella también tiene que saber que las personas le están es colaborando. Y me dijo, no, usted no puede tratar mal a la reina y ahora usted tiene que colaborarle a ella. Y yo le dije no, yo no puedo colaborarle, yo estoy en mi licencia de maternidad. ¡Ya le dije que tiene que colaborarle o si no sabe usted lo que le pasa! Los profesores me sacaron de ahí y nos vinimos, entonces la junta directiva de La Playa me llamó y entonces yo, bueno vamos a hacer lo que se pueda hacer en este reinado. Pero esa niña se creía reina de verdad, [risas] se creía reina de verdad, verdad. Entonces empezamos a organizar el reinado y como eran todos los corregimientos los que participaban, él a mi me había dicho que yo tenía que ponerle a ganar a su reina. Entonces ¿Cómo hacíamos?, yo de reinas no sabía nada, y los que estaban allá de directivas menos; entonces yo les propuse a la gente que buscáramos quien sabía de eso, que nosotros no sabíamos de eso y me vine para la ciudad y hablé con unos amigos, que sabían de eso. Uno me había dicho que sí, pero que si él iba llevaba un amigo que le ayudara porque había que organizar carrozas, vestidos y todo eso y que él nos cobraba”.

Victoria recuerda que estos dos muchachos cobraban como 500 mil pesos por su trabajo, lo cual les ponía la tarea de gestionar este dinero para cumplir con las órdenes de “El Tigre” de “hacer ganar a su reina”. Pero a la vez, debían obtener su permiso para que autorizara la presencia de ellos en Amagüí, ya que él era quien controlaba la llegada y la salida de las personas al corregimiento y más en este caso, en el que los invitados expresaban una opción sexual sancionada por el paramilitarismo.

“Nosotros ¿De dónde íbamos a sacar esa plata?, entonces nosotros reunimos a la comunidad y les dijimos a la comunidad lo que estaba pasando. Como ya “El Tigre” le había dicho a la comunidad que todo el mundo tenía que participar, que el que no le fuera a apoyar a la

reina sabía lo que le iba a pasar, que hasta el más viejo tenía que irle a hacer barra a ella allá. Entonces la gente dijo que todo el mundo colaboraba, ¿Que si había que dar algo? y nosotros nos inventamos reinaditos e hicimos de todo ahí. A la gente de los barcos que se acercaban allá, les mandábamos a pedir que nos colaborara y a la gente de las fincas para poder reunir la plata y pagarle a los que nos ayudaron.

Una de esas noches, como “El Tigre” no sabía que nosotros estábamos planeando eso, entonces, uno de los organizadores, un señor de Amagúí, me dijo bueno Victoria, hoy esperamos a que venga “El Tigre” para hablar con él, a ver si él da el permiso para traer esas personas. Esperamos a que llegara y el señor que organizaba me fue a buscar y me dijo mira, ya “El Tigre” está ahí, haber si hablamos con él. Yo creo que fue una de las pocas veces que yo me paré a hablar con él. Entonces ese día fuimos y él estaba en la tienda del señor Melquíades, ahí estaba una profesora y había otras personas. Entonces el señor que organizaba le dijo [a “El Tigre”] que nosotros no sabíamos de reinado y que si él daba permiso para que nosotros trajéramos unas personas que lo atendieran.

Entonces yo le dije que eran homosexuales. Él al principio dijo que él no quería maricas en el pueblo, entonces yo le decía pero nosotros no sabemos cómo organizar, eso hay que hacer carrozas y todo eso. Además ellos saben, ellos la van a poner más bonita, la van a ayudar, si ella quiere ganar, nosotros no podemos porque nosotros no sabemos de eso. Entonces él nos pregunto cuánto costaba y yo le dije, yo no estoy muy segura yo creo que eran 500 mil pesos.

¿Y de dónde van a sacar tanta plata nos dijo? y yo le dije, no, vamos a hacer actividades y la gente va a colaborar. Además usted cuando empezó el reinado dijo que iban a mandar un aporte. Yo no sé cuanto sería el aporte, yo creo que él le entrego al señor que organizaba 100 mil pesos o algo así no me acuerdo, para el reinado. El otro aporte lo hicimos nosotros con las actividades, con toda la comunidad. Y llevamos a los muchachos”.

El reinado como celebración se volvió otro de los espacios en los que el paramilitarismo impuso participar a las personas de Amagúí. A diferencia de las fiestas, en este evento se involucró a toda la comunidad, no sólo con su presencia y sus aportes, sino que a las personas que representaban algún liderazgo y autoridad en la zona, como a Victoria, se les obligó a la gestión de sus recursos y a su organización. Así, el dominio armado, mediante las amenazas, hizo explícito su control sobre personas que tenían algún poder local. Esto

generó reposicionamientos entre los habitantes del corregimiento, algunos de cuáles empezaron a acusar ante el comandante paramilitar a estos líderes o lideresas cuando su gestión no los satisfacía. Victoria relata de manera detallada como estas acusaciones fueron los principales movilizadores de sus amenazas:

“¡Uy Ange, esa niña [la candidata de “El Tigre”] nos hacía unas exigencias. Una semana que se la llevaron a practicar y eso todos los días había que ponerle ropa nueva y nosotros mirando haber. Uy no y como yo era la que mas salía, a mi me tocaba ir a ver quién le hacía el vestido, cómo iba a ser el vestido y todo eso. Mucha plata de mi bolsillo tuve que sacar para eso y fuera de eso, a los muchachos teníamos que mantenerlos, sostenerlos. Al principio del reinado con las carrozas y eso, nos quedamos en La Playa y la gente nos colaboró mucho. A la larga, el reinado a pesar de que había toda la presión y todo el temor y miedo, la gente como que terminó involucrándose en la actividad y la gente se animaba y estaba ahí pendiente de traer cosas para la carroza, cuando teníamos que ir a hacer barra, nos íbamos todos y terminaba uno haciéndole barra. Entonces la gente terminó involucrándose y colaborando en el reinado.

Pero un día yo me acuerdo que la mamá de esta niña estaba tan furiosa, porque ella quería que lo que su hija se pusiera fuera de calidad. Yo no sé que se estaban imaginando. Entonces querían que le pusiéramos cosas finas y no había presupuesto para eso. Estaba un señor Ruben que ya murió y era presidente de la Junta de Acción Comunal, un gran líder, de La Playa, pero en ese entonces él también hacía parte de la Junta Pro-reinado. Entonces reunidos con la mamá mirando haber, porque había un dichoso reinado del vestido de cosas de la cultura, algo así, no sé. Y la mamá se cabrió porque nosotros no habíamos conseguido para el vestido y nos dijo que a su hija le iríamos a poner nosotros trasmallo viejo. Los trasmallos son esas mantas de pescar que deja la gente por ahí. Y el señor Ruben le dijo, bueno mijita si tenemos que ponerle trasmallo viejo, trasmallo viejo le ponemos, porque aquí no hay plata pa traerle cosa fina.

Esa niña se fue brava y yo no sé, ellos tuvieron una reunión como que en el colegio de bachillerato, y yo no sé lo que ella le dijo a “El Tigre”, total que “El Tigre” me fue a buscar a la comunidad armado, hizo como dos disparos. Entonces le preguntaba a la gente de La Playa que dónde estaba la malparida enfermera, guerrillera, porque él me iba a matar. Y reclamándonos todo lo que había pasado en Puerto Grande.

Pero no me encontró ahí porque yo estaba en Amagüí. Entonces una muy amiga mía le dijo que nosotros no estábamos de acuerdo que fuera esa niña la reina porque no era de La Playa, pero que no la habíamos tratado mal. Allá no pasó esto, allá pasó esto, esto y esto. Como ellos tenían la autoridad y no querían que nadie los desautorizara, “El Tigre” la iba a montar al carro para llevársela, en el carro ese que después la gente le llamaba la última lágrima. Ella se alcanzó a montar pero el esposo, los hijos y toda la familia también se montaron. Cuando “El Tigre” se dio cuenta que la mayoría de la gente se iba a montar en el carro apoyándola a ella, la bajó. Desde entonces mi temor fue más grande porque la familia de David y mis amigos pensaban que él iba allá para Amagüí a matarme a mí. Pero él nunca se acercó, ni me dijo nada después de eso, yo igual le seguí colaborando con su reina”.

El comentario de hacer un vestido de trasmallo que le generó la molestia a la mamá de la reina se hizo realidad. Como no había fondos para el “traje típico” de la candidata, los organizadores le hicieron este vestido adornando un trasmallo con figuras de mar, que mereció un premio de parte de los jurados. Después de esto Victoria siguió trabajando en la organización del reinado hasta el día de la coronación:

“Gracias a Dios, llegó la coronación dichosa y esa niña ganó su reinado y yo estaba fundida. ¡Ay yo no podía más! Yo me acuerdo que cuando ese dichoso reinado, yo me fui al día siguiente a dormir a mi casa, a La Playa. Entonces el premio del reinado era una vaca y unas horas de fandango, yo no me acuerdo bien. A mí no me interesaba eso, yo quería que ese dichoso reinado se acabara, quería tener tiempo para atender a mi hijo, organizar mi casa, todo eso. Pero “El Tigre” al día siguiente, muy temprano me mandó llamar. Yo le pedí el favor al muchacho que estaba ayudando a la organización del reinado que me acompañara, porque a mí me daba miedo que me mandara llamar, yo que sabía que me iba a hacer. Entonces “El Tigre” estaba en una casa de un señor de Amagüí. Yo llegue ahí, y llegó y me dijo:

-Ya ganó tu reina,

-Yo le dije, sí

-Me dijo: Ahí está el premio, llévatelo, ese premio es de ustedes.

-Yo le dije no, yo no quiero ese premio, la comunidad no lo quiere”.

Victoria como con sorpresa de su propia respuesta a “El Tigre”, de no aceptar la vaca que daba como premio, a pesar del miedo, me con tono de asombro:

“¡Ay no mira, yo estaba sola!; todos los de la junta directiva del reinado de nosotros estaban cansados, algunos borrachos y se fueron. Entonces la que tomaba la decisión era yo, porque yo era la única que estaba ahí. Entonces yo le dije que nosotros no queríamos vaca, que eso se lo había ganado esa niña que se lo diera a ella y yo me fui a acostar. Yo estaba fundida, y ese mismo día creo que ellos se presentaron en La Playa con una banda. Después de eso no se qué pasó, ni quien llevó la banda, ni quienes fueron, porque a mí no me interesaba, yo lo único que quería era salir de eso. Yo creo que la gente todavía no dimensionaba toda esa presión que uno tenía encima. Porque era muy fácil para la gente que no estaba respondiendo, irle a hacer barra, porque tocaba hacer barra, pero no para los que estábamos respondiendo para que esa chica ganara, o para que no se quejara, para que estuviera contenta, porque si no nos iba a poner en contra a este señor”.

“*Estar fundida*” era una sensación de Victoria que aunque expresaba las consecuencias del incremento del trabajo que tuvieron ella y otras autoridades del pueblo al ser responsabilizados de garantizar el triunfo de la candidata de “El Tigre”, hacía alusión también, a la carga emocional que le significaba darle vida a la celebración en medio de la presión, sin tener la posibilidad de resistirse.

Esta ambivalencia de emociones también se expresa en otras personas de Amagüí, que aunque no habían sido designados como responsables de garantizar este triunfo, estaban bajo las órdenes de apoyar y participar activamente del reinado. A la vez, intentaban ganar un momento de celebración colectiva que les permitiera, al menos por instantes, expresiones comunitarias de alegría aún en medio del terror. Como narra Victoria: “A pesar de que había toda la presión y el miedo [...] la gente se animaba y estaba ahí pendiente de traer cosas”.

## 2.4 “Cuando El Tigre se las llevaba para arriba”

A través de las confesiones, los desahogos y la necesidad de algunas personas de buscar la ayuda de Victoria como enfermera, ella pudo tener conocimiento de lo que hacía “El Tigre” cuando se llevaba a niñas y a mujeres para su campamento:

“En los primeros casos, por ejemplo a Eugenia, yo no la conocía bien, pero ella trabajaba en un local de la plaza. Entonces uno se extraña cuando de la noche a la mañana no ve a esa persona y yo empecé a preguntar. En los otros casos, llegaban los familiares de ellas, a veces las mamás de las muchachas y me decían cómo llegaban ellas a las casas... En la comunidad todo se sabe. A veces los vecinos me comentaban cuando se las llevaban, cómo venían esas chicas. Muchas chicas llegaban temerosas, llorando, algunas maltratadas, las más jóvenes maltratadas y se iban, la mayoría se fueron de la comunidad.

Y como enfermera uno maneja algo de psicología. Entones cuando tú tienes un dolor empiezas a somatizarlo, a tener en el organismo algunos resultados y uno conoce algunas expresiones de esas. Yo siempre tenía la precaución de preguntar si veía una actitud de tristeza o de aislamiento de alguien, yo me acercaba a preguntarle, que me dijera que pasaba, además de que eran obvias las cosas. Yo sólo las atendía a distancia. Más hablaba con las mamás, les decía que podían hacer. Pero era una situación muy difícil porque los paramilitares estaban ahí y lo primero era que amenazaban a las chicas y les decían que no podían decir nada o les mataban a sus familias”.

De esta manera Victoria se enteró de los casos de violencia sexual que cometieron los paramilitares contra mujeres de Amagüí, entre ellas algunas niñas entre los 13 a 15 años. Como ella lo menciona, en este tiempo la consulta de estos casos no fue directa por parte de las afectadas. Como les prohibieron hablar o contar lo que había sucedido en el campamento de “El Tigre”, las que hablaron con Victoria fueron las mamás, otros familiares y en algunos casos personas vecinas.

Victoria recuerda cómo a varias de estas mujeres se las llevaban en el carro de “El Tigre” por varios días, ante la mirada de las personas de Amagüí. Lo que les sucedía allí era un secreto a gritos para la población del corregimiento:

“Porque es que eso lo sabía todo el pueblo. Cuando él se las llevaba las chicas para allá, todo el mundo sabía lo que él iba a hacer... nunca hicieron cosas a escondidas, cuando subían a las mujeres, arriba a la casa de él, el no lo hacía escondido, sus hombres lo boquiaban, y todo el pueblo se enteraba que se llevaban las mujeres pa' lla. ¡Todas las mujeres que suben allá ya saben lo que les pasa! Ellos mismos lo decían, sus mismos hombres, entonces uno se enteraba.

Después, ellas sólo se aislaban. Se aislaban y eran temerosas, se volvieron como que a la defensiva de todo también. Eran chicas que no se veían reír, entonces, era como que siempre tenían una actitud de defensa. En algunos casos me pude dar cuenta de que algunas de ellas, permitían que los hombres las irrespetaran, como haciéndolas sentir culpables por lo que les había pasado. Uno oía algunos comentarios en la calle, pero era más la manera, los hombres las jalaban, y ellas no tenían la voluntad de defenderse, como si se sintieran culpables, o, como si por lo que les pasó, ellas tuvieran que dejarse, sí”.

Al preguntarle si alguien en el pueblo buscó alguna forma de sanarlas me dijo que no, que en ese tiempo no. Luego recordó:

“Sólo hubo un caso de una chica que fue violentada y se fue. Y siempre, siempre vi y siempre escuché a su mamá luchando por su hija. Salía de noche, la iba a buscar, nunca la dejó perder. La chica se fue de la comunidad, no se sabía dónde estaba, se retiró del colegio, ya no era la misma chica alegre y le daban crisis nerviosas y se iba pero la mamá nunca la dejó sola. La mamá se enfrentaba a El Tigre y salía de noche a cualquier hora. Iba a los otros pueblos, pero siempre traía a su hija, nunca dejó que su hija se fuera del todo. Ella tenía 15... 15 añitos, sí. La mayoría de ellas se desplazó después de los hechos, pero también muchas mujeres que no han denunciado les ha tocado tragarse ese dolor. Pero la mayoría de las chicas se desplazaron por miedo. Y nunca quisieron hablar, hasta que empecé yo a organizar a la gente”.

Sin proponérselo y por lo que Victoria representaba para la gente de Amagüí, a través de ella se configuró un espacio de “disidencia marginal” o de resistencia discreta o indirecta que ocurría en espacios ocultos (Scott; 2004), en el que se empezaba a hablar de asuntos prohibidos por el dominio paramilitar. Así, estas confesiones se volvieron expresiones de oposición a este régimen o a sus perpetradores, sin tener que enfrentarlos directamente. Pero también, como Victoria era la persona a la que se le hacían las confesiones,

su conocimiento de algunos aspectos del accionar paramilitar que no toda la gente de la comunidad sabía, se fue ampliando. Con este conocimiento que ella iba adquiriendo, crecían también sus sentimientos de frustración e impotencia por su imposibilidad de denunciar esta violencia, frente a su responsabilidad moral de hacerlo como servidora pública. En una ocasión al preguntarle por lo que sentía en esa época me contaba:

“Rabia, sentía yo, yo personalmente sentía mucha rabia, sentía mucha impotencia, mucha, mucha impotencia porque era tan injusto lo que “El Tigre” hacía. O sea una persona ir a un pueblo y hacer lo que se la da gana y creerse Dios. Entonces, no sé, muchas veces esa impotencia de no poder hacer nada, de no poder denunciar de no saber qué hacer, como ayudar a la gente, sobre todo porque esa impotencia rayaba en la irresponsabilidad de uno como un servidor público, porque nuestra obligación hubiese sido denunciar, pero ¿A dónde, a dónde?. Y yo veía eso, yo veía el sufrimiento de la gente, los casos de violación a las niñas, de muchas de ellas me tocó atender a sus mamás, y no poder hacer nada era una gran frustración, una gran frustración, esa importancia de no poder hacer nada o no poder tener el valor de decirle a él: ¡Señor usted porque está haciendo esto! Eso, eran estos sentimientos encontrados”.

## 2.5 “Yo siempre me la he jugado”

Por el liderazgo que Victoria había ido alcanzando como enfermera de Amagüí fue invitada a participar de la campaña local de la Unión Cívica Popular para las elecciones de 1997. Esta era una coalición formada unos años atrás por varias personas pertenecientes a la ANUC, la Unión Patriótica, el Movimiento de Integración Popular (MIP), el MARGEN<sup>22</sup> y algunas provenientes de partidos tradicionales. Victoria conocía y apoyaba este movimiento desde que vivía en el Paltal, donde había hecho parte de la campaña de los candidatos a la alcaldía del municipio, buscando que el alcalde fuera de una familia distinta a la que había gobernado durante los últimos quince años: los Samudio. Ellos eran reconocidos como políticos tradicionales no sólo en la región; alguno de sus integrantes había sido congresista desde 1982 hasta 1990 cuando su mandato fue revocado. El mismo, había sido víctima de secuestro, en 1989 y 1993, por parte de dos grupos guerrilleros PRT y ELN que tenían presencia en la región de los Montes de María.

---

<sup>22</sup> <http://www.etnoterritorios.org/>

La Unión Cívica, había ganado la alcaldía del municipio durante dos periodos consecutivos, pero en las elecciones de 1997 perdieron frente a un candidato, que cuatro años después sería uno de los firmantes del acuerdo suscrito entre paramilitares y políticos de los departamentos de Córdoba, Magdalena, Sucre y Bolívar en el año 2001, conocido como el Pacto de Ralito.

Por esa época, a raíz de su separación Victoria recuerda que: “sentimentalmente andaba muy mal. Entonces llegó la política a la comunidad y nos tocaba pues, como toda buena costeña, ayudar a hacer política al grupo de nosotros y organizamos un cervecero. En los cerveceros se ponía un picós y se bailaba. La gente que asistía compraba la cerveza a las personas organizadoras, para que ellos recogieran fondos con lo que pudieran financiar sus actividades de campaña”.

Como no podía aceptar la invitación que le hiciera la Unión Cívica para hacer parte de su campaña por ser funcionaria pública, ella se encargaba de contarle a la gente de las reuniones o cerveceros y a hacer las fiestas en su casa una vez culminaban las elecciones:

“El mismo rol de enfermera me convirtió en líder política y yo colocaba muchos votos, mucha gente me seguía. Entonces, siempre que habían elecciones la gente de La Playa terminaba parrandeando en mi casa. Allá yo terminaba haciendo como una fiesta, perdiéramos o ganáramos, ahí siempre terminaba la gente rumbiando y amanecían parrandeando. Porque mi casa era como el hospedaje de todos los de La Playa que llegaban y querían ir y dormir allá”.

Pero también recuerda que ante el triunfo del candidato tradicional en 1997, varias de las personas de Amagüí que lo apoyaron, apedrearon el puesto de salud: “era muy fuerte, cuando ellos ganaron yo vivía en el puesto de salud y mi puesto de salud lo levantaron a piedra, nos decían que nos fuéramos porque ellos ya habían ganado”. Después de ese año el partido fue desapareciendo en la región, ante el asesinato de uno de sus dirigentes en esas elecciones de 1997 y otro en el año 2000.

A pesar que en las primeras elecciones ocurrían estas expresiones de violencia contra la gente que no apoyaba los candidatos tradicionales, Victoria describió que durante el control paramilitar la posibilidad de votar por personas distintas a la que ellos decían era mínima:

“Cuando estaba ‘El Tigre’ ya las campañas políticas eran diferentes, uno tenía que votar por quienes ellos dijeran. Ellos eran claros, hacían reuniones y decían por quién había que votar y quien no votara ya sabía lo que le pasaba. Ellos eran muy claros. Las últimas campañas, incluso acompañaban a la gente al cubículo y les mostraban en dónde tenían que marcar”.

En este contexto, la actividad política de Victoria en las elecciones del 2003, se redujo a apoyar un candidato al Concejo de El Mar del Santo Patrono de un partido tradicional de la región, pero distinto al que “El Tigre” le estaba haciendo campaña. Este apoyo daría lugar a las segundas amenazas directas contra ella:

“‘El Tigre’ llegó a una reunión de esas y me encontró a mí, y me puso el dedo así en la frente y me dijo: -yo sabía que tú eras la que ibas a estar aquí-. Yo no sé cómo ni porque, pero yo le dije a él usted sabe que yo no estoy con usted. Después me dio mucho miedo, ya analizando todas las consecuencias que me podía traer eso, porque yo se lo dije y se lo dije delante de mucha gente: Usted sabe que yo no estoy con usted. Entonces, pues en esas elecciones de octubre del 2003 yo me acuerdo que tenía un amigo de La Playa y ese amigo un día llegó muy asustado, ahí donde mí y me dijo: Victoria, ‘El Tigre’ me dijo: ‘Dile a tu amiga que a las enfermeras también les entran las balas’. Entonces ya después de eso, nosotros sabíamos lo que podía pasar, con esas dichosas elecciones. Entonces cuando se llegaron las elecciones, pues era obvio que yo no iba a hacer nada. Porque entre otras cosas ese día ‘El Tigre’ duró como una hora parado frente de mi casa en el carro”.

Cuenta Victoria que mucha gente de Amagú y de La Playa que apoyaban o le hicieron campaña al candidato distinto de “El Tigre”, ese día no salieron a votar por miedo. Pero dado que ella había sido vista por él en una reunión del otro candidato, ella tomó otra decisión:

“‘El Tigre’ había dicho que si no se ganaba en Amagú había dos personas que iban a pagar: un líder que se llamaba Ramón y yo. Ese día Ramón no salió a votar; pero yo sí salí, porque yo sabía que si no votaba era peor. Porque con las ganas que tenía ‘El Tigre’ de fregarme, él hubiera cogido cualquier pretexto y si hubiera perdido allá, la responsable hubiera sido yo. Entonces yo salí a votar. Pero yo siempre me la he jugado. Yo no me acuerdo los que estaban en la mesa cuando yo fui a votar. Entonces yo no me fui al cubículo; ellos [los jurados] y la gente de ‘El Tigre’ acompañaban a todo el mundo al cubículo y le marcaban a

la gente. Yo llegue a la mesa, entonces con el dolor de mi alma, yo puse el voto ahí y les dije a ellos: ¡Bueno ustedes saben cuál es la orden de votar! y ellos me quedaron mirando. Yo no voy pal cubículo y les marque ahí, delante de todos, el que él quería. Les firmé y ellos mismos se encargaron de echar el voto y me vine. Yo creo que eso me salvó a mí, ¿sabes?, si yo no hubiera hecho eso, ese hombre hubiera buscado ese pretexto para... Ese día me fui para La Playa a dormir, ese día no hubo fiesta, ese día no hubo nada, yo me fui para La Playa a dormir para que no fuera a pasar nada”.

Como desobedecer era uno de los principales comportamientos sancionados con la muerte, tanto en el reinado, como en las campañas políticas, Victoria terminó obedeciendo. Sin embargo en el camino entre el mandato y su cumplimiento, configuró un acto intermedio en el que expresó de manera pública su inconformidad con esta imposición.

Esta expresión de desacuerdo abrió un espacio en la dicotomía del control paramilitar de obedecer-desobedecer. Ya esta no se podía entender como la cara o el sello de una moneda, porque por un tiempo y espacio determinado dejaba la duda de qué lado iba a caer, así terminara del lado obligado. Esto estaba muy relacionado con la expresión de Victoria “¡Yo siempre me la he jugado!”.

De esta manera surgía otro tipo de disidencia marginal frente al control y la violencia paramilitar. A diferencia del espacio de las confesiones que ella había facilitado desde su trabajo como enfermera, en esta nueva expresión de disidencia no directa, la inconformidad fue expresada en un espacio público, que aunque por corto tiempo, tendría más fuerza para generar opinión en las personas de Amagúí sobre la posición de Victoria frente al paramilitarismo y sobre lo arbitrario de esta violencia.

## **2.6 “Era mi deber... a las enfermeras nos hicieron para salvar vidas”**

En su práctica como enfermera surgieron muchos momentos en los que Victoria entró en oposición directa e indirecta con las órdenes del comandante paramilitar. “El Tigre” además de decidir sobre la vida y la muerte de la gente de Amagúí, poco a poco se fue interesando en controlar los procedimientos de atender, curar y sanar a la población. A través de sus órdenes intentó definir a qué personas se atendían y se curaban en el puesto de salud y a quiénes no; a cuáles de ellas se remitía al hospital central del municipio y cuándo, dónde, y cómo se curaba en Amagúí.

El 22 de septiembre del 2012 Victoria en un tono bajo me contó que en varias ocasiones atendió y llevó medicamentos a las casas de personas de la comunidad que estaban enfermas y se hallaban escondidas por las amenazas de “El Tigre”:

“Muchas veces fui a atender gente a las casas porque tenían mucho temor de que él los viera en la calle o algo, entonces yo los atendía en su casa, era mi trabajo. En alguna ocasión hubo unos muchachos que los paramilitares castigaron, no sé si en el comando de La Cima o en el Mango, no sé. Total que los chicos estuvieron mucho tiempo debajo del agua y se escaparon. Uno se alcanzó a ir para la ciudad pero el otro quedó muy enfermo en el pueblo [...]. Como que los tenían en un pozo con el agua hasta aquí”, contaba Victoria señalando su cuello.

“No sé por cuánto tiempo duraría ese chico ahí hasta que se logró escapar. Pero ese chico no se podía ir en esas condiciones y decían que ‘El Tigre’ había dado la orden a sus hombres, de que si lo veían, lo desaparecieran, que él no podía estar por ahí... El muchacho tenía como especie de una neumonía. El pelao no podía dejarse ver, de los hombres de él, ni de él. Y una de las hermanas me fue a buscar para atenderlo y yo lo fui a atender, lo atendí como tres noches, le mandé medicamentos y eso, sin que ‘El Tigre’ supiera”.

Victoria recuerda que atender a esas personas perseguidas por “El Tigre” molestaba mucho a David ante el temor de que cumpliera sus amenazas contra ella. Cuando escuché su relato le pregunté por qué lo hizo y me dijo:

“Yo no sé, yo pienso que la gente miraba en mí un apoyo, independiente también de ser enfermera, también era la posición mía, de no estar encima de ellos... Pero igual yo antes que hacerlo por rebeldía, en serio yo ni siquiera lo hacía por rebeldía en contra de ‘El Tigre’, yo lo hacía porque yo creo que era mi deber. Porque yo era una servidora pública, yo en ese momento tenía una obligación con la comunidad, una obligación moral, social y ética de mi trabajo para atender a la gente. Además eran seres humanos. A las enfermeras nos hicieron para salvar vidas, no para ayudar a poner en detrimento cualquier ser, cualquiera vida, entonces mas desde esa mirada era que yo lo hacía y desde la mirada cristiana. Pero eso en dado momento se volvió como algo que no me favoreció, porque los paramilitares vieron en mí a esa enemiga que se oponía a todo lo que ellos hacían. Pero

igualmente tampoco era que yo incitara a la gente a que no los obedeciera. No, nunca. Si ellos decían que había que apagar los focos yo los apagaba, o si decían que ir a una fiesta, yo iba igual, pero no sé era como mi manera de ser”.

Esta nueva pretensión del poder paramilitar bajo las órdenes de “El Tigre”, fue configurando una pugna entre las prácticas del “saber curar” y el dominio de la violencia paramilitar. Para esos momentos Victoria se había quedado en Amagüí como la única encargada de la salud. Su especialización en los procedimientos clínicos que había adquirido por su práctica, por los cursos dictados en el Hospital de El Mar del Santo Patrono y las enseñanzas del médico Aurelio Ramos, no podían ser fácilmente controladas por el paramilitarismo. De esta manera se convertían en otro campo de disputa.

En este campo la desobediencia de Victoria cobró un mayor protagonismo basada en el cumplimiento de su deber y en su “saber- curar”. Ella recuerda que “El Tigre” se adjudicó la potestad de decidir las remisiones de pacientes al Hospital de El Mar:

“Una vez había un paciente en el puesto de salud, me acuerdo que era una fecha especial, no sé si era 24 o 31 de diciembre y ‘El Tigre’ no quería que se remitiera, sino que la atendiéramos ahí. Era una mujer, estaba de parto y no había las condiciones para atender ese parto. Así que igual terminé remitiéndola en la mañana. La chica se fue y al día siguiente fue ‘El Tigre’ a mi casa a decirme que quien hacía las remisiones en Amagüí era él y no yo. Yo lo único que le dije fue: Si usted lo dice. Pero yo en el interior mío sabía que él de salud no sabía nada, no sabía a quién tenía que remitir y a quien no, él en su poder controlaba de pronto quien saliera y quien no saliera. Pero en el tema de salud, si yo tenía que remitir a una persona la remitía. Entonces yo la terminé remitiendo. Ahí, no había nada que hacer porque no habían instrumentos para atenderla”.

Los controles de nutrición, hipertensión a los viejos en las veredas y a las mujeres embarazadas, se empezaron a hacer menos seguido por el miedo de la gente a moverse en Amagüí, lo cual generó que las dotaciones de medicamentos dejaran de llegar. Victoria recuerda ver pasar a “El Tigre” por el puesto de salud diciéndole: “Que él era el que mandaba, que no me quería ver ahí”. Al tiempo que le exigía cumplir con sus funciones de enfermera.

Esta disputa por un poder-saber que se le escapa en algunos momentos al dominio paramilitar, también se reflejó en los lugares en donde Victoria debía atender. Fueron tan constantes las órdenes de “El Tigre” para que fuera a curar a personas donde él estaba, como las negativas de ella para acudir a estos lugares y reiterarle que sólo los atendía en el puesto de salud.

“Un caso fue el de una chica que fue a mi casa, ese día no había luz, era una pelada de Amagú que había llegado de Venezuela. Ella llegó y me dijo que la había mordido un perro, que la atendiera, que ahí la había mandado el patrón que le pusiera algo. Entonces yo vine y le expliqué que si le ponía un tétano, que era lo que había ahí en Amagú, teníamos dos días de no tener luz y eso no le iba a servir para nada. Primero porque eso después de los tres días empezaba a hacerle el efecto, pero si eso no está bajo refrigeración, eso se daña. Lo que se podía hacer era aplicarle un totsoide tetánico, pero igual no lo había, lo que había que hacer era lavar muy bien la herida con jabón, sacarse todo ese sucio y empezar a tomar un antibiótico. Pues yo no sé que le fue a decir esa vieja a este señor que vino como un tigre a buscarme. Que él era el que mandaba en el puesto de salud, que si él me mandaba buscar a mí, yo tenía que ir. Me dijo que la chica estaba parrandiando donde él, que fuera allá para que la curara, yo le dije que no, que la mandara al puesto de salud, que si yo tenía que amanecer en el puesto de salud, al puesto de salud iba. Pero que yo para dónde estaban ellos rumbiando no, que yo la atendía ahí, y allá la mandó. Yo le decía a ella: ¡No te puedo hacer nada! Porque una mordida de perro no se puede suturar, a menos que sea en el rostro como pa medio cerrar, pero esa herida era en el muslo. Las heridas de perro no se suturan porque no tienen la cicatrización normal”.

Victoria narró que fueron muy pocas las veces que ella tuvo que atender a paramilitares al servicio de él. Relató que un día “El Tigre” la buscó en su casa a media noche para que fuera a ver un herido de su grupo. Nuevamente al negarse a ir donde estaba él, tuvieron que llevarlo al puesto de salud. También recordó que un día tuvo que atenderlo directamente a él:

“Una vez que ese man se accidentó en una moto, creo que lo venía persiguiendo Gabriel hasta donde escuché y se accidentó y me mandaron a buscar. Entonces él no quería ir al puesto de salud, yo le dije que yo tampoco iba a una casa donde ellos anduvieran y me tocó curarlo en una parte afuera en la calle donde todo el mundo nos veía”.

En este momento de disputa sobre el lugar donde atenderlo aunque no consiguió que “El Tigre” fuera al puesto de salud, si negoció con él que el procedimiento médico se realizara en una esquina del pueblo donde algunas personas de Amagúí pudieran ser testigos:

“Le iba a coger unos puntos me acuerdo y él cuando vio la aguja se asustó, me dijo que él le tenía mucho miedo a las agujas y a mí me dio como rabiecita, cuando me dijo eso, porque él tenía el arma puesta en la pierna, el arma de él. Entonces a mí se me salió y le dije: pero no le tiene miedo a eso con lo que mata. A mí me dio miedo después de que le dije, pero ya estaba dicho, ya se lo había dicho. Esa vez lo curé ahí así y no se dejó suturar. Tenía como la rodilla o la pierna cortada. Pero él no se dejó suturar, sólo le hice puntos mariposa y ya. La sutura es la aguja cosiendo el sitio donde está abierto mientras que el punto mariposa es un esparadrapo que une los dos extremos, pero se corre el riesgo de que eso no va a cicatrizar porque la herida era grandecita y eso no le funcionaba”.

También él negoció con ella el tipo de procedimiento que quería que le hicieran. En ese momento a la vista de algunas personas de Amagúí se manifestó el choque entre dos elementos emblemáticos de esta disputa: La aguja, como símbolo de las técnicas de poder de la enfermería y el arma como símbolo del dominio del paramilitarismo. En los dos casos, el poder de estos elementos pasaba por el temor que le generaba al otro. Obviamente, no era un temor equiparable, pero si daba muestras de esta disputa.

## **2.7 Enfermera en “resistencia civil”**

La oposición frente a las órdenes de los paramilitares era una manifestación contenida por la mayoría de las personas de Amagúí desde que en el año 2000 llegó el grupo paramilitar comandado por “El Tigre”. Durante cuatro años “aguantarse”, fue la sensación que muchos experimentaron viviendo bajo el terror paramilitar y no pudiendo hacer nada. Fue una práctica para soportar esta violencia, pero también para mantenerse vivos en medio de ella.

Aunque desde el año 2003 se había hecho pública la orden de captura contra “El Tigre” por la desaparición forzada y el despojo de la tierra al dueño de una finca de Amagúí, el asesinato de un inspector del corregimiento por haberle hecho campaña a un candidato distinto al que “El Tigre” apoyaba y por concierto para delinquir, esto no disminuyó el temor y la desconfianza de parte de la gente de Amagúí en las instituciones del Estado. Victoria recuerda que durante unas corralejas organizadas por este comandante en

ese mismo año, varios habitantes fueron testigos de la manera en que este se logró escabullir ante la llegada de hombres de la Armada Nacional que fueron a buscarlo:

“Uno de los hombres de él me dijo que yo debía estar en las fiestas, en los palcos porque yo era la enfermera y que el patrón había mandado decir que yo tenía que estar, por si algo se presentaba. Para esas dichas corralejas se metieron unas personas de la Armada, yo no sé quiénes eran y los andaban buscando ellos, a ‘El Tigre’. ‘El Tigre’ se disfrazó de vendedor de helados y se les escapó, se les fue, ellos no lo reconocieron, ni ninguno se atrevió a decir que era él porque la gente tenía mucho miedo”.

Después de esto duró un tiempo escondido en el municipio del Mar del Santo Patrono, desde donde volvió a amenazar de muerte a Victoria sino abandona el corregimiento. De nuevo la acusaba de “guerrillera” porque como lo narró ella: “Era la enfermera que no le bajaba la cabeza y siempre que le hablaba no le quitaba la mirada. La gente no lo miraba por miedo, entonces él decía que yo debía ser guerrillera y por eso me amenazó”.

No quitarle la mirada y no bajarle la cabeza, eran acciones que la mayoría de la gente de Amagüí no se atrevía a hacer por el terror que les inspiraba “El Tigre”. La dificultad que tuvo él para entender y enfrentar este comportamiento de Victoria, hizo que la señalara como guerrillera argumentando que provenía de una zona – el Paltal- en la que habían tenido presencia algunos grupos guerrilleros. Pero lo que las expresiones de Victoria desafiaban era su autoritarismo armado y masculino, al ser ella, como mujer y enfermera, la que no le demostraba miedo.

Estas actitudes de Victoria la volvieron sujeto permanente de sospecha ante él, quien la acusó también de haber sido la persona que lo había demandado. Por esta inculpación, algunos vecinos le advirtieron que debía salir lo más pronto de Amagüí:

“Entonces ya yo estaba decidida a irme del pueblo, y esa mañana a las cinco que sale el bus, yo ya tenía mis maletas listas y todo. Yo dije me voy. Después yo me puse analizar eso y yo porque me voy a ir, yo no me voy a ir. Y le dije a mi negro, yo no me voy, yo voy a solucionar esto. Y me fui para El Mar del Santo Patrono, que decían que él estaba allá. Yo llegue al parque de El Mar y dije ‘¡vengo a ver a ‘El Tigre’!; repetí esa expresión como dos veces ‘¡vengo a ver a ‘El Tigre’!’”. Alguien pasó por el lado mío, la verdad yo ni me di cuenta ni nada y me dijo baja donde Arnulfo, que él está allá. Arnulfo era una persona que

tenía un negocio ahí muy cerca del parque. Y yo bajé y llegué allá y ‘El Tigre’ estaba en el carro, en la última lágrima. Entonces me dijo: ‘¡Aja! y ¿qué pasó por Amaguí?’ y yo le dije no nada, no pasó nada. ¡Aja! y entonces a qué vienes ¿a hablar conmigo? Me preguntó que si todavía estaban los militares, y yo le dije sí allá están, todavía están allá. Y me preguntó de nuevo entonces ¿Tú que vienes a hablar conmigo?

Y yo le dije lo que pasa es que usted lanzó una expresión en Ramabaja y usted dijo que yo tenía que irme de la comunidad, porque si no, usted me mataba. Yo vengo a preguntarle a usted que es lo que he hecho yo para tener que irme de la comunidad. Entonces el me dijo: ‘sí, claro, es que tu como que eres la que me ha denunciado a mí’. Me dijo: ‘tu eres capaz de denunciarme a mí’. Yo le dije: No. Yo no soy bruta pa luchar contra la corriente, le dije así. Le dije dos veces. Me dijo: ‘tú verás si te quieres quedar, lo único es que yo sé dónde vives tú’. Le dije: Yo sí me voy a quedar. Dijo: ‘¡Ah bueno!, igual yo sé dónde vives tú’, y yo le dije: Y ahí me va a encontrar porque yo no me voy a ir”.

Victoria recuerda que después de ese día dejó de asegurar la puerta de su casa y de colocar cosas detrás de ella para que la advirtieran en caso de que la abrieran: “Ya no le ponía seguro a la puerta aunque no durmiera en la noche, pues ya sabía que si al él le daba la gana de cualquiera noche irme a sacar de mi casa, lo podía hacer”.

Para sobrellevar estas amenazas, ella decidió estar lo más lejos posible de él y de sus hombres porque en palabras de ella: “Yo pensaba que así estaba más segura, o sea entre menos supiera de ellos, entre menos roces tuviera con ellos menos complicaciones iba a tener con ellos”, Victoria sumó otras prácticas como no salir mucho de su casa y evitar hablar con personas del Ejército o de la Armada que se acercaban al puesto de salud.

A comienzos del año 2004 las personas de Amaguí recibieron con sorpresa la noticia sobre la captura de “El Tigre”, por parte de militares de la Infantería de Marina. Era extraño para ellos, porque años atrás fueron testigos de las relaciones entre personas de esta entidad y los grupos paramilitares de la zona. Su desconfianza aumentó cuando a pesar de esta captura, los paramilitares siguieron con el control del corregimiento, pero bajo un nuevo mando de alias “El Rector”. Victoria recuerda que durante este cambio se generó un acontecimiento determinante para la comunidad de Amaguí:

“Ya agarrado y puesto preso ‘El Tigre’ y un poco debilitado, no sé un poco, el Jefe máximo Rodrigo Pelufo, entonces quedó un alias “El Rector” como jefe paramilitar. Uno de los hombres de él, empezó a querer ser peor de lo que ‘El Tigre’ era y un día intentó matar a un muchacho de la comunidad. Eso fue muy tempranito y la gente ya no soportó eso. Ese señor iba a matar una persona de la comunidad y la gente empezó a juntarse. Hubo un familiar del muchacho que le dijo que él no le tenía miedo, que él tenía una arma igualita a la de él. Cuando la gente empieza a escuchar esto y ve que ese señor empieza a buscar al muchacho por todo el pueblo, a entrar a los cuartos de las señoras, irrespetando el sueño; porque eran las seis de la mañana y con arma en mano a decir que iba a matar al maricón este y a insultarlo. Supuestamente el muchacho lo había ofendido o lo había mirado mal la noche antes. Pero entonces la gente cuando empezó a escuchar que el familiar del muchacho le dijo así, entonces todo el mundo empezó a salir de la casa. Amaguí es grande y tiene muchas entradas. Me cuentan a mí, porque en ese momento yo no estaba ahí, que la gente parecía hormiguitas saliendo de las casas, salió todo el mundo y la comunidad estaba junta. Entonces ya los hombres con rabia, hombres, mujeres y todo el mundo empezaron a encaminarle al muchacho, al paramilitar, y el pelado logró escaparse. Logró salir corriendo y ya la gente empezó a buscarlos, a armarse, a cogerlos, hasta que lo alcanzan y lo linchan en el primer puente que ahorita está dañado.

Todo eso pasó en las horas de la mañana, en julio del 2004. Yo venía [de la ciudad] y me quedé en la entrada donde uno siempre espera los buses para Amaguí y me dice el señor que tenía el negocio: ¿Señor usted viene o va? Yo todavía era enfermera y le dije yo voy. Y me dice: ¿Usted no sabe lo que pasó allá? Le dije no. Y me dice allá mataron a un paramilitar, el pueblo de Amaguí mató un paramilitar. Le dije sería lo contrario, sería que un paramilitar mató a alguien de la comunidad. Bueno, total que yo no le presté atención al muchacho y esperé que pasara el bus. Cuando me monté en el bus venían personas y me dijeron sí Victoria, mataron a Liberio, así se llamaba el paramilitar.

Cuando yo llegué a la comunidad, me quedé en la entrada principal donde vivía. Yo miraba la cara de angustia de la gente que no sabía qué hacer. Y había un muchacho que era muy amigo mío, que le decían el Tincho y yo prácticamente a él le vi una angustia horrible en esa cara. Era difícil, pero ya estaba hecho, entonces tocó empezar un poquito a quitar el miedo. Porque ese mismo día habían entrado unos paramilitares que eran mandados por

‘Juancho’ [Dique], que venían de San Juan, supuestamente a brindarle apoyo a estos que estaban en Amagúí porque ellos alcanzaron a pedir el apoyo. Pero cuando ellos vienen y se dan cuenta que el paramilitar está muerto, ellos salieron dando tiros para que la gente no se metiera con ellos. Y yo me acuerdo que yo dije bueno, aquí no hay na más que hacer ¡Organicémonos!”.

Desde ese momento y por casi diez días la gente de Amagúí se mantuvo en lo que llamaron “*la resistencia civil*”. Esta noción de resistencia tenía varias acepciones. Por un lado, era haberse enfrentado de manera directa con el dominio paramilitar. Por otro, era tener que hacer todo lo posible por mantenerse vivos luego de este acto de desafío. Como cuenta Victoria:

“Esa que fue la máxima expresión de organización que ha tenido Amagúí, porque ahí estaba todo el mundo, no quedó más na, sino empezar a organizarnos por grupos de apoyo que cubrieran las entradas, para evitar que los paramilitares nos cogieran de sorpresa. Entonces Amagúí empezó a hacer los grupos de hombres, escogieron los que sabían manejar armas, los que eran más adultos, entonces se organizaban los grupos de vigilancia, donde metíamos jóvenes, metíamos mujeres, gente adulta y metíamos personas que de una u otra manera tuvieran algún liderazgo en la comunidad. Entonces ya todo el mundo, los señores con los jóvenes, todo el mundo, todo el mundo se metió en el cuento.

Las mujeres las que nos quedábamos hacíamos guardia, porque la idea era hacer guardia en todas las entradas y las salidas pero que en todos los barrios hubiera grupos haciendo guardias. Unas mujeres hacíamos el café toda la noche porque nadie dormía; nadie se atrevía a dormir porque ¡aja! temíamos que ellos entraran. Otras mujeres sentadas en sus casas con machetes, o sea todo el mundo estaba en el tema, o sea eso como que ayudó a que los temores se disminuyeran y todos contábamos con todos”.

Según el relato de Victoria el temor principal era que la gente de alias “Cadena” y “Juancho” Dique que estaban a una hora y media en lancha o dos horas por tierra, les hicieran lo mismo que habían hecho con la comunidad de Chinulito (2000), Macayepo (2000) o Chengue (2001) y con otras poblaciones que estos jefes paramilitares habían masacrado en la región de los Montes de María.

Ellos [los paramilitares] mandaban en el municipio. Ya sabíamos que las alcaldías estaban infiltradas, los paramilitares tenían el poder. En ese momento que se hizo eso en Amagúí, nadie pensó que nos íbamos a enfrentar a un gran poder porque Amagúí era el único que se había atrevido a hacer eso. Aunque ya en muchos grupos y muchos líderes y señores respetados de la comunidad se murmuraba mucho el tema de que nosotros hasta cuando íbamos a aguantar, nunca se programó nada. Sí, uno se cuestionaba hasta cuando íbamos a aguantar esa situación de lo que estaba ocurriendo en Amagúí, pero nunca se planeo nada. Total ese día nos organizamos por grupos, ahí no había diferencias políticas, ahí los profesores estaban con los campesinos, las familias ricas con las familias pobres”.

En los primeros días de la resistencia civil llegaron a Amagúí tres militares de la Infantería de Marina del puesto cercano a Amagúí, en el que esta institución estaba desde hacía varios años atrás actuando como si no se percataran de la presencia, el control y la violencia paramilitar que allí ocurría. A estos tres hombres la comunidad reunida les entregarían las armas incautadas y las personas del corregimiento que habían retenido por pertenecer a este grupo paramilitar. Sólo pasados los diez días y luego de muchas cartas enviadas a distintas entidades del Estado y de instancias derechos Humanos pidiendo protección urgente para la comunidad, llegó un convoy militar de la Infantería de Marina de un departamento cercano a la región. Victoria recuerda que durante esos días su trabajo como enfermera se duplicó:

“Yo perdí la noción del tiempo, yo me acuerdo que no me quitaba mi bata de enfermera. Los paramilitares mantenían los otros mandos en otras zonas, porque la única comunidad que se había resistido era Amagúí. Entonces siempre había algo, o cogían un paramilitar o llegaba alguien herido, y después de que llegaron los militares fue peor, porque ahí sí había enfrentamientos con paramilitares. Muchas veces, me tocó atender a muchos de ellos y remitirlos. Yo era la enfermera y por ese tiempo estaba embarazada.

Me acuerdo de un chico que era de La Loma en Amagúí, el creo que todavía está vivo, no sé. Él llegó herido y él me decía: Yo no soy malo verdad seño, yo no soy malo. Yo no voy a perder mi brazo. No sé, tenía como unos veinte algo de años. Me decía que él no era malo porque la gente de afuera me decía, mátalo, ponle aceite, me gritaba de afuera la gente de la comunidad. Entonces me acuerdo que dije no, a ti no te va a pasar nada, tranquilo, te voy a canalizar, te voy a mandar para el Hospital, no te preocupes que no te va a pasar nada. Pues sí esa era mi labor”.

Cuando le pregunté a ella que pensó en ese momento que atendía un paramilitar luego de tanto control y terror que habían generado en la comunidad me dijo: “A mí me daba mucha lástima, ellos me daban mucha lástima porque era gente de la comunidad. Para ser una comunidad tan grande, no fueron tantos, como algunos diez. Pero también atendí como tres casos de paramilitares que llegaron heridos, que no eran de Amagúí. Algunos lloraban y decían que si se iban a morir y yo que no. Y me tocaba atenderlos sola. Sólo algunas veces me acompañaban los militares que los llevaban”.

“*Cumplir su deber*” como enfermera fue el mandato que le dio significado a muchas de las prácticas de Victoria, como no obedecer las órdenes de los paramilitares de no atender a las personas que ellos perseguían, hacer las remisiones al Hospital del municipio según sus criterios profesionales y en contra de las órdenes de “El Tigre”, atenderlo a él durante la etapa de control y a otros paramilitares durante la resistencia y obedecer los llamados de este grupo armado para asistir a las fiestas por si alguien requería de su servicios. En todas estas prácticas se cruzaban emociones ambivalentes que mezclaban su satisfacción de “*salvar vidas*” o “*cumplir su deber*” con sentimientos de miedo, rabia, impotencia, etc. Sin embargo, al preguntarle ¿Cuál había sido el caso más difícil que atendió como enfermera del corregimiento?, sin pensarlo mucho me contó que había sido el de Gabriel, “al único que le tenía miedo ‘El Tigre’”.

## 2.8 “Al único que le tenía miedo El Tigre”

Gabriel era el opositor más reconocido del “El Tigre” en Amagúí y según los comentarios que algunas personas le hicieron a Victoria, “El Tigre le tenía miedo porque él si era capaz de matarlo”. Sobre Gabriel, ella no sabía mucho, nunca lo había visto, al hablar de él decía: “Lo único que sabía era que ‘El Tigre’ le tenía miedo y eso para mí era más que suficiente para yo querer a Gabriel. Lo queríamos porque era la persona que quería defender al pueblo, porque era la persona que se le enfrentaba a ‘El Tigre’”. De él había oído también que “en el pasado no había hecho cosas muy buenas”: Al parecer había pertenecido a algunas pandillas en la capital de un departamento vecino, pero Victoria no sabía muy bien lo que él hacía. La gente de Amagúí le comentaba que algunas veces Gabriel se había enfrentado a “El Tigre”, e incluso que la vez que se accidentó en la moto, era porque Gabriel lo venía persiguiendo.

Cuando recién había pasado la resistencia en Amagüí, muchos paramilitares se habían replegado en el municipio de El Mar, por lo cual las remisiones que Victoria tenía que hacer al Hospital Central, corrían el riesgo de ser obstaculizadas por lo paramilitares que allí se encontraban. Como cuenta ella, ese había podido ser el caso de Gabriel, cuando fue herido de gravedad en un intento de asesinato:

“Ese día yo me acuerdo que en la tarde les había dicho a unos muchachos: miren muchachos dejen de estar tomando, dejen de andar fregando, ustedes saben cómo está la cosa, además yo no tengo ni sutura ni na aquí. Y recuerden que en el Hospital Central no nos quieren atender. Entonces me fueron a buscar como tipo doce de la noche: ¡seño que vaya a curar un muchacho que lo hirieron! Y yo les dije ah no, yo les dije a ustedes que no pelearan porque aquí no había na. ‘No seño, pero vamos a verlo’. Yo fui a ver el muchacho y ¡qué heridas!, ¡horrible!. Tenía en la cabeza una herida grandísima que le cubría casi todo el cráneo. Y tenía toda esta parte del brazo como si lo hubieran rebanado y le colgaba la parte del musculo y heridas en las manos y en todas partes. Yo cuando yo vi ese muchacho, dije no, yo a ese muchacho no lo puedo atender. Este muchacho tiene que irse para el Hospital del Mar. En ese momento yo vi que había como seis o siete viejitos del pueblo ahí en el puesto de salud. Entonces ellos me decían: ‘No seño, usted no puede mandarlo a él pa El Mar allá lo matan’.

Entonces ellos me dijeron ese es Gabriel. Cuando ellos me dijeron que era Gabriel, dije: Ay sí, Dios mío, yo tengo a Gabriel aquí, que puedo hacer por él. Me acuerdo que Gabriel se quejaba mucho, lloraba mucho, estaba desangrándose y la gente me decía que hiciera lo que pudiera. Cuando yo fui al puesto de salud yo no sé de donde salió tanta sutura, pero salió sutura de seda interna, y subcutánea. Yo no sé de donde salió esa vaina, pero ellos me lo pusieron en el puesto de salud. Yo lo canalicé, yo si decía que necesitaba una gasa, ahí aparecía. Apareció de todo para suturar a Gabriel. Yo creo que le cogí casi doscientos puntos a Gabriel, entre puntos internos y externos. Yo pensé que Gabriel se iba a morir y yo estaba sola, yo salí a las cuatro y media de la mañana ahí del puesto de salud. Bueno lo canalicé, le pusimos una droga y pase una fórmula para que me consiguieran otras drogas. Entonces, a los señores cuando yo ya me venía a acostar les dije a las seis en punto me llaman que necesito pasarle una droga. Entonces, uno de los señores me dijo seño hay que cambiarlo, aquí en el puesto de salud no lo podemos dejar, porque lo pueden matar. Total que a las seis de la mañana alguien me fue a buscar que Gabriel se había puesto muy mal.

Gabriel en su angustia se quitó las dextrosas. Entonces lo cogimos, lo bañamos y lo volví a canalizar. No soportaba el dolor. Entonces le puse calmantes, le puse antibiótico y ya volvió a recuperarse”.

Victoria recuerda que todos los días sus familiares y varios viejos de la comunidad lo cambiaban de sitio. Me contaba con cierta admiración el cariño que le tenía la gente de Amagú: “Yo no sé cómo se las ingeniaban ellos pero a mí sólo me avisaban: ‘está en tal parte, vaya a tal parte’, ya. A mí me llamó la atención, era que a él la gente lo quería mucho, le llevaban los jugos, las gallinas. O sea la gente estaba al tanto de la recuperación de Gabriel. Yo me imagino que veíamos en Gabriel a la persona que no iba a permitir que volvieran a pasar cosas allá en el pueblo. Entonces como a los seis o siete días, me imagino, después de la sutura, ya él se había recuperado un poquito. Entonces yo me acuerdo que lo fui a curar y él me dijo: ‘Me acaba de llamar el señor tal para que lo vaya a ver’. Ese era el testaferro de ‘El Tigre’, entonces yo le dije: ‘Yo no confío en ese man, no deberías ir’. Pero él se fue. Cuando él llegó ahí estaba la SIJIN, tenía un día de estar escondida la SIJIN ahí, para llevarse a Gabriel. Y se lo llevaron por las acusaciones de extorsión que ese mismo señor le había montado. Y el pueblo trató de defenderlo, trató de impedirlo pero la SIJIN se lo llevo. Se hicieron algunas acciones después de eso, recogieron plata para ponerle abogado y todo, pero no se logró hacer nada. Varios años después a raíz del proceso de reparación en Amagú fui a ver a Gabriel en la cárcel, se había vuelto pastor evangélico, ya había cambiado mucho. Quería estar lejos de esto, entonces yo respeté eso. Lo vi dos veces después de eso y no lo volví a ver”.

Victoria siempre lo recordaba como el caso más grave que como enfermera le tocó atender en Amagú y se sentía orgullosa de haber podido salvar su vida.

## 2.9 “Me destituyeron”

Después de “*la resistencia civil*”, según relata Victoria, aunque el grupo paramilitar dejó su presencia explícita en Amagüí, siguió controlando la zona de una “manera más sutil”. Una de estas expresiones fue la reestructuración que se hizo en el Hospital de El Mar, la cual despojó a Victoria de su trabajo como enfermera, y a otros ochenta trabajadores que fueron obligados a aceptar la indemnización y a dejar sus cargos. Los intereses de los paramilitares en intervenir en la prestación y la administración de los servicios de salud, se habían hecho evidentes para Victoria y algunos de sus compañeros de trabajo, por las personas que hacían parte de la administración del Hospital de El Mar y por los comentarios que los paramilitares les hacían constantemente en el puesto de salud de Amagüí:

“Ya nosotros en el puesto de salud desde el 2003, veníamos escuchando esas amenazas de que nos iban a sacar, que nos iban a echar a todos. Por lo menos a mí me lo decían ellos [los paramilitares] a cada rato, que ellos iban a colocar a los que les diera la gana [...] En el 2005, se hizo una reestructuración del Hospital ordenada por los paramilitares, y ahí me sacan. Se inventaron el tema de la reestructuración y sacaron a todo el mundo. Yo fui prácticamente una de las últimas que salí por el embarazo de mi cuarto hijo. Pero apenas el mismo día que se me terminaron mis tres meses de licencia me destituyeron”.

Victoria recuerda que a la mayoría de los trabajadores se les obligó a firmar una indemnización mediante la cual aceptaban dejar de ejercer sus cargos como funcionarios de salud, a pesar de tener el derecho a la reubicación de su trabajo; por eso ella se negó a ser indemnizada:

“Cuando a mí el señor que me entrega el papel ese, me dice que firme, que tenía tres días para firmar, me acuerdo. Me dice: ‘hay dos opciones [indemnización o reubicación], tiene tres días para firmar’. Yo dije: yo no necesito tres días, yo sé lo que yo quiero, y lo que tengo que firmar y yo le firmé la reubicación de una. Y le dije toma, y entonces él me dijo: ‘Pero tú sabes quienes son los que mandan aquí’, yo le dije sí, yo sé quiénes son los que mandan aquí, pero yo no voy a firmar indemnización, yo quiero seguir trabajando. Yo les dije que los iba a demandar porque eso era arbitrario, eso iba en contra de la ley. Entonces el gerente, en esa época era un señor, él me dijo que no le tenía miedo a las demandas porque él los juzgados los manejaba así, con el dedo. Yo le dije: “bueno, si usted lo dice”. Y de hecho entablé una demanda que todavía está.”

Como tres o cuatro compañeros firmamos reubicación y metimos derechos de reposición, exigiendo que nos reubicaran en nuestros puestos, los otros tenían mucho miedo. Cuando eso todavía mandaban los paras allá, ellos no se fueron, ellos no se han ido. Y todavía estoy esperando el resultado de la demanda. Yo estaba en carrera administrativa, con trece años de trabajo. También estaba con un bebe pequeño, mi último niño, entonces quise como repensar que iba a hacer con mi profesión, si me quedaba o me venía, y decidí venirme un tiempo para la ciudad [de origen] por toda esa situación. Pero, no sé, regresé a Amagüí, a finales del 2005 pero ya vivía en La Playa, entre otras cosas porque no tenía trabajo y por temor, porque siempre se escuchaban versiones de que ‘El Tigre’ llamaba a la gente de Amagüí y desde la cárcel controlaba”.

Desde ese momento Victoria dejó de trabajar como enfermera de Amagüí. Durante alguna entrevista que tuvimos en el 2012 ella me dijo que era víctima directa de la violencia paramilitar porque la habían dejado sin trabajo. En su respuesta parecía que ser víctima de amenazas de muerte, pasaran a un segundo plano frente al hecho de haber sido despojada de su trabajo. Al preguntarle cómo se sentiría reparada frente a esto, me dijo:

“Que me indemnicen laboralmente mí tiempo de trabajo, que me reconozcan dentro del sistema de pensiones mí tiempo de trabajo y todo lo que tienen que reconocer que por ley uno perdió por eso. Pero sobre todo que me vuelvan a restituir en mí trabajo así yo diga: “¡no voy más, renuncio!” pero que lo hagan, que me devuelvan mi empleo. Sería de la única manera, porque yo creo que nunca he dejado de ser enfermera”.

Durante toda la etapa de control paramilitar y unos años posteriores a esta, las amenazas de muerte habían sido el principal mecanismo de control ejercido por este grupo armado contra Victoria como enfermera y lideresa de Amagüí. Ella, en sus palabras, “*se la había jugado*” de distintas maneras: Había obedecido muchas de las órdenes del comandante paramilitar porque era imposible sobrevivir sin hacerlo. Pero paralelo a este acto, había contribuido o creado sin proponérselo, espacios de disidencia marginal, como la escucha de “*las confesiones*” que le hacían sus pacientes acerca de lo que sentían respecto a la violencia paramilitar.

Luego había seguido obedeciendo, pero entre el mandato y su cumplimiento había expresado en público su inconformidad con ciertas órdenes de este grupo armado y le había expresado al comandante su desacuerdo, mirándolo de frente, sin agacharle la cabeza, los cuáles eran actos que otras personas del corregimiento no hacían por temor.

Con estos comportamientos, ella como mujer desafió no sólo el dominio armado, sino el dominio masculino que se superponían en el control cotidiano ejercido por este grupo sobre la población: “El Tigre” era “el patrón” que tenía el control físico y económico sobre el territorio; pero también era quien determinaba los códigos de vestir y comportarse de las mujeres y hombres de Amagüí; el que sancionaba a las mujeres que le fueran infieles a sus maridos o a las que habían tenido problemas con sus vecinas; el que aplicaba castigos diferenciados por sexo basados en roles tradicionales de género; el que disponía de las niñas del corregimiento para que asistieran a sus fiestas y sus reinados; el que se las llevaba para su campamento a la vista de habitantes del corregimiento, y quienes a pesar de vivir, experimentar y ser conscientes del dominio paramilitar y de la impotencia para hacerle frente, en muchos casos ejercieron la sanción moral de la violencia sexual, sobre las propias víctimas, así varias de ellas fueran niñas que no superaban los quince años de edad. Esto confirmaba una tendencia del proyecto paramilitar: “un afianzamiento de las estructuras patriarcales preexistentes en las comunidades [...en el que se] buscaba imponer un modelo de feminidad tradicional estereotipado [...en] resonancia [con] el orden social conservador perseguido por este actor armado” (Quintero, Cely e Idrobo; 2009:86).

Victoria, trasgredió ese modelo de feminidad tradicional por su liderazgo, pero también por su profesión en el ámbito de la salud, lo cual la hacía conocedora de procedimientos especializados de este campo. “Saber curar”, lo entendió como su deber, pero frente al control paramilitar este también se convirtió en su campo de poder. Por su conocimiento de algunos procedimientos técnico-científicos, aprendidos por ella durante varios años, no fue posible que el paramilitarismo ejerciera un control total. Por esta razón, el campo de la salud y ella como una representante de él en el corregimiento, en algunos momentos se volvieron un lugar de disputa para el paramilitarismo, desde el cual ella pudo ignorar, negociar o rechazar algunas de sus órdenes.

Con la oposición directa al régimen paramilitar que las personas de Amagüí ejercieron durante “*la resistencia civil*”, el liderazgo y la confianza que Victoria había alcanzado como enfermera y habitante de allí, hicieron que se posicionara como una de las lideresas que mantuvo la organización de la resistencia por varios días. Esto, con fin de evitar ser masacrados por los paramilitares y lograr la protección de la población por parte de entidades del Estado nacional y de organismos de derechos humanos.

Así como se modificaron, combinaron y se alternaron las expresiones de disidencia de Victoria, desde las marginales hasta las más directas, le fue ocurriendo algo similar a los controles y a las amenazas contra su vida, contra de su oficio, y contra su permaneciera en la comunidad. Aunque las amenazas de muerte nunca desaparecieron, la manera en que el paramilitarismo logró controlar la actividad de la salud en la zona, fue a través de una medida administrativa que ordenaba la restructuración del Hospital principal del municipio y con él el puesto de salud del corregimiento. Como comentó Victoria: “Ya por una orden paramilitar nos habían destituido, hubo una masacre laboral prácticamente en el hospital”. Desde ese día Victoria dejó de ejercer como enfermera del puesto de salud de Amagüí.

### **3. Capítulo 3. “Sudando camisa ajena”: las prácticas y significados de volverse defensora de derechos humanos**

Este capítulo narra cómo Victoria construyó su posición como defensora de derechos humanos, en la que la denuncia y “contar la verdad” de lo que les pasó a otras víctimas del paramilitarismo- se fueron volviendo aspectos centrales del significado de este nuevo lugar social. Como defensora, lideró procesos que salieron del espacio micro-local al global, lo cual aumentó su agenciamiento social, pero también el nivel de sus amenazas. En este espacio de conflicto, ella junto a otros líderes y lideresas de la región articuló estrategias de protección colectivas que fueron paralelas a las que les señaló el Programa de protección a testigos de la Fiscalía de Justicia y Paz, al que decidió acogerse.

#### **3.1 La denuncia: de lo local a lo nacional, de lideresa a defensora.**

El miedo y el terror que durante casi cinco años fueron los principales mecanismos para silenciar a la población de Amagüí, obligarla a obedecer e impedirle expresiones directas de rechazo al control paramilitar, se convirtieron en movilizadores de la masiva reacción colectiva a la que sus habitantes llamaron “*la resistencia civil*”, la cual daría inicio a la denuncia de la violencia paramilitar vivida.

##### **3.1.1 Cartas en emergencia: “¿Cómo más nos hacemos escuchar?”**

El linchamiento de Liberio en manos de la gente del corregimiento, la detención de hombres de la comunidad que hacían parte del grupo paramilitar y el decomiso de sus armas, hizo necesario que todo el pueblo sin excepción se organizara para evitar una nueva masacre por parte de los hombres de “Cadena” o de “Juancho Dique”.

A partir de entonces, el miedo y la necesidad de asumir lo hecho, como cuenta Victoria, hizo que hombres y mujeres de Amagüí se armaran con machetes, palos y algunas escopetas, para cuidar las entradas al corregimiento, en una vigilia que se extendió por casi diez días. Después de cohabitar varios años con el terror, en ese momento su amenaza provenía de fuera. Victoria recuerda que al tercer o cuarto día de no permitir la entrada de extraños, recibieron una carta de “Cadena” en la que firmaba como el jefe del Bloque de los Héroes de los Montes de María:

“En esa carta decía que él sentía mucho lo que había pasado en Amagüí, que él desconocía lo que sus hombres habían hecho allá; que él se comprometía a devolver todas las cosas que sus hombres le habían quitado a la comunidad, que reconocía que Amagüí era una comunidad valiente, pero que nos recordaba que nosotros no teníamos las suficientes armas para enfrentarlos a ellos y que nos invitaba a ser parte de su organización. Una carta me la llevaron a mí, la carta llegó y la gente: “¡Señor aquí llegó esto!”. Fueron como más de cien cartas las que mandaron regar en la comunidad. Las entró un chico de una moto que era él era el que hacía el chance en la comunidad, como no entraba todo el mundo, a él sí lo conocían. El muchacho todo asustado venía a Amagüí a entregar las cartas o esta gente le podía hacer algo. Y nosotros nos enfrentamos a él y él nos dijo: “a mí me obligaron, yo sé que ustedes no me van a matar pero allá sí pueden hacerme algo si no cumplo la orden”. Él después de eso se fue para Venezuela y todavía no ha regresado el chico que entregó las cartas”.

Esta carta distribuida masivamente en la comunidad fue percibida por sus habitantes como una nueva amenaza. Era claro para ellos que haberse enfrentado a estos paramilitares desafiaba el poder de los comandantes jefes de la región. El control paramilitar había logrado la desconfianza entre los habitantes de Amagüí, a varios los había hecho sentirse cómplices de crímenes cometidos y a otros los había vuelto informantes y verdugos de sus propios vecinos. Pero la emergencia del momento parecía no dar alternativa distinta a confiar, cuidarse mutuamente y buscar ayuda externa ante la imposibilidad de protegerse por sí mismos. Como cuenta Victoria: “durante esos días todo el mundo estaba en el tema, o sea eso como que ayudó a que los temores se disminuyeran y todos contábamos con todos”.

Para la búsqueda de ayuda y protección externa las cartas también fueron el medio a través del cual líderes y lideresas empezaron esta gestión. Fueron cuatro o cinco los viejos y viejas de la comunidad que junto a Victoria y otros líderes escribieron las cartas. Como no podían confiar en las autoridades del municipio ni del departamento por los vínculos de varios gobernantes con el paramilitarismo, estas cartas fueron dirigidas a entidades del orden nacional, instituciones militares adscritas a otros departamentos y algunas ONG que tenían contactos con la comunidad internacional:

“Sé que mandamos unas cartas al Ministerio de Defensa, Ministerio Público, a algunos puestos militares que estaban en otro departamento, a unas ONG defensoras de derechos humanos, nunca nos quedamos con ninguna carta, no quedamos con nada porque el temor era grande, hacíamos las cartas y las mandábamos”.

Sustentar esa solicitud de protección fue el inicio para denunciar ante el Estado la violencia paramilitar ocurrida, como recuerda Victoria: “Las cartas las empezábamos con una reseña geográfica de dónde nos ubicábamos; le seguía un contexto con toda la historia desde la llegada de los paramilitares y todo lo que habían hecho en el pueblo. También les decíamos que nos brindarían seguridad, pero que no fuera seguridad del mismo departamento... ¡Ah, para cuidarnos hicimos la denuncia en colectivo!”

La estructura de la carta develaba la necesidad de que su emergencia fuera entendida por las personas de las entidades del gobierno nacional que la recibieran. Para ello era necesario explicarles de manera detallada desde quienes eran, dónde estaban y la situación que por más de cinco años habían vivido por cuenta del paramilitarismo. Era como si buscaran presentarse ante un Estado que parecía no saber nada de ellos. Así, las cartas fueron el medio utilizado por Victoria y otros líderes para dirigirse a las instituciones que les debían garantizar seguridad y protección. Como ella se preguntó durante su relato: “¿Cómo más nos hacíamos escuchar?”. Esto significaba hacer uso de una práctica conocida por ella por ser servidora pública, pero también por otros líderes que habían dirigido muchas cartas a entidades del municipio y del departamento para gestionar servicios públicos. Para ellos, las cartas eran el vehículo formal y pertinente que el Estado tenía establecido para recibir comunicación de sus ciudadanos, así, irónicamente, un alto porcentaje de la gente de Amagüí no supiera leer ni escribir.<sup>23</sup> Estas cartas también fueron la manera de dejar constancia escrita de algunos hechos, tales como la reunión que la gente de Amagüí sostuvo con un grupo de militares de la Infantería de Marina, un día después de que inicia “la resistencia civil”. Ese día, este grupo de militares, que de acuerdo al testimonio de Victoria y de otros líderes “siempre estuvieron en Amagüí, pero cuidando la seguridad de única empresa exportadora de la zona”, llegaron a la plaza del corregimiento en dónde la comunidad les hizo entrega de los paramilitares detenidos y las armas que portaban. Al suboficial al mando de este grupo, la gente le solicitó firmar la siguiente carta que detalló el tipo de armas entregadas, la marca y su serial, pero en la que no se hizo mención de los paramilitares

---

<sup>23</sup> Según el Plan de Desarrollo 2012-2015 del municipio del Mar del Santo Patrono, un 25% de su población es analfabeta, pudiendo ser mayor el porcentaje en zonas rurales entre los que ubica al corregimiento de Amagüí.

capturados:

- **Ilustración 3. Foto. Carta escrita por la comunidad para la Infantería de Marina 2004**

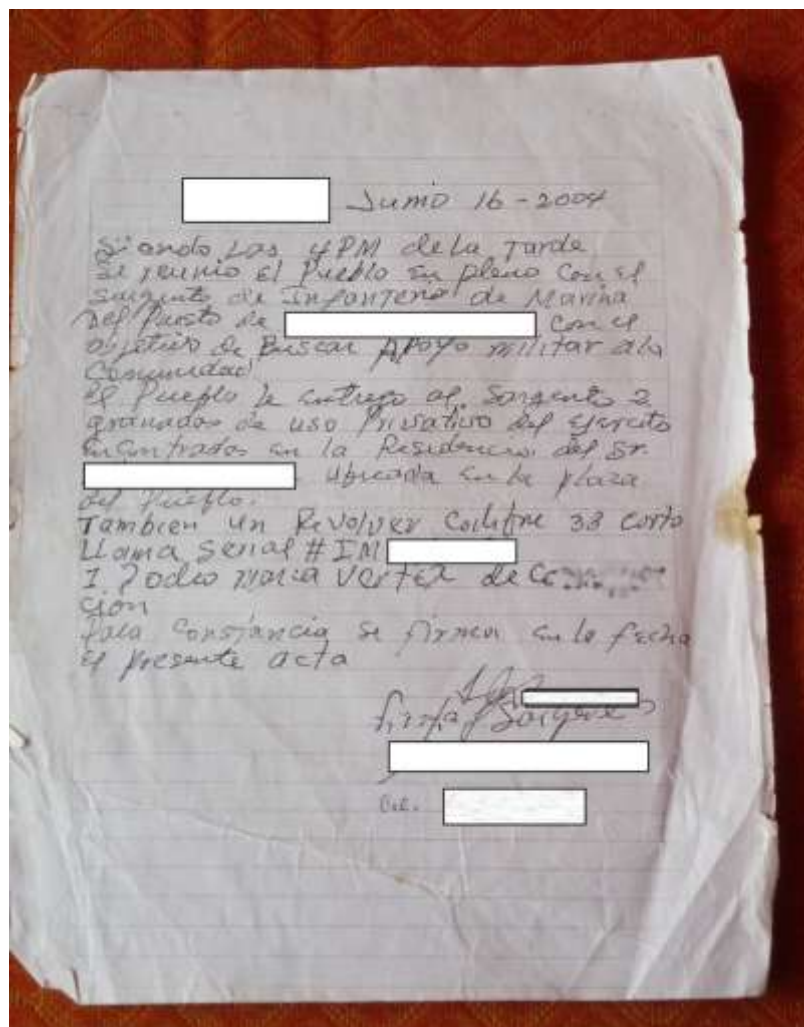


Foto tomada por Angélica Acosta, 2015

La solicitud hecha al oficial para firmar la carta, evidencia la necesidad que tuvo la gente de Amagüí de contar lo sucedido con una prueba por escrito, que les permitió acreditar la verdad de lo ocurrido, pero sobre todo dejar evidencias tangibles y formales de que no tenían las armas de los paramilitares, sino que habían hecho entrega de ellas al Estado. A este cabo, la gente de Amagüí, también le encomendó la responsabilidad de hacer llegar las cartas de solicitud de protección a las entidades de Bogotá, aún cuando su confianza en estos militares era mínima. Por ello, conseguir que estas cartas llegaran a sus destinatarios,

eran como lanzar una moneda al aire, con la misma probabilidad de ser vista y atendida, o extraviada y desechada, mientras estaba en juego la vida de la gente de Amagúí, que ese día entregó en manos de algunas personas del Estado.

Unos días más tarde a pesar de que la mayoría de personas de la comunidad no querían recibir al alcalde de El Mar, una persona de la comunidad que era jefe de personal de esta alcaldía hizo que él los visitara:

“Este señor insistió, e insistió, él fue el que hizo el cruce ese para que el alcalde viniera, y el alcalde vino con dos camiones llenos de militares entre los que estaban también paramilitares de ahí. Estábamos todos desarmados en la mitad de la plaza cuando llegó el alcalde. Entonces él me acuerdo que dijo: “Necesito que salgan los líderes” y nosotros todos nos quedamos mirando y la comunidad le dijo: “Aquí no hay líderes, aquí somos todos, aquí todos somos todo, aquí no hay líderes”. Luego la gente le empezó a decir a él: “que ahora si le importaba Amagúí, que ahora era que le interesaba venir a la comunidad, que cuando los perros sacaban los brazos y las piernas de los campesinos, él nunca se preocupó por venir pero como ahora que le habían matado a uno de sus hombres ahí sí venía”. Esa fue una intervención que hizo el señor Ernesto, que en ese momento yo no conocía muy bien, pero nos habíamos identificado en ese ejercicio de liderar. Eso le dijo. Sí, fue muy fuerte la intervención. Ese día el alcalde nos prometió todo, luz, agua que iba hacer todo en Amagúí, pero ya la gente no comía cuento, no creía nada, entonces ya la gente le dijo que no, que se fuera con sus promesas y con sus propuestas para otro lado pero que Amagúí no quería nada. La gente le decía que lo único que queríamos era no más paramilitares, que les queríamos dejar claro que no aceptábamos un paramilitar más en Amagúí”.

Victoria recuerda que luego de la salida de esta comitiva que acompañaba al alcalde, llegó a Amagúí un convoy militar de la Infantería de Marina, procedente de un departamento vecino quienes les contaron que veinte minutos antes de llegar al corregimiento, por la carretera que iba al municipio del Mar del Santo Patrono, habían tenido un enfrentamiento con un grupo paramilitar:

“Yo me acuerdo que apenas estaba entrando a mi casa cuando vi que venía un militar corriendo, corriendo y me preguntó:

- ¿Usted es la enfermera?

- Sí,
- ¡Póngase la bata y acompáñeme!

Eran los militares nuevos los que me fueron a buscar. Y me fui para el puesto de salud. Y había como tres o cuatro heridos, no me acuerdo. Cuando los estoy curando, uno estaba muy mal, se había lesionado la femoral, igual yo era enfermera, yo iba a salvar vidas. Entonces yo le decía a uno de los militares: ¡Pero muévanse que esta gente hay que remitirla!. Entonces fue cuando el comandante [militar] me dijo: ‘Esos eran los que venían a matarlos a ustedes’. Y yo ¿Cómo así?, ‘sí, por la vía de La Boca a la entrada del pueblo, se salieron de la comitiva que iba del alcalde y venían para la comunidad. Pero cuando nosotros veníamos, nosotros ya estábamos al tanto de lo que estaba ocurriendo en la comunidad y nosotros les hicimos señas de que pararan porque los íbamos a revisar y ellos lo que hicieron fue levantarnos a plomo’. Entonces se dio ese primer encuentro entre ellos, entre “paracos” y militares. Y bueno, yo después de eso remití, no me acuerdo, a cuántos más “paracos”. Pude remitir a unos diez o veinte. Después de eso casi todos los días había enfrentamiento de ellos. Después de ellos estar ahí [los militares de la Infantería], la misma gente les ayudó a construir la casa donde iban a estar y todo eso. Porque teníamos que confiar en ellos, la confianza no era mutua pero había que confiar y ya la gente fue dejando. Entonces ya llegó como una calma de esas que es o no es, que uno no sabe. Pero yo para esa época yo aparecía en una lista en el Mar del Santo Patrono. A mí alguien de la comunidad me dijo: ‘acabo de ver una lista y escuché a una persona decir que el primer blanco de la comunidad es la enfermera, tienen todos tus datos, que eres embarazada’. Esa lista la regaron por toda la comunidad, del Mar. Y eran para la gente de Amagúí porque aparecían otras familias de Amagúí ahí”.

La emergencia generada por la resistencia civil hizo que la comunidad de Amagúí encontrara en la denuncia, a través de cartas e intervenciones públicas, como las de Ernesto, un medio y un lenguaje para dar a conocer y exigir ante el Estado respuestas por las injusticias y las violaciones sufridas por cuenta del control paramilitar. Estas expresiones que en la emergencia estuvieron en las voces de líderes y lideresas de Amagúí, contribuyeron también a la reactivación o el surgimiento de liderazgos antes sometidos por el paramilitarismo. En ese momento la necesidad de continuar y aumentar esta denuncia, se les volvió a varias personas del corregimiento la razón principal del ejercicio de sus liderazgos y como cuenta Victoria la reaparición de las amenazas en su contra.

### 3.1.2 Primeras marchas

Ya había pasado un mes desde la resistencia civil cuando en el corregimiento se empezó a saber de las gestiones que el gobierno nacional adelantaba con los grupos paramilitares para firmar un acuerdo de paz en el año 2004. Luego de conversaciones con varios bloques, el primero de julio de ese año, el Gobierno nacional inauguraba formalmente la Zona de Ubicación Temporal (ZUT) para la instalación de la Mesa de Diálogo, que estaba ubicada en Santa Fe de Ralito, en Tierralta, Córdoba. Esto pasaba casi un año después de firmado el Acuerdo de Ralito que dio inicio formal al proceso de paz<sup>24</sup>. Para esta fecha ya existía el convenio entre el gobierno y la MAPP-OEA para que esta entidad comenzara la Misión de apoyo al proceso. Su mandato consistía en la verificación del cese de hostilidades, del desarme y dar inicio a un trabajo con las comunidades afectadas por la violencia<sup>25</sup>.

La población del municipio de El Mar del Santo Patrono presenció la llegada de distintas instituciones y organizaciones que iniciaban su trabajo en la región para hacer seguimiento o dar apoyo a las comunidades de los Montes de María por la grave afectación que habían sufrido a causa del paramilitarismo. A pesar de que los paramilitares mantenían el control de corregimientos vecinos a Amagüí y del área central del municipio de El Mar, la llegada de estas organizaciones a la zona, contribuyó para que Victoria y otros líderes y lideresas de Amagüí vieran algunas condiciones para proseguir sus denuncias. Con el apoyo de la MAPP- OEA y de la Red nacional de víctimas (RENVIC)<sup>26</sup> que agrupaba a algunas víctimas del paramilitarismo de estos departamentos, Victoria y otros líderes de Amagüí, organizaron las primeras movilizaciones de denuncia y rechazo de la violencia paramilitar:

“Realizamos tres marchas y como resultado de una de ellas nos atrevimos a hacer un mural de manos: El que no estaba de acuerdo con la violencia colocaba sus manos en el mural. El ambiente comenzó a cambiar y los organismos internacionales comenzaron a recibir denuncias, lo que sirvió para que el Gobierno, a regañadientes, empezara a tomar acciones”.

---

<sup>24</sup> Proceso de paz con las autodefensas. Informe Ejecutivo. Presidencia de la República –Oficina Alto Comisionado para la paz. Diciembre del 2006. En <http://www.acnur.org/t3/uploads/pics/2258.pdf?view=1>. Consultado el 25 de enero del 2015.

<sup>25</sup> Quinto informe trimestral del Secretario General al Consejo Permanente de la Misión de apoyo al proceso de paz en Colombia (MAPP-OEA), OEA/ Ser.G; CP/doc 4062/05 del 5 de Octubre del 2005

<sup>26</sup> Creado formalmente desde el 25 de junio del 2005

Una de esas marchas fue la del 26 al 28 de agosto del 2006 en la que personas de El Mar del Santo Patrono y de diversas organizaciones, entre ellas la RENVIC, se movilizaron para alertar sobre el rearme paramilitar en la zona. Esto sucedía a sólo un año de la desmovilización formal del Bloque Héroes de los Montes de María ocurrida el 15 de julio de 2005, en el corregimiento de San Pablo, ubicado en el municipio de María la Baja en Bolívar. En ella, quinientos noventa y cuatro paramilitares, entre los que había catorce mujeres, entregaron trescientas sesenta y cuatro armas y cuatro vehículos a la Comisión del Gobierno<sup>27</sup>. Esta marcha logró ser mencionada en medios nacionales por la presencia en ella, de un senador de la República, quien desde el año anterior, cuando era representante a la Cámara, había hecho denuncias sobre la parapólitica y en mayo de 2005 había dedicado un debate específico con el caso de uno de estos departamentos. También, durante su campaña política a comienzos de 2006, había visitado la zona. Victoria recuerda la sorpresa que le causó verlo en la plaza principal del municipio de El Mar:

“Ange yo no me puedo olvidar ver ese man parado ahí, echando discurso en la Plaza, en pleno paramilitarismo, con ellos ahí y con micrófono en mano denunciándolos y uno ver como la gente empezaba a salir de sus casas para escucharlo; a pesar del miedo, todos con miedo y llenamos la plaza. Me acuerdo que él sólo tenía un chaleco [antibalas] y la gente no paraba de aplaudirlo”.

Poco a poco fueron consiguiendo más eco las múltiples denuncias de líderes y otras personas de la región sobre la violencia paramilitar vivida. Varias personas que durante meses alertaron sobre la existencia de fosas comunes que estarían en la finca El Palmar, despojada y controlada por “Cadena”<sup>28</sup>, y vieron la llegada a la región de la Unidad de Derechos Humanos de la Fiscalía creada en el marco de la Ley de Justicia y Paz, para investigar los crímenes del paramilitarismo y apoyar el proceso de justicia transicional que le siguió. Según varios testimonios de personas de la región, en esta finca estaban enterrados al menos quinientos de sus familiares y vecinos desaparecidos<sup>29</sup>.

---

<sup>27</sup> Séptimo informe trimestral del Secretario General al Consejo Permanente de la Misión de apoyo al proceso de paz en Colombia (MAPP-OEA), OEA/ Ser.G; CP/doc. 4148/06. 30 de agosto 2006 y “Proceso de paz con las autodefensas. Informe Ejecutivo. Presidencia de la República –Oficina Alto Comisionado para la paz. Diciembre del 2006. En <http://www.acnur.org/t3/uploads/pics/2258.pdf?view=1>. Consultado el 25 de enero del 2015.

<sup>28</sup> Esta finca de propiedad de una familia de la zona fue despojada por Rodrigo Mercado Pelufo, alias Cadena, quien la convirtió en centro de sus acciones paramilitares.

<sup>29</sup> Según el Programa Contravía presentado el 16 de julio del 2006. <http://www.contravia.tv/espanol/>

Al realizar la primera diligencia la fiscalía exhumó setenta y cinco cadáveres, de los cuales trece fueron identificados plenamente y entregados a sus familiares en el mes de septiembre<sup>30</sup>. A eso se sumaron los registros que algunos medios nacionales empezaron a hacer sobre las masacres ocurridas<sup>31</sup>.

Estos hechos sacaron al escenario nacional parte de las atrocidades cometidas por el paramilitarismo en la región. “Cadena” se había ido a vivir a la zona de negociación del acuerdo de paz en Santa Fe de Ralito, desde el mes de julio del 2005, cuando había ocurrido la desmovilización del bloque que dirigía. Allí estuvo viviendo hasta noviembre de ese mismo año, cuando se conoció la noticia de su desaparición. Aunque no existe una fecha exacta del hecho, el día 21 de ese mes, autoridades de la zona encontraron quemada la camioneta donde él viajaba con sus escoltas, sin que aún se sepa algo de sus cuerpos<sup>32</sup>. Victoria recuerda ver la noticia por televisión nacional y oír comentarios en Amagüí: “la gente decía que eso no era cierto, que ‘Cadena’ no era pendejo para dejarse matar así, que ese man seguía vivo”.

Con las incuestionables y dolorosas pruebas de la violencia paramilitar contra las personas de la región la RENVIC, junto con la Comisión de Derechos Humanos del Senado de la República, desde el mes de septiembre convocó a distintas autoridades del nivel local, departamental y nacional así como organizaciones de derechos humanos, a una audiencia pública de derechos humanos en la región, que se realizó el día 27 de noviembre del 2006. Su propósito fue “acompañar a las víctimas [del municipio...] en un esfuerzo por reivindicar la verdad, la justicia y la reparación” como explicaba en varias comunicaciones el Vice - presidente de la Comisión de derechos humanos del Senado de la República.

---

<sup>30</sup> Según la Revista Huellas Fiscalía General de la Nación. Revista Interna No. 54 ISSN 1657-6829, a finales del año 2006 eran 12 los autores materiales que estaban en etapa de juzgamiento y de acuerdo a información de personas del municipio existían 90 cuerpos en la zona.

<sup>31</sup> Según el libro: *“Dos décadas de escalamiento del conflicto armado en Colombia (1986-2006)”*: “Entre 1993 y 2006, han tenido lugar 30 casos de masacres, con un total de 193 víctimas. El año más crítico durante este periodo fue el 2000, en el que tuvieron lugar 9 casos, con un total de 59 víctimas. La mayoría de los casos se concentraron en el municipio de Ovejas, con 7 casos y 80 víctimas; le sigue el municipio de San Onofre, con 5 casos y 22 víctimas; Toluviejo con 5 casos y 32 víctimas; Sincelejo, con 4 casos y 19 víctimas; Coloso, con 3 casos y 14 víctimas y Los Palmitos, con 2 casos y 18 víctimas. Cabe resaltar dentro de los casos ocurridos, el que tuvo lugar en el mes de enero de 2001, en el corregimiento de Chengue, jurisdicción de Ovejas, en donde miembros de las autodefensas asesinaron a 24 labriegos, a quienes acusaban de ser colaboradores de la guerrilla. Del total de masacres ocurridas, miembros de las autodefensas han sido reconocidos como autores de estos hechos en 11 casos, lo que equivale al 53% del total” (Echandía; 2006).

<sup>32</sup> Periódico el Tiempo 24 de noviembre del 2005 <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1839640> y Revista Semana publicada el 13 de enero del 2006 <http://www.semana.com/enfoque/articulo/cadena/76917-3>, consultadas 26 de enero del 2015;

### 3.1.3 Audiencia pública

Victoria y otros líderes y lideresas de la región fueron invitados a preparar esta Audiencia. Varias semanas antes, ella en compañía de Ernesto, fueron casa por casa entre las personas de Amagüí para invitarlas a que asistieran y a que por primera vez, de manera directa, en un escenario público, hicieran sus denuncias sobre la violencia paramilitar sufrida. Ella recuerda:

“Las denuncias se habían hecho desde “la resistencia civil”. Pero yo ya sabía que esa acción me iba a cambiar la vida. Yo sabía que el peligro era grande y sabía que ninguna de esas personas a las que nosotros estábamos denunciando se iba a quedar quieta. Que había muchas cosas en juego y que iban a tratar de callarnos. Sí... pues sí”.

Por esta reflexión y por el consejo de una de las organizadoras, Victoria optó por no hablar ese día. A la audiencia llegaron aproximadamente mil quinientas personas de todos los corregimientos a escuchar los testimonios de las trescientas que habían decidido contar. A este acto asistieron, entre otros, el alcalde de El Mar del Santo Patrono, representantes de la MAPP-OEA, los del PNUD que llegaban al territorio y algunas autoridades departamentales. La RENVIC fue la encargada de la organización y la apertura del evento.

En la audiencia tres personas de Amagüí contaron lo vivido durante el control paramilitar. Ellos narraron los asesinatos, las desapariciones, los intentos de homicidio y otros actos de violencia de los que fueron víctimas sus familiares o ellos como sobrevivientes. Sobre la tarima, uno a uno, fueron exponiendo sus testimonios sin vacilaciones y con una actitud de firmeza que sobreponía su voz al dolor que la entrecortaba por instantes. A medida que narraban los hechos, la velocidad del relato y el volumen de sus voces aumentaban, dejando ver cada vez más sus emociones, que parecían oscilar entre la tristeza, el miedo, la indignación, la risa, pero sobretodo, la rabia que se marcaba en sus rostros y cuerpos<sup>33</sup>. Uno de los testimonios<sup>34</sup> fue el de un vecino de Victoria de unos 30 años a quien se lo llevaron los paramilitares junto a un hombre de la comunidad que posteriormente apareció asesinado. Por el asesinato de este hombre y por otros delitos fue sido capturado “El Tigre” en el año 2004. En la audiencia el vecino de Victoria contaba:

---

<sup>33</sup> Estos testimonios se tomaron del relato de Victoria y del registro en audio y video hecho por parte de un grupo de comunicadores independientes.

<sup>34</sup> Estos son algunos apartes de los testimonios de algunas personas de Amagüí y otra de un corregimiento vecino, en los que sus narraciones y denuncias se acompañan de múltiples emociones. Los subrayados son míos y hacen referencia a los momentos en que estas personas suben la voz.

*“Yo fui víctima de los paramilitares. Llegamos a un pozo de agua dulce, un estanque y nos mandaron a bajar; me entregaron un pico y una pala, para que yo hiciera mi propia sepultura y la del señor Bernabé” [Durante un momento para su relato, se ríe y prosigue]; Ahí fue como dice el dicho se las presté a venao”!!*

Después de lanzar esta expresión que según Victoria significa que con la velocidad de las patas de un venado logró salir huyendo para evitar ser asesinado, este hombre se echó a reír contagiando de su risa al público que en ese momento lo aplaudió. De nuevo la risa era una de las maneras de sobrellevar el dolor y el terror vivido por las personas de Amagüí.

Luego habló un muchacho afro de unos 20 años, a quien le desaparecieron tres de sus familiares. Victoria recuerda que cuando él empezó su relato calificó de lacra al paramilitarismo y a “El Tigre” como comandante de Amagüí. El testimonio de este joven todo el tiempo fue narrado con rabia:

*“Yo personalmente y no sé cuantos más han pasado lo que yo pasé. Perdí a mi madre, que fue la que me parió, mi hermano el mayor, mi hermana la que me seguía. El día que la cogieron, que se la llevaron, que hoy en día la tienen como desaparecida, pero sabemos que está muerta porque El Tigre no se llevaba a nadie para hacerle fiesta, ni para hacerle cumpleaños, ni para festejárselos a escondidas. A todo el que sacaba de aquí lo mataba. Y el consuelo que le daba a la familia era que lo tenía en el exterior, por allá pasiendo y lo tenía con el presidente del exterior, en otro mejor sitio y mejor forma de vida”.*

Victoria recuerda que “El Tigre” decía cuando le preguntaban por un familiar desaparecido: “Ya le di el boleto para que se fuera para Venezuela”.

Otro de los testimonios fue el de un hombre de unos 35 años quien fue uno de los que enfrentó a Liberio para evitar que asesinaran al muchacho de la comunidad que estaba persiguiendo. Cuando él se paró en frente de toda la audiencia, llevaba en su mano una planta que tenía una vela y explicó:

*“La mata significa la fuente de vida y la vela la fuente de luz. Como se lo pido a todas las autoridades y al gobierno que vele por nuestra seguridad porque yo también fui víctima de las autodefensas...”*

Luego de decir esto comenta la discusión que tuvo con Liberio:

*“...Entonces yo dije no, la vida hay que respetarla y ustedes no tienen ese derecho de matarlo a él [refiriéndose al muchacho perseguido]; me dijo Liberio, el difunto que murió en las manos de la comunidad*

de Amaquí: ¡No, a ese hijueputa lo vamos a matar y si no te quitas te matamos a ti!, y me empelló; y le dije: ¡ Me hace el favor y me respeta, porque si me va a matar, me mata aquí!”

Al concluir su relato dijo:

“...Estamos necesitando un puesto de policía que vea por las comunidades, no que vea por los corruptos, sino para las comunidades porque nosotros merecemos seguridad. Gracias!!!”. Ante estas palabras el público lo aplaudió con mucha fuerza.

Hablando de la audiencia con Victoria, le pregunté cual de los testimonios había sido el más importante para ella: “¡Uy! fueron muchos, todos me llamaron la atención pero me gustó la intervención que hizo un señor de Santa Palma”. Este señor de aproximadamente unos 60 años, empezó su relato saludando de manera formal a los organizadores del evento. Luego dirigió su mirada y sus palabras al alcalde del municipio de El Mar del Santo Patrono:

“Buenas tardes a todo el personal presente y en especial a la Comisión de derechos humanos que hoy están haciendo presencia aquí en el municipio. Un pueblo muy sufrido durante muchos tiempos por los paramilitares. Desgraciadamente a mi me duele y me duele en el alma ver la presencia del señor alcalde cuando es un paramilitar, un bandido, un sinvergüenza, no debiera estar aquí [se escuchan aplausos y ovaciones del público, pero no de las personas que están cerca del alcalde]. Yo fui víctima del paramilitarismo en el municipio [...] [Luego vuelve y le dice al alcalde] “¡Y que tengas responsabilidad civil, ya debes de renunciar!. Fui desplazado, perdí todo, pero soy un hombre con la frente en alto y tengo la plena seguridad de que vas a ir preso pa que pagues todo. [Mientras decía estas últimas frases en un tono muy alto señalaba con su dedo al alcalde]. ¡Gracias!” [El público lo aplaudió por largo tiempo]

En este relato se expresaron de manera constante sentimientos de rabia e indignación, pero para Victoria lo más significativo fue su coraje: ¡“Uy ver como señalaba directamente al alcalde como paramilitar delante de todos, me acuerdo que eso fue algo que todo el mundo apoyó”!.

Desde la audiencia pública, el testimonio de las víctimas de la región y el coraje de contar se convirtieron en la principal expresión de denuncia contra la violencia paramilitar. Al tiempo, las amenazas marcaban su contexto. Unos días después de la audiencia el hombre que enfrentó al alcalde tuvo que salir exiliado del país. Quien narró el enfrentamiento con Liberio, salió desplazado. A otro de los líderes de la región que pertenecía a RENVIC luego de obedecer la orden de salir de la región, los paramilitares lo acusaron de

hacer parte de su grupo y duró más de dos años en la cárcel. También el alcalde fue investigado por paramilitarismo y estuvo preso un año. Así, líderes y lideresas del municipio de El Mar del Santo Patrono, empezaron a sentir con más fuerza las amenazas por emprender procesos de denuncia sobre el paramilitarismo. Unos quince días antes de la audiencia, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) les había dictado medidas cautelares de protección a varias personas de la región que pertenecían a RENVIC y había solicitado al gobierno nacional “garantizar su vida e integridad física”, como lo refleja el siguiente documento:

*Miembros de la Red Nacional de Víctimas*

El [...] de noviembre de 2006 la CIDH dictó medidas cautelares a favor de [...], miembros de de la Red Nacional de Víctimas, **quienes han denunciado violaciones a los derechos humanos cometidas en las regiones de [...] Montes de María, en la República de Colombia.** La información disponible indica que estos defensores de derechos humanos han sido blanco de amenazas y actos de hostigamiento que ponen en riesgo su vida e integridad personal. En vista de los antecedentes del asunto, la Comisión solicitó al Gobierno de Colombia adoptar las medidas necesarias para garantizar la vida y la integridad física de los beneficiarios, **así como la continuidad de su labor e informar sobre las acciones adoptadas a fin de esclarecer judicialmente los hechos que justifican la adopción de medidas cautelares.** La Comisión continúa dando seguimiento a la situación de los beneficiarios (CIDH; 2006)

En la denuncia ante la Comisión Interamericana, así como en su respuesta, estas personas, en su mayoría víctimas sobrevivientes del paramilitarismo, se empezaron a posicionar como defensoras de derechos humanos. Una de las principales características de este lugar social fue denunciar las violaciones sufridas producto de esta violencia, pero sobre todo aquellas ocurridas a otras personas de la región. Por ello, las garantías que se le solicitaban al gobierno no sólo se limitaban a mantener su vida, sino la “continuidad de su labor” en defensa de los derechos humanos.

Este hecho, más la fuerza de la audiencia pública, contribuyeron a que la violencia paramilitar sufrida en lo local, se empezara a re-significar como violaciones a los derechos humanos, cometidas contra ciudadanos nacionales -como lo dejaba ver la Comisión de Derechos Humanos del Senado de la República y la misma RENVIC-. A su vez, que estos ciudadanos hacían parte de una comunidad global protegida por un marco de derechos “universales”. Esto hizo que el testimonio de la gente de El Mar del Santo Patrono, empezara a ser situado en otros espacios y contextos, en una trayectoria local, nacional y global. En el espacio local, la audiencia contribuyó a que Victoria junto a otros líderes y lideresas decidieran conformar una organización de víctimas del corregimiento y una Red regional de líderes que les permitiera continuar las denuncias. Pero para Victoria la audiencia generó una transición particular, que como ella lo preveía, le cambiaría su vida. El

liderazgo formado y ejercido desde su juventud y como enfermera de Amagúí, lo resignificaba ahora bajo el lugar de una defensora de derechos humanos, quien enfocaba su denuncia, en las víctimas del paramilitarismo de la región de los Montes de María, que ahora eran visibles a nivel nacional. Ella resume este cambio:

“Desde que se da la resistencia de Amagúí, yo asumí un liderazgo en esa situación y tenía claro que había que denunciar, que no se podía uno quedar callado y que había que convencer a la gente para denunciar, ese fue mi salto, ese fue mi cambio. En ese momento [de la audiencia] yo era consciente de lo que había que hacer, y además yo sabía que tenía que hacerlo, esa era mi obligación. Creo que ahí me convertí; ya pasé a ser esa líder - porque era una líder, siempre fui una líder del pueblo pero más desde mi función de enfermera, como persona, como mujer- a ser defensora marcada ya en unos hechos que habían ocurrido, y que había que denunciarlos y que había que defender a toda costa el derecho de la gente, de las víctimas. Entonces yo creo que en ese momento fue que me volví defensora”.

### **3.2 Como defensora, “yo no me podía quedar quieta”**

“Denunciar” y “defender a toda costa el derecho de la gente” eran obligaciones que Victoria no había podido ejercer a plenitud durante el control paramilitar en Amagúí y que ahora las desplazaba para resignificar su nuevo lugar de lideresa defensora de derechos humanos. Luego de que gestionara la protección de la comunidad durante la resistencia civil y promoviera su participación en la audiencia pública, ella sintió el deber de asumir estas responsabilidades ante el valor demostrado por las personas de Amagúí:

“La audiencia pública sí me aterriza como más a que hay que hacer cosas, a que hay que seguir haciendo cosas. No se podía parar... porque la gente estaba esperando que uno hiciera algo. Si la gente se atrevió a organizar una audiencia pública y a ir a denunciar, yo como persona, como líder que había ayudado a esa gente a que tuviera el valor de hacerlo, no me podía quedar quieta. Entonces yo sí recuerdo que a la primera instancia donde fui, fue a la CNRR<sup>35</sup> a contar...”

---

<sup>35</sup> Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación

### 3.2.1 “La verdad la teníamos nosotros”

Denunciar era una manera de obligar al Estado a brindarles protección a la comunidad, como había ocurrido durante “*la resistencia civil*”. Pero también era la vía para “*contar*”, para “*hacer saber la verdad*” de lo que habían hecho los paramilitares en el corregimiento. Victoria narró que debido a “*tantos años de impotencia*”, de “*no poder confiar en autoridades*” de la zona, de “*no poder contar*”, “*de no poder ayudar a la gente*”, cuando llegaba a las instituciones, lo hacía con fuertes reclamos ante las personas que la atendían: “Es que ustedes no saben hacer su trabajo, es que el gobierno engaña a la gente, es que la ley no sirve para nada... [Luego de contarme esto, se queda en silencio por un momento y me dice] Sí claro todo eso se reflejó muchas veces cuando me dirigí a muchos funcionarios”.

Recordó que cuando llegó a la sede regional de la Comisión Nacional de Reparación y reconciliación (CNRR), que estaba recién creada, se anunció como representante de la Organización de Víctimas de Amagüí:

“Fui y me presenté, dije quien era y dije a lo que iba. Que había una ley, que ellos no la estaban cumpliendo, que a Amagüí nunca habían ido. Entonces me atendió el coordinador de la CNRR. Me acuerdo que la primera vez que ellos se comprometieron a ir no fue él, entonces ya la directiva de la organización, en vocería mía les dijimos que si no lo asumía personalmente el coordinador, no aceptábamos a la CNRR en Amagüí. Entonces ellos se fueron, no se hizo nada ese día en Amagüí, porque era una jornada que se iba a hacer y no se hizo. Ellos se regresaron y de ahí en adelante, cada vez que en Amagüí había algo, siempre estuvo el coordinador ahí, siempre. Lo pedíamos simplemente porque él era el coordinador de la CNRR en la región, entonces, tenía que responder, tenía que asumir, solamente por eso lo pedíamos. Queríamos que fueran personas que tuvieran responsabilidad más grande. Además porque ya sabíamos que siempre las instituciones mandaban a quien no tenía un poder de decisión, a quien no podía decir nada sino simplemente iba a escuchar y de pronto a escribir y escribir, pero poder de decisión no tenían, entonces por eso fue que se pidió al coordinador, que ya era otro nivel, él si podía tomar decisiones, por eso lo pedimos. Después, él ayudó a visibilizar, creo, a nivel nacional todo el tema de la victimización de Amagüí”.

Al tiempo que la CNRR conoció el corregimiento en el año 2007 e inició un trabajo de acercamiento con la comunidad, Victoria y otras personas de la organización de víctimas, se siguieron encontrando con varios líderes y lideresas de la región, que había conocido en los encuentros promovidos por la CNRR y la Fundación Montes de María, apoyados por la MAPP-OEA y posteriormente por el PNUD. Estas personas eran de los municipios de Chengue, El Salado, Chinulito, Tolú y Magangué entre otros. Como ella y la gente de Amagüí, ellos también habían tenido que vivir en carne propia las masacres y otras manifestaciones de la violencia paramilitar. Victoria recuerda que empezaron a aprovechar las noches y horas de descanso de las reuniones a las que los convocaba estas instancias de cooperación internacional y otras de las tantas organizaciones e instituciones nacionales que recién habían llegado al territorio. Después de varias noches de conversar sobre su interés de juntarse y conformar una gran red regional de líderes de varios municipios que les permitiera hacer las denuncias en un ambiente de protección propio, en el 2007 crearon “*La Red regional de líderes y lideresas*” que agrupó a veintidós personas de diversos municipios que trabajaban en organizaciones locales. Como ella recordó:

“Lo que pasa es que cuando nace la 975 [ley 975 del 2005] y se empieza a hablar de que muchos de los postulados iban a entregar armas y se dio la desmovilización, es cuando se empieza a saber de las audiencias. Mucha gente que tenía familias desaparecidas, pero también mucha gente que tenía su dolor ahí, por las masacres de Chengue, Salado, Libertad, Toluviejo, Amagüí, Colosó, entonces empezamos a crear La Red, para poder estar en los espacios de exigibilidad de derechos. Había que blindarnos entre nosotros y no tener como un escudo, como si fuéramos hijos de la creación de alguien. ¡No!. Nosotros La Red nos creamos por el dolor, por las masacres, por la violencia que se vivió en Montes de María y porque había que seguir manteniendo esos afectos entre nosotros para no hacer más daño a todo un tejido social que ya estaba completamente destruido. Entonces, lo primero que hicimos fue visibilizar el tema de víctimas. Nos propusimos también que fuéramos nosotros proactivos y que no dependiéramos exclusivamente en ese momento de tantas ONG o de muchas cosas montadas que había para poder manejar los recursos del gobierno o de la comunidad internacional. El sentir de nosotros era que estábamos haciendo esto, y que no dependíamos de nadie y que éramos autónomos, sobre todo en las decisiones que íbamos tomando: De dónde queríamos estar, de dónde no queríamos estar, hasta dónde queríamos llegar y qué queríamos hacer, entonces por eso se crea la Red regional”.

En ese momento la urgencia de visibilizar a las víctimas del paramilitarismo, fue el principal propósito de la denuncia emprendida por Victoria y otros líderes de la organización de víctimas de Amagüí y de La Red regional de líderes y lideresas. Después de tantos años de impotencia para poder contar las violaciones que habían sufrido y buscar que se hiciera justicia, la Ley de Justicia y Paz o ley 975 del 2005, abrió un nuevo escenario para que algunos paramilitares “postulados” por el gobierno, dieran su “versión libre” de los hechos, en las que serían conocidas por personas de Amagüí, como las “audiencias” de Justicia y paz.

Con las desmovilizaciones de los jefes paramilitares y la aplicación del marco de justicia transicional creado por esta ley, el país había vivido un debate amplio entre sectores del gobierno y organizaciones nacionales e internacionales de derechos humanos. Éstas exigían que la Ley de Justicia y Paz se derogara o modificara, por el amplio margen de impunidad en el que dejaba los delitos cometidos por los paramilitares y las limitaciones que promovía para construir una verdad sobre lo ocurrido. En principio estas “versiones libres” no trascendían su nombre. No tenían sanción alguna para “los postulados” si estos decidían contar o no la totalidad de sus crímenes. Ante esto, en el año 2005, luego de que pasaran los debates en el Congreso de la República para ser aprobada, la Corte Constitucional expresó que en esta ley había encontrado vicios de forma y de contenido. Varios eran referidos a la confesión de delitos y al esclarecimiento de la verdad por parte de los paramilitares “postulados”. En ese sentido, la principal corrección que le exigió la Corte al Gobierno nacional, fue garantizar “confesiones plenas y veraces” por parte de los paramilitares acerca de todos sus crímenes cometidos. De no ser así, serían expulsados de este marco de justicia transicional y perderían sus beneficios, entre los que estaba pagar penas de reclusión no mayores a ocho años. Para Victoria y sus compañeros de organización, era claro que debían estar en las versiones libres o audiencias de justicia y paz, para confrontar la verdad que estaban dando los paramilitares:

“Yo creo que en ese momento los paramilitares tenían otra concepción de lo que era la ley para ellos. O sea, unos beneficios pero sólo para ellos para las víctimas no. Ya se habían empezado algunas audiencias de algunos paramilitares y nosotros queríamos hacer parte de esas audiencias. Entonces por medio de la MAPP hicimos comunicados a la Fiscalía de Justicia y Paz, haciéndonos conocer, diciendo que nosotros no creíamos en la justicia, pero que si la ley existía nosotros queríamos participar. Que la verdad la teníamos nosotros y no los paramilitares y que nosotros queríamos que esa verdad se supiera, entonces así fueron nuestros primeros pininos de la Red”.

Así empezó una nueva lucha por parte de estas organizaciones para acceder realmente a los espacios de las audiencias. Solicitando la intermediación de la MAPP-OEA consiguieron una respuesta afirmativa por parte de la Fiscalía de Justicia y Paz para participar en ellas. Pero la posibilidad real de que pudieran estar allí, por lo menos veinte personas del corregimiento que habían sido víctimas, se reducía ante la distancia y falta de recursos para trasladarse donde estaba la Regional de la Fiscalía de Justicia y Paz en la que los paramilitares de este bloque rendían su versión. Amagüí quedaba a aproximadamente cinco horas por tierra de esta ciudad. Por esto, Victoria, Ernesto y otros líderes empezaron a demandar de la CNRR las condiciones de asistir a esta audiencia y su acompañamiento:

“Lo que nosotros decíamos era que tenían que garantizarnos que estuviéramos en las audiencias, de hecho quien apoya la ida allá y quien asume los costos es la CNRR, en cabeza de una comisionada de nivel nacional. Pero del nivel local, el coordinador fue quien nos acompañó a esa audiencia y estuvo todo el tiempo con nosotros y la abogada de allí también. Como aliados de nosotros, nos acompañaron y estuvieron tiempo completo en esa audiencia”.

Aunque la justicia había sido un derecho tan vulnerado y casi inalcanzable para los habitantes de Amagüí durante el control paramilitar, ahora el acceso a ella les exigía gestionar recursos para acceder al conocimiento de sus procedimientos. Para participar en las audiencias de Justicia y Paz requerían saber de lo que se iba a hablar, en qué términos lo iban a hacer y quiénes podían participar. Era aprender a dar y reordenar su testimonio para que fuera válido en es este nuevo contexto y frente a estos nuevos interlocutores. Sólo de esta manera su verdad sobre lo ocurrido durante la violencia paramilitar sería atendida en términos de justicia.

Con este fin, de nuevo como organizaciones solicitaron a la Fiscalía su apoyo para emprender este nuevo aprendizaje que les daba acceso a este nuevo campo de poder. Victoria recuerda que el primer fiscal que llegó a Amagüí fue el encargado de la preparación de la primera audiencia de “El Tigre”. Según su relato, él, en poco tiempo logró ganarse la confianza de la gente y les ayudó a entender el proceso que debían seguir para participar de las audiencias. Por ello la comunidad se sorprendió cuando la Fiscalía lo sacó de este proceso acusándolo de corrupción:

“Había un fiscal muy bueno, ahora se me escapa el nombre, y ese fiscal nos apoyó en todo y resulta que de la noche a la mañana vemos en el noticiero que supuestamente el fiscal era corrupto porque lo denuncia ‘Juancho Dique’, diciendo que el fiscal les estaba exigiendo plata a ellos. Entonces a nosotros eso nos indignó mucho, o sea una de las cosas que tenemos las víctimas y la gente que estamos en estos procesos es que aprendemos como a conocer el sentir del otro, o a aceptarlo o a rechazarlo. Para nosotros eso siempre ha sido un montaje. La Fiscalía al fin nunca dijo bien, yo me enteré que él había reconocido que sí, pero detrás de eso había muchas cosas. [...] Entonces nosotros nos sentimos muy indignados porque para nosotros, e incluso con todo lo que la Fiscalía nos dijo que él aceptó, nosotros nunca creímos que fuera cierto que el fiscal se hubiera vendido. Lo que pensamos fue que le montaron una trampa, o él era el obstáculo de ellos [los paramilitares], y por eso lo quisieron sacar del camino, y por eso le hicieron todo ese montaje. Entonces estábamos muy indignados, muy indignados.

Ya la Red regional de líderes era un hecho, entonces con el apoyo de la MAP-OEA, mandamos una solicitud a la Fiscalía diciéndole que nosotros no creíamos lo del fiscal, que nosotros exigíamos que se nos escuchara. Esa carta fue dirigida a no me acuerdo quien era el fiscal, creo que era Iguarán, no estoy muy segura y entonces el fiscal nos respondió y dijo que nos iba a mandar una persona. Efectivamente, en menos de un mes nosotros nos reunimos con la Fiscalía de Justicia y Paz, con una doctora que era la que estaba reemplazando al fiscal que había salido y eso pues ahí les dijimos todo, o sea yo creo que nos descargamos con la fiscal. Le dijimos que no creíamos en la Fiscalía, le contamos toda la permeabilidad que había en el departamento [con los paramilitares] con la Fiscalía, con la policía y que cualquier cosa que nosotros fuéramos a hacer lo íbamos a hacer directamente con ellos, y de allí nació esa relación de la Red de líderes, y de Amagüí con la Fiscalía de Justicia y Paz. Y llegamos a los acuerdos que todo iba a ser por el nivel nacional directamente con la Fiscalía de Justicia y Paz”.

Ella recuerda que todas las personas que lideraban la Red se reunieron con la Fiscalía en un hotel y allí les hicieron saber sobre todas las inquietudes y solicitudes que tenían del proceso. La primera solicitud que les hicieron a esta institución, fue:

“Que antes de escuchar a los paramilitares nos escucharan a nosotros. Nosotros siempre les decíamos que la verdad la teníamos nosotros, no ellos y que nosotros queríamos participar de las audiencias para poder llevar los testimonios de las víctimas de nosotros para que pudieran reconocer los hechos. Eso le contamos como había sido la historia paramilitar en nuestra región, como se había victimizado a la gente, como para que ellos tuvieran un concepto más claro”.

Luego de este encuentro la Red regional de líderes empezó un trabajo de recolección de testimonios de personas de Amagüí, con el fin de confrontar las versiones de los paramilitares. Su tarea en ese momento fue documentar esta violencia, mediante la recolección de relatos de las voces directas de las personas que la sufrieron y volver esta narrativa un documento escrito que fuera válido como prueba legal. Pero la validez de estos documentos para las autoridades judiciales también les exigió a los habitantes de Amagüí y a sus líderes y lideresas, detenerse en unos temas del testimonio más que en otros y empezar a apropiarse de cierto lenguaje jurídico: Para relatar hablaban de “los hechos”, del lugar y la hora en el que habían ocurrido, y del número de “víctimas”, y rasgos generales que permitieran identificar a los perpetradores:

“Yo me acuerdo que yo fui una de las gestoras de eso de la Red y si algo yo tenía claro era eso, era que ellos nunca iban a decir la verdad. Entonces, yo si tenía claro que nosotros que éramos los que conocíamos los hechos teníamos que hacer parte de las audiencias. Porque nosotros éramos los que teníamos que decirle a la Fiscalía mire esto pasó así y buscar a las víctimas. Y que las víctimas nos dijeran para nosotros poder documentar y llevarle a la Fiscalía. Por ejemplo, en Chinulito la masacre fueron tantas muertes, llegó fulano de tal a tal hora, iba vestido así, cosas como esas, para que ellos pudieran reconocer. Para no darles chance que dijeran que eso era mentira, que eso nunca había pasado como en muchas ocasiones dijeron. Entonces, yo creo que con el tiempo nos fuimos fortaleciendo, muchos líderes se fueron fortaleciendo mucho más, y había mucha gente capaz con muchas ganas de justicia y de no permitir que fueran a pasar más cosas. Yo creo que fue uno de los anhelos más grandes de la Red”.

Algunos ejemplos de los testimonios que dieron personas de Amagüí a estos líderes y lideresas en el año 2009, relataban los hechos con detalles de nombre, lugar y en algunos casos de testigos del hecho, como lo demandaba el lenguaje jurídico; pero al ir narrando surgían distintas emociones en medio de los reclamos y las exigencias para que estos paramilitares contaran la verdad sobre lo ocurrido a sus familiares y vecinos:

▪ Ilustración 4. Fotos. Fragmentos de cartas de documentación de casos

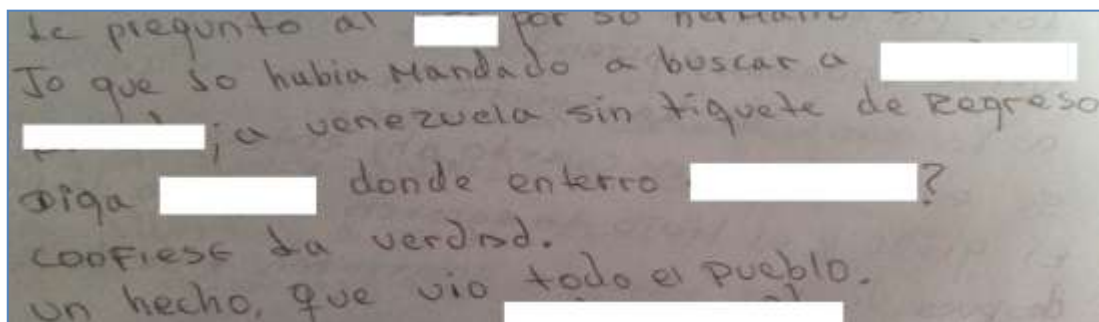
a el. Lo buscaron en la casa donde el vivía con la mamá una hermana de Cejanga, y sus hijos, llegaron, rompieron el escaparate. y buscaron toda la casa. como no lo hallaron allí, recorrieron varios sectores de la población, en casas de amigos hasta que lo encontraron en casa de uno de ellos lo secuestraron, lo amarraron, y lo trajeron al parque del pueblo donde habían dejado al otro hermano, lo subieron a uno de sus carros, y dejaron libre al otro hermano que habían amarrado antes, al día siguiente fue hallado muerto por la policía en la entrada [redacted] un corregimiento del Municipio de [redacted] con la boca cerrada con alambre. Esta muerte afectó tanto a mis padres, que mi mamá murió a los 7 meses, y mi padre a los dos años. mis hermanos todos, se desplazaron con sus familias a distintas

la veedad. y quizás así algún día alcancen el perdón, cosa que dabo mucho para ustedes porque la calumnia y la mentira, es el pecado más grande para Dios. Siguen todos

Fragmento de testimonio de hombre adulto del corregimiento a quien le asesinaron su hermano.

• Quiero la verdad.  
• Mi hijo tenía 19 años, un muchacho trabajador y sano.

Fragmento de testimonio de hombre adulto del corregimiento a quien le asesinaron a su hijo.



Fragmento de testimonio de mujer adulta del corregimiento a quien le asesinaron a su hermano.

Fotos tomadas por Angélica Acosta a documentos, 2015

### 3.2.2 “Una audiencia reparadora”

Cuando ocurrió la primera audiencia de “El Tigre” el 25 de febrero del 2008, ya “Juancho Dique” y “Diego Vecino” habían dado algunas versiones libres. “El Tigre”, como otros de los paramilitares postulados por el Gobierno nacional, tuvo que acudir a varias audiencias, completando doce hasta la fecha. A esta primera audiencia consiguieron asistir Victoria, Ernesto y otras veinte personas de Amagüí. Ella recuerda que la única persona que no era de allí era Ricardo Rodríguez, el líder, amigo suyo que empezaba a liderar un proceso en la región para que varias familias que habían sido despojadas de sus tierras por parte de los paramilitares, regresaran y recuperaran su propiedad. Victoria recordó cómo vivió esta experiencia junto a las personas de Amagüí:

“Había mucho miedo de parte de nosotros [...] Yo sí lo había visto. Yo había estado en las audiencias cuando él [El Tigre] estaba en la ordinaria [Justicia ordinaria] por el caso de Bernabé, el difunto. Yo creo que él nunca me vio, pero yo sí. O sea era una necesidad mía de saber que pasaba en esas audiencias y yo fui a esas audiencias. Pero eran audiencias muy diferentes a las de Justicia y Paz en las que nosotros estábamos en un sitio aparte y un poco más tranquilos porque sabíamos que él no nos podía ver. O sea, estaba muy pendiente la gente de la CNRR de que no nos tropezáramos en los pasillos con ellos; de que él no se enterara de quiénes eran los que estaban; de toda esa cantidad de cosas; entonces no, a mí lo que más me impactó fue la impresión de él cuando supo que estábamos ahí. Le dijeron que ahí estaba una comitiva visitándolo de Amagüí...”

- ¿Y él que hizo?

-“Se puso mal, él se puso muy mal y suspendieron la audiencia. Se puso pálido, se iba como a desmayar, le dieron ganas de vomitar, él se puso mal”

-¿Por cuánto tiempo la suspendieron?

“Por un rato, porque la gente no quería que la suspendieran. Las víctimas no querían. Eso fue como lo más impactante, lo más impactante de esa audiencia. O sea el mismo hecho de verlo así, a mí me dio como no sé; a mí se me quitaron esas rabias, al contrario yo llegue a sentir lástima por él, sí. Pero, o sea, la gente de Amagúí no aceptaba eso, o sea ellos me decían que no, que por qué teníamos que tener consideración con él. Porque el fiscal nos avisó que él estaba incómodo, que se sentía mal. Mucha gente le dijo que no, que él se merecía eso, que si no se acordaba cuando... Entonces yo le decía a la gente no, pero dejemos que paren un momento la audiencia.

-¡No, no, no!, Victoria, ¿Por qué razón?, él se merece eso, no vamos a pararlo. ¿Ahora sí tiene miedo? ¿Por qué no tuvo miedo cuando mataba a la gente?, cuando nos iba a quitar la plata y cuando nos castigaba, cuando nos mandaba. La gente tenía muy vivo eso [...]. Mucha gente lloraba, la gente le comentó al fiscal. El fiscal era muy bueno, él siempre se acercaba a preguntarnos a nosotros, nos decía que ellos estaban del lado de las víctimas, que su función era creernos a nosotros. O sea él quería saber todo. Al primer fiscal por lo menos le contamos todo lo que había sido, todo lo que había pasado en Amagúí; y cuando una de las víctimas quería saber algo especial lo escribía para que le pasara la pregunta a él. Mucha gente le decía, le preguntaba: ¿qué por qué había matado a fulano?; ¿qué quiénes les habían dado la orden?; algunos que los desplazó, ¿qué si él reconocía?. Y sí algunas cosas él reconocía”.

Poder estar allí, cuestionando con preguntas la versión de este paramilitar, indagando por las razones de algunos actos de la violencia que perpetró contra ellos, verlo en un estado de vulneración y estar siendo acompañados por autoridades regionales y nacionales que los reconocían y apoyaban como víctimas sujetas de derechos, era una situación contrapuesta al sometimiento que habían vivido durante el control paramilitar en Amagúí. Al narrar esta audiencia, Victoria la describió como reparadora:

“La primera experiencia que hicimos con Amagúí fue la audiencia de ‘El Tigre’. Para mí, para mí fue reparadora. Sentir que esa persona estaba en las mismas condiciones en las que ponía a uno. No sé, verlo lleno de temor, de inseguridad, para uno que vio a una persona de esas armada y haciendo y matando. O sea para mí, para mí personalmente fue algo reparador. Primero porque a uno también esas ganas de venganza, de tantas heridas, eso se le va como... Y en la medida que uno ejercita ese derecho a la justicia, a la organización uno va superando algunas cosas, o sea uno va sintiendo satisfacciones que van disminuyendo o sanando esas impotencias o esas heridas que uno tiene”.

“Ejercitar ese derecho a la justicia y a la organización”, le permitió a Victoria hacer uso de espacios oficiales para resignificar un poco el dolor vivido y la impotencia ante la imposibilidad de denunciar esta violencia. Contribuía, también, a reconfigurar nuevos lugares de disidencia en los que podía enfrentar de una manera más directa el sometimiento vivido. Le aportaba para reposicionarse desde su reconocimiento como lideresa defensora y a la vez como víctima. Una víctima que generaba las condiciones para que su perpetrador se viera enfrentado al dolor, al miedo y a la verdad que tenían que contar las personas de Amagúí demandando justicia ante el Estado.

Poder contar, poder llorar, poderlo increpar con preguntas sobre porqué asesinó o cometió este u otros delitos contra ellos. Poderlo ver cuando él, que ejerció control y vigilancia hacia todos los habitantes de Amagúí, no podía hacerlo, revivía los dolores de quienes participaban en la audiencia, pero a la vez, les daba un lugar distinto respecto a él. En este nuevo lugar él pasaba de ser el dominador fúrico y casi omnipotente, a convertirse en otro ser humano controlado por el temor que le generaba la presencia y las voces de sus víctimas que lo cuestionaban y acusaban.

Este nuevo lugar desde el que lo vieron los habitantes de Amagúí que estuvieron en la audiencia, abrió también, un nuevo espacio para el humor. Como recuerda Victoria aún en los momentos más difíciles de la violencia en Amagúí, el humor estuvo presente. Durante el control paramilitar fue una manera de sobreponerse y retar al dolor. Una forma de no dejar que el miedo les copara la vida y el mundo emocional. Pero luego de la audiencia el humor no sólo había ayudado a sopesar el miedo y el dolor, sino que se constituía en una expresión colectiva y reparadora: Después de mucho tiempo que estas personas de Amagúí no se atrevían a nombrarlo, ese día empezaron a hacer chistes sobre “El Tigre”:

“[...] La gente de Amagúí es muy especial porque la gente de Amagúí es alegre, o sea nosotros hasta del dolor nos reíamos, por eso soy así como soy. Me decía Victoria riéndose. En ese momento recordé las veces en que ese tipo de humor nos ha permitido, a ella y a mí, hablar abiertamente de varios momentos difíciles que ella vivió.

En serio, nosotros si habían matado a alguien, vivíamos el susto y en la noche no dormíamos, pero de ahí nacía un chiste, o sea teníamos que fortalecernos con algo. Después de la audiencia ellos decían: ¡Ahora si esta así ‘El Tigre’, ahora si no es Tigre, ahora parece un tigrito!. Y cuando íbamos a cenar mamábamos gallo también: ¡Miércoles para algo sirvió el Tigre, al menos estamos aquí y estamos juntos!, cosas como esa. Fue chévere. Las audiencias fueron experiencias bonitas, dolorosas pero bonitas, que todas las comunidades no tuvieron la oportunidad de tenerlas. Yo creo que eso le dio mucha confianza a la gente. Estar en una audiencia y verlo a él así, se disminuyeron algunos temores de la gente. Además que empezamos a fortalecer ese tejido social que ya se había perdido. Fuimos veinte, algunos éramos amigos, otros no, pero todos éramos de Amagúí y habíamos sido víctimas, entonces eso como que empezó a hacer renacer nuevamente las confianzas, de muy poquito nivel, pero es que estaba muy fraccionada la confianza en Amagúí”.

### **3.2.3 “Un proceso por los casos que negó y un círculo de afecto que nos blindara”**

De todos los casos que las personas de Amagúí mencionaron en la audiencia, Victoria recuerda que pocos hicieron referencia a la violencia sexual que familiares y vecinos de algunas víctimas le habían contado a ella. A varias de estas mujeres, “El Tigre” se las había llevado para su campamento, “como castigo”, por desobedecer sus mandatos. Pero desde su primera versión libre, este comandante paramilitar no quiso reconocer estos hechos. Al mismo tiempo, como eran tantos los casos de personas de Amagúí afectadas por crímenes del paramilitarismo, la violencia sexual a un grupo de mujeres, afro, varias menores de edad, muchas de ellas de las zonas más excluidas del corregimiento, no tuvo protagonismo como crimen en esta primera audiencia. Por ello Victoria decidió emprender un proceso específico para estos casos:

“De la violencia sexual se tocó dos casos en la primera audiencia, o sea muy general, entonces por eso yo tomé la decisión de liderar un proceso de violencia sexual aparte, porque no eran las condiciones de hacer preguntas sobre casos de mujeres que estaban

ahí, que todo el mundo estaba escuchando, incluyendo los papas, los tíos, ¿no?. Y en esa primera audiencia hubo dos casos que de una él negó. Dijo que no. Y entonces arrancamos con otros procesos muy diferentes, ya más de iniciativa mía, con mujeres para ya no tenerlas como en el mismo sitio. Entonces en las audiencias públicas de él para todos los casos íbamos, pero ya se había empezado un proceso de violencia sexual aparte”.

Garantizarles mejores condiciones para ser escuchadas tuvo que ver con el terror que Victoria observó en ellas, cuando le narraron por primera vez lo que les había sucedido. Estos primeros testimonios los dieron en el año 2008, mucho después de la captura de “El Tigre” (2004), la desmovilización de este bloque paramilitar producto de los acuerdos de paz (2005) y el trabajo de varias organizaciones e instituciones en la zona (desde el año 2005).

Aunque en el silencio de la mayoría de ellas estaba presente la intensidad del dolor vivido que les hacía ocultar estos acontecimientos. No se trataba sólo “de un saber envenenado guardado con celo” por el dolor, como lo refiere Veena Das (2008) al hablar del silencio de las mujeres violadas durante la partición de India y Pakistan. Para algunas de las mujeres de Amagüí víctimas de violencia sexual este saber también estaba cargado de la sensación de terror, por el peligro latente que les significaba, a ellas y a quienes las rodeaban, darlo a conocer. “El Tigre” las había amenazado con matar a sus familiares si ellas hablaban de lo sucedido. Pero adicional a esto, el silencio de estas mujeres se cargaba de culpa e impotencia, por el temor que les generaba las reacciones que pudieran tener sus familiares ante el comandante paramilitar, o éstos y sus vecinos hacia ellas mismas.

Como ya había narrado Victoria luego de que volvían del campamento varios hombres de la comunidad “las irrespetaban como haciéndolas sentir culpables [...] o como si por lo que les pasó, ellas tuvieran que dejarse”.

A pesar de que era un secreto a gritos como ella misma dijo, porque los mismos hombres de “El Tigre” “*boquiaban*” lo que les hacían a las mujeres que se llevaban a su campamento, varios de sus familiares, parejas y vecinos les desplazaron la culpa a ellas. Esta reacción combinaba el juzgamiento social “como provocadoras o consentidoras de esta violencia” al que históricamente han sido sometidas muchas de las víctimas de este delito. Pero le sumaba dos agravantes producto del contexto de terror que habitaban. El primero, que era imposible que mencionaran al culpable para que se le castigara, porque él era quien ejercía el dominio sobre la población; y el segundo, que este era un crimen que nuevamente los enfrentaba

a su propia impotencia para reaccionar ante las atrocidades de este control armado. A pesar de esto, tácitamente parecían exigirle esta reacción a este grupo de mujeres y niñas, algunas de las cuáles no superaban los 15 años.

De esta manera, los cuerpos de ellas se convirtieron en territorios doblemente castigados por expresiones distintas de dominación masculina: Una armada que en el ejercicio de su control tenía impregnadas representaciones de un deber ser femenino y masculino tradicionales, en el que la violencia sexual contra ellas, como mujeres, hacía parte de este repertorio de control y mantenimiento de un orden social particular. Y la otra, una sanción social que “antes que repudiar al victimario, despoj[ó] a la[s] víctima [s] de su reputación y prestigio” (CH; 2011: 18), trasladándoles la culpa y sancionándolas con su estigmatización, aún sabiendo la imposibilidad de resistir ante el mandato del perpetrador.

Por esta razón, para Victoria la denuncia de la violencia sexual requería de condiciones de discreción y confianza para que las chicas dieran su testimonio. Ella ya había presenciado cómo algunos de los casos de violencia sexual presentados en la primera audiencia habían sido transmitidos en un video a todo el pueblo, por parte de una organización internacional que trabajaba en la zona. Esto a su juicio podía aumentar la estigmatización que las mujeres víctimas de este delito estaban viviendo. Por ello, para iniciar este proceso buscó el apoyo de organizaciones, que como ella recuerda, iban llegando al territorio “hablando de mujeres y género”. En el año 2007, una Red Nacional de Paz (RNP) había promovido en la región acciones de mujeres a favor de la vida y la Alianza Nacional de Mujeres y Paz (ANMP) adelantaba un proyecto sobre ciudadanía en El Mar del Santo Patrono. Con esta segunda iniciativa, en el año 2008, Victoria empezó un proceso con la intención de fortalecer a estas mujeres, “tratar su salud mental” y promover apoyos para ellas en lo productivo y en la búsqueda de justicia. Sin embargo, en ese momento, la finalidad del testimonio de las víctimas directas fue enfocado en la vía jurídica.

Desde el año 2004 varias organizaciones de derechos humanos, que trabajaban desde un enfoque de género y de derechos de las mujeres, estaban recogido múltiples testimonios de víctimas de este crimen por parte de actores armados, a fin de documentar casos que pudieran aportar a la sanción jurídica de los postulados de Justicia y Paz. En ese mismo año se incrementó la producción de textos que hablaban de este tipo de violencia contra las mujeres<sup>36</sup>. Sus principales autoras fueron organizaciones de mujeres que

---

<sup>36</sup> Un ejemplo de este trabajo se refleja en el aumento considerable de publicaciones en el año 2004 que documentaron la violencia ejercida contra mujeres por parte de actores armados. Ver “Estado de avance sobre la Violencia Basada en Género (VBG) y Recomendaciones sobre líneas generales” (Acosta; 2012).

vieron la necesidad de documentar estos casos con el fin de identificar patrones de sistematicidad y generalidad de este delito. Estas dos características aportaban elementos para que esta violencia fuera juzgada como crimen de lesa humanidad y por tal razón, se declarara imprescriptible. En ese contexto, Victoria empezó a liderar un proceso local coordinado por una organización nacional –ANMP- para acercar a varias de estas mujeres a hablar de lo ocurrido. Se hicieron varios encuentros con ellas con el acompañamiento de una abogada y una psicóloga de esta organización, que asumieron un gran compromiso con el proceso. Victoria explicó su decisión de aliarse con esta organización nacional:

“Yo empecé el proceso de casos de violencia sexual, yo no inmiscuí a mi organización de víctimas, yo no quería porque yo sabía que era un riesgo. Entonces nosotros hicimos unos acuerdos y era que el tema de casos de abusos sexuales solo lo llevaban ANMP y CNRR. Pero CNRR administrativamente no estaba en capacidad de arrancar con un proceso en ese momento de esa magnitud, no tenía los acondicionamientos porque uno no puede reunir a unas personas y decir ‘venga y denuncie’ y aparecerse a los dos o tres meses. Entonces ANMP nos brindaban otras condiciones, entonces decidimos arrancar el proceso con ANMP solamente [...] precisamente para blindar a la gente que estaba ahí, para evitar que más gente se pusiera en riesgo”.

Paralelo a estas primeras reuniones, a mediados de octubre del 2008, en una de las audiencias de Justicia y Paz en las que “El Tigre” rendía versión libre, una fiscal le preguntó a él si era responsable de las amenazas que Victoria había recibido por ser lideresa de Amaguí. Su respuesta fue corta:

- *“Doctora, uno allá no amenazaba, uno daba de baja”*<sup>37</sup>

Junto a esta, surgieron otras intimidaciones hacia Victoria por participar en las audiencias, algunas de las cuáles le fueron enviadas a través de razones provenientes de personas que visitaban a “El Tigre” en la cárcel. Por ello, la organización nacional de la que empezó a ser parte, gestionó el cubrimiento de ella con las primeras medidas de protección de parte de la Fiscalía de Justicia y Paz. Estas consistieron en la asignación de un “medio de comunicación avante” o teléfono móvil para llamar a la policía en caso de peligro, el acompañamiento de personas de esta institución a ciertos lugares y rondas diarias o “revistas policiales” por su casa y lugar de trabajo. Esta era una parte del resultado que había conseguido esta organización, que desde hacía más de un año había emprendido un trabajo de incidencia ante la Corte

---

<sup>37</sup> <http://www.verdadabierta.com/>. Consultado el 6 de febrero del 2015

Constitucional, para garantizar el derecho a la protección, sobre todo a las mujeres, que desde las versiones libres se constituían en testigos de la ley de Justicia y Paz. Sobre sus primeras medidas de protección asignadas Victoria recuerda:

“Al principio allá nunca hacían rondas. También en los traslados se debía hacer acompañamiento; eso los tenía que hacer la policía. Aunque hubo un tiempo en que la MAPP- OEA me acompañó mucho, mucho antes que la policía, porque estaba en la zona y ya conocía mi liderazgo”.

Junto a estas primeras medidas, personas de la oficina de derechos humanos de la Policía del departamento le empiezan a ella a hablar de “autoprotección”:

“Las medidas de autoprotección era nunca estar sola, o sea no estar en sitios de mucha concurrencia, en sitios peligrosos, no tener rutinas, ni estar hablando de todo delante de gente que uno no conociera. No estar muy de noche en la calle, y avisarle [a la policía] siempre que uno fuera a salir. La misma para mis hijos, para mi familia, la misma recomendación. Y que estuvieran pendientes si había gentes extrañas rondando la casa, si veían una moto rara o algo, también”.

Estas recomendaciones de “autoprotección” fueron acompañadas por algunos talleres que dictó el Ministerio de Interior en el año 2009, a ella y otras personas amenazadas en la región:

“Una de las cosas que aprendí en ese taller es que uno debe hacerle caso a las corazonadas, las técnicas [de] como uno pasar inadvertido, no llamar la atención, y las formas de uno protegerse cuando uno se trasladaba, por ejemplo, yo que me trasladaba de Amagüí constantemente. Primero era no ir desordenado, pero tampoco exageradamente elegante, que llamara la atención de todo el mundo. Pero también aprendí que por lo menos en Amagüí salía con un suéter diferente o una ropa diferente y yo en el bus me cambiaba y llegaba a la ciudad con otra ropa. Eso lo aprendí ahí, a no ser tan confiada y no estarle dando información a la gente así, por todo. Ni estar cargando cosas comprometedoras, como joyas o algo así, que hicieran visible la presencia de uno. Poco a poco fui como que mejorando las estrategias de autocuidado. Y no salir, definitivamente se me acabaron las rumbas, se me acabaron las salidas en público, en lo que me gustaba”.

La autoprotección modificaba muchas de sus prácticas cotidianas como lideresa de Amagúí. No llamar la atención era realmente una tarea difícil para un líder o lideresa de esta zona que se destacaba por hablar duro, en público, confiar en la gente y compartir las fiestas con ellos. A pesar de que estas nuevas prácticas le reducían a Victoria las posibilidades de tratarse con la gente, las relaciones con las personas de la Red regional de líderes y lideresas, como ella narró, se volvieron su “blindaje de afecto”: “Había incluso mucho temor, sabíamos que teníamos que crear un círculo ahí de afecto que nos blindara a todos los que estábamos en las regiones y para poder transmitir esa seguridad a la demás gente”.

Otros líderes y lideresas, denunciantes sobre la violencia contra las personas de la región, en su mayoría amenazados como ella, se volvieron también, actores importantes de sus relaciones y una alternativa de protección distinta a la promovida por el Estado. Mientras que se fortalecían cada vez sus vínculos como red y se cuidaban haciendo uso de la denuncia pública, de lo que le acontecía a uno u otra, también aumentaban sus amenazas y el Estado promovía prácticas de cuidado y protección como encerrarse, evitar salir y no hablar mucho.

Estas prácticas hicieron parte de la vida de Victoria con mayor fuerza, cuando ella y algunas víctimas de violencia sexual decidieron emprender el proceso de denuncia jurídica. Ella recuerda que como a finales del año 2008 recibió una llamada a su teléfono personal de una mujer que le preguntaba si ella era líder de Amagúí. Como no entendió el sentido de la esta pregunta, ni reconoció el tono de la voz de quien la hacía, por prevención decidió grabar la conversación con el celular asignado a través de la Fiscalía de Justicia y paz:

“Entonces yo le dije a mi Negro que estaba al lado mío que abriera la grabadora del teléfono y puse en altavoz lo que la señora me estaba diciendo. Ella me preguntaba y decía que ella sabía que yo lideraba los procesos de violencia sexual, que si yo no sabía en lo que me estaba metiendo, que si acaso a mí me habían violado. Que ella sabía que yo en compañía de Ernesto éramos los líderes de Amagúí, que sabía dónde estábamos. Ella era la abogada de ‘El Tigre’. Entonces para mí eso fue una clara amenaza y ahí empezaron, ya después fueron llamadas, después fueron correos electrónicos o por terceras personas”.

A finales del mes de febrero del año 2009, Victoria recibió una llamada de su hijo en la que le contaba que a su casa había llegado una amenaza de muerte contra ella, la cual se repitió cinco meses después, cuando por teléfono le mandaron la razón con su sobrina, que la iban a matar.

Después de estas llamadas el Ministerio de Interior le hizo un estudio de riesgo del que ella recordaba: “Me preguntaron qué estaba haciendo, quienes eran los que operaban en la zona y toda la dimensión de lo que había pasado en la audiencia y eso. Yo me imagino que eso lo valoran. No sé, pero desde el primer estudio de riesgo, ese riesgo me salió extraordinario”.

Desde ese momento fue incluida en el Programa de Protección a víctimas y testigos de la Ley de Justicia y Paz, a cargo de la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía con la valoración más alta de riesgo que asignaba la Unidad Nacional de Protección del Ministerio de Interior.

Varias de las relaciones sociales que ella había construido a lo largo de su vida cambiaron producto de la amenaza y posteriormente por el uso del esquema. Pero junto a las de su familia surgieron unas nuevas relaciones con líderes y lideresas, muchos de los cuáles compartían su situación de amenaza y le brindaban la posibilidad de cuidado y protección mutua, en un espacio de mayor movilidad, visibilidad y confianza.

“Pues siempre hicimos un círculo de amigos muy fuerte. Amigos que estaban casi en las mismas condiciones también, líderes amenazados. Eso nos permitió crear esos lazos de amistad y además, fortalecer las estrategias de cuidado. Por ejemplo, yo a veces iba a salir de Amagüí y yo llamaba a Rosario y le decía. O si veía algo raro llamaba a la Rosario, a Inés o alguien pero nos manteníamos en ese círculo. Era saber que nos teníamos que cuidar nosotros, porque nosotros éramos los que teníamos amenazas”.

A ese círculo se empezaron a acercar varias personas de derechos humanos de la Policía del departamento para acompañarla y brindarle protección en los espacios a los que asistía por el proceso de violencia sexual. La constancia de esta compañía hizo que se generaran relaciones de confianza entre Victoria y otras personas de Amagüí, con miembros de la Policía del departamento, lo cual unos años atrás hubiera parecido impensable. Victoria recuerda el inicio de esta relación:

“Porque nosotros desde 2007 que empezamos el proceso, a los acuerdos que llegamos con la Fiscalía de Justicia y Paz y con ANMP, era que íbamos a mantener el mismo grupo con los que iniciamos el proceso: El mismo grupo de psicólogos, abogados, policías, Fiscalía y eso

se mantuvo hasta el 2013. Y estos policías, por lo menos los de las oficinas de derechos humanos eran los que siempre nos habían acompañado al proceso. Y no era fácil para una mujer hablar de sus procesos, hablar de sus casos de violencia, delante de todo el mundo. Ya con ellos se había generado una confianza. Incluso había un policía que era el que nos había acompañado siempre a las audiencias. Ese policía estaba en las audiencias e incluso escuchaba hasta intimidades de las peladas, e incluso le tocó estar pendiente cuando una de ellas tuvo parto en una de las audiencias. Hubo que sacarla corriendo y llevarla a la clínica. ¡Ajá, le vino su parto ahí! [...] En una de las penúltimas audiencias con ‘El Tigre’.

-¿Eso cuándo fue?

“No me acuerdo, hace como dos años. Entonces a este policía le tocó. Yo creo que fue el primero que cargó al bebe, o sea pendiente en la clínica. Yo me quedé en la noche a acompañarla y él pendiente cargando pañales, como no había nada, entonces había que comprar pañales. Entonces él acompañando a las abogadas y todo eso. Entonces esas son confianzas generadas ahí [...] Cuando pasaba algo en Amagüí ellas llamaban a esos policías, no me llamaban a veces a mí, porque no podían y llamaban [a los policías]. Y de hecho cuando yo decido salir del departamento, yo venía con toda la confianza, porque había gente en quien confiar de la policía...”

### **3.3 Del blindaje de la Red al blindaje del esquema**

Una vez que el Grupo Técnico de Evaluación y Riesgo (GTER) y la Unidad Nacional de Protección determinaron que su nivel de riesgo era extraordinario, le fueron asignando variadas medidas de protección que no daban respuesta a la movilidad que su posición de defensora le exigía.

#### **3.3.1 “Me toca sacrificar mi libertad...pagando una condena equivocada”**

Luego de su evaluación de riesgo, la primera propuesta que Victoria recibió fue salir de la región acogiéndose a las medidas de reubicación temporal, que determinaban que viviera en otra ciudad por aproximadamente tres meses. Durante este tiempo, el Estado se comprometía a garantizarle un aporte mensual para su sobrevivencia.

Pero a pesar del nivel de amenazas, ella seguía resistiéndose a dejar el corregimiento. En ese tiempo, cuando yo le preguntaba con extrañeza porque no se iba de allí, me respondía: “Porque me sacan de donde estoy más segura. A mí en Amagúí no me va a pasar na, porque allá la gente misma lo cuida a uno”. Pero el nivel de amenazas y la insistencia de la Fiscalía hicieron que en mayo del 2009 saliera del corregimiento. Sin embargo, nunca se mudó completamente. Aunque desde ese momento pasaba más tiempo en la capital del departamento, mantenía en Amagúí su ropa, las fotos y otros recuerdos de sus hijos y de sus amigos. Estos se revolvían con listados de vacunación de los niños y niñas de Amagúí y con los certificados de asistencia a los cursos de liderazgo y de apoyo psicosocial a víctimas, realizados con las organizaciones que habían llegado al territorio en los últimos tres años.

Todas estas huellas de su vida allí, las guardaba en un baúl de madera vino tinto que tenía flores labradas cubiertas de color dorado. Este baúl, también contenía uno de sus bienes más preciados: Su biblia grande, de tapa de cuero verde, que en el frente tenía una estampa de un Cristo resucitado. El tamaño de esta biblia parecía corresponder a su fe. Desde muy chica, Victoria se había formado como creyente católica con las enseñanzas recibidas de parte de su mamá y posteriormente de la Pastoral Juvenil franciscana. Esto contribuyó a que en el ejercicio de su liderazgo, no le fuera difícil encontrar sentido en la reivindicación de los derechos de las personas de Amagúí, junto a los mandatos cristianos de trabajar por los más necesitados. Esta combinación de sentidos también movilizó algunas prácticas para sobrellevar sus amenazas: Al trámite de su protección ante las instancias del Estado que debían garantizarle este derecho, se sumaban las oraciones que desde años atrás venía haciendo, a raíz del miedo que le generaban la violencia y la amenaza paramilitar. Para ella, sus oraciones y las de su familia muchas veces la habían librado del peligro. Siempre cargaba un crucifijo bendito colgado al cuello y constantemente rezaba “la oración de la Magnífica”, una oración a la Virgen María que según ella la protegía de todos los peligros y posibles enemigos.

Con su salida de Amagúí, sus hijos se habían trasladado con ella a su ciudad de origen y su marido, “*El Negro*” como ella lo llamaba con cariño, constantemente iba y venía desde La Playa. Desde que él tenía memoria se había dedicado a la pesca y posteriormente al comercio de mariscos en las ciudades cercanas. No era difícil ser pescador en esta parte de Amagúí. El creció con el mar enfrente, en el que sólo adentrándose un poquito se conseguía una amplia variedad de peces. En una visita que hice en el 2014 vi como un pescador al que el agua no le cubría más allá de su cintura, luego de unos minutos de haber lanzado su red sacaba varias jaibas y sardinas. En la sala y cocina de la casa de La Playa donde vivió

Victoria y en las de varias de sus amigas, no era raro encontrar platones que contenían hasta seis o siete pescados de ese día o algunas cajas con langostas que la gente iba acomodando para sacar a vender. Para uno de los desayunos, la dueña de una de estas casas nos cocinó dos cojinúas que cada una medía aproximadamente 60 cm y con las que nos prepararon un abundante plato, condimentado con tomate y cebolla, que nos sirvieron con yuca.

En las casas ubicadas frente al mar, desde las salas se podía observar una buena parte de la playa. En la parte de atrás estaban las cocinas, en su mayoría construidas al aire libre, para que el humo de la estufa de leña no entrara en las habitaciones. Estas estufas como las de varias casas que visité, estaban hechas sobre una caja de madera de más o menos un metro de ancho por dos de largo, sobre la cual se colocaban los palos para hacer brasa y las piedras o bloques sobre los que se sostenían las ollas. Esta caja la sostenían seis palos anchos que terminaban sus puntas en forma de Y para darle soporte y ubicar su altura a la cintura de las mujeres que cocinaban.

▪ Ilustración 5. Foto: Cocina Amagú



Foto tomada por Angélica Acosta, 2014

Victoria recordaba como antes de que llegaran los paramilitares, su marido visitaba casi todos los días varios hoteles de estas ciudades que se habían convertido en sus principales clientes. Pero después del control armado de este grupo, su posibilidad de abastecimiento decayó:

“Cuando los paramilitares llegaron y empezaron a molestar con los barcos, entonces ya él iba una vez a la semana. Ellos no dejaban que los barcos estuvieran por ahí, los barcos eran los que traían la mercancía, el camarón y eso. Hasta hubo un tiempo que ya no viajó más, porque ya no había producción”.

Sin embargo, David, “*El Negro*” siguió viviendo de la pesca y la venta de lo que él y otros compañeros conseguían mar adentro, hasta cuando unos meses después, Victoria recibió nuevas amenazas. A diferencia de las anteriores, esta vez incluían a su marido. Por esta razón, decidió acogerse a las medidas de reubicación temporal que le había ofrecido el Programa de Protección del Ministerio de Interior. Esta decisión marcaría un cambio significativo en sus relaciones, en su cotidianidad y en su emocionalidad. Como ella lo relató:

“Cuando la amenaza, nosotros estábamos [en la capital del departamento] pasando unos días, un fin de semana y de ahí nos sacó la policía a los cuatro. Nos trajo a Amagüí en un carro de ellos, nos llevaron a Amagüí para nosotros empacar y hacer maletas. Nosotros les pedíamos que nos dieran dos días, mientras empacábamos, comprábamos maletas y todo eso, y después nos sacó la policía desde Amagüí hasta otra ciudad en un carro de ellos.

Desde esa primera vez que me toca salir, yo siento que me toca sacrificar mi libertad. Ni siquiera desde las primeras amenazas. Es desde la primera vez que tuve que salir de la zona, que me tuve que ir por amenazas. La primera vez que salí, salí porque salió un panfleto, después de mi amenaza, un panfleto donde nombraban a David. Entonces para mí era muy injusto, él no tenía nada que ver con eso, y siempre se mantuvo al margen. Me dio mucho miedo de que le pasara algo por mi culpa, entonces salí, nos fuimos para Bogotá, con él y con mis dos niños menores.

Yo no me la creía, todavía estaban haciendo los trámites del vuelo para él irse conmigo y a mí me parecía que era una pesadilla, que era mentira, que en cualquier rato, las cosas iban a ser normales y eso. Pero no; nos fuimos. Y ese cambio tan brusco, eso fue feo, yo creo que desde ahí empezó a deteriorarse mi relación con David. Porque yo pienso que hasta cierto punto él me responsabilizaba a mí y con toda la razón, de que él tuviera que estar viviendo eso, lejos de su pueblo. Jamás había salido así, nunca, nunca de su pueblo.

Él nunca supo del panfleto directamente qué decía, ni sus papás. Yo le dije a él que era que teníamos que salir, le dije que era que me iban a matar, que me habían llamado, que iban a matar. Y que probáramos a ver. Que era porque me llevaba a los niños y le dije que era por tres meses, entonces por eso aceptó. Ese día mis hijos estaban felices porque iban a montar avión. El niño, el menor le preguntaba a la doctora Helena, que si en Bogotá había mar, que si Bogotá era lo mismo, que si allá había mar para él bañarse. Porque

nosotros vivíamos a orillas de la Playa. Y ellos preguntaban cómo era, que si era muy frío. Además iban bien, iban con su papá y su mamá. David no decía nada, iba callado. Muy callado. Nunca me dijo que pensaba. Nunca. El silencio de él era como un reproche. Mis hijos felices en el avión, porque ellos tenían unos primos [en Bogotá] y como por el cambio de ambiente. Pero él [David] se vino y me dejó a mí allá. Yo me quedé allá y él se vino con sus dos niños, el viajó con mis hijos desde Bogotá, hasta mi ciudad. El Ministerio le asignó los vuelos, yo hice la petición.

Mis hijos me decían que se querían ir. Yo creo que lo más que les daba duro a ellos era el encierro, ni siquiera el frío, ellos no se quejaron nunca del frío. El encierro. Porque ellos permanecían encerrados en el apartamento. A veces los dejábamos bajar un rato a la zona verde, pero era un ratito, a mí me daba miedo, primero porque nadie nos conocía y a mí me daba miedo que les pasara algo o que alguien les hiciera caras, yo no sé. Además David es muy tímido y él se dedicó a encerrarse, nunca quiso trabajar ni nada, ahí. Él lo único que me alcanzó a decir alguna vez, fue: ‘yo te dije, yo te dije que no te metieras en eso que te quedaras quieta’. Yo sabía que hasta cierto punto eso iba a pasar”.

Adicional al miedo de las amenazas y vivir en una ciudad donde no los conocían, se sumaba el temor de Victoria a que alguien “les hiciera caras a sus hijos”. Con esta expresión Victoria se refería a que los discriminaran. Varias veces me dijo: “Mis hijos son negritos y que tal que les digan algo o me los traten mal, que tal me les pongan caras”.

Para ella empezar a vivir en Bogotá y tener que armar su vida y su cotidianidad de nuevo por una decisión que no había sido suya, fue uno de los momentos más difíciles que narraba:

“Yo ya conocía a Bogotá y había ido antes, pero fue muy difícil llegar, como para tener que empezar, tener que ir a conseguir. Nosotros no llevamos nada, comprar cosas de cocina, eso fue muy difícil. Porque era como, o sea, era volver a empezar, como si ya nosotros no hubiéramos tenido la vida hecha. Como si nosotros ya no nos la hubiéramos ganado. Nosotros vivíamos bien, no bien como ricos pero nosotros vivíamos bien. Nosotros cuando vivíamos en Amagüí, teníamos lo que necesitábamos y estar en Bogotá solos era muy triste. Muchas veces lloré con David, callados los dos ahí, yo solamente lo sentía cuando me abrazaba o se quedaba muy callado. Cuando me daba cuenta él tenía lagrimas en los ojos, pero no me decía nada, era como, no sé, como si estuviéramos pagando una condena

equivocada. Yo me sentía saliendo de la región como si yo, o como si lo que yo estuviera haciendo, fuera malo. O como si yo me mereciera haber salido, porque salir uno de su tierra es un castigo para uno. Estar uno lejos. Que una persona venga a buscar oportunidades vaya y venga, pero que uno que no quiere salir de su tierra tenga que salir, ¿Por qué tiene que salir?...

Y claro él [David] decidió regresar. Y por eso creo que ha decidido alejarse tanto. Y creo que por eso yo también he aceptado esa situación, porque yo pienso que si alguien no debe pagar la decisión mía de lo que yo he hecho es él. Porque él nunca ha asumido una actitud de responsabilidad social, porque eso no está dentro de él. Su vida es muy diferente, su cultura es muy diferente. Ellos, [su familia] han sido unas personas temerosas. Y ese temor de ellos incluso los ha llevado a una sumisión y hasta aceptar injusticias. Pero mientras él esté en su entorno, el acepta eso porque quiere estar ahí. Yo no tenía ningún derecho a arrastrar a David en mi decisión de lo que yo estaba haciendo. Y por mucho que uno quiera a una persona, uno no es nadie para arrastrar a la gente a hacer lo que no quiera hacer. Entonces después de esa venida de David de Bogotá las cosas ya mas nunca fueron iguales.

Él un día dice que ya no más, que no se quedaba más, que él no se iba a quedar en Bogotá, que él no iba a estar en Bogotá y que él se traía a sus hijos. Porque dice que sus hijos ahí en ese encierro y que si nos quedábamos allá, yo tenía que trabajar. Y es muy diferente tener a un niño acá en la costa, donde tienen cierta libertad que tenerlos encerrados allá en Bogotá y obligarlos a ellos a empezar una vida nueva. Porque ¿Quién me iba a atender a mis niños, si yo trabajaba? Y ya ellos no querían estar, ya ellos todos los días le decían a su papá que ellos se querían venir, que cuándo se los iba a traer. Que Bogotá era muy fea, que los cachacos estaban locos, que cómo se les ocurría a los cachacos salir a asolearse con ese frio, ¿O es que ellos no conocían la playa mami?. Así decía mi hijo pequeño, cuando veía que había sol y salían, como es costumbre allá, a tirar las piscinas o a sacar los niños al sol. A él le daba risa y él me decía, los cachacos están locos mami, ellos creen que eso es playa, ¿Verdad que como que ellos no conocen la playa?. Yo aquí no quiero estar, yo me voy pa mi playa. Entonces cosas como eso. De pronto ya para esta época estuvieran acostumbrados, pero no. Uno tampoco tiene derecho a cambiarle a la gente la esencia de su vida”.

En su relato, la salida forzada de Victoria de su región y las prácticas de protección que empezaba a adoptar en este nuevo contexto, ella las vivió como un castigo que llevaba implícito el encierro y cambios en “la esencia de su vida”. El significado de castigo y su referencia a vivir “una condena equivocada”, eran fruto de no entender el por qué mientras los grupos armados seguían transitando, viviendo en su región, o mandando desde la cárcel, ella “que no había hecho nada malo”, tenía que encerrarse para que el Estado le protegiera su vida. Era perder a pesar de sentir que había hecho lo correcto.

Su sentido de la protección estaba muy relacionado con rodearse de gente que la conociera a ella y a su familia. Muchas veces me dijo que en Amagüí y en el barrio en el que había nacido, los niños solían jugar en la playa o en la calle y los vecinos estaban pendientes de todos. Si alguno hacía algo malo, uno u otro vecino los corregía. Esto era muy contradictorio con las medidas de cuidado que promovía el gobierno, de no salir mucho, no dejarlos solos, no hablar con cualquier persona, no confiar.

Además de lo paradójico de esta situación, tener que salir de la zona era impedirle continuar con los procesos sociales que había impulsado como lideresa- defensora. Al promover la denuncia, sentía bajo su responsabilidad la vida de las mujeres que la habían seguido en este proceso y continuaban en la región:

“Yo ya pensaba mas era en las rupturas de proceso ¿sabes? Estar en Bogotá era como que decir bueno, estoy aquí y ya ellos consiguieron lo que quieren. Me sacaron de la zona. Pero también me generaba mucha angustia que yo ya había dejado mujeres acá, expuestas. Eso me angustiaba mucho. ¿Qué iba a pasar con ellas? Si yo definitivamente me iba de la zona era como decir bueno, hasta aquí llegue. Y en ese entonces yo tenía la certeza de que todavía faltaban muchas cosas por hacer y que tendría yo que crearme algunas estrategias, pero definitivamente estaba decidida a no volver a salir de la zona”.

Esta decisión la hizo regresar a la capital de su departamento. Pasaron varios meses antes de que volviera a tener acompañamiento por parte de la policía durante sus desplazamientos, porque la medida de reubicación temporal suspendía el apoyo para trasladarla a ella o a su familia. Se daba por hecho, que viviendo en un lugar alejado del sitio que el estudio consideraba que le generaba riesgo, ella no requería moverse a ningún otro lugar.

Esto indicaba que la protección que le brindaba el Gobierno Nacional no sólo estaba asociada a mantenerla alejada de un territorio geográfico, sobre el que no se tenían en cuenta la movilidad de algunas de sus dinámicas. Sino que tampoco tenía presente que a quien estaban protegiendo, era a una mujer, que en el ejercicio de su oficio como defensora de derechos humanos, requería movilidad para continuar gestionando los procesos que acompañaba.

Durante los meses que no tuvo medidas de protección, ella continuó liderando el proceso de violencia sexual en Amagüí. En los primeros días de junio del 2011 Victoria y una amiga suya del departamento, recibieron una nueva amenaza por correo electrónico. En ella, sus nombres estaban junto a los de otros líderes y lideresas de la región que reclamaban las tierras despojadas por los paramilitares. En esta amenaza les decían: “*Miren par de sapos se están metiendo donde nadie las llamó ya hay mucha muerte, no queremos más muertes dejen quieto a los míos*”. En ella, también les indicaban cuidar a sus hijos, refiriéndose a ellos como: “*los sapitos que están formando*” y sobre quienes dijeron saber que no tenían protección. Finalmente firmaban: “Las Águilas Negras”.

Esta amenaza, dirigida a ellas a través de sus hijos, se sumaba a muchas otras ocurridas a lideresas que desarrollaban trabajo en regiones expuestas al conflicto armado<sup>38</sup>. Esta se había vuelto una de las expresiones más recurrentes para amedrentarlas. Por ser mujeres, este grupo armado, también hizo uso del rol asignado como madres, cuidadoras y formadoras, para intimidarlas y generarles miedo y culpa. Junto al temor de ser asesinadas, en esta amenaza fue explícito el desplazamiento que les hicieron a ellas, sobre la responsabilidad de lo que les pudiera ocurrir a sus hijos, a manos de este grupo, si persistían en las denuncias. De esta manera, las situaban como las generadoras directas del riesgo para ellos: por ejercer su liderazgo, por no cumplir con sus tareas de cuidado asignadas a “las madres tradicionales” y por estar formándolos “*como sapitos*”, es decir, con inquietudes sobre los derechos parecidas a las de ellas.

Así, estas amenazas contenían un sesgo de género que buscaba el control de sus denuncias, no sólo a través del miedo de ser asesinadas, sino de la culpa, por ser acusadas de no “ser buenas madres” en el sentido del mandato tradicional asignado a las mujeres, y además por “generar daño” a quienes más amaban. Estas características de las amenazas contribuían a su estigmatización de parte de personas cercanas.

---

<sup>38</sup> Desde el mes de Abril de año 2001 hasta febrero del 2015, la “Mesa de trabajo Mujer y Conflicto armado”, ha documentado el impacto de la violencia política y del conflicto armado en la vida de las mujeres. En varios de sus informes ha recogido testimonios sobre las amenazas a las mujeres a través de sus hijos.

Aunque Victoria no tenía a cargo ninguno de los procesos de restitución de tierras en la región, junto con la Red regional de líderes seguían haciendo denuncias de la violencia perpetrada por el paramilitarismo. También, ella cada vez era más conocida por liderar el proceso de denuncia por los casos de violencia sexual en contra de “El Tigre” como comandante paramilitar que estuvo controlando Amagüí.

Por este trabajo fue delegada por la Alianza Nacional de Mujeres y paz (ANMP) para representarlas en un Seminario sobre la violencia sexual como arma de Guerra a nivel global. Este evento se realizó a mitad del año 2011, en Estocolmo, Suecia. Esta fue la primera vez que Victoria salió del país. Días antes del vuelo, estuvo muy nerviosa. Se preguntaba: ¿Cómo voy a hacer para aguantar tanto tiempo en un avión? También comentaba que le daba miedo perderse en el aeropuerto y no encontrar a nadie que hablara su mismo idioma. Sin embargo, en esta ciudad que le pareció inmensa, pasó varios días alojada en la casa de una mujer que apoyaba la alianza de ANMP desde hacía varios años. Cuando contaba sobre su estadía allá, hablaba de la sorpresa que le generó haber visto renos y la preocupación de su anfitriona porque Victoria se bañaba hasta dos veces al día. Al terminar el seminario, la alianza de organizaciones suecas que la había invitado a ella y a la directora de una organización de mujeres del ámbito nacional, redactaron las conclusiones en las que estas dos mujeres llamaban al gobierno a que se hiciera una política nacional sobre este delito y a procesar jurídicamente a sus victimarios.

En ese mismo mes, Victoria de nuevo recibió amenazas a través del correo de su hijo en el que, como ella cuenta, le advirtieron: *“Dígale a su hijueputa madre que deje a mi patrón tranquilo...y una cantidad de cosas, amenazándolo a él. También se denunció eso”* dice ella como dejando constancia. Unos días después, cuando se trasladaba con él y su hija entre dos ciudades del Caribe se empezó a sentir inquieta y decidió bajarse en la mitad del camino mientras sus hijos continuaron la ruta del bus:

“Yo no sé por qué, esas cosas que a uno le entran, esos pálpitos como dice uno. Pero cuando nosotros veníamos en el Cruce, a mí me entro un desespero yo no sé por qué, además íbamos sin protección y sin nada. Entonces yo decidí quedarme allí y mandarlos a ellos. Eso fue en la mañana como a las nueve y media o diez de la mañana. Cuando a la una, mi hijo me llamó que le había ocurrido el hecho. Era el último año de su bachillerato y llegando al colegio se le acercó un motorizado con casco negro, o sea todo de negro y en una bóxer negra y le pegó un papel en el pecho que decía: ‘Hoy es tu último día’. Entonces yo no sé, a mí la impresión que me dio es que nos venían haciendo como seguimiento, pero yo me bajé rapidito. Entonces cuando él me llamo yo no podía... En protección siempre uno

aprende que a veces eso ocurre para ver si uno va corriendo a ver donde están ellos. Entonces lo que yo hice fue que yo llamé a mis amigos, activé mis redes de amistad, llame al RENVIC a Inés. Cuando eso estaba una organización internacional que servía de protección al RENVIC. Mis amigos fueron los que fueron a rescatar a mi hijo del colegio y ellos me dijeron que no me moviera yo, que ellos lo hacían y yo llamé a la oficina de DDHH de la policía. O sea relativamente las confianzas son tan, tan escasas, o en ese momento eran muy escasas, y con las personas con las que más tenía confianza eran algunos miembros de la policía de la DIPRO<sup>39</sup>, que nos prestaban protección y con miembros de la oficina de DDHH. Entonces yo les informé, yo los llamé y les informé. Entonces ellos fueron enseguida también. Mis amigos sacaron a mi hijo del colegio, estaba muy mal, muy mal, mi amiga me dice que él no decía nada, que estaba pálido, no decía nada, que cuando la vio a ella, se puso a llorar, entonces ellos lo sacaron y se los trajeron para la casa”.

De nuevo, este grupo armado puso sobre su hijo el peso de las amenazas y la intimidación hacia ella. Pero estas dos últimas veces lo hizo a través de él, como el receptor directo del hecho amenazante, involucrando su emocionalidad y subjetividad en la trasmisión de los mensajes que le enviaban a ella. De esta manera se aumentaba el temor, la presión y la culpa sobre ella para que desistiera de las denuncias.

Luego de las repetidas amenazas ocurridas durante los meses de junio y julio del 2011, le asignaron a Victoria: *“un esquema con vehículo blindado y dos escoltas”*. Este esquema estaba a cargo de una empresa de seguridad que era subcontratada por la Fiscalía. Recuerdo que por esas fechas nos encontramos con Victoria en Cartagena, en un café Juan Valdés del sector de Bocagrande. Cuando llegó el carro de vidrios oscuros y se estacionó cerca del café, no causó mucha sorpresa entre las personas que estaban en el lugar. Sin embargo, cuando ella se bajó, junto a sus hijos y su sobrina, no faltaron las miradas y los comentarios. Era evidente que ellos, no eran las personas que esperaban o que estaban acostumbrados a ver haciendo uso de estos vehículos. Como en el café no había espacio suficiente para sentarnos todos, decidimos salir a una heladería cercana. Allí, Victoria me contó sobre sus dificultades económicas por no tener trabajo

---

<sup>39</sup> Dirección de protección y servicios especiales de la policía. Encargados de la “la Protección de personas con nivel de riesgo comprobado, la seguridad de instalaciones Gubernamentales y Diplomáticas, la Protección de la Infancia y la Adolescencia, del Turismo y del Patrimonio Nacional y del Medio Ambiente y la Ecología, reto al cual destinamos todos nuestros esfuerzos”

[http://www.policia.gov.co/portal/page/portal/UNIDADES\\_POLICIALES/Direcciones\\_tipo\\_Operativas/Direccion\\_Servicios\\_Especializados/Conozcanos](http://www.policia.gov.co/portal/page/portal/UNIDADES_POLICIALES/Direcciones_tipo_Operativas/Direccion_Servicios_Especializados/Conozcanos). Consultada 7 de febrero del 2015

remunerado. Al mismo tiempo me habló sobre las múltiples actividades que en los últimos meses había realizado. Varias eran de los procesos que lideraba, pero la mayoría eran de otras organizaciones, que constantemente, demandaban su apoyo para la realización de talleres, especialmente para la convocatoria a otras personas de la región. En varias conversaciones que tuve con Rosario ella señalaba esta situación con preocupación y rabia: “No le reconocen su trabajo, eso no es justo [decía], y ella es la que se expone, les organiza las reuniones, convoca a la gente y acompaña los talleres. Sin eso, ellos no podrían trabajar en la zona”.

Luego de conversar un rato, Victoria me comentó que por el aumento de sus amenazas le “habían puesto ese carro”. Contaba, que no se sentía cómoda en él, que todo el día estaba vigilada y que los escoltas regañaban a sus hijos por comer adentro o por la forma en que se comportaban. Ella sentía que les molestaba llevarlos.

Las medidas de protección que no tuvieron en cuenta su trabajo como defensora, sumada a la reacción de la gente en el café Juan Valdés y la de sus escoltas regañando a sus hijos, empezaban a develar que estos esquemas de protección, que años atrás estuvieron asociados socialmente al uso de políticos y empresarios reconocidos, tenían dificultades para adaptarse a garantizar este derecho a una mujer popular, descendiente de comunidades zenú y afros, de una región del Caribe y lideresa y defensora de derechos humanos. Era altamente probable, que si en su lugar hubiera estado un político o empresario prestigioso, en su mayoría hombres blancos, ninguna de estas tres cosas le hubiera sucedido.

Rosario tampoco estaba cómoda con el esquema asignado a Victoria. Ella, que por las amenazas a su familia, fue conociendo en la práctica los límites de estas medidas, me señalaba como éstas no eran garantía para la protección de Victoria: *“Ajá eso no es protección, el carro blindado esta frente a su casa con un par de escoltas ahí adentro. En frente de su casa que es abierta, que no tiene las condiciones de seguridad, que cualquiera se puede entrar o disparar desde afuera”*. Sí, su casa era abierta, ubicada en un barrio popular, con un lote en la parte posterior y un kiosco construido en el centro, donde Victoria guindaba una hamaca para pasar horas en compañía de sus hijos y sobrinos. Allí vivía su papá y varias de sus hermanas con sus nuevas familias.

Sin embargo, en este barrio, sentía que la protección se la daban sus vecinos que la conocían desde niña y que poco a poco se fueron acostumbrando a ver *“el esquema con vehículo blindado y dos escoltas”* y a avisarle cuando veían personas extrañas cerca a su casa. Este “esquema” iba más allá de las medidas de

autoprotección y de reubicación que le habían ofrecido a Victoria. Era la expresión máxima del poder simbólico y material de la protección del Estado. No sólo históricamente se había asignado a políticos y empresarios reconocidos del país, sino que literalmente se encargaba de “blindar” a la persona amenazada, para garantizarle su vida.

Por este poder de representación, Victoria y otras personas lo conocían como “*el esquema duro*”: Una metáfora que combinaba lo abstracto y lo concreto del poder Estatal (Aretxaga; 2003), en un performance que ponía en escena un carro de vidrios oscuros que las personas en su transcurrir diario veían circular. Por medio de estas dos figuras, se iba incorporando un nuevo sentido de la protección en la vida cotidiana y en la subjetividad de quienes estaban amenazadas, en riesgo de estarlo o eran cercanos a ellas. Este sentido basaba la sensación de protección en lo “blindado” y ubicaba esta medida, como un bien escaso y exclusivo, lo cual constantemente se les recordaba a quienes estaban haciendo uso de él.

Así poco a poco “*el esquema duro*” se iría convirtiendo en uno de los principales símbolos de una narrativa nacional de protección de la vida de personas amenazadas y un nuevo lugar “seguro” para habitar. Esta expresión de poder simbólico y material se volvería cotidiano en la vida de Victoria y desde allí modificaría y resignificaría sus prácticas, sus espacios, tiempos y relaciones y la manera en la que era vista por amigos y conocidos.

### 3.3.2 El esquema: “un mal necesario”

Para finales del año 2011, Victoria y su familia celebraron “*el quinceañero*” de una de sus sobrinas en su casa de la capital del departamento. Como ya se había vuelto costumbre en ellos, después de las fiestas de fin de año, sus hermanos y hermanas con sus respectivas familias, salían con el abuelo a “rumbiar”. Dadas las condiciones de seguridad de Victoria y las recomendaciones de protección hechas por la policía, ese día decidieron salir empezando la tarde, para regresar temprano:

“Era la una del día, yo tengo claro que yo en la noche hasta las ocho de la noche estoy en cualquier lado y después me voy. A menos que sea algo de mi grupo, de mi red, de mi gente de confianza donde yo me pueda quedar. Entonces nos fuimos a rumbiar y a tomar. Cuando nosotros salimos así, todo el mundo: mis hermanos, mi papá, todo el mundo hace las veces de escolta. Yo nunca estoy en un sitio donde yo esté dando la espalda. Detrás de mí, está mi sobrino, o está mi hermano mayor, o están mis cuñados. Ellos,

estratégicamente se ubican como para cubrirme a mí y ese día ellos hicieron eso. Y empezamos a rumbiar. Lo que nos dimos cuenta es que el espacio estaba muy solo. Pero cuando iban siendo como las cuatro de la tarde eso estaba súper lleno y había mucha gente rara muy cerca de mí, que no estaban tomando. Entonces ya mi hermana y todos nos dimos cuenta, pero estábamos rumbiando, bailando y eso. Los escoltas estaban muy cerca de mí, tomando gaseosa, ellos estaban pendientes de todo, no era la policía, era un esquema particular. Entonces alguien llegó, creo que era del CTI, era alguien amigo de mis escoltas y les dijo ¡Sáquenla ya que la van a matar!

Y ellos me sacaron de ese sitio y me llevaron. Incluso nos siguieron las motos hasta mi casa, nos siguieron unas motos, sí. Yo estaba muy alegre con mi familia, yo no me quería ir. Igual, ellos me montaron al carro, me subieron y me pusieron en el carro. Además eran muy responsables ¿sabes? mis escoltas, eran muy responsables. Desde ese momento restringí mis salidas. O sea ya no, ya no. Eso me quedó claro. Me quedó claro que ya yo no podía hacer eso”.

En el relato de Victoria se develan algunas de las prácticas que su familia fue incorporando en razón de la protección de ella. Ver lo que están haciendo las personas alrededor, estar pendientes de la entrada y salida de la gente a este espacio y disponer sus cuerpos de la manera en que pudieran “cubrirla”, se volvieron asuntos cotidianos para ellos. Como ella misma contaba, “todos hacían las veces de escolta”. En varias ocasiones a muchos de sus amigos nos pasó lo mismo; estuvimos pendientes de dónde se ubicada; buscábamos la parte de atrás de los sitios que frecuentábamos y hacíamos que se sentara de espaldas a la pared o nos situábamos de manera en que pudiéramos tener un panorama de las personas que circulaban cerca. Lo vi hacerlo a sus amigos del trabajo en algunos momentos que compartí con ellos, también a la gente de la Red regional y me vi haciendo lo mismo muchas veces. Sobre todo las primeras salidas a sitios públicos con ella, o cuando las amenazas recién le llegaban. Siempre implícitamente tratamos de que ella no se diera cuenta.

Poco a poco las amenazas siguieron modificando un sin número de prácticas diarias de la vida de Victoria. Así como restringió sus salidas a “rumbiar”, a pesar que las fiestas y las celebraciones eran tan importantes para compartir con su familia y con la gente de Amaguí, muchas de las cosas cotidianas que hacía, se volvieron “dar papaya”. Una tarde me explicaba:

“Mira cosas tan simples como sentarme afuera de mi casa, afuera, ahí en la terraza con mi familia como lo hacía antes. O sea charlar, echarnos cuentos, eso es dar papaya. Ir de ahí a la esquina a comprar cualquiera cosa para mí, es dar papaya. Ir a misa, sino voy con el esquema es dar papaya; ir a una fiesta; ir a mis fiestas patronales, eso es dar papaya. Ya no lo hago, tengo años que no lo hago. No voy a fiestas de toros porque es un riesgo grande. Dar papaya también es estar diciendo como antes, no es que vamos a hacer esto, voy pa tal parte, así espontáneamente, eso es dar papaya. Comerme un helado o sentarme en el parque es dar papaya. O ir a Amagüí cuando quiera y venirme cuando quiera; e incluso estar en la playa sentada ahí hasta las seis de la tarde es dar papaya. Andar con amigos, ya no tengo amigos, eso dar papaya, e incluso vivir con mi marido en mi tierra es dar papaya”.

En su relato, protegerse contras las amenazas había calado su cotidianidad. Había tenido que modificar los tiempos y lugares de relación a los que estaba acostumbrada con su familia, con su pareja y con sus amigos. También el uso de espacios rituales de celebración y oración o de aquellos en los que simplemente le gustaba pasar el tiempo. A esta nueva configuración de su vida, la acompañaba la sensación de riesgo de ser asesinada. Aunque intentaba no hablar sobre ello, en algunas partes de su narración la expresa, o en otras, se hace notorio el vacío que ella deja en su relato.

Junto a esta sensación, la acompañaba la terquedad de mantenerse viva, de “no darles gusto” a quienes la amenazaban, como a veces decía. Después del acontecimiento en el que sus escoltas tuvieron que “ponerla dentro del carro”, como la única manera en la que le pudieron garantizar su seguridad, según lo relata ella, el esquema de protección se le fue volviendo: “un mal necesario”.

“Yo siempre pienso que el esquema es una visibilización fea, le quita a uno cosas, independientemente de quienes sean las personas que lo escolten a uno. No es el tema de quienes escolten, sino el tema de lo que significa todo eso. Además, una persona como yo, humilde, descomplicada, porque a mí el tema material jamás me ha interesado; y el tema de tener un carro y unos escoltas inclusive le implica a uno o crea cierta barrera en nuestro trabajo, entre lo que yo hago, entre mi gente, mis organizaciones. Porque ya empiezan a hacerse conjeturas, a hacerse muchas cosas y los enemigos aprovechan eso. Los políticos que no gustan de uno, mucha gente, e incluso la misma gente de la política diciendo que la plata de las víctimas se la gasta uno en carros, que uno pelea por uno, o

sea tantas cosas como esas. Pero eso es como un mal necesario. En estos momentos para mí es como un mal necesario, o sea si yo no tengo un esquema a mi me hubieran matado hacía rato. Además de tener mi protección de Dios, claro”.

Esta concepción la hizo empezar a habitar un carro blindado en el que tuvo que confiar y relacionarse diariamente con “sus escoltas”, dos hombres desconocidos y armados, que eran testigos de todas sus actividades durante el día. El esquema que le significaba evitar ser asesinada, era contradictorio con muchas de las recomendaciones de protección que ella misma había recibido de parte de las autoridades. Pasar desapercibida en su región, dentro de un carro blindado, con vidrios oscuros, ya no era posible; no confiar en desconocidos, ni dar información anticipada sobre las cosas que iba a hacer, tampoco. Diariamente tenía que planear y contar sus actividades y horarios generales del día siguiente a las personas del esquema.

Pero a pesar que el carro le significaba control y reducción de su libertad, Victoria lo fue volviendo un territorio propio, aunque dislocado, a pesar de estar inmerso en la intimidad de su vida. Este nuevo territorio, le permitió moverse un poco más por su región y aún de manera limitada, continuar con sus procesos sociales. Por y desde este nuevo lugar, tuvo que lidiar también con las representaciones que otras personas de su entorno hacían, al verla en este carro blindado. Para las personas de Amagüí y otras que habían sufrido el paramilitarismo, les era difícil resignificar que este carro, con vidrios oscuros y hombres armados, cercanos o de la policía del departamento, se encargaran de la protección de Victoria. Ella durante una conversación sobre esto me decía:

“Ojala a mí el gobierno me pudiera decir: - mire Victoria ya disminuyó su riesgo, usted puede andar en la región, usted no tiene ningún problema, nosotros garantizamos que usted puede estar-. Yo feliz de que no tenga escolta, ni policía, porque esto hasta cierto punto le quita a uno su libertad. La libertad natural que debe tener uno. Sobre todo una persona que viene de pueblos como yo. Yo siempre viví en la ciudad, pero desde que empecé a trabajar empecé a trabajar por pueblos; mis hijos son de pueblo y eso es lo que me gusta a mí, eso es lo que me gusta a mí. Además mis procesos, todo, todo lo que implica tener un liderazgo en las comunidades pobres, de clase pobre. Un esquema no es que signifique la garantía de confianza de la gente con uno. Tiene que tener uno un muy buen trabajo y mucha responsabilidad y honestidad para uno seguir manteniendo esa confianza con la gente.

Me acuerdo que una vez fuimos a un encuentro en un municipio de la región, recién yo teniendo el esquema, era con la gente de la Red, que es la gente de mi máxima confianza, son líderes que conocen mi trabajo y que independiente de eso tenemos afectos o sea nos queremos como personas. Cuando ellos me vieron llegar en un carro, o sea, la impresión fue muy grande. Sobre todo cuando se bajaron dos tipos, que ellos vieron que estaban armados, me tocó pedirles a ellos [los escoltas], que se retiraran un poquito, que en mi reunión ellos no podían estar. O sea eso generó, eso. Pero ese es un grupo muy compacto de confianza. Pero por lo menos en la comunidad de Amagüí, mucha gente cuando llegaba con el esquema no se me acercaba. Gente con la que yo tenía una íntima confianza, con la que manteníamos unos trabajos comunitarios y mucha gente ya no quiso estar como en ese rol”.

En su relato, el miedo y la desconfianza a causa de su esquema en algunas personas de Amagüí y en un comienzo, en sus amigos de la Red regional, muchas veces se le ha trasladó a ella. Por un lado, por asociarla con los escoltas del esquema dada la proximidad con ellos. Y por otro, como si ellos y el carro, hicieran público y resaltarán un nivel de riesgo tan alto, que era capaz de propagarse como una amenaza hacia otros:

“ Hay muchas conjeturas, dicen si es tanta la amenaza mía que me tienen que poner unos escoltas, entonces la gente que se me acerca puede correr riesgo. O también que la gente de mi esquema no es de confianza y por lo tanto yo tampoco soy de confianza, eso. Me ha pasado en muchas partes, por lo menos incluso en mi trabajo aquí en Bogotá, una vez me reuní con unos líderes y ellos no quisieron seguirse reuniendo conmigo. Eso fue como para febrero o enero, no me acuerdo, de este año [2013]. Y hace muy poco nos volvimos a reunir porque me llamaron y hubo otro contacto y cuando las personas me vieron a mí, me dijeron: - pero si nosotros la conocemos, nosotros nos reunimos con ella-. Entonces, yo les dije sí, pero ustedes no se quisieron seguir reuniendo y uno de ellos dijo -es que te vimos con escolta y eso nos dio muy mala impresión-. Claro, piensan [risa irónica], bueno una persona que tiene escolta en que lío anda o no es de confianza, ¿ves?”

En estas “conjeturas”, como las denominó Victoria, se evidencia la percepción que algunas personas tuvieron de ella, como un cuerpo difusor de peligro, en tanto el esquema “blindado” contribuía a aumentar la sensación social de que en cualquier momento podía ser impactado. De esta manera se configuraba una

nueva paradoja para las personas en esta situación: Aquellas que fueron o son víctimas de amenaza, socialmente pueden ser percibidas como sujetos amenazantes. Esta percepción, no sólo disminuye su posibilidad de protección a través de la pertenencia a nuevas y variadas redes. Sino que les traslada la carga de la sanción social a ellos y ellas y despoja a la amenaza del carácter de grave violación a sus derechos humanos. Pero frente a la percepción de riesgo sobre la que algunas personas alertaban a Victoria, por contar con un esquema de la policía ella varias veces comentó las razones de esta elección:

“O sea he tenido muchos amigos que cuando se enteraron que mi esquema era de la policía me dijeron: ‘Estás durmiendo con el enemigo, andas con el enemigo’. Mucha gente me lo ha dicho. Yo aprendí a confiar un poquito en la policía por esas personas, por esos lazos de confianza que se crearon en la región, pero yo era una de las personas que con la policía no quería nada. Y sigo aceptando el esquema de la policía porque creo que ellos son los responsables de mi seguridad y yo no voy a dar papaya. O sea, no es lo mismo matar a dos escoltas o hacerles un atentado a dos escoltas que son independientes, que no son de la institución de la policía, sino de empresas particulares. Pienso yo, creo, que no les da lo mismo, porque si yo tengo dos escoltas policías, lo pensarían dos o tres veces, si piensan atentar contra el esquema.

Entonces por eso, es una de las cosas por la que he decidido que el esquema sea de la policía, con todos los inconvenientes que haya. Pero ellos son responsables de la seguridad de nosotros y son también responsables, no los que están ahora, pero sí mucha gente, de lo que ocurrió en la región. Entonces que la institución responda. Por eso, más que por otra cosa he decido que el esquema sea el de ellos, con todos los inconvenientes que hemos tenido, porque es muy difícil para a uno mujer tener escoltas y más escoltas policías”.

De esta manera, Victoria dejó en manos de la institucionalidad, la responsabilidad de su seguridad, por ser su competencia directa y por haber sido cómplice de la violencia perpetrada por los paramilitares en su región. Entre las dificultades de ser mujer y tener escoltas, supo de casos de conocidas suyas, a quienes bajo la excusa de la protección, algunos de estos hombres transgredieron sus espacios íntimos. Ella recordaba a una mujer de una región cercana, que recién le habían asignado un esquema, cuando uno de los escoltas justificó dormir en el mismo cuarto, “*por la seguridad de ella*”. También Victoria se quejaba, de la manera en que las expresiones de confianza con algunos de ellos, por parte de mujeres bajo protección,

fácilmente eran malinterpretadas como pretensiones de carácter sexual. Ella recuerda algunos comentarios que escuchaba en las conversaciones entre escoltas:

“¡Mierda! mira esa vieja está tragada de fulano, quiere es que... O sea, cosas como esa horribles, muy feas, muy feas... Incluso entre ellos mismos, yo no sé cómo hay mujeres policías... Es algo muy feo. Sobre todo porque nosotros, venimos de confianzas, o sea nosotros a nuestros amigos, a nuestra gente de organizaciones les decimos que los queremos, les decimos que los extrañamos, o sea cosas de esas. Con la policía esa clase de confianza tú no la puedes tener, porque vas a generar un conflicto grande y vas incluso a poner entredicho tu trabajo. Entonces cosas como esas, no, yo creo que a muchos de ellos les falta mucho ¿sabes? De pronto falta muchos años para que alcancen ese nivel de aceptar que la institución tiene que manejarse de otra manera y no con esos rangos tan feos que ellos manejan”.

También Victoria mencionó que especialmente en las relaciones con policías de rangos superiores se presentaron dificultades cuando ella no les expresaba cierta obediencia y sumisión:

“Uno que viene de otra clase de relación, independiente a las relaciones de mandos y de rangos. Nosotros no manejamos eso. A mí nadie me va a decir, ningún líder, que yo tengo que silenciarme porque él es mi mayor, así sea senador o el que quiera ser. Yo digo lo que yo creo y la verdad que debo decir. Con ellos no y esa es una de las cosas que conmigo chocan. O sea, me duele en el alma cuando yo veo a un superior maltratando a un patrullero y lo hacen y lo han hecho delante de uno. Entonces esas son una de las cosas que a mí me duele. Yo siempre les he dicho es que yo soy defensora de derechos humanos yo no soy policía, yo no puedo actuar como actúan los escoltas. Los escoltas tienen a quien obedecer y eso, pero ellos no me pueden pedir a mí que yo actúe como policía porque yo no lo soy, ni lo quiero ser y que Dios me libre de eso.

Aquí en Bogotá es que he escuchado algunas quejas de algunos sobre los superiores, pero nosotros que estamos en la región sabemos cómo se maneja esa vaina. No, pobre gente eso es... eso es un infierno chiquito. Eso es feo. Y eso no hace que ellos proyecten una buena imagen ante la comunidad civil”

Muchas veces escuchó como algunos de los encargados de su seguridad se expresan despectivamente de ella por las quejas que expresaba o interponía ante los responsables del esquema:

“Uno es un chicharrón para ellos, así dicen. O sea es algo difícil, que se embarcaron en un cuento que no es. Por ejemplo una vez que venía de Amagúí, en un carro de la policía y uno de los muchachos llamaba al comando, diciéndoles que ya iban a salir. El que estaba del otro lado en el radio, pensó que yo no venía ahí y dijo: -¡Mierda y vas por la hijueputa vieja esa que es mas jodona!, que es mas no se qué... o sea cosas como esa.

O el tema también ese que para ellos las personas que son importantes son los políticos, así sean corruptos, para ellos los líderes, los defensores de derechos humanos, aún incluyendo congresistas defensores, somos como una piedra en el zapato. Entonces para uno eso es claro también, esa es una situación que uno ha aprendido a manejar. Que se han superado muchas cosas sí, pero que falta mucho en ese tema...”

A través de su relato, Victoria fue dibujando algunos elementos que pusieron en evidencia la diferenciación social que viven algunas personas protegidas. Uno, está relacionado con el trato distinto por ser mujeres: Como ella cuenta, supo de casos en los que hombres del esquema llegaron a invadirles espacios íntimos, argumentando cumplir la función de protegerlas; sobre otras recayeron prejuicios con contenidos sexuales porque establecieron relaciones de confianza con ellos. Y sobre ella misma, se establecieron juicios por no responder con obediencia y sumisión ante los hombres con rangos superiores dentro del esquema. A estas diferencias, se le sumaron las que tenían que ver con su condición social y su posición como defensora de derechos humanos. Como se aprecia en su relato, ella era vista por algunas personas de la policía como una protegida de menor importancia, que además transgredía por quejarse y no ser una mujer sumisa, por lo cual algunos se referían a ella como: *“la vieja que jode”*, como *“una piedra en el zapato”*. Como ella también enfatiza, esto no incluía a todas las personas que pasaron por su esquema, ni a los policías que acompañaron sus procesos. Pero sí supo de varios casos, y de parte de algunos escoltas y de otros policías notaba actitudes que expresaban esta diferenciación:

“Era la manera cuando lo acompañan a uno, no sé. Por ejemplo cuando están acompañando a un político ellos están encima, es como, en mi tierra decimos lambonear, en cambio con uno, ellos saben que uno no. Porque por ejemplo yo no voy a estar en espacios de alta, yo he estado en espacios del Senado, pero eso es algo que a mí no me interesa. ¿Dónde voy a estar yo?, en las comunidades con las víctimas, en lo que me

interesa y para ellos eso no es importante. ¿O sea por qué tienen ellos que estar haciendo eso?, Acompañando una persona, primero pobre, que no tiene ningún cargo; y segundo, se va a reunir con la gente más pobre y con las víctimas. Entonces como eso, de pronto no todos pero sí, hay esa sensación y esa sensación que le hacen sentir a uno los entes que administran esto: El Ministerio, Comando de policía, GTER, de que uno no se merece eso, o sea como que ¿por qué para uno?

Para ella, esta diferenciación también se expresó en las constantes limitaciones que le ponían a ella para hacer uso de los recursos del esquema, especialmente de los que se relacionaban con facilitar su movilidad, para ejercer su oficio como defensora de los procesos que lideraba en la región:

“El tema administrativo que tiene el esquema es que hay mucha dificultad para yo decirle a ellos me voy a trasladar para otra parte. Porque, o no hay la gasolina, o no están, entonces una cantidad de cosas administrativas. Lo que de pronto uno siente muy en el fondo y es que, bueno yo en este caso que tengo esquema de la policía, yo lo he sentido así los últimos tiempos. Es sentir como que estas personas creen que uno no se merece esto, o sea uno no es digno de tener eso. Porque ellos tienen que estar brindando seguridad a una persona que no es política, que no es un concejal, que no es senador. Entonces aunque no lo expresen, o no lo digan verbalmente, hay muchas situaciones que a uno lo hacen sentir así. Por ejemplo, decir que usted no puede pedir traslado de Bogotá para la región. ¿Cómo así? si yo tengo esquema de seguridad, no se supone que tengo que estar en Bogotá. ¿Por qué no se puede gastar un recurso mandándome a mí para otra parte? ¿Por qué no hay recursos para eso?, o simplemente ¿Les parece que yo no merezco eso?

Pues son cosas como esa que uno siente, que de pronto no se las han dicho verbalmente a uno, o sí le han tratado de decir algunas cosas. Como una vez me dijo el teniente, pero es que una ida de Bogotá a su región sale muy caro, usted también tiene que mirar el tema del gasto, de recursos. Claro yo lo miro y a mi duele, me duele porque sé que es el recurso de los impuestos que pagamos nosotros. Pero también es mi trabajo, o sea es lo que yo hago y a nosotros sí nos miden eso, a los líderes, a los que hacemos defensa del derecho y eso nos limita mucho. Por eso, yo no puedo decir me voy para allí o allá. Si me voy, ellos pueden aducir a que uno está incumpliendo con las reglas y por eso hay que retirarle el esquema.

Alguien me decía. ¡No, ¿Cómo así, tú que vas a estar viajando?, ese esquema te lo quitan es por eso. Cosas como esa, cosas como que si yo estoy acá en Bogotá, es porque tengo que estar y que si yo tengo un esquema de seguridad ¡Qué más quiero! Ellos creen que porque uno tiene un carro, ¡Que más quiere! Si ellos supieran que ese carro para mi es una boleta. Y lo agradezco porque yo tengo mi problema de seguridad y todo, pero también el esquema de seguridad ha sido para mí un gran inconveniente, o sea, el hecho de yo no poder movilizarme como antes, como yo quisiera, el hecho de yo no poder ir a mi tierra, sola o con mi grupo de gente, eso es una gran limitación. Y si a mí me dijeran, cambias ese esquema, ese carro por tu seguridad completa y te quedas sola en tu comunidad y sabes que tienes la certeza de que te puedes mover y no te va a pasar nada, de lógica, que yo de una cambio eso.

O sea tiene que estar, porque el gobierno tiene que cumplir con algunas cosas, pero no es que el esquema para mí haya sido... no, no. Yo quisiera que algún día este país pudiera decirnos a nosotros: - ¡Ustedes no necesitan ese esquema! Pero que lo dijeran en realidad, porque hay garantías de que no nos van a joder, pero no porque les duela que uno este gastando un recurso que de pronto creen que se lo merece otra persona más que uno. Cosas como esa... y un esquema que a veces lo hace sentir a uno mal delante de su gente. Yo a veces quisiera ir a Amagüí como antes, en una moto, para que la gente sepa que sigo siendo la misma, que soy yo, que estoy haciendo mi mismo trabajo, que pueden seguir confiando en uno.

Porque no es lo mismo que llegue un senador con un escolta y un carro, eso en Colombia es lo normal, pero que llegue una persona, una líder, una persona pobre, igual víctima, igual que todos ellos, escoltada y con un carro, eso como que no cabe en el imaginario de la gente, e incluso de muchos funcionarios de algunas instituciones. Muchos, se quedan como que... y esta porque, porque tiene un esquema, o sea, como que no se merece un esquema, no tiene por qué tenerlo”.

▪ Ilustración 6. Foto. En el esquema entrando a Amagüí

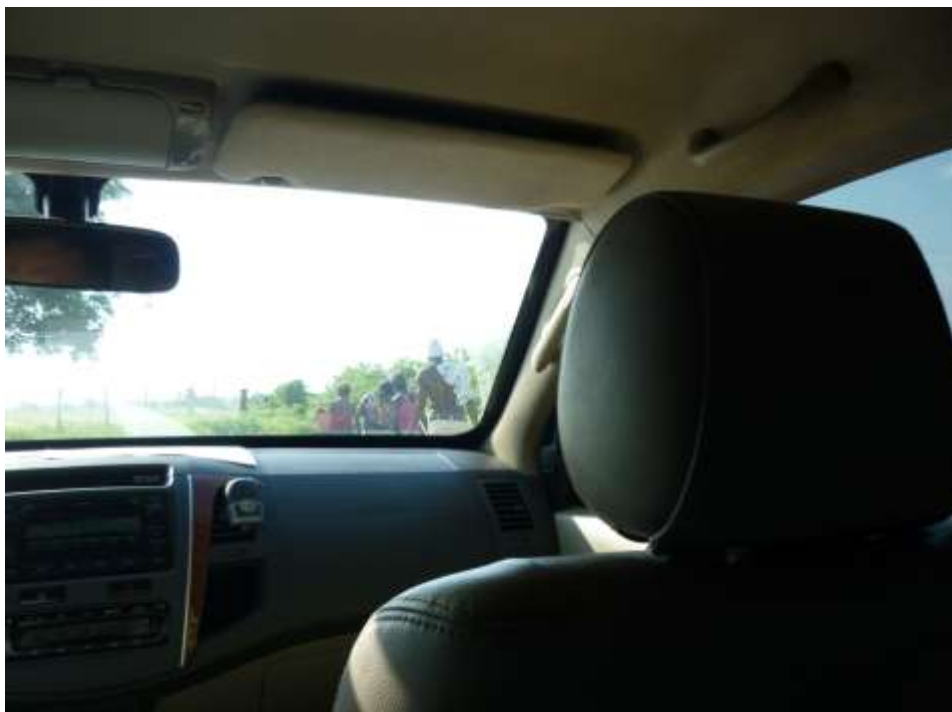


Foto tomada por Angélica Acosta, 2014.

La frase de Victoria: “Ellos creen que porque uno tiene un carro, ¡Que más quiere!” resume muy bien la importancia simbólica de este elemento dentro del esquema de protección. Este, que en principio podía verse como cualquier otra mercancía, como tal, se fue cargando su valor, de acuerdo a los juicios que la gente iba emitiendo sobre él (Simmel; 1978 en Appadurai; 1991). Así el “*carro blindado*” se volvió el principal elemento simbólico dentro del esquema. A través de él, se fue insertando la narrativa de protección del Estado, en la cotidianidad de quienes ejecutaban de la política, de los líderes y lideresas amenazados, de las personas de sus territorios y en el común de las personas que lo observábamos.

El poder de representación del esquema “*con carro blindado*” se promovió, como una de las expresiones más importantes de la protección del Estado, siendo un bien escaso y exclusivo; costoso en términos económicos, así como morales, en tanto sus gastos recaían sobre los ciudadanos que debían pagarlo mediante sus impuestos; pero sobre todo, era visto como uno de los mecanismos más eficaces para garantizarles la vida a quienes se encontraban en situación de amenaza. De esta manera, quienes se beneficiaban de él, debían hacer caso a todas las recomendaciones hechas por las personas a cargo o

corrían el riesgo de perderlo. Estas recomendaciones en la cotidianidad las escuchaban de sus interlocutores inmediatos, es decir de sus escoltas o muy de vez en cuando algún superior de ellos.

Sin embargo, esta representación generó apropiaciones distintas. Mientras muchos lo asociaron solamente a un elemento de prestigio o un elemento que les causaba desconfianza, Victoria lo describía al mismo tiempo como “una boleta” porque delataba su condición de protegida y esto le generaba inconvenientes para mantener relaciones cercanas con la gente, y como un elemento que le brindaba seguridad y que debía agradecer. Como ella misma lo resume, como “un mal necesario”, que a su vez, le permitía cierta movilidad para recorrer los procesos de su región, con menor riesgo y era una cuota de responsabilidad del Estado con ella, por ser una defensora amenazada. Pero al tiempo que “*el esquema*” colmaba la cotidianidad de Victoria y la hacía adaptar sus relaciones, tiempos y espacios a las condiciones de su funcionamiento, constantemente se le advertía acerca de la facilidad de perderlo o las limitaciones que tenía para usarlo. Esta dificultad para mantenerlo incrementaba su valor social (Appadurai; 1991). Con la particularidad, que no se ponía en juego un deseo por poseerlo, como ocurriría con cualquier otra mercancía, sino la necesidad de evitar ser asesinada. Por ello, conservarlo o mantenerlo, se le convirtió en una lucha adicional.

▪ **Ilustración 7. Foto. El esquema visto desde afuera**



Foto tomada por Angélica Acosta, 2014

Como ella narra, muchas veces que lo requirió para viajar a su región a hacerle seguimiento a los procesos que lideraba, constantemente obtuvo respuestas para desestimular su solicitud. También mencionó que en algunas ocasiones en las que su riesgo aumentaba, los administradores del esquema le insistían en que aceptara la reubicación definitiva en otra ciudad, lo cual evitaba la asignación del carro. Así lo sintió Victoria cuando su hijo, en el año 2011, fue de nuevo víctima de amenaza, esta vez, directamente de parte de un hombre armado:

“Cuando ocurrió lo del man que le puso el revólver a mi hijo así [de frente], o sea el GTER decidió que debía implementar medidas de protección y nos sacó. Ese día yo estaba en la capital del departamento. Mi hijo iba muy cerca de la casa a visitar a mi hermano y se le acercaron unos tipos en una moto. La moto lo persiguió, entonces en esas, como en un puente que había, que a veces es solitario, gracias a Dios ese día no estaba tan solitario, él dice que de la moto se bajó un man, armado, el otro se quedó a una distancia y del otro se bajó armado. Luego le apuntó y le dijo: ‘¡Gonorrea le vamos a mandar un mensaje a su madre!’. Mi hijo dice que en ese momento estaban saliendo del colegio bachillerato, un colegio que está muy cerca y ya venían como en manada los estudiantes, pero que también que en el momento se oía el ruido de una patrulla, de la sirena de una patrulla, y él dice que posiblemente el man se asustó y por eso se fue.

Entonces el GTER decide sacarnos y salimos con la primera medida de atención de protección, la idea era pasar unos quince días aquí e irnos. Yo me vine para Bogotá, acogida al programa de protección por unos meses, y entonces estando aquí en Bogotá, ellos me suspenden el esquema. O sea me dejaron aquí en Bogotá, me suspendieron el esquema y me notificaron que el GTER había decidido que yo tenía que acogerme a la reubicación definitiva en Bogotá junto con mi hijo. Eso implicaba que yo me tenía que venirme a vivir en Bogotá, sin poder seguir ejerciendo en la región. O sea yo ya no tenía la vía libre para decidir cuándo iba allá y cuando no. A ti la institucionalidad te puede decir no, seguimos el proceso bien, pero no es así. Tú te reubicas definitivamente y les estas afirmando a ellos, al Estado, que tú te reubicaste, que tú te acogiste a una medida y que de lo que pase de ahí en adelante es tu responsabilidad. Y eso no lo voy a hacer yo, no lo voy a hacer nunca. Porque yo no voy a dejar mis procesos entre otras cosas.

O sea en el momento podía yo seguir yendo con algunas condiciones en lo relacionado con el proceso que llevaba con Justicia y Paz. Pero sólo al proceso en el que soy testigo de la fiscalía. Pero resulta que yo no soy víctima y testigo solamente. Yo cuando inicié, inicié como líder, como defensora de derechos humanos, en varios procesos y yo no voy a dejar de hacer eso, entonces no. De lógico no me acogí a esa medida.

De hecho esa vez pues yo me regresé para la región. Me tocó interponer un derecho de reposición, diciendo que yo no me acogía a esa medida, que a mí no me parecía. Entonces el Ministerio de Interior notificó al GTER, que me asignaran nuevamente las medidas. Eso fue cuando estuve en el Hotel ese del Centro con mi hijo y me vine confiada en que nos iban a dar medidas iniciales de protección, o sea que podíamos regresar y regresar rápido, pero no. Nosotros vinimos creo que en agosto y él se regresó como a finales de octubre, porque ya no quería estar aquí. Yo me fui en diciembre, entonces me tocó buscar plata, comprarle los pasajes porque a pesar de que yo le hice la solicitud al GTER de que por favor consideraran que él ya se quería regresar, que lo que el Programa establece que así como nos traen con tiquetes aéreos así también deberían aportarnos para irnos, pero no, a mí me tocó comprar los tiquetes, el de él y el mío, para que se regresara en Octubre y yo en diciembre. Pasó diciembre, enero, sino estoy mal creo que hasta febrero volvieron a darme esquema, yo todos esos meses los pasé en mi tierra sin esquema”.

De esta manera Victoria hace visible que el esquema de protección no tuvo en cuenta que además de ser ella una mujer “víctima y testigo” de la Fiscalía de Justicia y paz, era una defensora de derechos humanos, cuyo ejercicio no se limitaba únicamente al proceso que había denunciado ante la Fiscalía de Justicia y Paz. Como lideresa y defensora había emprendido en su región procesos anteriores a este, que no necesariamente pasaban por la denuncia por vía jurídica.

### 3.4 “Sudando camisa ajena”

Desde el 20 de noviembre del 2012 Victoria, a raíz de una oferta laboral decidió instalarse en Bogotá. Luego de siete años de haberse quedado desempleada tras la reestructuración del Hospital de Amagüí en el año 2005, esta era la primera vez que le ofrecían un trabajo remunerado. Este no sólo superaba los dos meses de contrato, sino que tenía en cuenta su experiencia como lideresa defensora en el tema de derechos de las víctimas del conflicto armado. Había dudado mucho para aceptarlo. Constantemente repetía que era mejor trabajar en la región, porque así no abandonaba sus procesos ni sus hijos pequeños, pero al continuar la charla me decía: “Pero las condiciones de seguridad allá están difíciles y se van a poner peor cuando las audiencias de ‘El Tigre’.

En nuestras comunicaciones telefónicas de las primeras semanas de enero del 2013 la había notado un poco triste y en la última me había dicho que no estaba muy segura de quedarse en Bogotá. Rosario también la había sentido, como decía ella “*baja de nota*”. Por eso acordamos con Victoria encontrarnos el domingo 27 de enero a comienzos de la tarde. Quedamos de llamarnos ese mismo día a las once de la mañana. No sé desde cuándo, pero se nos volvió costumbre cuadrar con ella los lugares exactos de encuentro sólo unas horas antes. Cuando la llamé, me dijo que estaba en misa, no fue clara en expresar dónde; me insistió en acordar el lugar de encuentro de una vez porque tenía que confirmarle a sus escoltas. Aunque ya les había dicho de sus salida ese día, le faltaba informarles el sitio y hora exacta. Cuando le pregunté a donde quería ir me dijo: “Como quieres que te diga si no conozco, tú dime”, así que yo fui la encargada de decidir el lugar.

Al principio el único criterio que tuve en la cabeza fue encontrar una zona verde, un parque con árboles, que nos permitiera hablar en un lugar distinto a los que acostumbrábamos en medio de los afanes del trabajo. Luego me detuve a pensar que no se podía en un espacio muy abierto porque podía complicar su seguridad. No sabía si los escoltas se ubicarían fuera del parque o tendrían que estar muy cerca de nosotras. Las dos cosas nos complicaban hablar y trabajar tranquilas. Entonces decidí un lugar un poco más cerrado pero que tuviera espacio verde.

Ese día salí de mi casa temprano de modo que ganara tiempo para observar bien las condiciones del lugar y la llegada de ella. Como el día estaba muy soleado me ubiqué en un sitio con alguna sombra, que me permitiera tener una panorámica del lugar. Allí me senté y esperé. Cinco minutos antes de la cita, Victoria me llamó y me pidió de nuevo la dirección. Pasó más de media hora y como no llegaba la llamé de nuevo.

Me dijo que estaba esperando a los escoltas, que ellos no habían llegado a recogerla. Media hora más tarde me volvió llamar y me dijo con rabia “voy en una buseta”. Le respondí con sorpresa: ¿No los esperaste? Y me dijo: “No me iba a esperar hasta cuando a esos manes se les diera la regalada gana”. Aunque no sabía muy bien que buseta había cogido, ni tampoco, el sitio exacto por donde venía, me comentó: “Una chica me dijo que ésta pasaba por allá, eso yo llego”.

Finalmente al rato, la vi caminado al sitio de nuestra cita y me dirigí hacia ella. Caminaba con la cabeza inclinada hacia abajo, muy seria, mirando constantemente hacia los dos lados. Ese día tenía puesto un buso blanco, unos jeans, tenis, una pequeña mochila y estaba sin maquillaje. Era como si al vestirse ese día no hubiera encontrado los colores que acostumbraba.

Cuando nos saludamos se disculpó por su llegada tarde. Me explicó que desde la noche anterior les había dicho a los escoltas que estuvieran pendientes porque ella iba a salir y que a eso de las once de la mañana les decía dónde recogerla. Me contó que no habían llegado a tiempo, porque uno de ellos, el de mayor rango, vivía en el sur de la ciudad y hacía que el patrullero lo recogiera en el carro. Lo mismo le había sucedido la semana pasada y por eso había llegado tarde a una reunión en el PNUD. Sobre esta situación me dijo, refiriéndose al patrullero:

“Pobre man ese, debe levantarse a eso de las cuatro de la mañana para alcanzar a ir a donde el sargento y después ir a recogerme a mí”. [Me explicaba esto porque en ese momento ella vivía en el extremo norte de la ciudad]. “Yo voy a llamar al coronel y le voy a decir que eso no me sirve. Esos manes están diciendo que la gasolina no les está alcanzando y hay muchos días en que yo no salgo [del trabajo] y el carro queda ahí quieto”.

Entramos al lugar y nos sentamos en un espacio verde bajo un árbol. Cuando le pregunté si había buscado apartamento me dijo: “No. El sueldo no era el que pensaba. Para acceder a una prima técnica y más sueldo, tengo que demostrar que tengo una especialización. Yo he asistido a muchos talleres, pero en lo que le dan a uno [refiriéndose a las certificaciones] debe decir cursó y aprobó o participó y aprobó”.

Había recibido muchos cursos y capacitaciones de las organizaciones que llegaron a la región, a raíz del proceso de paz. Pero los certificados se dispersaban en las distintas casas en las que había repartido su vida en los últimos años. Por eso, no le era fácil reunirlos o que cumplieran con los detalles exigidos que le

permitían demostrar las cuatrocientas horas de capacitación, para acceder a una prima técnica. Esta situación la hacía reflexionar sobre su nuevo trabajo: “Y no sé, porque mi objetivo de trabajar en Bogotá es que me quede para mi apartamento, sino no estoy haciendo na”.

Había hecho varias consultas y sabía que con su sueldo podía vivir sola en Bogotá, pero desde hacía rato tenía el propósito de estar con sus hijos pequeños:

“Con mis negros, mis negros me hacen mucha falta y yo sé que es mejor un apartamento, pero tantas que se vienen con sus hijos a vivir en una pieza. ¿Yo por qué no voy a poder? Además ellos se están atrasando en el estudio y yo quiero estar ahí para abrazarlos en la noche, para dormir con ellos, para abrazarlos cuando ellos tengan miedo. Yo quiero estar atenta a sus estudios, no sé, adaptarlos porque ellos después una universidad y eso, es mejor que desde ya se adapten a aquí. Yo quiero ser mamá, con todos los dolores de cabeza de una mamá”

La vivienda de sus hijos en Bogotá siempre la había pensado cerca a la casa de la hermana de su marido, porque como ella decía, allí estaban con su tía y sus primos. Así era en la costa, “Allí, los hijos nunca están solos siempre están con sus tíos, primos, siempre acompañados”. Al hablar de sus hijos, me decía que sentía rabia con David porque allá no estaba pendiente de ellos. Me comentaba que él era distinto cuando vivían en Amagüí, se preocupaba más por ellos: “Allá nos repartíamos los oficios y los niños estaban acompañados. Pero ahora no. Esta es una de las razones por las que David está dejando de ser tan importante para mí”.

Durante un rato, nos quedamos en silencio recostadas en el pasto viendo a unos niños jugar con sus balones. En algún momento voló un pájaro muy cerca de nosotras. Victoria se quedó pensando un rato y me dijo sonriendo: “Me toca decirles a mis hijos como es acá, porque ellos allá no dejan un pajarito”, refiriéndose a que les gustaba cazarlos. Luego se rió de nuevo y me dijo: “Si los traigo tengo que comprarles ropa, ropa para el frío y ropa para mí, sólo tengo tres blue jeans y ya me da pena en la oficina. ¿Sabes?, yo no me he podido acomodar a esas cosas que usas tú y mis compañeras [refiriéndose a las bufandas delgadas o pashminas]. También tengo que comprar colchones, camas para mis hijos, porque eso sí que no, mis hijos sin cama no; también una estufa y algunas cosas para la cocina; lo más básico unas ollas, loza y unos vasos”.

A las tres y media de la tarde la llamaron los escoltas diciéndole que acababan de llegar, ella les respondió que iba a estar ahí. Esa, era una de las tantas tardes soleadas de Bogotá, acompañada de algunas nubes grises y ese agradable aire frío que pasaba por nuestra cara. Como parecía que a cualquier momento podía llover y estábamos cerca a una torre de energía y a un árbol, le dije a Victoria que cambiáramos de lugar para evitar los rayos. Inmediatamente, recordó un sueño que había tenido la noche anterior, me dijo mirando hacia la torre:

“¡Uy sí!. Anoche tuve una pesadilla, una pesadilla terrible, no estaban mis hijos, solo era con David. Estaba en La Playa y de pronto había dos hombres y una mujer; y a otra, uno de ellos le tenía un cuchillo al cuello. Entonces yo me acerqué y le dije al man del cuchillo: ¡Aja! ¿Tú que estás haciendo ahí? Con la intención de que él se diera cuenta de que lo habían visto y la soltara. Yo en el sueño le dije eso, porque yo pensé que delante mío no la iba a matar. Entonces, él soltó a la chica pero apenas la suelta me ponen el cuchillo por la espalda.

Apenas me contaba esto me decía riéndose: “Yo como siempre metiéndome en calenturas que nos son mías”. Entonces yo le pregunté: ¿Y por qué te metes?

“Porque yo sudo camisas ajenas. Porque yo veo que él le tiene el cuchillo puesto en el cuello, y a mí me dio la impresión que él la estaba amenazando por algo. Entonces yo tenía la duda si era que la estaba amenazando de verdad o era que la iba a robar o algo. Pero le tenía el cuchillo en la garganta y yo me le paré y me le quedé mirando. Entonces yo dije voy a ver si ese es capaz de hacerle un daño delante de mí, de matarla o de yo qué sé. Entonces cuando él se da cuenta de que yo lo estoy viendo y le digo: ¡Suelta a la muchacha!, él me dice a mí, que yo qué, entonces... la mujer se fue.

Sí, él la soltó porque él entonces vino a amenazarme a mí. Entonces él me coge a mí, en el momento que él me coge me rodean dos personas que estaban con él, pero yo a lo lejitos alcancé a ver unos policías uniformados. Entonces yo empecé a gritarlos y a llamarlos. Los policías que estaban un poco retirados, pero no tanto como para no ver lo que pasaba, yo los gritaba y ellos me miraban pero no hacían nada.

Al principio no me hacían caso, eran como policías de Amagüí, pero el muchacho [que la amenazaba] cuando me vio que yo los estaba gritando me preguntó que yo qué; le dije no,

yo tengo medidas de protección, tú verás si te quieres meter en ese lío. Entonces él me soltó y se fue. Al rato llegaron los policías pero ya para qué. Yo me acuerdo que yo lo que le decía a los policías era que si así era que ellos cuidaban a la gente, que si así era la manera de prestarle la atención a la gente. Yo no me acuerdo, yo creo que el man y el otro compañero y la otra mujer que estaban con él, no eran del pueblo, no los conocía. A la chica que ellos tenían amenazada creo que sí la conocía y por eso fue que yo me quedé viendo si la iban a matar o le iban a hacer algún daño.

Bueno, en ese mismo momento que estaba discutiendo con los policías fue que me encontré con David y era como si necesitáramos salir de Amagüí. Yo me había ido de Bogotá a buscar algo a allá que David me tenía que entregar. Y de pronto empecé a sentir eso, que se estaba abriendo la tierra. Que a donde yo llegué, que era como el mar, algo así, estaba como una antena grande y estaban árboles y ahí me paré a encontrarme con David. Entonces David me estaba mostrando unos documentos que yo necesitaba y yo en el momento que le estaba diciendo que eso no era, yo empecé a sentir como si me pasara electricidad en los pies. Entonces yo empecé a preguntarle a él y cuando él me estaba diciendo que no sentía nada, justo él sintió. Y miramos hacia el suelo y era como si se abrieran grietas en el suelo y de ahí salía como electricidad, como rayos, como tormentas, cosas eléctricas. Cuando miramos, cuando quisimos mirar, vimos que era en todas partes, en toda Amagüí, que caían como rayos y se prendían y la tierra se movía y se estaban cayendo las casas. Y yo corrí con él, corrimos y corrimos hasta que apareció un camión y veíamos cuando iban saliendo vehículos, la gente huyendo, mucha gente caía, pero otra lograba salir corriendo. Íbamos buscando como la carretera principal para salir, cuando este camión nos paró y nosotros nos montamos. Yo sé que yo me fui para una parte del interior del camión más segura que la donde quedó David y ya, ahí me desperté. ¡Uy! pero me desperté muy asustada, horrible”.

Mientras me contaba su sueño, Victoria movía las piernas con rapidez, sus manos las apretaba con fuerza y su rostro expresaba mucha angustia por lo soñado. Su sueño explicaba lo que había vivido en Amagüí. Estaba impregnado de sus emociones y sentimientos por haber vivido la violencia paramilitar y por su situación de amenaza. También, el significado de ser defensora de derechos humanos, como aquella que “suda camisa ajena”, hacía referencia a que se metía en asuntos que otros consideraban que no le tocaban; la que intervenía a favor de los otros, en este caso otras y muchas veces asumía el peligro por

ellos. La que se posicionaba como testigo que interpelaba a los armados para evitarles más violencia a otros. Igualmente, la que iniciaba la denuncia ante las autoridades, a pesar de no tener eco, de arriesgar su vida y haber tenido que salir huyendo con David.

Todos estos elementos se integraban en su compromiso como defensora de derechos humanos. Como otro día me dijo: “Para mí es reto pero también es una obligación, es una responsabilidad, como ser humano, como persona, como mamá, como hermana, como hija, como todo, la sociedad. La obligación de uno no es solamente el núcleo familiar, porque es que el núcleo familiar gira alrededor de una sociedad y un mundo, y algunos tenemos que aportar algo para eso. Algún día mis hijos lo entenderán. Yo creo que a los defensores de DDHH nos pasa eso, sudamos camisa ajena. Entonces queremos estar como que aportando cosas, está uno pendiente de todo lo que está pasando en el país y el momento político”.

En el sueño también era claro que “ser testigo protegido” y “tener medidas de protección” simbólicamente contribuía a movilizar cierto poder para evitar ser atacada. Con este discurso se transmitía una atención especial sobre ella, por parte del Estado. Era movilizar a su favor, el poder simbólico y material de la narrativa de la protección del Estado, en el que “el blindaje del carro” lo desplazaba a su cuerpo.

Recuerdo que una vez hablando con Rosario sobre la manera en que ella se protegía de las recurrentes amenazas, me decía: *No sé Ange, si a mí se acercara alguien a hacerme algo, yo sólo podría decirle tengo medidas cautelares*. Esto me lo contaba levantando sus brazos como exponiendo que no contaba con ninguna otra herramienta. Desde que iniciaron sus amenazas, casi diez años atrás se había negado a aceptar “*el esquema de protección con carro blindado y dos escoltas*”. Pero ella, Victoria y muchas otras personas de la región persistían en su trabajo como defensoras de derechos humanos Victoria lo describía como un trabajo que no era normal, me decía:

“No creas, yo he intentado muchas veces olvidarme, o sea creer que ser defensora de derechos humanos no vale la pena, que el trabajo que yo he hecho no vale la pena. Eso es lo que me ha dado a entender la institucionalidad, e incluso hasta muchas comunidades. He intentado, he querido hacerlo, he querido como pasar la página y volver a mi vida cotidiana. A ser una enfermera que trabaje para mantener a los hijos y para sacarlos adelante, para tener una casa bonita y de pronto para vivir de la apariencia de estar bien

vestida, de no verme vieja, o de cosas de esas, pero no he podido. No he podido porque hay algo dentro que no me deja. O sea, yo siento que falta mucho por hacer y que para mi satisfacción personal tengo que seguirlas haciendo, aunque tenga muchas consecuencias: la lejanía de mis hijos, me siento a veces irresponsable con ellos, siento que les he quitado mucho, que los he sacrificado mucho, en tiempo, en cariño, en temores de ellos. Que he podido dedicarme solamente a ellos, sí. Pero yo creo que los seres humanos y las mujeres como yo, independientemente de ser mamá, que lo somos -yo soy orgullosa de mis hijos- también tenemos otras obligaciones, sociales y morales y con Dios, que tenemos que cumplir para poder morirnos tranquilas. Yo creo que si dejo de hacer eso me sentiría mas frustrada de lo que ahora me estoy sintiendo, por lo que hago”.

## **4. Capítulo 4: Construyendo una cotidianidad entre aquí y allá**

Este capítulo narra la manera en que Victoria como defensora y desde ese momento de nuevo servidora pública, habitó en una interconexión constante entre su región y Bogotá. Este lugar multilocal contribuyó a la construcción de sus experiencias, sus concepciones de tiempo, espacio y sus relaciones. Viviendo este viaje material y simbólico entre aquí y allá, Victoria hizo resistencia. Por un lado, frente a los actores de las amenazas que buscan sacarla de su territorio y alejarla de los procesos de denuncia como defensora. Por otro, frente al Estado que para garantizarle su protección se empeña también en mantenerla fuera de su territorio geográfico, al que limitaba el riesgo, y en consecuencia de los procesos que lideraba.

### **4.1 Construyendo una cotidianidad entre aquí y allá**

En noviembre del 2012, a los pocos días de su llegada a Bogotá para concretar su nueva opción de trabajo, la presencia de Victoria fue requerida en Amagüí, por parte de la Fiscalía y la Alianza Nacional de Mujeres y paz (ANMP), que la acompañaban en la denuncia de los casos de violencia sexual ocurridos durante el control paramilitar.

Las denuncias formales que había interpuesto ante el Estado en el año 2008, la hacían parte de un proceso que conectaba las voluntades de varias víctimas directas, el apoyo de la organización nacional que trabajaba en la defensa de los derechos de las mujeres y las instituciones que desarrollaban la investigación a nivel jurídico. En el último año, también había crecido el interés de algunos medios de comunicación nacional, por difundir esta violencia. Todas estas conexiones aumentaban el número de personas e instituciones con poder de decisión sobre los avances, los rumbos de este proceso y el alcance de sus denuncias.

Dentro de este grupo amplio de personas, Victoria seguía siendo la lideresa, testigo y denunciante, que tenía el conocimiento del fenómeno paramilitar a nivel local y regional, así como la información de varios de estos casos. Su trayectoria en Amagüí, le había dado la legitimidad para liderar este proceso y contribuir a que varias de estas mujeres decidieran emprender la denuncia jurídica de manera colectiva.

Se había posicionado como defensora de derechos humanos de este y otros procesos que desarrollaba de manera paralela con la Red regional de líderes y lideresas. Por el riesgo y la particularidad de las denuncias de violencia sexual, había acordado abordar este trabajo con la ANMP, por su experiencia en los derechos de las mujeres víctimas y la capacidad para la gestión de su protección ante el Estado. Estas denuncias ante la Fiscalía de Justicia y Paz habían aumentado de manera significativa su riesgo.

Sin embargo, aunque esta situación influyó en su decisión de vivir en Bogotá, esta estuvo más motivada por la oferta de trabajo que recibió. En Bogotá, empezó a construir su cotidianidad como defensora de derechos humanos de los procesos en su región y mismo al tiempo como servidora pública, encargada de trabajar con víctimas de conflicto armado que habitaban esta ciudad. Esto le generó un constante transitar entre aquí y allá, reflejado en los recorridos que hizo con cierta frecuencia de un lugar a otro; en la construcción y asociación constante de sus trabajos, sus relaciones, lugares y tiempos entre estos dos territorios; y en los significados con los que iba impregnando sus prácticas cotidianas en Bogotá. Es decir, Victoria empezaba a construir una cotidianidad, “a través y dentro de múltiples sitios de actividad” (Marcus; 2001: 1), conexiones y significados.

Aunque desde el año 2005 el paramilitarismo le había impedido ejercer como enfermera de Amagú y desde el 2009 por sus amenazas había tenido que dejar de vivir allí, durante las horas de almuerzo, en las noches o entre una y otra reunión de su trabajo, constantemente recibía o devolvía llamadas de habitantes de allí. En ellas, le solicitaban consejo, ayuda para algún trámite, hablarle sobre los problemas de seguridad en la zona, sobre asuntos relacionados con los casos de violencia sexual que lideraba, y sobre asesorías en temas de salud.

Una de las tantas llamadas que escuché, la recibió mientras almorzábamos en un lugar cercano al centro de Bogotá, el día dos de marzo del 2013. En ella, una mujer de Amagú la consultaba sobre una molestia de salud que estaba viviendo. En su respuesta, Victoria indagó más sobre sus síntomas y luego le recomendó tomar una medicación y hacer unos ejercicios para disminuir el dolor hasta que pudiera verla un médico: “Pon tus dedos cerca al ombligo y aprietas fuerte tu mano”. Una vez se terminó la llamada me dijo: “Era una amiga de Amagú, allá la gente todavía me llama para que la aconseje. A veces, aún si han ido al médico me llaman para preguntarme si la receta que les dio está bien”.

También cuando la acompañé a Amagüí vi cómo varias personas le hacían consultas sobre algunos dolores que estaban padeciendo o sobre alguna situación que estaban viviendo. Escuché que le hacían solicitudes para que emprendiera denuncias sobre asuntos que a estas personas, les estaba ocurriendo. Así mismo, eran constantes las llamadas que recibía de las chicas de los procesos de violencia sexual, de sus amigos de la Red regional y de su familia. Desde aquí se encargaba de organizar sus procesos, estaba pendiente de su familia en la región, del pago de servicios de aquí y allá, de las matrículas y uniformes de sus hijos, del mercado y hasta de las celebraciones familiares como los cumpleaños y fiestas. En este contexto de armar su cotidianidad en lugares multilocales, las amenazas hacía ella también transitaron, se reiteraron y actualizaron, así como las dinámicas de protección por parte del Estado.

## 4.2 Un día de diciembre

El 13 de diciembre del 2012 nos encontramos con Victoria a la salida del Congreso de la República. Allí, ella esperaba a uno de sus amigos de la región, quien había venido a denunciar las amenazas que estaba recibiendo. Aprovechando el viaje de él, Victoria le había pedido que le trajera la maleta con su ropa, porque luego de haber firmado el contrato de trabajo, las dos mudas con las que había viajado a Bogotá las sentía insuficientes para “estar bien presentada” como ella acostumbraba en “la costa”. Allí no le faltaban sus vestidos o pantalones al cuerpo que usaba casi siempre con sandalias de tacón, las uñas pintadas y el cabello arreglado.

Ese día y los primeros meses en los que nos encontramos para almorzar le costaba trabajo comer bien. Constantemente me decía: “Busquemos comida de verdad, verdad, que no sea tan cachaca”, “es que los cachacos comen mucha papa, a todo le echan papa, allá comemos papa pero preparada”. Ya se había vuelto común que dejara los platos casi sin probarlos, porque no le gustaba la “sazón cachaca” o porque su apetito del día no era suficiente. Con el paso del tiempo le empezó a echar limón a todo, como acostumbraba en su tierra y de este modo la comida le mejoró de sabor. La comida, también era el “ancla de la memoria” (Herzfeld. 2009) de su territorio y otra expresión para tratar de habitar en dos lugares de manera simultánea.

Se quedó más de un mes en la casa de una amiga muy al norte de la ciudad, mientras encontraba un lugar para vivir. Desde allí se trasladaba todos los días a su trabajo en transmilenio que le quedaba a más o menos a una hora y media.

Como la policía de su región no había autorizado el traslado de su esquema, a pesar de haberlo solicitado un mes y medio atrás, la policía de Bogotá le había asignado “*un escolta vestido de civil*” para que la acompañara en sus recorridos. Pero ella me decía: “Tener alguien ahí todo el tiempo no me sirve para coger transmilenio porque es muy riesgoso y muy incómodo... Menos mal este año no he tenido amenazas directas, han aparecido panfletos hablando de líderes de organizaciones, pero ninguno me nombra directamente”.

Ese día de diciembre seguimos caminando en busca de un restaurante. Al sentir que un hombre nos seguía, le comenté preocupada. Lo miró de reojo y me dijo: “Sí es mi escolta que me vino a recoger”. Él era un hombre de cabello muy corto, de piel blanca, que vestía una chaqueta negra y unos jeans. Tenía como 170 de estatura y el cuerpo un poco ancho. Caminaba todo el tiempo en diagonal a ella, por lo cual quedaba justo detrás de mí, lo que dificultaba que pudiera verle la cara. Luego de un rato le pregunté a ella: ¿O sea que está armado? y me dijo: ¡Sí, pues claro niña! Era una pregunta obvia para ella, pero una situación bien extraña para mí, mientras ese día de diciembre, nos abríamos paso por la carrera séptima entre muchos peatones y vendedores ambulantes que promocionaban sus artículos de navidad.

Eran las cuatro y media de una tarde en la que empezaba a llover y su ropa liviana de “la costa” no la abrigaba lo suficiente. Mientras caminábamos, varias veces me preguntó a qué distancia estábamos del restaurante. Una de las veces le respondí a cuatro cuadras: - “Cuatro cuadras en Bogotá es mucho, en mi ciudad sería cerca pero aquí es muy largo”. Las relaciones entre tiempo y distancia sobre las que Victoria había construido su vida en Amagú y en su ciudad de la región, las usaba constantemente para reordenar su nueva cotidianidad en Bogotá.

A esa hora como el restaurante se encontraba vacío escogimos, una mesa en el fondo mientras el escolta permaneció afuera. Cuando comenzó a llover fuerte, enseguida Victoria lo llamó para que entrara. Él se sentó en la mesa más próxima a la puerta, mientras que Victoria me decía preocupada, “¿Quién sabe si habrá almorzado? y los patrulleros ganan un mínimo”. Pero no teníamos dinero sino para un almuerzo, a pesar de la incomodidad que nos generaba de comer cerca de él, sin poderle ofrecer nada distinto a una limonada, la cual aceptó con timidez. Ese día recordé que un año atrás Victoria me había contado que con las nuevas personas de su esquema en la región le iba bien, pero cuando salían de la capital del departamento era un poco caro, porque ya ellos no podían almorzar en sus casas: “A esa gente no les alcanza para el almuerzo, sobre todo cuando llegan a fin de mes no tienen casi plata. Y como puede comer uno y ellos mirando”.

Rosario constantemente se molestaba por eso con Victoria, la escuche decirle a ella: “Es que son unos conchudos, ¿Por qué les tienes que gastar y tu sin plata?”.

Durante el almuerzo le pregunté a Victoria ¿Qué sabía de su nuevo escolta?, lo mire mejor y era un hombre muy joven. Ella me dijo. “Es un patrullero de la policía que lleva menos de dos meses en Bogotá, pero es de Montería, ¡Imagínate de Montería!”. A Victoria, el lugar de origen de su escolta le generaba desconfianza, pero habló de ello con cierta resignación, luego de decirme esto no quiso volver a tocar el tema. Constantemente ella y muchos de sus amigos de la Red hablaban de la fuerza que tenía el paramilitarismo en Montería y aunque tenían muchos amigos de Córdoba, sentían cierta desconfianza con la gente de allí que no conocían.

El mesero que nos atendió ese día, nos preguntó extrañado si el señor que venía con nosotras no se sentaba en la misma mesa, lo miramos y ninguna contestamos. Eran como las seis y treinta de la tarde cuando salimos para la estación Museo del Oro de Transmilenio, para que Victoria retornara a la casa en la que estaba viviendo. Por la ciclovía nocturna de navidad que esa noche había empezado media hora antes, la estación ya estaba cerrada y tuvimos que caminar hasta San Victorino. Con la lluvia, el frío y las calles llenas de gente, Victoria reiteraba que se iba a quejar ante el Coronel responsable de su esquema, por no haber solucionado el traslado a pesar de las múltiples solicitudes que ella y la organización ANMP le habían dirigido. Su escolta caminaba detrás, en silencio. Al llegar a la estación de San Victorino la fila de personas abarcaba más de una cuadra. Esperamos como veinte minutos, pero la fila crecía y Victoria me decía que le daba miedo meterse entre tanta gente. Buscamos la opción de tomar un taxi, le hicimos la parada a varios, sin conseguir que nos llevaran, porque en la zona a la que íbamos “había trancón”. Bueno, ese día nos tocó seguir caminando hacia la calle 19 a ver si allí teníamos mejor suerte con los taxis, pero como tampoco fue posible, nuestra única opción fue tomar una buseta.

Victoria fue la primera en subirse, después me subí yo y en tercer lugar su escolta. La buseta tenía algunos puestos vacíos, pero justo en el momento en que ella se sentó, un hombre habitante de calle con acento argentino, un fuerte olor a trago y los dedos manchados por consumo de cigarrillo o por bazuco, se acomodó al lado de ella y desde ahí empezó a contar cuentos y a pedir dinero. A ella parecía no incomodarle el personaje. Sin embargo, varias veces trató de pasar para atrás para sentarse cerca donde estaba yo, pero el cuentero no la dejaba pasar. Entonces el escolta se paró de su puesto, se acercó al hombre y luego de hablarle en un tono fuerte él rápidamente le cedió el paso a Victoria.

La buseta se empezó a llenar y el escolta, de nuevo, se ubicó al lado de la puerta de salida; pero con tanta gente ya no era posible que la viera. Luego de un rato, Victoria me preguntó por él, con cierta preocupación de que no estuviera cerca, por lo cual varias veces me paré a constatar que allí siguiera. Ella estaba un poco tensa, pero guardaba silencio, sólo movía la cabeza de un lado a otro. Como era tan paradójico que ella estuviera buscando a su escolta, terminamos haciendo un chiste sobre eso y nos reímos. Al tiempo, como intentando rescatar algo bueno de la situación, me dijo: “Bueno, hacía rato que no me sentía así, caminando por ahí, porque en mi ciudad no puedo hacer eso” y continuamos riendo.

Durante todo el trayecto, aunque estuve muy inquieta hice todo lo posible para que ella no se diera cuenta. En sus circunstancias, era muy difícil de imaginar, que frente una amenaza, le pudieran garantizar protección en una buseta o en un Transmilenio lleno. Tampoco era fácil prever cómo el escolta podía reaccionar si se presentaba un hecho de inseguridad común, en ese espacio repleto de gente. Así que mejor opté por pensar en algo distinto.

Finalmente, llegamos las ocho y media al terminal de transporte. Allí, Victoria podía tomar un bus que la acercaba a la casa donde se estaba quedando. Cuando estábamos entrando, recibió una llamada a su celular. Era David, su marido, a quien saludó cariñosamente. Cuando colgó me comentó: “El Negro diciéndome: ‘y tu a estas horas en la calle, ¿Luego no sabes que en Bogotá atracan todo el tiempo?’, [se sonrió y me dijo] como si fuera sólo en Bogotá, como si mi ciudad fuera segura”. Como estaba mojada y con mucho frío, antes de entrar al bus quiso un tinto y una botella de agua. Inmediatamente que se subió, vi con sorpresa que su escolta no lo hizo.

No entendía si este acompañamiento tenía un horario determinado, o si ella le había pedido que no fuera. Miré el número y la placa del bus, el escolta miró la placa. Mientras yo buscaba donde anotarla, caminamos hacia la salida del terminal; cuando la estaba escribiendo, me la repitió, ante lo cual le dije con cierta distancia: Sí ya la escribí, gracias. Me preguntó cómo se podía llegar al barrio en el que él estaba viviendo, le expliqué e inmediatamente me subí a un taxi que estaba buscando pasajeros, a pesar de los controles de tránsito que no permitían recoger personas allí. El escolta me dijo: Yo salgo con usted y rápidamente se subió al mismo taxi. Al ver mi sorpresa, me volvió a decir “es que aún no me ubico bien en Bogotá”. Le comenté que lo podía dejar en un punto y que ahí él tenía que tomar un bus. No hablamos nada en el camino y nos despedimos de manera cordial. Luego, al hablar por teléfono con Victoria me dijo que ella pensaba que él la iba a acompañar, pero que seguro no lo había hecho por el miedo de perderse en la ciudad.

### 4.3 “Como cucaracha en fiesta de harina”

Antes de venirse a trabajar a Bogotá, Victoria decía que le daba mucho miedo no poder cumplir con la responsabilidad que le asignaran otra vez como servidora pública. Recordaba que Manolo, su principal escolta en la región, una vez que la escuchó hablando de esto, le dijo: *“Como no va a ser capaz doña Victoria, con todo lo que usted ha vivido y trabajado”*. Manolo era un hombre joven, blanco, alto, que como escolta de Victoria había conocido de cerca los procesos que ella lideraba y a las chicas de Amagúí que hacían parte de la denuncia de violencia sexual. Para Victoria se había vuelto una persona de confianza, me decía que era parecido a su sobrino aunque con unos años más y le admiraba que tratara con respeto y *“como iguales”* a las chicas del proceso. En el 2014 vi como Manolo hablaba con ellas con mucha familiaridad y fraternidad; junto a Victoria él entraba a las casas que lo invitaran, comía lo que le sirvieran y hablaba de manera cercana y respetuosa con la gente de los procesos. Una vez, durante un desayuno en la casa de una mujer de Amagúí le pregunté a Manolo cuánto tiempo había estado en la Policía. El me contó que llevaba varios años. Había empezado en el área de inteligencia pero quería seguir estudiando, porque en los últimos años le había interesado la psicología y el derecho y me decía que había visto que faltaba mucho trabajar en esos temas. Ese día, me pareció particular sus inquietudes de estudio porque el proceso que lideraba Victoria con la organización nacional, atendía las necesidades “psico- jurídicas” de estas mujeres víctimas.

Con todo y sus temores, Victoria ya llevaba dos semanas trabajando en Bogotá. Como estaba finalizando el año le habían hecho un contrato por veinte días del mes de diciembre, hasta que le tramitaran el del año siguiente. El primer pago le debía salir para los finales de ese mes, pero Victoria no había pasado todos los papeles en la fecha establecida por estar en la región. El 14 de diciembre me llamó para que la acompañara a hacer los trámites que le faltaban. Ese día le habían dicho que su pago no salía sino hasta febrero: *“¡Te imaginas tu, yo sin plata para esta navidad! Además que no puedo decir nada porque se demore el pago, porque yo no entregué papeles por estar en Amagúí”*.

Como el pago de su seguridad social debía ser acorde con la cantidad de su sueldo, fuimos a la sede más cercana de su EPS, la cual quedaba a unas cinco o seis cuadras de su sitio de trabajo. Me dijo *“ayer caminamos mucho, hoy cojamos un taxi”*, le respondí que por esa zona, por ser peatonal no era posible, lo cual la molestó.

En la EPS le informaron a Victoria que para hacer el pago le faltaba un papel que corroborara su traslado de su ciudad de origen a Bogotá. Mientras ella preguntaba sobre este procedimiento, el escolta se había quedado fuera de la oficina, como en otras ocasiones. Sin embargo, cuando salió Victoria, él estaba de espaldas, al parecer haciendo un envío, por lo cual no la vio.

Cuando Victoria notó que se había quedado me dijo: “Dejémoslo, ¿No debería estar cuidándome?, como así que salimos y no se da cuenta”. Sin embargo, ella se devolvió y se acercó para que él la viera. Seguimos caminando pero al voltear a mirar él de nuevo no estaba por ahí. Ella me repitió: “Él es el que me tiene que cuidar a mí y no yo a él”. Inmediatamente, con molestia, se refirió a las vueltas para el pago: “En mi ciudad es más fácil, aquí uno no sabe dónde son las cosas y todo es lejos, pobres esos campesinos desplazados que vienen y esta ciudad como los recibe. Eso sí me da para pensar si me quedo en Bogotá o no”.

Para ella cualquier recorrido en Bogotá era muy lejos en relación con su ciudad. Las cuadras las percibía más largas, por eso caminar cinco cuadras se volvía una distancia considerable. También en Bogotá era como si las distancias se las alargaran, tal vez por los múltiples trámites que tenía que hacer para solucionar cualquier asunto. Por esto le reprochaba a la ciudad que no recibía bien a las víctimas que llegaban. Ese mismo día, entramos a un café internet en donde escribió una parte del informe de las reuniones y otras actividades que había tenido en su trabajo. A la media hora su escolta la llamó, se oía muy afanado por no saber donde estaba ella. Victoria le respondió: ¡Pero si estuvimos al frente tuyo! Cuando llegó al café la buscó con insistencia, apenas la vio, su cara se relajó un poco y la esperó de nuevo afuera.

Luego de completar los papeles para su pago, ella estuvo más tranquila; le fue difícil adaptarse a todos los trámites que le pedían cada mes. Pero se acostumbró a meter en su cartera las actas y papeles que iba requiriendo como prueba “o soportes” de su trabajo para el informe mensual. Eran tantos, que cuándo los necesitaba no era fácil encontrarlos. También en su casa una de sus mesas estaba llena de actas que describían cada una de las reuniones que hacía y los nombres y las firmas de quienes participaban. Con todas las dificultades que le generaban estos trámites, pasados varios meses hacía sus informes más rápido que otras personas que también trabajábamos con el Estado.

Los almuerzos con Victoria se habían vuelto uno de los espacios para hablar de todo un poco. Ese diciembre su preocupación era “no tener para pagar las matrículas de la universidad de los dos [hijos] mayores”. Me contó que al chico le hacían una rebaja porque jugaba muy bien fútbol y que a la

niña le había ido muy bien, un profesor le había dicho que había tenido un buen promedio. Tomando una pausa y sonriendo me dijo “¿Sabes? ¡Eso que dos de mis hijos estén en la universidad, eso es...eso es un logro, me hace sentir con la cabeza en alto!”. Al mismo tiempo, le preocupaba no poderles dar aguinaldos a sus hijos pequeños. Esos días les había escogido unas camisetas, pero me había aclarado “ropa no son aguinaldos, aguinaldos son los juguetes”. Varios meses atrás cuando vino a Bogotá les había comprado un balón de básquetbol que me dejó a guardar para que los chicos no lo vieran, pero era sólo uno, le faltaba para el juguete del otro.

Por esos días me empezaba a hablar de las personas de su trabajo a quienes recién estaba conociendo. Varias de ellas habían escogido las localidades en las que iban a trabajar, a Victoria le había correspondido Ciudad Bolívar y Sumapaz que eran las que habían quedado. Ella me decía: “A mí me da lo mismo, igual no conozco ninguna”. Pero a los pocos días, por recomendaciones que le habían hecho varias de sus amigas y por su nivel de riesgo había pedido que le cambiaran sus zonas de trabajo. Los primeros días en las descripciones que hacía de sus compañeros me decía: “Son buena gente, a mí me han tratado bien, pero algunos parece que vivieran en otra realidad, como que vivieran en otro mundo....Sí es que eso de talleres de caritas felices a gente que tanto ha trajinado [refiriéndose a personas víctimas], la gente se cansa”.

Con su comentario, hablaba desde el lugar de esa gente que tanto había trajinado. Como víctima, lideresa y defensora reclamante, muchas veces había sentido que el Estado no le daba las respuestas o soluciones acordes a la realidad que vivía gente como la de Amagüí. También en los primeros días percibía que trabajar en Bogotá era difícil: “la organización es diferente, es diferente organizar a la gente aquí que a la de allá; aquí la gente como que lo único que quiere es atención humanitaria y no más”. También me decía que los liderazgos eran distintos a los de su región:

“Aquí la gente es como muy sola, es como estar en esa plaza [de Bolívar], uno rodeado de gente pero muy sólo. Aquí ni siquiera hay tiempo para encontrarse, ¡No joda!, allá sabemos todos lo que le pasa a todos. Allá mucha gente está al tanto de la información, mientras que acá como que esta todo más centrado en los líderes y la gente acá en Bogotá ya está muy cansada de tantos talleres y quiere es recibir sus cosas ¡ya!”.

Estas diferencias que empezaba a detectar la ponían en un escenario distinto al trabajo que había hecho como defensora durante los últimos años en su región. El 22 de diciembre que la llamé para preguntarle cómo le había ido en su trabajo, me dijo riéndose: “Como dicen en mi tierra, me siento como cucaracha en fiesta de harina”. De esta manera me explicaba que se sentía extraña, en un lugar muy distinto y frente a muchas cosas nuevas. Entusiasmada, me decía que le había gustado ir a las localidades, que había conocido algunas de las víctimas, pero que era difícil lo de la participación de ellas porque la gente estaba muy cansada y tenía poca credibilidad en la ley [ley 1448 del 2011].

A finales de enero del 2013 cuando le entregaron la chaqueta que le habían dado en su trabajo, me dijo con cierta incomodidad: “Que me toca ponerme esto y bueno yo sé que es de un gobierno de izquierda [resaltándolo como algo favorable] pero yo no me siento bien así enchaquetada, es como perder mi identidad”. Nos reímos y seguimos buscando rápidamente un restaurante para almorzar. La chaqueta efectivamente era el símbolo de su nuevo rol como servidora pública que aunque valoraba y asumía con toda responsabilidad, era distinto al de defensora de derechos humanos en su región, con el que se había identificado desde la audiencia pública en el año 2006. Así, a su posición como defensora, este uniforme le sumaba un nuevo lugar social en Bogotá. Desde ambos espacios conectaba los contextos de aquí y allá. Pero a esa trayectoria multilocal también la seguían las amenazas.

#### **4.4 Entre amenazas y resistencias en la cotidianidad**

En diciembre del año 2012, Victoria había viajado a su ciudad a pasar el fin de año familia. A comienzos de enero del 2013 se vino con su esquema de protección, pero en Bogotá le asignaron otros escoltas y otro carro. Unos meses atrás, ella había denunciado la violencia paramilitar vivida en Amagüí en un noticiero de televisión nacional, en horario triple A. También en el mes de diciembre del año 2012, la Fiscalía General de la Nación había dedicado su programa de televisión “Fiscalía para todos”, a los casos de violencia sexual reportados a la Unidad Nacional de Fiscalía para la Justicia y la Paz, entre ellos estaban los de Amagüí. Según un fiscal entrevistado en este programa, todas las 34 estructuras paramilitares, que se desmovilizaron en el proceso de negociación del 2005, reportaron casos de violencia sexual. También decía que hasta la fecha, la Fiscalía contaba con 1100 denuncias por este delito. De éstas, 943 correspondían a niñas, adolescentes y mujeres, es decir un 85,7%.

El proceso que Victoria lideraba era uno de los pocos en los que un significativo número de víctimas directas habían decidido proseguir la denuncia. En este programa, era la primera vez que las chicas que habían denunciado la violencia sexual en Amagüí, mostraban sus rostros.

Cuando nos encontramos el 24 de enero del 2013, Victoria me dijo que le había molestado la manera en que se había presentado el programa porque tenía entendido que no iban a mostrar los rostros de las chicas. Me comentó: “Yo no tengo problema con que me entrevisten, pero ver a estas mujeres hablando y mostrando sus caras si me preocupó”. Por ello, Victoria las había llamado a la mañana siguiente. Un poco sorprendida me contó que a ellas les había gustado salir hablando, porque querían que la gente de Amagüí tuviera claro que no tenían la culpa de lo que les había pasado y ¡Que ellas no habían querido!. Esta era su respuesta a los comentarios y juicios que habían recibido de muchas personas de la comunidad por haber sido víctimas de este crimen. Era a través de una institución del Estado como la Fiscalía y por medio de un programa de televisión nacional que estas chicas validaban su verdad ante las personas de Amagüí.

Cuando le pregunté a Victoria en manos de quien estuvo la decisión de que mostraran sus rostros, me dijo: “Creo que ellas mismas autorizaron, yo las veo muy empoderadas”. Victoria sentía que el programa intentaba hacerle un llamado a El Tigre a que confesara. En charlas posteriores me dijo que no entendía porque él no reconocía esos hechos, “ellas tendrían la verdad y él seguiría en Justicia y Paz, como lo había hecho ‘Juancho Dique’ y ‘Diego Vecino’”. Tener la verdad de boca de “El Tigre” Victoria decía que era suficientemente reparador para ella.

A mitad de febrero del 2013 ella viajó de nuevo a la costa, para cumplir con una reunión citada por la Red regional de líderes y lideresas. A los tres días la llamé por teléfono y en medio de una comunicación que no me permitía escuchar bien, me comentó que esa misma noche viajaría para Bogotá: “Estoy muy triste me devuelvo con el corazón hecho pedazos”. A su llegada hablamos por teléfono y lo primero que me dijo fue: “Imagínate que me cambiaron al sargento, pero me pusieron otro que está recién llegado acá, no conoce Bogotá. Voy a llamar al teniente si es que me van a volver loca o me tienen para experimentar”. Ese día, le preocupaba que sus escoltas fueran dos personas que no supieran moverse por la ciudad. Me decía: “Y en caso de un atentado, o cualquier cosa, ¡Ajá! No saben ni por dónde salir, ni a qué sitio dirigirse”.

Nos encontramos de nuevo el 21 de febrero. Cuando llegué, estaba sentada en una banca de la calle que compartía con un embalador de zapatos. Parecía como si quisiera aprovechar cualquier momento para estar al aire libre y pasar desapercibida entre la gente que caminaba por la calle. Pensé que estaba pidiendo que le lustraran sus botas largas con tacones que hacía unos meses había comprado “*para trabajar en Bogotá*”. Pero ese día tenía puesto sus tenis blancos, no tenía maquillaje y sus ojos expresaban mucha tristeza. Cuando le pregunté cómo estaba, me dijo: “Sobreviviendo, tratando de sobrevivir” luego sonrió con cierto gesto de ironía y de resignación y se quedó callada. Inmediatamente me empezó a contar lo difícil que había sido su viaje:

“Tengo el corazón hecho pedazos... no sabes lo que me costó dejar mi proceso, tuve que dejar a mi reemplazo allá. Además no te imaginas lo que fue dejar a mis hijos; el menor se quedó llorando cuando me vine, además dejarlos. ¿Quién está pendiente con ellos de sus tareas?, no los puedo besar, no los puedo abrazar. Yo no sé si vale la pena estar acá. Allá yo tengo mis hijos, los veo cuando se levantan, sé lo que desayunan, estoy cerca de ellos. También tengo el proceso, bueno lo único que no tengo es trabajo”.

Me explicó que no traía a sus hijos hasta que no estuviera con alguna estabilidad económica: “Además tú sabes que mi objetivo de venirme a trabajar acá es tener para mi apartamento en mi ciudad. No me puedo gastar todo el sueldo en mantenerme acá, pero me hacen mucha falta mis hijos”. Se había propuesto dejarles a sus hijos un apartamento en uno o dos años. Así que todos los meses trataba de alargar su sueldo para su construcción. Victoria mandaba mensualmente a su familia casi el 60% de lo que ganaba, pero este dinero nunca era suficiente. Aquí, era muy poco lo que gastaba. Ella, a diario compraba lo que iba a hacer de comida cuando el cansancio le permitía cocinar. Cuando se disponía a comprar ropa, era más la que enviaba. Mandaba el dinero para el estudio de sus hijos, para el mercado, los uniformes, los libros, el pago de servicios de la casa y las comidas de algunas celebraciones. Varias veces cuando no le alcanzó el dinero para llegar a fin de mes, el papá de sus hijos mayores, le prestaba algo para cubrir sus gastos de mercado o para lo que le hiciera falta a su familia en la región. Destinaba sólo un poco de dinero para alguna que otra crema y para pagar los viajes a su región.

Su vida de pareja también estaba entre aquí y allá. Ese día me contó molesta que David su marido le había dicho que iba a venir:

“Pero me da lo mismo si viene o no, tanto que le dije antes y sólo hasta ahora. ¡Ja! se viene porque sabe que no traigo mis hijos. Él no quiere ninguna responsabilidad y eso me tiene muy cabriada. Llegó el sábado a la casa de mi papá, como si ya, se apareció allá y yo estuve muy distante. Le dije, mira David, esta es ahora mi vida, este es mi estilo, con riesgo y todo. Yo ya no puedo ser la misma, yo no soy la misma, yo no puedo volver a vivir en Amagüí. Tú verás si aportas o no a esta relación, o se acaba. Las cosas no quedaron muy bien. Ange yo soy una mujer verraca pero tengo sentimientos. ¡Ajá yo soy fuerte, soy inteligente, pero también siento!”

Luego de contarme sobre los procesos de su región y sobre su familia insistió mucho en hablar de una noticia que se había conocido en medios nacionales días antes. Era la muerte de una lideresa denunciante de casos de violencia sexual y de despojo de tierras por parte del paramilitarismo. Ella era Angélica Bello, quien por su trabajo como defensora había vivido en constante amenaza y había sufrido múltiples hechos de violencia. Victoria durante la conversación me decía:

V: ¿Qué opinas sobre la mujer de los procesos de restitución de tierras que se suicidó?

A: No sabía que era un suicidio.

V: “¡Ajá!, imagínate, si las víctimas ahora se suicidan”.

De manera enfática e insistente me preguntó de nuevo:

V: ¿Es que es posible que una líder se suicide?

No sabía que responderle, pero en principio le dije que nadie estaba exento que le afecten mucho las cosas

Pero al verla sorprendida con mi respuesta, continué diciéndole: Aún así no es una cosa que todo el mundo pueda o quiera hacer.

V: “Yo el lunes estaba muy mal, pero yo nunca he pensado en eso, a mi no me pasa por la cabeza eso”

A: Sí, hay gente que nunca vería eso como opción.

V: “Pero cómo uno puede matarse con el arma de sus escoltas?”. Eso es raro, yo en todo el tiempo que llevo con ellos nunca he visto un arma, nunca ¡Uy no!, a mi me dan mucho miedo las armas”

Este caso le impactó tanto, que cuando estuvimos las dos, hablando en voz baja de varios asuntos porque estaban sus escoltas en el carro, ella subió la voz y en un tono fuerte dice: “Yo no entiendo como se pudo matar con el arma de los escoltas, yo nunca he visto una arma de esas, ni las quiero ver”. En ese momento sus escoltas se mostraron indiferentes como si no hubiesen escuchado. Me dijo de nuevo muy sorprendida en un tono bajo: “Imagínate que dizque se la puso así, delante de la hija”. A Victoria, no le era posible creer que una lideresa pudiera tomar esta decisión. Su conversación transcurría entre la duda que no hubiera sido un suicidio y el asombro de que una mujer víctima, lideresa, defensora de derechos humanos pudiera llegar a tal desesperación.

Luego de un rato retomó el tema de la reunión de líderes que había tenido en su región. Me contó con cierta alegría que se había encontrado con mucha gente del proceso de la Red: “Yo siento que faltó allá, allá yo muevo cosas, gestiono cosas. Pero sigue habiendo problemas de seguridad, imagínate que llego el martes y el miércoles ya tenía otra amenaza”.

En ese momento me sorprendió que lleváramos hablando mucho tiempo y esto no lo hubiera mencionado:

A: ¿Cómo así?, le pregunto.

V: “Sí, ahí en una lista y que aparezco yo”.

A: ¿Cómo así y cómo te enteraste?

V: “La botaron por debajo de la puerta de la casa de un profesor y su hija que son del la Red nacional de victimas y la hija de él me dijo que yo estaba ahí”

A: ¿Quién la manda?

V: El ejercito anti- restitución. Estoy ahí con otra gente

A: ¿Y cómo estás?

V: “Yo ya no le paro bolas a eso, si me hubieran querido matar ya me habían matado”.

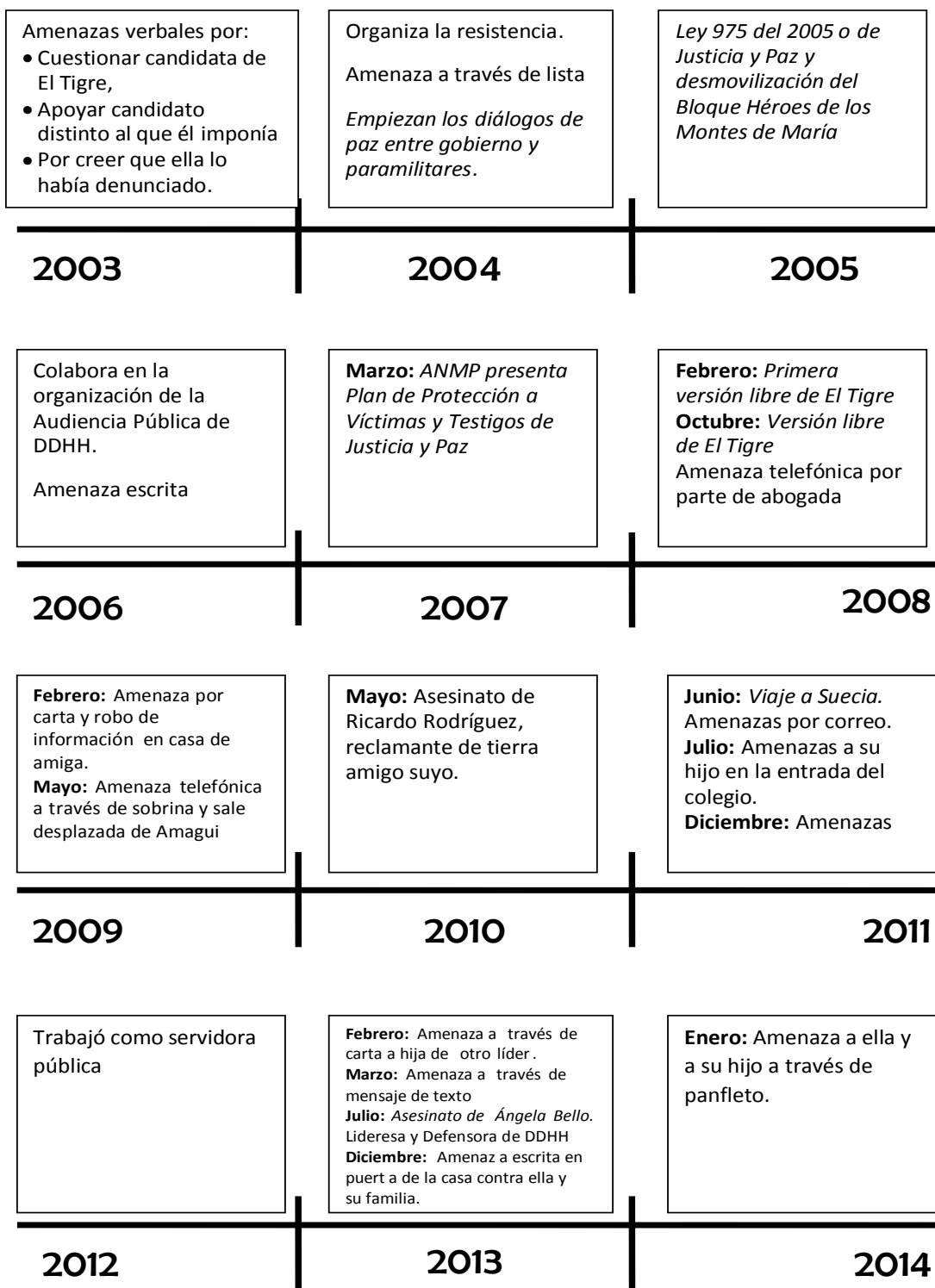
V: ¿O tú crees que no?

Me quedé callada, de nuevo no sabía que responderle. No quería reafirmarle una tranquilidad que la hiciera ignorar o no tener presente estas amenazas, pero tampoco quería que se asustara más con este tema. Pero ella me siguió mirando hasta obtener una respuesta. Entonces le dije con voz tranquila y firme:

A: ¡Seguramente sí, pero igual hay que tener cuidado!

V: “¿Sabes? Pero me preocupan más las amenazas a una de las chicas... En Mar del Santo Patrono van a haber elecciones de alcalde, menos mal que no estoy por allá, porque en épocas de elecciones, las cosas se ponen más difíciles”.

▪ **Ilustración 8. Gráfico1: Línea de tiempo de amenazas**



Fuente: Elaboración propia con base en el testimonio de Victoria e investigación en páginas web de organizaciones sociales nacionales e internacionales.

Su vida diaria transcurría como la conversación de ese día. Sus preocupaciones para resolver de manera inmediata eran las de su familia, las de los procesos, las de su trabajo y hasta los asuntos relacionados con su pareja. Al tiempo tenía que estar al tanto de los cambios constantes de su esquema de protección y de que tuvieran las condiciones para garantizarle su seguridad. Esto era lo de todos los días, que no le había dado tiempo para ir a llevar su maleta al lugar en el que estaba arrendando una habitación. Por esto, la maleta con su ropa permaneció durante un tiempo en el carro. Tampoco había comprado un colchón y el primer sábado que quiso hacerlo sus escoltas se demoraron tanto, que cuando llegaron ya habían cerrado los almacenes donde le habían dicho que estaban a buen precio.

Garantizar la sobrevivencia del día a día, de ella y de su familia, era el asunto de mayor relevancia para Victoria. Cuando nos encontramos de nuevo a los pocos días, no se explicaba por qué no podía dormir. Me decía: “Yo no sé, tengo insomnio, yo no es que tenga preocupaciones. Yo ya pagué la pensión de mis hijos y les mandé pa los uniformes y el colegio, pero no sé porque no puedo dormir bien. Anoche me acosté como a las once y estoy despierta desde la una de la mañana”.

En las amenazas la palabra escrita jugaba un papel importante. Cuando en febrero del 2013 busqué si esta vez la noticia había trascendido a medios nacionales, la única referencia que encontré fue en la página web de una organización nacional defensora de derechos humanos, de la que posteriormente Amnistía Internacional retomó el link para apoyar esta denuncia. Ese día, a pesar de haber conocido de su situación de amenaza durante varios años atrás, cuando leí esta comunicación tuve una sensación distinta. Ver escritos los nombres de Victoria y otras personas conocidas con los calificativos que usaban en el texto, la información falsa que decían sobre ellos y la manera en que se referían a la forma en que los iban a asesinar junto a sus familias, me hizo sentir mucha indignación, miedo y dolor. Ese día experimenté la distinción entre conocer de esta situación en la práctica del día a día y el verla de manera escrita en un medio público. Me sentía mal conmigo misma como antropóloga, por dejarme afectar más del documento escrito que de la práctica cotidiana. Después de un año, releí unos apuntes que tenía de Ángel Rama (1998) sobre “La Ciudad letrada”. En este texto él hablaba de la palabra escrita como un instrumento simbólico, con capacidad de impregnar un sentido de verdad irrefutable en cualquier acción de poder. Decía que en la historia de las ciudades de América latina, “la palabra escrita era vista como la única verdadera, en oposición a la palabra hablada, que pertenecía al reino de lo inseguro y lo precario, [pero sobre todo], la escritura poseía rigidez y permanencia de un modo autónomo que remedaba la eternidad” (Rama; 1998:22).

Este era el efecto simbólico para generar sensación de verdad y dejar las amenazas de manera permanente en el tiempo. Victoria, como ella decía, “ya no les paraba bolas” y no guardaba “esos panfletos”. Después de un tiempo, tampoco recordaba bien las fechas en que le habían llegado, a pesar que cuando los recibía ella o su familia sentían miedo, rabia, impotencia. Sin embargo, con base en ellos, “tomaba medidas” que consistían en comunicarles a sus amigos de la región, a la policía de su esquema, a la organización nacional que la apoyaba en el proceso de violencia sexual y a la Fiscalía. Pero al día siguiente su cabeza era ocupada por el trabajo, por su casa, por los asuntos de sus hijos, lo que comieron o no, si se oían contentos o no y sus convicciones que la acompañaban como defensora:

“Pues no yo siempre me he puesto a pensar si se regresara el tiempo y tuviera la oportunidad de volver a decidir y elegir otra opción. Pero siempre termino en la misma conclusión, hubiera sido la misma elección, la misma opción. Porque una responsabilidad, a mi me formaron para eso. Tú no puedes dejar que pasen miles de atropellos a otras personas y tu quedarte como si nada simplemente porque no te están tocando. Entonces es algo que tengo que asumir, porque de algo estoy segura es que hubiera tomado la misma opción, a pesar de los miedos, de las amenazas, de todo, no hubiera dejado de hacer lo que estoy haciendo”.

Como ella bien lo decía, sentía constantemente el miedo por estar amenazada. Pero lo que había construido como cotidianidad entre su región y Bogotá, aunque muchas veces la agotaba, era la mezcla o superposición de capas, de sus prácticas como lideresa, defensora, enfermera, mamá, servidora pública, víctima y amiga, las cuales había juntado para construir un escenario de resistencia que le permitiera sobrellevar y responder a estas amenazas. Su vida cotidiana a mi modo de ver, era como esa milhoja de la que no gustaba y por la que me decía que ella no sabía cómo a los cachacos nos gustaba tanto el dulce.

## **4.5 Servidora con experiencia de defensora**

El miedo con el que había llegado a asumir el rol de servidora pública y todos los cambios que le significaban reorganizar su vida en esta ciudad, parecía que se dispersaran a medida que tenía mayor contacto con las víctimas del conflicto armado en las localidades. En la interrelación directa con estas personas, Victoria fue construyendo un nuevo espacio de actuación como una servidora pública distinta, que ponía su experiencia de Amaguí, como lideresa, víctima y defensora de derechos, en un contexto distrital y

lo adaptaba a dinámicas de organización nuevas para ella. Esto le permitía contrastar su propia experiencia, continuar con su vocación de servir a otros, ampliar su mirada y reflexión sobre los procesos que acompañaba y sobre su liderazgo.

El primero de marzo del 2013, la acompañé a un taller que tenía con víctimas del conflicto armado en una de las localidades en las que trabajaba en Bogotá. Ese día, cuando nos encontramos su cuerpo se veía agachado, sin fuerza y llevaba la chaqueta de su trabajo en la mano. Aunque tenía puesta otra chaqueta gruesa, sus manos estaban bastante frías. La pintura azul de sus uñas, que se había mandado hacer para su anterior viaje a la región, se le había ido cayendo. Hacía pocos días había llevado su ropa al apartamento que iba a compartir con la mujer que le había recomendado una amiga de su departamento. Este lugar quedaba al sur de la ciudad y de allí a su trabajo en el carro del esquema se gastaba entre hora y media y dos horas todos los días, lo cual parecía agotarla. Ese día me dijo:

- V: “Yo a veces tengo bajones” refiriéndose a su estado de ánimo
- A: ¿Porqué?
- V: No sé, yo siento que no me voy a adaptar, mejor dicho yo no quiero dejar mis procesos allá, yo quiero seguir trabajando allá”.

Por las recientes amenazas, buscamos un sitio cerrado para adelantar algunas tareas que tenía que hacer antes del taller. Hacía unos días le habían cambiado las personas del esquema de seguridad y con cierta tranquilidad me contó que una de ellas sí conocía Bogotá. De allí salimos para el lugar del taller en “el carro”. Cuando me subí saludé a los escoltas y como en otras ocasiones recibí una parca respuesta. Durante el recorrido, a uno de ellos le entró una llamada al parecer de un superior, ante la cual contestó diciendo: “¡Dios y patria!” y continuó narrando parte del recorrido de “la doctora Victoria”. En el carro Victoria me dijo con nostalgia: “Me gustaría cerrar los ojos y que ya fuera noviembre para estar en mi casa, en mi tierra”. Luego, empezó a preparar los materiales para el taller.

El objetivo del taller era contarles a este grupo de personas víctimas sobre la ley 1448 del 2011. Cuando Victoria llegó, organizó el salón en círculo y les explicó a quienes recién estaban llegando: “Es para que nos veamos todos las caras”. Mientras esperábamos la llegada de más convocados, ella se sentó al lado de un hombre de unos 35 años de edad a quien le dijo: “Yo mañana en la tarde me reúno con la

persona por lo de tu hermano, a ver en que Fiscalía está eso”. El hermano de este hombre había sido asesinado y él hasta ese momento no sabía en qué iba la denuncia que años atrás había interpuesto. Por ello, Victoria le había dicho que hablaría con un abogado de la entidad en la que trabajaba para que lo asesorara.

Desde ese momento y a medida que iba teniendo contacto con la gente que llegaba al taller, su cuerpo y su ánimo parecían cambiar la expresión de manera drástica. Me sorprendió cómo en poco tiempo su cuerpo estaba erguido, sus manos bajo la cintura, con sus piernas cruzadas, apoyaban su postura recta, con la que sostenía su cabeza mirando al frente. Ese día permaneció muy atenta a la escucha de las personas que le iban hablando de su situación y por primera vez en varios días la vi contenta.

Luego de hablar con algunas personas, ella se paró a ponerse la chaqueta con el logo de la institución. Al rato llegaron tres mujeres, dos de aproximadamente cuarenta años y otra de unos 75 años. Una de las más jóvenes le preguntó a Victoria: “¿Para qué es esta reunión? Estamos cansados de reuniones. Mi hermano lleva mucho tiempo desaparecido y no ha pasado nada”; esta mujer continuó quejándose de la lentitud de los procesos de reparación y de las entregas de ayuda humanitaria. La mujer que la acompañaba siguió la conversación: - “Nos dijeron de una reunión que era para una casa y mire mi mami la edad que tiene y sigue ahí esperando”. Victoria les respondió: “Aquí se va a hablar de la ley 1448, lo que se va a dar es la ruta, para ver qué pueden ustedes hacer con la ley y a dónde pueden llegar. La idea es darles a conocer los espacios, para que ustedes como víctimas sepan”.

Al rato, otra persona comentó, “De esas reuniones no sale nada, no se resuelve nada”. Victoria le dijo “yo la entiendo, nosotros nos la hemos pasado así como víctimas cinco o seis años esperando...Por ejemplo, ella [refiriéndose a la señora de mayor edad], tiene dos victimizaciones por el hijo y por el desplazamiento y por ambas la tienen que reparar”. Esta última persona le volvió a decir: “Igual no pasa nada”. Victoria le respondió:

“Por eso hay que organizarse, es organizándose y estando donde la gente haga las cosas...Porque una sola golondrina no hace verano. Nosotros somos funcionarios y no tenemos el poder de hacer las leyes, porque ya están hechas... La ley de víctimas no es la varita mágica, pero eso es lo que tenemos. La mayoría de la gente dice eso, toda la gente tiene el mismo sentir, que no se les ha atendido, que la ley no es clara, pero son ustedes los que tienen que organizarse. Imagínese 60 o 70% de la población víctima está en

Bogotá y más de la mitad en las condiciones que está ella... Nadie va a hacer nada por uno si no exigimos. Nosotros como funcionarios no podemos tomar las decisiones por ustedes. Estamos es para organizar, para apoyar en lo que ustedes decidan”.

Finalmente, al taller llegaron doce personas: seis mujeres y seis hombres, todos adultos. De ellos, ocho provenían de Antioquia y dos de Pensilvania Caldas. Cada uno se presentó diciendo su nombre y el de la región de la que tuvieron que salir desplazados. Cuando llegó el turno de la señora mayor que estaba reclamando por su hijo desaparecido, dice: *Mi nombre es...* [ Con la voz entrecortada comentó] *“hoy estoy aquí, mañana sin saber”* y soltó el llanto que había intentando contener desde que sus hijas le explicaron a Victoria su caso. Victoria se le acercó y la tranquilizó. Una vez su compañera de trabajo explicó la primera parte del taller sobre ayuda humanitaria, Victoria comentó:

“No nos podemos quedar en la asistencia humanitaria, en el bonito, sino que tenemos que apuntarle a más cosas. Yo sé que hay cansancio, que uno esta mamao, en mi tierra decimos así, de tanta reunidera, pero es la única forma, es la única manera que nos escuchen. Nada nos baja del cielo, si nosotros no nos organizamos y empezamos a hacer acción... Es como si uno le dice al pelao tráeme pa la sopa, pero no le da la plata ni le dice qué traer”

La respuesta de Victoria y la manera en que condujo el taller lo hizo desde los múltiples lugares sociales que había ocupado: como servidora pública, víctima y defensora, que tenían en común el haber promovido la organización de la gente. Estas experiencias de ella, las empezó a incorporar en distintos espacios de trabajo con personas víctimas y otros públicos. Sus relatos como ejemplos de lo que ella había vivido como lideresa y defensora, los volvió herramientas pedagógicas, mediante las cuales explicaba y dialogaba, sobre los derechos de las víctimas, con la gente con la que trabajaba. De esta manera daba nuevos usos a su testimonio y resignificaba su trabajo en Bogotá, a partir del conocimiento que había adquirido en Amagüí.

Sobre un taller que tuvo con psicólogos, psiquiatras y otros funcionarios de la salud, con quienes buscaba articular acciones para una mejor y más eficiente atención a víctimas de conflicto armado, en una localidad de Bogotá, me contó que una de las quejas de estos funcionarios era que las víctimas llegaban de manera agresiva:

“Entonces yo les decía que ese era el reto institucional. Nos tocaba primero que todo poder equilibrar a muchas víctimas que llegaban en esos estados, equilibrarlos y aterrizarlos. Porque las víctimas vienen y ellos vienen en su realidad. Es muy difícil para una persona que venga del campo aterrizar aquí en Bogotá y así como de la noche a la mañana ser consciente que está en Bogotá, que está en otra realidad. Ellos vienen con sus temores, ellos vienen con sus dolores”.

Su respuesta a los otros funcionarios provenía no sólo de la experiencia que había visto durante el ejercicio de su liderazgo, sino de sus propias emociones y vivencias al tener que dejar el lugar y las personas con las que había escogido habitar. De esta manera, sus sentimientos particulares también afloraban al hablar de las experiencias de otras víctimas. Pero no en el sentido de un dolor compartido que paralizaba o que se mantenía, en un constante “presentismo” con los acontecimientos catastróficos, o en un continuo “reflujo de historicidad” que permitía abrirse a una perspectiva de futuro (Pecaut; 2004). Por el contrario, Victoria como tantas otras lideresas víctimas del conflicto armado que he conocido, recurrió al testimonio de sus experiencias y emociones, así como las de otras personas de Amagúí, para movilizar, de manera deliberada, una acción política, hacia la concreción de acciones futuras, en favor de las víctimas del conflicto armado con las que trabajaba en Bogotá. Es decir, su testimonio sobre la violencia lo volvió una “clave de sentido y [un] medio de creación de un campo intersubjetivo” (Jimeno; 2007: 174) con personas diversas. A partir de él, no sólo compartía el dolor y otras emociones producto de la guerra, sino que movilizaba apuestas políticas, al ir conformando comunidades emocionales para entretejer lazos hacia la acción ciudadana (Jimeno; 2007). De ese encuentro me contaba:

“Les dije, por ejemplo el caso de violencia sexual de la chica que se la llevan y la viola el paramilitar, la tiene cinco días y era una niña de 13 años y le tocó salir de Amagúí, le tocó salir a la chica muy mal psicológicamente. Y el otro caso, el de un señor que tenía todo en su tierra, todo, la tierra, ganado y todo y llegó aquí a Bogotá sin nada, como un mendigo. Una persona en el pueblo cuando tiene finca, tiene su ganado, tiene todas sus cosas es una persona respetable, es una persona reconocida en el pueblo, una persona reconocida.

Es que cuando venimos a Bogotá somos unos, como si estuviéramos inexistentes. ¡Existimos, pero no existimos! Porque no tenemos el reconocimiento, ni social, ni comunitario, nada, somos cualquiera que llega a Bogotá. Entonces yo les decía que lo más duro de uno perderlo todo, incluyendo bienes materiales era el desarraigo, de venir a ser

un don nadie. O sea cuando yo hablo de un don nadie no es que no tengas riquezas, sino que no eres reconocido, es como si no existieras, como si fueras invisible aquí en Bogotá. Y eso les duele más a las víctimas, eso les duele más. El desarraigo es lo que más daño le hace a la gente. Porque uno en el pueblo, incluso si pierdes la tierra y no tienes ganado, tú tienes una mano amiga porque alguien te conoce, porque alguien se atreve a prestarte o yo no sé, o alquilarte o lo que sea pero aquí en Bogotá no. Entonces les coloqué esos casos porque muchas veces como funcionarios nos cuesta creerle a las víctimas y cuando encontramos una víctima en condiciones deplorables no creemos que en verdad esas personas, eran personas honorables y respetables de su pueblo y no las tratamos con el respecto que ellos se merecen o al menos les creemos”.

Como lo describe en su testimonio sentirse “inexistentes” como personas desplazadas, “como si fueras invisible aquí en Bogotá”, era el sentimiento que por su experiencia propia y por la obtenida en su trabajo, conocía que les causaba más dolor a las víctimas. Así, que contarles a estos funcionarios un poco de la vida de estas personas, de quiénes eran socialmente en sus comunidades antes de ser desplazadas, así como los dolores y miedos que habían tenido que afrontar a causa del conflicto armado, no pretendía rememorar un pasado paralizante. Por el contrario, era a través de reconstruir ese trozo de sus historias, como Victoria buscaba generarles un lugar de reconocimiento frente a las personas que se encargaban de su atención. Rememorar lo vivido en su territorio era “una manera de [contribuir] a situarse [y situarlos] en la historia del país exigiendo reconocimientos en los nuevos lugares de residencia y frente a nuevos vecinos” (Salcedo; 2008: 333) y ejecutores –as de la política que les debían garantizar sus derechos. Posteriormente, me comentó que después de contarles esas historias a los funcionarios, les dijo: “Yo soy funcionaria pero yo vengo de una experiencia de liderazgo de víctimas, igual yo también soy víctima y les conté mi caso:”

- A: ¿Qué les contaste?
- V: Les conté que yo era funcionaria allá, que igual también soy víctima y también soy desplazada. Que es muy duro para uno también llegar acá y sentir esa impotencia que muchos de ellos contaban. O sea políticamente como están establecidas las normas de atención uno no puede dar más de lo que tiene. Entonces yo les decía, como funcionaria, yo creo que aparte de ser funcionarios, somos seres humanos y somos colombianos, entonces nos toca crearnos estrategias para poder

darle un mejor nivel de atención a la gente, entonces por eso les dije que también era víctima y también era desplazada.

- A: ¿Y te preguntaron algo?
- V: Sí, algunos me preguntaron. Me preguntaron que por qué me dedique al liderazgo y no seguí ejerciendo mi profesión
- A: ¿Y qué les respondiste?
- V: Que era algo, como un reto conmigo misma, yo creo que si yo hubiera seguido ejerciendo mi profesión como enfermera en otro sitio, yo jamás hubiera tenido mi tranquilidad espiritual, la paz espiritual, ni la realización que siento en este momento y que me hace sentir bien. No la hubiera tenido. Porque yo viví la violencia, porque yo la sentí, porque yo vi. Y cualquier ser humano tiene responsabilidad y uno no puede dejar pasar cosas sin hacer nada, así le toque hacer mínimas cosas, pero tenía que hacerlas. Y que eso fue lo que me permitió a mí en determinado momento decir bueno, yo puedo ayudar desde otra fase de mi vida, pero en ese momento yo tenía que quedarme ayudando a la gente”.

Desde su lugar como funcionaria pública encargada de garantizar los derechos de las personas víctimas, se reconocía también como una de ellas y como una lideresa que trabajaba en su favor. Su testimonio, desde su propia voz y partiendo de la misma posición de sus interlocutores, causaba un efecto de mayor empatía. Esto contribuía a que su mensaje tuviera más sentido y recepción entre quienes la escuchaban. A través del contenido emocional, técnico y político de su testimonio, su memoria era una herramienta activa y transformadora, en el propósito de garantizarles los derechos a estas personas.

## 4.6 Buscando lugar en Bogotá

El primer lugar arrendado por Victoria para vivir en Bogotá, fue un cuarto ubicado en el extremo sur de la ciudad, en un conjunto de apartamentos pequeños, recién construidos y a los que les seguía un inmenso potrero que marcaba el límite de la localidad y de la ciudad. Llevaba pocos días viviendo allí cuando me invitó a almorzar para conocerlo.

Ese día de marzo del 2013, la acompañé a comprar lo del almuerzo y a hacer algunas llamadas a su región, en una pequeña tienda de enfrente. Mientras la esperaba, vi que en una de las paredes, sobre una vieja maquinita de monedas, había un aviso impreso, sin ningún logo, en el que el ICBF-Fami de la zona, ofrecía cupos “para desplazadas, lactantes y maternas”. La palabra “desplazadas” la habían escrito con marcador azul en letra grande, luego de estar impreso el resto del aviso. En ese momento recordé que siete de treinta mujeres desplazadas con las que había trabajado en el 2011, vivían en esa localidad. Las restantes vivían en barrios muy alejados del centro de la ciudad, en estrato uno o dos. A dos de ellas, su lugar de residencia les había coincidido con el de las personas que directamente las habían desplazado y con ellas algunas veces se encontraban. La localidad en la que vivió Victoria era una de las tres que ha concentrado mayor número de víctimas desplazadas por conflicto armado en Bogotá<sup>40</sup>.

Una vez Victoria compró los ingredientes para el almuerzo, entramos al apartamento. Era un lugar pequeño, muy iluminado, pintado y arreglado de manera muy detallada. Ese día antes de empezar a cocinar, preparó un tinto que se tomó cantando y bailando al ritmo de los vallenatos que sonaban en la radio. Mientras picaba la cebolla me decía entusiasmada: “Allá en mi tierra dejamos las cosas menos secas, menos asadas, a mi me gustan los fritos o sudados”.

---

<sup>40</sup> <http://www.eluniversal.com.co/colombia/bogota/bogota-tiene-la-mayor-recepcion-de-victimas-del-conflicto-135858>. Según la Alta Consejería para los Derechos de las víctimas, la paz y reconciliación, hasta el 31 de agosto del 2013, en la capital del país se han reportado un total de 415.174 víctimas que corresponden a 98.921 hogares afectados por el desplazamiento forzado. El 84,6 por ciento de esta población desplazada que se encuentra incluida en el Registro Único de Víctimas (RUV) llegó entre 2002 y 2012. Por localidades, la mayor concentración de víctimas se ubica en Ciudad Bolívar (28.813), Bosa (21.067), Kennedy (20.659), Suba (15.251), San Cristóbal (13.003), Usme (12.112), Engativá (8.387), Rafael Uribe Uribe (8.199), Usaquén (4.894), Tunjuelito (3.997), Fontibón (3.671), Los Mártires (3.588) y Santa Fe (2.828). De ellas 387.800 personas fueron víctimas de desplazamiento forzado.. <http://www.bogota.gov.co/content/v%C3%ADctimas-del-conflicto-armado-prioridad-para-la-bogot%C3%A1-humana>

Me contaba que le gustaba este lugar para vivir porque no estaba sola, decía que se sentía en familia, aunque era muy lejos de su trabajo. El cuarto que había arrendado era pequeño pero bastante iluminado, en él cabía la cama sencilla donde dormía y un pequeño estante con su ropa, sobre el cual tenía puesta la virgen de Guadalupe y algunas de los rosarios que algunas amigas y amigos de la región le habían regalado para que estuviera protegida.

Allí vivió varios meses, a pesar de las quejas constantes de sus escoltas por lo distante del sitio, lo cual les alargaba sus jornadas. En el mes de febrero yo había escuchado a uno de los patrulleros del esquema anterior contarle a Victoria acerca de unos apartamentos que arrendaban a buen precio cerca donde él vivía. Ese día, esta información también despertó la atención del sargento al mando del esquema, quien a pesar de hablar muy poco, preguntó de nuevo el precio. En ese momento, la conversación se volvió de interés común entre ellos tres, que a pesar de sus distintas posiciones, compartían el hecho de estar recién llegados a Bogotá y no contar con mucho dinero. Pero, durante mi trabajo de campo, luego de escuchar varias veces sugerencias como esta, de parte de otros escoltas, era evidente el interés de algunos de ellos por influir en las decisiones que Victoria tomaba sobre su lugar de residencia, o sus lugares de traslado, intentando hacer que fueran más favorables a sus tiempos y jornadas de trabajo. Victoria lo notaba. Varias veces me decía molesta que los escoltas querían opinar mucho sobre lo que ella hacía: “¿Quieren como decirle que hacer a uno y conmigo no!”. Me explicaba que varias veces que ella quería ir a un lugar o hacer alguna cosa distinta, ellos ponían muchas dificultades.

Unos meses después, cuando su marido decidió acompañarla un tiempo en Bogotá, Victoria se mudó a otra localidad. Esta localidad era otra de las que recibía mayor número de víctimas por conflicto armado. Allí tuvo que empezar a hacer los trámites de arrendamiento que como me decía, parecían imposibles para una persona recién llegada a Bogotá. No era fácil contar con un codeudor con finca raíz, con otro que estuviera “empleado y con ingresos certificados” y menos que ella tuviera extractos bancarios de los últimos meses que demostraran “su capacidad de pago”. En varios lugares le dijeron que estas personas que hacían las veces de fiadores debían residir en Bogotá; algunos le preguntaron que si tenía niños pequeños; otros que si tenía mascotas y uno de ellos que si era costeña, cuya respuesta positiva desestimó el interés del dueño por arrendarle el apartamento. Victoria sólo contaba con un contrato de trabajo. Luego de mucho buscar consiguió que un señor le arrendara un apartamento pequeño por algunos meses. Era el tercer piso de una casa, que al abrir su puerta de entrada tenía una escalera larga en cemento que conectaba las puertas de los apartamentos de las otras familias que vivían en cada uno de los pisos.

En este apartamento no le pidieron tantos papeles, pero quienes arrendaban en el sector, acostumbraban a exigir una cuota en dinero, “*un anticipo*”, que los arrendatarios tenían que pagar con el primer arriendo, para cubrir imprevistos en deudas o daños en la infraestructura al momento de terminar el contrato. Este dinero debería ser devuelto al arrendatario sino había estos imprevistos. Un tiempo después y luego de haber tenido que cambiar de vivienda varias veces, Victoria me explicaba: “Le piden a uno 200 mil de anticipo que por si se daña algo y nunca te lo devuelven, ya me lo han hecho varios. El señor dónde yo vivía me pidió 100 mil y yo pensé que ese señor era serio y no me los devolvió”.

Llevaba un par de meses de vivir allí cuando su marido se aburría de Bogotá y se devolvió para Amagüí. Este apartamento que ahora Victoria sentía muy grande le sirvió para hospedar a algunas de sus amigas y amigos de la región que llegaban a Bogotá, muchos de ellos, también en situación de desplazamiento por amenazas. Varias veces que fui a su casa, cuando ella llegaba en el carro del esquema, los vecinos de las casas de al lado y las del frente salían a mirar con mucha curiosidad. En una ocasión fue tan evidente que la vecina del frente estaba pendiente de su llegada, que apenas se estacionó el carro, saltó y se asomó a la ventana. Como no podía ver bien desde su propia altura, se paró en un asiento y a esa hora, que eran las seis y treinta de la tarde, corrió todas las cortinas de su sala, se puso a limpiar los vidrios y a medir una cortina mientras nos miraba por encima de la tela. Victoria hacía como si no se diera cuenta y no comentaba nada sobre esto. Sin embargo, justo cuando iba a renovar su contrato de arrendamiento, el dueño que constantemente le decía estar muy contento con su pago mensual a tiempo, decidió no arrendarle más. Uno de sus amigos que se quedó un tiempo en su casa me contaba que en la tienda que quedaba al final de la cuadra, le preguntaban a qué se dedicaban y si esos carros eran de ellos. Como ya se acercaba diciembre, después de entregar el apartamento ella prefirió irse a su región y posponer su búsqueda hasta que pasaran las fiestas de fin de año.

La navidad la pasó con sus parientes en su ciudad de origen. En los últimos años, por las amenazas contra ella, su familia celebró estas fiestas dentro de la casa, cambiando la costumbre de hacerlo con sus vecinos, en la calle del frente a dónde todos llegaban a parradiar. Pero esa navidad del 2013, ellos, incluida Victoria, decidieron que la rumba fuera como antes, en la calle, tal vez por los nueve meses que Victoria llevaba sin recibir amenazas. La llamé el 28 de diciembre en la mañana para despedirme porque me iba de viaje.

Ella se escuchaba contenta, me dijo que había estado muy bien en navidad con su familia: “Esta vez yo estuve afuera, en la calle, salí, rumbié con mis sobrinos, bailé, grité consignas, la pasé chévere, amanecí, amanecí en la calle rumbiando con mi familia. Pero eso pudo molestar a mucha gente, Incluyendo a ‘El Tigre’ o a los políticos”.

Inmediatamente me contó que el 25 de diciembre mientras estaba visitando a unos amigos en un municipio cercano de la región, en la puerta de su casa habían dejado una amenaza, escrita en una carta, que su papá había encontrado. Cuando le pregunté qué decía, me la leyó por teléfono, con fuerza, en un tono alto, como intentando no perturbar la alegría con la que estaba hablando de las fiestas navideñas con su familia. Sólo al final cuándo mencionaban a su familia, su voz se quebró, pero volvió a subirla. Me impresionó que las amenazas hacia ella tocaran de nuevo a su hijo mayor y ahora se extendieran al resto de su familia. En ellas, aclaraban que empezarán asesinandolo a él para causarle más sufrimiento a ella; también le decían que “no alcanzarían a conocer el 2014”. Una vez terminó de leer la carta, le pregunté cómo estaba: “¡Bien, yo no le voy a parar bolas a esas cosas, mi hermana!”. Luego, se despidió y me dijo “Ange yo te quiero mucho, gózatela por allá, pásala chévere!”.

Unos días después, me contó que una de sus hermanas cuando la llamó para contarle sobre esta nueva amenaza estaba muy asustada: “Ella me dijo: ‘Acaba de llegar una amenaza Victoria, dice esto, esto y esto y ¡tú no lo das importancia!’. Y no es que no le dé importancia, [me explicaba Victoria], es que creo que si yo que soy la amenazada y empiezo a desesperarme y a mostrarles a ellos temor y pánico, es peor para ellos. Entonces yo siempre trato de cogerla como que suave, fresca. Entonces le dije: No tranquila ya yo llamo a quien tengo que llamar y hago las vueltas y eso. Mañana cuando llegue pongo la denuncia. Al día siguiente puse la denuncia y ese día informé a la gente que tenía que informar”.

Inmediatamente Victoria le contó a sus escoltas y a su red de amigos de la región. Me explicó que por ser un 25 de diciembre no era fácil que le atendieran la denuncia en la capital del departamento:

“Era Navidad y quien va estar pendiente. Entonces luego de eso no hice nada, me quedé rumbiando, me quedé rumbiando. Ya en ese momento no quise sentir nada. En ese momento yo quería disfrutarme mi paseo, con mis amigos y contar con ellos y ya. Y cuando llegara allá miraba a ver que hacía”.

Cuando regresó a la su ciudad, puso la denuncia y le dijo de nuevo a su hijo: “que tenía que cuidarse que él sabía cómo era la cosa”. Varias veces le había insistido para que viviera con ella en Bogotá, pero también en esta ocasión se había negado. Entonces desde ese día decidió que iba a traer a vivir con ella a sus dos hijos pequeños. Victoria me contó que luego de estas amenazas hablaron con su familia sobre cómo celebrar el fin de año:

“Estábamos con toda la familia, estábamos ahí y que viene el 31 y no nos vamos a dañar tampoco el 31. Entonces preguntaron: ¿Y ahora qué, rumbiamos afuera, no rumbiamos, nos vamos para otro lado o qué? Y dijimos, ¡Pues quedémonos aquí en la casa y rumbiemos!. Yo siempre dije, yo no voy a dejar de rumbiar el 31, claro con más cuidado, tomando menos, pero teníamos que estar afuera, nosotros no podíamos darle el gusto a nadie que nos decía que no íbamos a ver el 2014. Claro informé a la policía, les pedí que hicieran rondas que había una amenaza, que nosotros igual el 31 íbamos a estar ahí, que activaran las medidas de seguridad. De hecho amanecimos, rumbiamos afuera, la pasamos increíble, se integraron los vecinos. Yo creo que es uno de los mejores 31; hacía rato que no veía el barrio así de contento como ese 31. Además que cuando eso pasa mucha gente, los vecinos está pendientes de cualquier vaina rara, de cualquier cosa, muchos vecinos están pendientes de lo que pasa, que creo que eso ha sido una de las ventajas del tema de seguridad de nosotros allá en el barrio.”

“No dejar de rumbiar” a pesar de las amenazas en la que no les daban más de seis días de vida a ella y a su hijo, era un abierto y público mecanismo de oposición que Victoria y su familia ponían en uso para “no darle gusto” a quienes firmaban la carta. En estas circunstancias tan complejas y de constreñimiento directo que vivían, parecía extraño que se atrevieran a desafiar esta situación y de paso a sus autores. Pero también era comprensible que cuando la amenaza los coaccionaba al extremo, les generara un punto de saturación que desencadenaba reacciones totalmente opuestas a las que buscaba el mecanismo de control. A estas reacciones James Scott (2004) las llamó de “reactancia oculta”. Para él y los autores en los que se basó<sup>41</sup>, este tipo de reacción ocurre cuando además de la sumisión forzada que sufren las personas, éstas son amenazadas. Esto se debe a que se reduce mucho más su libertad de elección, su vulneración de la dignidad y a su autonomía humana. Lo cual hace que la “elección de alternativas bajo amenaza tiend[a] a

<sup>41</sup> Sharon S. Brehm y Jack W. Brehm, *Psychological Reactance: A Theory of Freedom and Control*.

volverse más atractiva y que las amenazas contra una forma de comportamiento pued[a]n producir un efecto de búmerang en los cambios de comportamiento" (Scott, 2004: 139)

Una vez, Victoria haciendo alusión a un hecho político ocurrido en Bogotá, resumiría muy bien una expresión cultural asociada a este tipo de reacciones: “¡Porque como dicen en mi tierra, uno es como gallo fino, entre más lo ataquen, más afiladas las espuelas!”. Esto era lo mismo que ocurría durante las fiestas de corraleja; los toros que más veces habían sido atacados, los que habían tenido la muerte más cerca, eran aquellos más bravos porque no se sabía cómo iban a reaccionar en cada corrida.

En los primeros días de enero del 2014, Victoria regresó de nuevo a Bogotá. Pero el siete de enero le llegó una nueva amenaza en la que le describían datos concretos de su hijo mayor y detalles del seguimiento que le habían hecho durante los últimos días del año 2013. La nueva amenaza finalizaba con: “*¡Esto es para que vea que no estamos mintiendo y para que valla comprando el cajón y valla preparando el funeral!*” [sic].

Cuando nos encontramos me dijo: “Ange yo estoy preocupada, yo siento que esta vez van en serio, eso no son bobadas, me voy a traer a mis hijos y el mayor no quiso venir, el pá le dijo, pero no quiere salir de la región. Y como a él le retiraron el esquema de la policía, estoy muy angustiada. Ange hay gente que vive toda la vida amenazada. Pobre mi hijo, tú te imaginas si le pasa algo la responsabilidad mía”.

Con la traída de sus hijos a Bogotá, fueron muchas noches en las que recorrió varios barrios buscando un lugar donde pudiera vivir con ellos; por esos primeros días de enero se estaba quedando dónde una amiga. El día se lo copaba su trabajo, así que después de las cinco de la tarde empezaba a buscar. Un día, como a las 10 de la noche cuando terminamos de hacer este recorrido sin conseguir nada, me dijo con rabia:

“Los bogotanos son unos irrespetuosos: ¡Sí le preguntan a uno cosas! Que si tiene pareja, que en qué trabaja la pareja, que si tiene hijos, que qué hacen los hijos, lo que falta es que le pregunten qué interior uno usa. Yo no sé como hace a gente para conseguir casa aquí, ¡Qué difícil! y dicen que esto es un lugar agradable. Lo agradable de un sitio es la calidad humana, más na!. Todo esto que me pasa es culpa de ese ¡‘Tigre’ malparido!

Después de un rato y con voz cansada, me volvió a decir: “Ange ahora sí me tengo que organizar ¿Por qué aquí en Bogotá todo es difícil? No sé cómo voy a hacer con mis hijos; yo tengo reuniones en la localidad y allá nos dan las 7 o hasta las 10 de la noche”

Le fue más fácil conseguir colegio para sus hijos que apartamento para arrendar. Cuando le aprobaron las matrículas me dijo: “me va a cambiar la vida, ahora si voy a dormir. A ellos a veces les da miedo cosas, un día el mayorcito de los dos me dijo: -¿Mami que ‘El Tigre’ va a salir de donde está y que si sale viene y te mata?’ ”.

Victoria me decía que estos comentarios de ellos seguro se los habían oído a su familia que estaba preocupada por las amenazas y por la posibilidad de que “El Tigre” saliera en poco tiempo, cuando cumpliera los ocho años de pena máxima que daba Justicia y Paz.

Finalmente, después de casi un mes de estar buscando consiguió apartamento. Era un lugar más pequeño que el anterior, pero más iluminado. Como los dueños que vivían en el piso de abajo tenían niños, no les incomodaba que los hijos de Victoria jugaran o hicieran ruido. Cuando la acompañé a firmar el contrato le dije que mencionara que los escoltas eran familiares, que la recogían a diario porque trabajaban en el mismo lugar. Esto para evitar que los dueños tuvieran restricciones en arrendarle. Victoria me contaba que ellos eran personas muy amables y no la molestaban a ella o a sus hijos. Esta vez el contrato que firmó fue por un año, lo cual le dio tranquilidad por un tiempo.

Debido a que El Tigre estaba cerca de salir de la cárcel los medios de comunicación nacionales la contactaron para que hiciera un programa sobre el proceso de violencia sexual. Ella accedió a hacer el programa con el primer medio nacional que se lo propuso. El programa salió en mayo del 2014 en horas de la noche. Apenas finalizó su transmisión, golpearon a su puerta y de manera muy cordial el dueño del apartamento le dijo que el acababa de ver el programa, que le parecía muy valiente lo que ella hacía; pero que no podía seguir arrendándole, porque él tenía que cuidar la seguridad de su familia y que en el programa había salido su rostro y se había mencionado que ella ahora vivía en Bogotá.

Victoria sólo les pidió tiempo para sacar sus cosas. Me decía que sentía mucho dolor de estar viviendo esto y que no quería que sus hijos vivieran esta situación de tener que salir de un lugar y otro. Pero que entendía a los dueños del apartamento. Desde ese día me dijo que no quería volver a salir en medios de comunicación, porque no quería exponer más a sus hijos. Así lo hizo, no quiso dar entrevistas cuando la contactó el otro canal de televisión nacional y a pesar de la insistencia, tuvieron que hacer el programa sin ella.

Había recibido amenazas directas en su contra, desde el año 2003, pero sobre todo desde el 2008 a raíz de sus denuncias por los crímenes de violencia sexual. Esta situación, constantemente se la recordaban y actualizaban a través de distintos medios como correos, llamadas y cartas, en las que incluían a su hijo mayor y a otras personas de su familia. Los autores también cambiaban sus nombres: de Águilas Negras, transitaron a Ejército Anti-restitución haciendo alusión a las personas que lideraban los procesos que perseguían. Aunque Victoria no adelantaba estos procesos igual aparecía en esa lista. De allí mutaron a “Anti-derechos humanos”, que englobaba un grupo más amplio de las personas que perseguían en la región. Estos autores de las amenazas acomodaban sus nombres a las actividades que llevaban los líderes y lideresas que perseguían, a sus posicionamientos y a la forma como ellos se nombraban. Así como varios de ellos habían transitado de líderes y lideresas a defensoras de derechos humanos, a estos actores armados, el discurso de los derechos humanos finalmente los había tocado, así fuera para nombrarse en su contra. También en las amenazas modificaban sus expresiones contra ella y usaban variados mecanismos de coacción para generar elementos de verdad que no se podían refutar, como era la descripción detallada de seguimientos a sus familiares. A través de estos elementos de “construcción de verdad” generaban la sensación de que se trataba de una amenaza incuestionable y en consecuencia mayor temor entre las personas a las que se dirigían. De este contexto estaba teñida su cotidianidad, la de su familia y algunos de sus amigos cercanos.

Veena Das en su texto *Tauma y testimonio* (2008) se pregunta por la manera en que se redime la vida aún en los contextos de duelo, guerra y recuperación de la identidad. Ella destacaba la trascendencia con la que varias personas afectadas por la guerra luchaban por “*hacer habitable la cotidianidad*”. En esta tarea dice: “*Aunque los fantasmas no estén expulsados, la vida cotidiana no es expulsada*”. Según ella, es en la cotidianidad del sufrimiento en donde existe un espacio de contradiscursos, que aunque no sean actos premeditados de “revelarse” o de “mostrar” oposición a la narrativa oficial, pueden lograr debilitar el significado de aspectos que se dan por hecho, o hacer cambios a nivel colectivo o de la subjetividad individual (Das; 2008). Victoria ha vivido doce años bajo el miedo de la amenaza directa y del dolor de sus consecuencias que la llevaron a estar fuera de su tierra, lejos de su familia y de los procesos que lideró como defensora. Pero más que sobre el dolor, su relato de vida lo tiñó de su lucha cotidiana en espacios públicos y privados, de “su rebeldía” como ella misma dice y su alegría y gusto por las parrandas. Por esto, peleó constantemente por hacer habitable su cotidianidad mediante las conexiones de significados que mantuvo, negoció, disputó y reconstruyó entre un espacio conformado entre el aquí y allá de Bogotá y su región.

Aunque varios aspectos de su vida diaria no fueron actos premeditados de oposición frente a la persecución por su labor como defensora de derechos humanos, el vivir en un constante viaje material y simbólico entre estos dos lugares si fue una expresión deliberada de su resistencia, la cual se convirtió, en el marco de sentido de sus múltiples prácticas cotidianas. En las actividades que desarrollaba diariamente vivía en tres tipos de tiempo superpuestos: por un lado, habitando Bogotá, sentía que las horas eran insuficientes en relación al espacio que tenía que transitar diariamente. Como defensora de derechos humanos el tiempo transcurría de manera inversa; con su voz y sus denuncias había llegado a instancias nacionales y algunas globales, rápidamente. Es decir, en estos tiempos de conectividad, el espacio al que llegaban sus denuncias se había acortado en términos temporales, como en una “compresión del espacio-tiempo” como lo llamaría David Harvey (1990). Pero simultáneamente también vivía bajo una noción de tiempo marcada por la situación de amenaza que no tenía un final determinado, sino que por el contrario generaba una sensación de permanencia de la que no se vislumbraba un punto final.

Viviendo este viaje material y simbólico entre aquí y allá, Victoria hacía resistencia. Por un lado frente a los actores de las amenazas que buscan sacarla de su territorio y alejarla de los procesos de denuncia como defensora. Por otro, frente al Estado que para garantizarle su protección se empeña también en mantenerla fuera de su territorio geográfico y en consecuencia de los procesos que lideraba. De esta manera constantemente construía su cotidianidad en el lugar multilocal que había peleado y negociado. En él vivía bajo la sensación de estos tres tiempos y de una movilidad que abarcaba lo restringido, encerrado y controlado por el esquema de protección, hasta las conexiones nacionales y globales de los procesos que lideraba. A pesar de la multiplicidad de tareas que le implicaba habitar en este espacio, se mantuvo y resistió de manera deliberada, para no salir del todo de su territorio y no dejar los procesos que allí lideraba.

## 5. Capítulo 5. ¿Cierres?

Este capítulo final, narra cómo Victoria organizó y vivió la celebración de los diez años de la “resistencia civil” que emprendió el pueblo de Amagüí en junio del 2004, contra el paramilitarismo. En él se narran algunos momentos de esta celebración, las luchas por la memoria durante el evento, una puesta en escena de sus procesos y de los lazos construidos en Amagüí y algunas reflexiones finales sobre lo que le significa haber transitado de sobreviviente a defensora de derechos humanos y denunciante de la violencia paramilitar.

### 5.1 Celebrando el valor que tuvo Amagüí

Desde abril del 2014 Victoria y la organización de víctimas de Amagüí estuvieron preparando la celebración de los diez años de “*la resistencia civil*”. Querían hacer un evento en el que se reunieran muchas personas del corregimiento, incluidas aquellas que habían tenido que desplazarse a causa del paramilitarismo. Dentro de la preparación de este acto, pensaron también en hacer un monumento que ayudara a renombrar y recuperar el puente en el que había ocurrido la muerte del paramilitar. Este lugar era un paso obligado para entrar y salir del corregimiento, pero desde ese día de junio del 2004 había dejado de ser un sitio de encuentro y recreación para convertirse en el puente de Liberio.

Un día de mayo del 2014 Victoria me dijo: “Queremos celebrar los diez años de resistencia en Amagüí”. Para ello, me pidió colaboración en la construcción de una galería fotográfica de la memoria, que reflejara la violencia paramilitar vivida y el proceso que ella lideraba con las chicas del corregimiento. A este proceso ellas también le querían dedicar un socio- drama en el que se visibilizara cómo habían vivido los principales momentos de denuncia de la violencia paramilitar, atravesados por el miedo, el dolor y los cambios que ahora experimentaban.

Organizamos el viaje. Ella se fue una semana antes para reunirse y cuadrar detalles con la gente de las organizaciones de Amagüí. Yo viaje unos días después. Coincidentalmente, en el aeropuerto de Bogotá me encontré con la Deisy, la abogada del proceso de violencia sexual que Victoria lideraba. Junto a ella estaban dos periodistas de un canal privado nacional que querían hacer un programa con Victoria y las chicas de Amagüí, sólo una semana después de que otro canal privado había sacado un especial sobre el tema.

Ellos habían hablado con la organización nacional que las acompañaba (ANMP) y esta organización lo había hecho con las chicas del proceso. Aunque Victoria sabía del interés y del viaje de estos periodistas, no la habían consultado directamente sobre si quería o no participar de este nuevo programa.

Finalmente, terminamos tomado el mismo vuelo y llegando juntos a una ciudad del Caribe que nos acercaba a Amagüí. En el aeropuerto los periodistas filmaron algunos planos y prepararon los equipos para cubrir la llegada de Victoria. Yo me acerqué y les dije que no quería salir en el programa, la abogada hizo lo mismo. Cuando Victoria llegó, su saludo de alegría hacia nosotras contrastó con el que le hizo a los periodistas. Se me acercó y me dijo: “Ange yo no quiero dar más entrevistas, yo no puedo arriesgar más a mis hijos. Tú sabes lo que pasó con el último programa que hicimos, nos quedamos sin casa con mis hijos. Yo prometí que no iba a dar más entrevistas por mis hijos”. Luego de un buen rato que la periodista se le acercó de distintas maneras para entablar alguna conversación con ella, Victoria con otras palabras le dijo lo mismo. También les explicó que tenían que consultar a cada una de las chicas del proceso sobre si querían o no salir en este programa y cómo lo querían hacer.

De ahí proseguimos el viaje hasta Amagüí. Durante el recorrido, Victoria me explicó con más detalles lo que ella y la organización de víctimas de allí querían hacer en este evento:

“La propuesta de celebrar los diez años de resistencia, viene desde hace mucho rato, de hecho hace tres años la íbamos a hacer y por seguridad y cosas, no hicimos eso. Ahora creemos que es el momento, son diez años. Entonces de la organización de víctimas me dieron la vocería para socializarle eso al Consejo Comunitario de Amagüí, para que ellos nos apoyaran. Como era una cosa para la comunidad se suponía que deberían estar todas las organizaciones. Pero como igual yo no estoy en Amagüí, yo entré dos veces antes e hice unas reuniones y se propusieron las fechas y se dijo que en el mismo día que lincharon al paramilitar no se quería hacer, para que no se creyera que era una celebración de eso, ni nada de eso. Sino que nos pusimos de fecha el día que la comunidad entregó a la Infantería [de Marina] las armas que eran de algunos paramilitares. Eso fue el 16 de junio del 2004. Entonces resulta que como se metieron las elecciones presidenciales para el 15, entonces no se podía hacer, por todo el tema y por ley seca y eso. Entonces decidimos que para el 20 que era un viernes. ¿Por qué para el 20?, porque se metía lunes festivo, entonces teníamos 21 y 22. Pero esa también es la fecha de San Juan Bautista. Es la fecha en que celebra la comunidad de La Playa sus fiestas patronales y como es un evento de memoria,

de alegría y de reconciliación y todo eso, pues no queríamos como hacerle el feo a la gente de La Playa. Ellos iban a hacer sus fiestas patronales y nosotros no podíamos hacer una fiesta antes, porque lógico la gente no le iba a caminar”.

Victoria narraba con mucho entusiasmo los detalles de este evento. Llevaba varios meses haciendo gestiones desde Bogotá para conseguir recursos que pudieran aportar a esta celebración. Estos recursos eran de distinto tipo. Unos sumaban la voluntad de mucha gente alrededor del aprecio y el reconocimiento a Victoria y a sus procesos: Como el compañero de su trabajo que se comprometió a llevar sus equipos para filmar el evento, pero que al final no tuvo cómo financiar su viaje; la abogada que aportó su pasaje y la compra de dos docenas de muñecas de trapo que las chicas del proceso querían trabajar, como lo habían hecho desde el comienzo, para tramitar su duelo. Personas de la Red regional de líderes y lideresas viajaron desde distintos lugares para acompañar a Victoria y a la organización de víctimas de Amagüí en este evento. Rosario también financió su viaje para ayudar en lo que se requiriera. Azucena, hasta última hora quiso asistir a hacer lo mismo, pero sus problemas de salud no se lo permitieron. También yo había financiado mi viaje y juntando recursos con un amigo fotógrafo llevaba impresas en buen tamaño varias fotografías del proceso para poner en la galería de la memoria.

Como Victoria quería que estuvieran muchas de las personas de la comunidad que habían tenido que desplazarse a causa de la violencia paramilitar, había gestionado un proyecto con una organización nacional de paz y una de cooperación internacional para financiar el pasaje y la comida de aproximadamente setenta personas del corregimiento, que ahora vivían en las ciudades de los departamentos cercanos. También había invitado a las organizaciones que habían acompañado a Amagüí en los procesos posteriores a la resistencia y en la denuncia pública de esta violencia. Por esta razón había convocado a RENVIC y le había escrito un correo de invitación a quien lideró esta organización en el 2006 y que ahora era senador de la República, quien para sorpresa de ella, en pocos días confirmó su asistencia.

Como otras veces, su gestión también incluyó los recursos que se le presentaban en su quehacer diario y podían servir para el evento. Unos meses antes en la oficina en la que trabajaba se enteró de la existencia de una réplica de la estatua de la libertad que una ONG había donado a un artista, para que él hiciera un homenaje a las víctimas del conflicto armado de la región donde ella provenía. El día que Victoria conoció al artista le contó un poco de la historia de Amagüí y de cómo se había hecho lideresa allí. Desde ese día ambos acordaron que se donara la estatua a este corregimiento. La estatua tenía una larga y paradójica historia que el artista nos fue contando durante los días de la conmemoración: había sido incautada por la

DIAN a unos narcotraficantes, pero la DIAN, tal vez por no saber qué hacer con ella, la había donado a una ONG que trabajaba con personas desmovilizadas de grupos armados. Y esta ONG se la había donado al artista dos años atrás, para que él hiciera una intervención con víctimas del conflicto armado. Así, que esta estatua de aproximadamente dos metros de altura y de un blanco que con el sol de Amagüí daba una sensación de constante sobreexposición de luz, había pasado, como una observadora silenciosa, por varias expresiones del conflicto armado en Colombia. Finalmente, si la comunidad de Amagüí la aceptaba, iba a quedar en un lugar, que como ella, había sido atravesado por varias de estas dinámicas.

Como los recursos del proyecto no eran suficientes, la estatua viajó a Amagüí en la parte de arriba del carro de uno de los artistas que iban a hacer la intervención allí. Victoria me contaba que la idea con la estatua era que los muchachos, los viejos de Amagüí y las chicas del proceso, la adaptaran como quisieran:

“Si la quieren poner como pescadora, como lo que quieran...porque esa estatua, tiene significado para EEUU y no sé qué vaina, porque yo tampoco me conozco la historia de la estatua de la libertad. Iba a mirar por internet pero no me dio el tiempo. En semana Santa que yo vine, yo le hablé a algunas personas de Amagüí, que él [el artista] quería venir y eso; pero él no pudo venir porque no teníamos plata. Entonces ya a lo último le dije a él, ya vamos a celebrar los diez años de resistencia en Amagüí, entonces me dijo bueno ¿Cómo hacemos? Yo había gestionado con algunas entidades a ver si nos podían colaborar con los tiquetes de ellos pero nadie podía. Sólo conseguimos un recurso pequeño para hacer talleres con quienes creemos que son los que deben guiarnos sobre el tema de cultura y de todo lo que antes significaba Amagüí, como son los viejos. También que participen las chicas del proceso y los jóvenes. Lógico atraerá mucha gente de la comunidad, pero ellos van a ser como los promotores del proceso. También [con el artista] soñamos con hacer un mural inmenso, donde podamos grabar a través de cerámica, los sentires de la comunidad, algo que le quede a la comunidad y que pueda atraer gente. El mural no se va a hacer de una, porque no tenemos tiempo, es una propuesta [del artista] que se construirá más adelante y la estatua, sí, en estos días. Es hacer algo grande, no algo pequeñito que ahí le queda a la comunidad, sino algo que a nivel nacional la gente puede coger a Amagüí de visita, esa es la idea”.

Era claro que para ella y la organización de víctimas de Amagüí este evento se había pensado para celebrar la resistencia civil al paramilitarismo hecha en el 2004. A medida que se acercaban los días, se iban sumando personas e instituciones con presencia en el territorio, intereses diversos y significados distintos de este acto. Antes de viajar a Amagüí, Victoria se enteró por teléfono que personas de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (UARIV), que llevaban un tiempo en el territorio, se reunieron con el Consejo Comunitario y juntos modificaron la fecha del evento. En las llamadas que recibió por teléfono de parte de algunas personas del corregimiento, también le hicieron saber que se estaban haciendo comentarios cuestionando los recursos del proyecto que ella había gestionado. Eso la molestó mucho:

“Resulta que el Consejo Comunitario se empieza a reunir con alguien de la Unidad de Víctimas que tiene un proyecto psicosocial en Amagüí hace rato y se empiezan a cambiar los planes. La Unidad no sabía. La Unidad se entera porque yo paso un proyecto a una organización de paz. Como la Unidad demoró para responder esta solicitud, yo hablé directamente con la directora para que se comunicaran y coordinaran con nosotros. Pero en Amagüí, la gente de la Unidad, empezaron a coordinar y a articular ellos solos. Entonces llevaron la carta que yo había pasado con el proyecto como diciendo, mire Victoria está pidiendo plata y ustedes no saben nada. Entonces eso creó cierto descontento dentro del grupito de las organizaciones que estaban.

Para completar, paralelo a eso sale en televisión el video de las chicas y ellos se empiezan a sentir como que bueno, nosotros no contamos. Por otro lado, últimamente cuando le llegan comunicaciones a la organización de víctimas, los que asisten son otros personajes y a la gente de la organización nunca le dicen nada. O sea, cuando necesitan información de saber sobre tema de víctimas, sí van donde ellos a pedirles la información, porque de lógica, son ellos los que manejan esa información. Entonces ellos [la organización de víctimas] empezaron a sentirse como que no los tenían en cuenta. Además de eso, yo con todo mi trabajo en Bogotá y el tema de seguridad también, yo no puedo mantener una comunicación constante con ellos para las cosas y eso también ha marcado mucho la situación, porque ellos sienten que están como en el aire. Entonces ahí hay ese sentimiento. Lo que pasa es que cuando se organizó la cosa, nos habíamos dividido ciertas responsabilidades: Consejo comunitario se encargaba del nivel departamental; el líder, este político, se encargaba del nivel local; y la organización de víctimas se encargaba del nivel nacional. Pero eso lo desconoció la chica de la Unidad cuando entra a organizar todo

con ellos. La organización de víctimas fue a la última reunión y ellos se comprometieron a algunas responsabilidades. Pero ellos están dolidos y tienen todo su derecho de sentirse que los están relegando, porque ahora en Amagú si aparecen líderes de víctimas cuando hacía diez años nadie se atrevía a dar la cara. Entonces eso los tiene molestos y tienen toda la razón. Y a mí me parece válido si ellos deciden que hasta ahí llegamos como organización, a mí me parece válido. Ese es un tema que tenemos que debatir después del evento y aclarar muchas cosas, quien está en lo que está y cuáles son los fines de cada organización. A ver si estamos como en la misma línea”.

Hasta ese momento, Victoria, con las organizaciones con las que se había reunido, había acordado algunos puntos para la agenda del evento. Pero tenía dudas que se mantuviera esta agenda debido a los cambios que habían ocurrido durante la última semana:

“Se van a presentar unas cosas culturales, un grupo de música del municipio va a hacer una presentación. La idea es que los viejos presenten uno de sus bailes, de lo que se bailaba antes. Estamos aspirando a que el proceso de las chicas presente una obra de teatro que vamos a cuadrarla hoy bien y vamos a practicarla. Pero también hay que hacer algunas intervenciones de algunos líderes y nosotras ANMP o el proceso de las chicas, vamos a hacer la galería de nuestra memoria para que le quede más claro a la gente lo que ha sido el proceso, lo que ha sido el tema para ellas de recuperación de mucha cosas, de manejo del dolor, la satisfacción personal y una cantidad de cosas. Pero también para que la gente se concientice de que nosotros no podemos manejar un miedo de tantos años, ¡No!, ¡Hay que sacarlo! hay que visibilizar todo el tema, que sea la justicia, aquí la de los hombres y nosotros también aspiramos a que sea la justicia divina, la que permita que el proceso termine bien y que las chicas también estén en mejores condiciones, eso es a lo que se aspira”.

Sin embargo, durante el recorrido Victoria aclaró que a pesar de las diferencias y las tensiones que había entre líderes del corregimiento, algunos políticos locales, el Consejo Comunitario, los líderes de víctimas, la Unidad de Víctimas (UARIV) y ella, como parte de la organización de víctimas viviendo fuera de Amagú, se iba a hacer un sólo evento:

“Un solo evento, porque la idea del evento es que es un día de alegría, es celebrar ese valor que tuvo Amagüí, es celebrar como se ha mantenido la comunidad diez años mal que bien. Con todos los tropiezos y todo lo que ha habido, es una comunidad que se ha mantenido. Una comunidad que con líderes, unos más preparados que otros, o con diferentes nociones de lo que en realidad podría ser una reparación integral para las víctimas, le están trabajando a la comunidad y han nacido de esos procesos. Entonces eso es lo que queremos celebrar. O sea desde el proceso no se va a hacer nada que permita como división o que se perciba un mal ambiente, no. En ningún momento. Nosotros lo que queremos es que todo el mundo esté feliz, que la gente que venga de otras ciudades y no tiene la oportunidad de estar en Amagüí, pues esté en su pueblo recordando lo que era antes, lo que éramos antes.

La mayoría de la gente se fue cuando la violencia, muchos desplazados y otros por todo lo que trajo la violencia, que fue la completa miseria en que quedó el pueblo, más de la que teníamos: La falta de empleo, los temores, los miedos, eso ha hecho que la gente prefiera estar allá. Aunque no sea lo que quiere mucha gente, porque el pueblo se extraña mucho. Las condiciones de vida de acá, aunque la ciudad brinde otras oportunidades, uno las extraña, o sea la idea es que la gente venga ese día y pueda disfrutar, podamos disfrutar con alegría, más con alegría que con miedo. Y reconocernos que seguimos ahí, algunos de vez en cuando, otros todo el tiempo, pero estamos”.

Un poco después le pregunté a Victoria si ella iba intervenir durante el evento y me dijo:

“No quiero. Yo no sé, pero yo no quiero. Porque yo creo que ya es hora de ir cerrando ciclos en mi vida. Además, yo creo que aunque no se haya hecho una invitación así masiva, si hay mucha gente pendiente el evento. Entonces no sé, esperemos. De pronto otros compañeros quieran intervenir, o las mismas chicas. Cualquiera de las chicas pudiera intervenir, ¿Por qué no? Además ellas deberían. Esperemos a ver qué pasa en el evento. Nuestras cosas acá siempre han sido espontáneas. Mientras tengamos claro que todos queremos departir y que nos respetemos espacios, yo creo que la cosa va a funcionar. Además la gente está a la expectativa del porro, terminamos con porro, la gente va a fandanguiar. ¡Sí claro!, todo el mundo viene preparado, con el son para gozar”.

Hacer un sólo evento, a pesar de las diferencias entre los distintos actores que querían participar, las personas que querían hablar y los actos que debían hacer parte de la agenda de ese día, era una manera de buscar la recuperación simbólica de un lazo cultural de cohesión social, aún en medio de una distinción importante sobre el sentido que los convocaba. En las distintas conversaciones que había tenido con Victoria antes y durante el recorrido hacia Amagüí, ella me había hablado todo el tiempo de la “celebración de la resistencia” como el significado que ella junto a la organización de víctimas de Amagüí, le habían querido dar a este acto. Sin embargo, en la agenda que estaba difundiendo la Unidad de Víctimas y otras organizaciones que hacía poco habían iniciado un trabajo en Amagüí, este evento figuraba como una conmemoración. Durante el recorrido Deisy nos comentaba lo que iba leyendo de la agenda que había recibido:

*“A las siete se hará una celebración eucarística, luego la conmemoración desde el puente, una caminata hasta el parque, y ahí en el parque se ubicará la olla comunitaria. Luego vendrá una obra de teatro, presentaciones de los grupos de baile de la región, con champeta africana, mapalé y el resto del tiempo la banda de porro”.*

Victoria escuchaba y guardaba silencio mientras proseguíamos el camino. Cuando llegamos al Puente de Amagüí, estaban levantando un muro para poner la placa que iba a quedar allí. Una funcionaria de la UARIV nos contó al artista y a mí que en la placa diría *“10 años de libertad y resistencia, 14 junio del 2004 – 2014. Un homenaje al pueblo de Amagüí”*. Luego nos explicó *“Es una placa de conmemoración pequeña como 50 cm por 50 centímetros”*.

Estos eran algunos ejemplos de la manera en que el sentido de hacer de este evento, una conmemoración, se iba incorporando al significado inicial con el que Victoria y otros líderes y lideresas que hacían parte de la organización de víctimas, querían llenar de contenido este acto. Varios de estos líderes y lideresas eran quienes habían estado al frente de la resistencia civil desde ese día de junio del 2004 y habían iniciado la documentación de casos para argumentar los procesos de denuncia de la violencia paramilitar.

Para ellos, como para otras personas de Amagüí, celebrar esos diez años de resistencia contenía un gran significado. Durante los tiempos de control paramilitar sobre su vida diaria, asistir a las fiestas y celebraciones había sido una de las prácticas para sobrellevar esta violencia. Por un lado, hacía parte de sobrevivir, obedeciendo las órdenes. Por otro, el control sobre lo emocional colectivo que impuso el paramilitarismo con la regulación de las fiestas y que tanto afectó a muchos de los viejos de Amagüí, como

lo cuenta Victoria, no logró copar toda la emocionalidad ni el significado de la celebración y del baile para muchas personas de allí. Esto se reflejó por ejemplo, en la manera en que algunas de ellas vivieron la obligación de organizar y celebrar el reinado. Como lo cuenta Victoria: “A pesar de que había toda la presión y todo el temor y todo el miedo, la gente como que termina involucrándose en la actividad y la gente se animaba y estaba ahí pendiente”.

Así, en muchos momentos, la fiesta y la celebración aunque controlada y atravesada por el miedo, alcanzó a guardar un espacio para resistir y sobrellevar el dolor. Ese 22 de junio del 2014 mientras tocaba la banda de porro que había venido de un corregimiento cercano y algunos bailábamos alrededor de una de las cantadoras de allí, fui testigo del momento en el que una de sus hijas se le acercó muy preocupada y le dijo: *“Mamá tu hermano está empacando para irse porque le dieron veinticuatro horas para dejar el pueblo, sino lo matan”*. Ella la escuchó con atención, bajó la cabeza, dejó caer unas lágrimas que secó con sus manos y en silencio se dejó llevar por el baile durante varias horas.

Pero sobre todo, celebrar esa fecha para Victoria y otras personas de la organización de víctimas de Amagüí, después de diez años de espera para poder hacerlo, era un acto político de reconocimiento al valor de haber podido hacer resistencia al paramilitarismo, de haber enfrentado durante esos días de junio del 2004 un poder para muchos omnipotente y haber logrado salir vivos. En palabras de Victoria era un espacio “para disfrutar más con alegría que con miedo”, para “sacar los miedos” como decía una mujer de Amagüí y algunas de las chicas del proceso. De esta manera, el que Victoria gestionara un día de alegría para la gente de Amagüí, no era ajeno al significado que ella había construido del corregimiento y que en su narrativa lo describía con la metáfora de “hechizo de alegría”.

Nos retiramos con Victoria hacia debajo del puente para apreciar por completo este lugar, mientras varios pájaros cantaban y sobrevolaban inquietos nuestra presencia. Allí ella me preguntó ¿Qué va a decir la placa? Al contarle se quedó tranquila y en silencio, y luego de un rato de mirar el puente desde abajo, recordó que en el 2004 este puente no tenía parales y que al paramilitar luego de caer allí, sólo lo vinieron a recoger dos días después. Allí también ella habló con el artista sobre el lugar indicado para hacer el mural y poner la estatua. Cuando él le dijo que sería bueno hacer una propuesta que integrara lo hecho ya en el puente con lo que se iba a hacer, ella enfáticamente le dijo que a ella lo que le importaba era que participaran los viejos y otra gente de la comunidad, en la construcción de ese monumento: “Que digan esto es aquí, esto va allá, pero que sea la gente. Yo quiero que se la comunidad que diga como sea la vaina, dónde y eso”.

Cuando proseguimos hasta la plaza central de Amagüí, ella nos dijo que esa tarde tenía reunión con las personas que estaban organizando el evento:

-Victoria: Nos vamos a reunir todo el comité, el Consejo Comunitario, la gente de las organizaciones, la gente de la Unidad de Víctimas, y ahí se van a ultimar detalles digo yo, y a definir cosas, si interviene o no interviene el senador y no sé si quieren que los graben los periodistas o no. Si ellos no quieren, igual las chicas han dicho que sí.

-Deisy: *Igual el programa viene por el caso de las chicas*

-Victoria: Porque entre otras cosas yo creo que lo del video no fue tanto por el temor [como dijeron] sino porque a mucha gente le molestó, o nos vio a nosotras como las protagonistas y de pronto mucha gente quiere ser protagonista”.

En la reunión entre las distintas organizaciones e instituciones acordaron que hablara el senador, se mantuvo el espacio de diez minutos para el socio-drama del proceso de las chicas y se le abrió un espacio pequeño para que el artista explicara la construcción del monumento a las personas de Amagüí. Para Victoria, las cosas habían quedado bien entre las organizaciones convocantes. Y aunque mantenía el sentido de celebración del evento, algunas veces lo refirió como conmemoración, siguiendo lo escrito en la convocatoria, eso sí explicando a todos los que se encontraba por el camino, que iban a celebrar la resistencia que Amagüí había hecho frente al paramilitarismo.

## **5.2 Victoria en escenas:**

Durante los días anteriores al evento, Victoria caminaba Amagüí con la tranquilidad y comodidad que le podía brindar estar en el lugar y con la gente que quería. Aunque las calles del corregimiento eran pequeñas y uno de sus escoltas no le quitaba la vista de encima, era la primera vez que la veía caminar con tanta libertad, a pesar de hacerlo en el lugar que le reportaba mayor riesgo.

En ese momento y en ese lugar, había convocado a distintas personas de los procesos que desde años atrás había emprendido como lideresa y defensora de derechos humanos. Estaba con la gente de la organización de víctimas de Amagüí que reunía a varios líderes y lideresas del corregimiento. Ellos eran sus amigos, vecinos y con quienes había compartido y fortalecido su liderazgo frente a la violencia del paramilitarismo y a su resistencia colectiva. También por esos días estaba la Red regional de líderes y

lideresas con quienes desde años atrás se habían reunido para hacerse más fuertes en el tema de denuncia y reclamación de derechos para las víctimas del conflicto armado. Y estaba con las chicas del proceso de Amagúí, que fueron las víctimas denunciantes del delito de violencia sexual por parte de los paramilitares que tuvieron control del corregimiento.

Durante esos días, Victoria se repartía entre tres espacios y no faltó el reclamo jocoso de personas de uno u otro grupo porque no llevaba la camiseta específica de ese proceso: Sus lugares como enfermera, lideresa y defensora se alternaban y superponían cuando caminaba las calles de Amagúí y conversaba con algunas personas que la saludaban con cariño, le agradecían lo que había hecho por el corregimiento, o le exponían problemas que estaban pasando allí, con la intención que ella los denunciara:

- Victoria: ¡Hola viejo!
- *Hombre: Que más Victoria*
- Victoria: ¡Hola profe!
- Victoria: ¿Qué más vieja linda?
- *Mujer: Hola Victoria, qué gusto, hija, yo ahí como con achaques, con dolores en el cuerpo*
- Victoria: Ponte una belloneta<sup>42</sup> que eso en pocos días te deja nueva
- *Mujer: ¿Y estás haciendo alguna actividad?*
- Victoria: No. Vine a gozarme los diez años de la resistencia en Amagúí, la conmemoración que es mañana.
- *Mujer: ¿Es mañana?*
- Victoria: Si señora, ¿no sabía?
- *Mujer: No*

---

<sup>42</sup> Inyección de vitaminas

- Victoria: Sí, es mañana vieja, mañana va a venir mucha gente del pueblo y otra gente. Y a gozarse el porro. Nunca hemos celebrado y hay que celebrar.
- *Mujer: Si verdad hija, si es cierto. ¡Celebrar que no vengan más!, ¡más Tigres ni más na!. Sí, ese es el miedo que uno tiene.*
- Victoria: Yo me quedé sin empleo ¡Pero palante es pa ya!
- *Mujer: Palante es pa´ ya y gracias te damos a ti. Por lo menos yo te doy gracias a ti. Tú sabes todo lo que vivimos*
- Victoria: Bueno vieja, por acá estamos
- *Mujer: Si hija, si alguna cosa a la orden.*

Mientras seguíamos caminando escuchamos una mujer que la saludaba desde lejos:

- *Mujer: Hola seño ¿y los pelaos?*
- Victoria: Bien. Están cachacos. Yo me los llevé también. Y el menorcito me dice: “Yo voy a vivir en la Playa y en las fiestas de La Playa me voy a emborrachar”.
- *Mujer: ¡No! Imagínese [Risas]*

Al llegar a la otra esquina de la plaza, ella se encontró con dos hombres y una mujer que estaban barriendo las calles para el evento del otro día, con las escobas de palma de vino con las que lo hacían desde tiempo atrás:

- Victoria:¿Qué nos vamos a gozar la noche, mañana?. Va a haber porro. Estamos celebrando los diez años de liberación y resistencia. No estamos celebrando la muerte del paramilitar, ¡no! Estamos celebrando que nos liberamos hace diez años. Y que el único pueblo valiente es este.
- *Hombre 1: Si señora, ¡este!*

- *Hombre 2: Sí, ¡este!*
- *Hombre 1: Mira Victoria es que aquí están pasando muchas cosas y tenemos problemas con la exportadora que no nos ha pagado. La tercera de esas empresas más importantes en Colombia y mal administrada. Y no nos responden por nada.*
- *Victoria: Mira que mañana viene un senador todo el día, aprovecha y le dices.*

Esa respuesta no era común en ella. Casi siempre aceptaba, de manera personal, estas responsabilidades de las denuncias que otros se abstenían de hacer o de las que no habían logrado tener resonancia. Desde los inicios del proceso con las chicas, había ejercido funciones de representación cuando ellas lo requerían o cuando su intervención directa las ponía en riesgo. Pero durante el tiempo que la acompañé, vi cómo constantemente gente de Amagüí, personas cercanas a este proceso, personas de la región en general, organizaciones distintas a las que representaba y hasta algunas instituciones, le hacían designaciones y solicitudes permanentes para que hablara públicamente de asuntos que otras personas no se atrevían a denunciar, a pesar que esta vocería aumentara su riesgo.

Pero antes de ese viaje me había comentado que estaba pensado mucho en su participación y su liderazgo en estos procesos. Había dinámicas internas de algunos de ellos que la entristecían, a veces sentía que desde Bogotá no era posible ejercer su liderazgo como debía, le preocupaba mucho la seguridad de sus hijos y del resto de su familia y llevaba varios días hablando de ir cerrando procesos. Sobre todo con el caso de las chicas de Amagüí con el que sentía que ya habían logrado avanzar, aunque todavía guardaba la esperanza que “El Tigre” reconociera esta verdad, la cual era mucho más reparadora para ella, que el hecho de que fuera expulsado de Justicia y Paz y su caso tuviera que pasar a justicia ordinaria.

### **5.2.1 Ensayando el socio-drama**

Dos días antes del evento, las chicas del proceso, Victoria y Deisy, planearon y ensayaron varias veces el socio-drama que iban a presentar. Mientras algunos que conocíamos parte de este proceso hacíamos las veces de público, ellas acordaron narrar en dos momentos las sensaciones que tuvieron desde que iniciaron esta denuncia: en el primero contarían algunas cosas que recordaban de lo que vivieron el día que

asistieron a la primera audiencia de “El Tigre”. En el segundo, hablarían de “*los momentos buenos que les había traído el proceso*” y de allí, en palabras de ellas: “*se daba entrada a las risas y a la celebración*”.

Durante el primer ensayo las chicas contaron detalladamente y sin dificultad ese primer momento. Sin embargo, no lo hicieron desde el dolor, como se dio por hecho a la hora de estructurar el socio- drama. Por el contrario, al hacerlo, espontáneamente empezaron a surgir sus risas y haciendo uso del humor recordaron varias cosas difíciles que vivieron durante la audiencia:

- *Mujeres, ¿Se acuerdan de la audiencia que hicieron allá en la ciudad, cuando le iban a preguntar al hombre ese?*
- *Al Tigre.*
- *¡Uy sí! Y esta no sabía dónde poner ese culo, eso se pasaba ahí, se pasaba allá. Y yo le preguntaba ¿Qué tienes?, ¿Tas asustada? ¡No, nada!, iba al baño, se desmayaba, vomitaba.*
- *[Risas]*
- *Y se acuerdan que esta estaba removida, con los dolores porque iba a parir y no decía nada.*
- *[Risas] ¡Y hasta parió! [Risas]*
- *Y yo con un frío, ¡Me entró un culillo!*
- *Que hasta sábanas te buscaron.*
- *Y me pusieron el saco de la sicóloga. ¡Y la sicóloga pendiente de a quién iba a darle la cosa!*
- *Y dando el masajito.*
- *-[Risas]*
- *Y yo miraba a la una y miraba a la otra.*
- *Y yo decía será que cuando uno salga ¿Afuera nos toman fotos, o ellos nos están viendo a nosotras?*
- *[Risas]*
- *¿Y se acuerdan que cuando salimos de la audiencia íbamos en fila y salimos de dónde estábamos corriendo para el carro que nos transportaba?*
- *Con miedo, pero ahora no tengo miedo ¡a na!, ni a que me tomen fotos, porque yo misma me pongo alante.*

En su puesta en escena era evidente el dolor, el miedo y la angustia que habían vivido durante la audiencia en la que enfrentaban por primera vez el terror generado durante varios años por el comandante paramilitar. Estas emociones fueron narradas a través de malestares en sus cuerpos. Lo hicieron recurriendo al humor, como lo habían hecho ellas y otras personas de Amagüí el día que salieron de esta audiencia. “Hasta del dolor nos reíamos”, era una frase que Victoria había expresado sobre ese momento, y en la cual se condensaba el uso del humor que varias personas de Amagüí, en la audiencia y en algunos momentos del control paramilitar, como recurso cultural para mitigar y sobreponerse al dolor y al miedo que sentían.

Sin embargo para varios espectadores, en este primer ensayo les faltaba hacer más explícito lo difícil que había sido este proceso para ellas. Para algunos, sus risas podían esconder las dificultades que habían vivido y era importante que el público al que se dirigían tuviera claro este proceso. Este público era la gente de Amagüí, entre las que estaban muchas personas que las habían juzgado a ellas por la violencia paramilitar infringida sobre sus cuerpos y por el proceso de denuncia que habían emprendido. Desde ahí, decidieron sumarle al socio-drama un tercer momento para explicar las dificultades que habían enfrentado.

Una mujer del otro lado de la región, que conocía de cerca casos de violencia sexual perpetrados por grupos armados, sugirió que la que debía hablar de *“lo duro que había sido el proceso”* debía ser Victoria, porque para las chicas ese momento contarle a todo el corregimiento podía afectarlas emocionalmente. Victoria inmediatamente lo asumió y prosiguió con la obra:

- Victoria: Peladas, lo que pasa es que el proceso fue un proceso duro, duramos bastante, ¿Se acuerdan? Y el miedo era muy fuerte... la cosa no fue fácil, lloraron mucho y a mí también me costó mucho verlas llorar y con susto cuando me llamaban; y tener que llamar a la psicóloga, a la abogada para que ustedes dejaran esos miedos y todas las lágrimas que yo les vi. Yo me acuerdo cuando hicieron el ejercicio de las muñecas y cada sesión de nosotros era un llorar, un recordar lo malo y ¡ese apretao que nos dejaba eso!. Además nos daba mucho dolor porque la gente no entendía lo que nosotros hacíamos. No sabían el dolor que habían pasado ustedes, que habíamos pasado esta comunidad. Este fue un proceso muy duro, muy difícil.

- Chica 1: *Lo primero que decía la gente era que nos iban a matar que ¿Pa´ onde iban?. Nosotros salíamos de aquí con miedo, llorando, teníamos miedo que alguno nos fuera a hacer algo en el camino, porque decían que nos iban a matar.*
- Chica 2: *Además, los comentarios de la gente también hicieron daño.*
- Chica 3: *Yo también he sido como una de las más arriesgá!, con miedo, pero me presento como si no lo tuviera. Pero cuando se llegó ese día, yo no lloré, pero creo que el corazón sí, al escuchar y ver todo lo que estaba pasando en esa audiencia. Ver a mis compañeras cómo lloraban.*
- Chica 4: *Como yo. Cada vez que me ponían a hablar eso era ¡llora y llora!, todavía me da sentimiento de acordarme de todo lo que hemos pasado. Sí fue algo muy duro. Yo soy una de las que a veces o cada vez que iba para una audiencia, una reunión o un taller, estaba tranquila en la reunión y muchas veces las dejaba solas y salía corriendo a llorar y me tenían que ir a buscar porque no quería regresar. ¿Ustedes se acuerdan de eso?*
- Chicas: *Sí.*

Ese día continuaron el ensayo y lo finalizaron con las Maruchas, uno de los juegos tradicionales que antes del paramilitarismo, mujeres y hombres de Amagüí cantaban y bailaban en ronda durante los velorios, y de esta manera aguantaban toda la noche acompañando a la familia del muerto. Escoger las Maruchas para cerrar este evento hacía parte de romper la prohibición que había hecho el paramilitarismo. Era volver a poner en escena una tradición afro que los viejos de la comunidad habían dejado de practicar, así ahora fuera en un momento distinto al de los velorios como acostumbraban. Pero también era hacer uso de esos repertorios culturales para transitar el dolor, en los que se integraban el humor, el baile y la presencia de un colectivo acompañando. Esos repertorios culturales junto a los significados de celebración de este evento, eran los que entraban en tensión con la concepción de una memoria que se iba estandarizando entre instituciones, como en algunas organizaciones, que le daban un sentido de conmemoración a cualquiera de estos actos.

## 5.2.2 Presentación y representación del proceso:

Como una reunión distinta al evento central, Victoria había organizado una actividad para compartir experiencias entre los procesos de las chicas de Amagúí y el de la Red regional de líderes y lideresas. Aunque no era su objetivo, esta actividad fue develando la manera, en que estos líderes y lideresas, concebían el proceso de denuncia emprendido por Victoria y las chicas de Amagúí.

En las narraciones de cada uno de ellos, les expresaban sentimientos de admiración que poco a poco iban exponiendo un conjunto de valores y comportamientos, que desde su lugar social como líderes y lideresas defensores de DDHH destacaban en ellas. Entre algunas de las expresiones con las que las destacaron fueron: “*ejemplos de lucha*”, “*de libertad*”, “*de dignidad de las mujeres*” de “*coraje*” y “*valentía*”:

- Líderesa 1: *Buenas noches, niñas las admiro mucho, [...] vengo de un pueblo de la región, de aquí, somos hermanitos. Hace más o menos cuatro años estoy con la Red, un proceso muy lindo, bastante fuerte, con altibajos, pero con esa convicción que estamos logrando abrir caminos para las generaciones venideras, abriendo caminos de paz. Ustedes son un ejemplo maravilloso para nosotras las mujeres, un ejemplo de lucha, de libertad, de dignidad para la mujer. Yo me uno a ustedes de corazón, realmente he visto como ha sido su proceso, en su lenguaje como hablan, como se expresan, como sienten eso que les pasó. Y como han ido superando y como han ido recobrando su vida. Valoro mucho eso y totalmente complacida de estar aquí con ustedes. Gracias.*
  
- Líder 2: *Estoy resucitando, resucitando no porque no quería estar, sino porque hubieron condiciones que no me permitían estar por acá, de pronto algunos de ustedes ya han sabido, otros no. El me invitó ayer y no quise perder la oportunidad de conocer a estas valientes mujeres que las vi, algunas por televisión y dije no me voy a perder de conocerlas. Porque nosotros de pronto, yo digo de mi parte, no tuvimos ese coraje, siempre hemos sido de las víctimas de ellos, todos nosotros. Y para mí es un honor estar aquí en Amagúí, estar con ustedes, conocerlas. Son mujeres que nosotros los hombres debemos darles un espaldarazo, porque hubimos hombres que no nos atrevimos a hacer lo que están haciendo ustedes. Gracias.*

Para este líder estar resucitado tenía que ver con volver a salir a actividades públicas, luego de haber sido reiteradamente amenazado por promover un proceso local en un departamento vecino. Junto con Victoria, este caso no era el único caso de amenazas a personas de la Red. Como lo comentó otro líder:

- Líder 3: *La Red ha pasado por momentos críticos. Hemos tenido muchos momentos buenos, pero también muchos momentos críticos. Amagú era una de nuestras sedes permanentes podíamos decir. Gracias a Dios en principio contamos con un respaldo de la señora Patricia de la MAPP OEA, que se veía codo a codo con nosotros. Entonces eso nos impulsó, pero de pronto en la organización llegó un momento en que teníamos aproximadamente entre diez a quince personas amenazados, que tuvieron que irse. Entre ellos nuestra coordinadora estrella [Victoria] y es el momento y todavía no la hemos podido recuperar del todo.*

*Me ha tocado asumir el rol de no dejar morir la organización y en eso ya llevo bastante rato manteniendo la organización a flote. Y hemos dejado base, hay organizaciones que han entrado a hacer trabajo sobre la base que nosotros hemos dejado. [...] En dichos momentos se fueron las cabezas visibles y hacíamos la lista y yo no estaba sino en el puesto treinta o cuarenta, y rapidito terminé siendo la cabeza. Aspiramos que no pase lo mismo, pero si pasa, ahí están los jóvenes para que soporten el proceso.*

Los valores de coraje y valentía que destacaban en Victoria y las chicas del proceso, hacían alusión a la admiración que tenían de ellas, por haber llevado a instancias nacionales su denuncia, en medio de las expresiones de violencia que permanecían en el contexto.

- Líderesa 4: *“Yo creo que estamos en el momento en que podemos decir que el proceso de Amagú se ha convertido en un referente nacional para la transformación de los proyectos de vida de nosotras las mujeres”.*

Cuando le llegó el turno de hablar al hijo mayor de Victoria, que la acompañaba en este evento, comentó:

- *La época de conflicto la viví aquí. Fue un proceso duro y mil respetos a las chicas. Sé que no es fácil, ha sido muy difícil. Les soy sincero y les comento: En ocasiones tuve celos de ustedes con mi mamá, porque mi mamá les dedicaba más tiempo a ustedes que a mí.*

- [Risas]
- *En algún momento tuve ese celo, pero de verdad es una cosa bien increíble. Yo ahorita estoy trabajando en un proceso sobre género en la universidad y a partir de ese momento me doy cuenta que lo que ustedes están haciendo es grandioso. Ustedes están haciendo un boom en Colombia. Este proceso va a despertar muchos procesos más. ¿Ustedes saben que pasó después del documental de ustedes?*
- No. [Le responden varias de ellas]
- *En un municipio un paramilitar alias Ratón iba a salir libre el 28 de agosto, pero su proceso fue echado para atrás porque las denuncias que no habían sido aceptadas por el juez, sobre abuso sexual y acceso carnal, el documental hizo posible que se tuvieran en cuenta para ese proceso, así que....*
- Chicas: *Eso no lo sabíamos, bravo, bravo, [aplausos].*
- Victoria: También me enteré que en varias ciudades hubo un movimiento que recogió firmas para mandárselas a la Fiscalía para que no dejaran salir a “El Tigre”. Lo estaban liderando varias organizaciones en twitter o esa vaina que yo no manejo.
- Líder: *Sabe que aquí sirve ese documental y en lo nacional, porque ustedes presentaron lo que les pasó, pero también hay mujeres, que no les pasó eso, sino otras formas, amenazas y el temor, de que fulano sale tal día. Con eso que ustedes presentaron, las mujeres se están organizando y pidiendo que los derechos no sigan siendo vulnerados. Esa es una de las cosas, yo vivo en una vereda pequeñita, pequeña y yo vi a Victoria y le dije a un poco de gente que estaba en la casa, ¡a esa yo la conozco! Me dicen ¿Usted la conoce?, sí, esa es Victoria, la que les había comentado. Muchos me dijeron ¿Cuándo nos consigues el número? Porque si ella pudo con esto, puede con lo de todos nosotros acá en el municipio. Esas son cosas buenas que le están pasando a ella y a todas las mujeres.*
- Victoria: Claro eso es bueno. Bueno, ahí pa’ las que sea.

- Señora de Amagú: *Estos son unos puntos que a esta comunidad le sirve, para que se den de cuenta, no para echarle miedo a las muchachas, no, que las van a matar y eso. Esos son unos puntos que me gustaría que saliera todo eso al público, porque aquí hay más de la mayoría que ni siquiera por temor han hablado.*
- Victoria: Bueno eso es un proceso.
- Señora: *Sí, eso es un proceso. Para mí es un placer y yo de miedo no tengo ni un punto.*
- Líder: *Yo sé que a Victoria le van a llegar muchos comentarios, diciéndole que se retire, que le están pagando por eso, porque muchos dicen eso, entonces ahí es donde hay que tener la valentía y mantenerse ahí.*
- Victoria: Ahí la vamos a tener.
- Chicas: *Después del aguacero viene la dicha.*
- Victoria: ¡Y ahí estamos!

### 5.2.3 Frente al público

El día del evento de celebración de los diez años de resistencia nos reunimos en el puente y caminamos hasta la plaza junto a un número significativo de personas de Amagú. Victoria inició su marcha con otros líderes amenazados de su región. Detrás de varios de ellos caminaban sus escoltas y otros los seguían en los carros de los esquemas. En el recorrido de ese día, un hombre mayor del pueblo, que gritaba y pedía dinero en la calle, se le acercó a un amigo de Victoria para decirle que le ayudara con el “duro del carro”. “El duro del carro” al que le hacía referencia este hombre era justo su escolta. Así que entre risas de él y todos los que estábamos cerca, proseguimos el camino.

A medida que nos acercábamos íbamos escuchando las voces de los familiares de las treinta y siete personas asesinadas por los paramilitares durante la etapa de control. Cada uno llevaba una hoja tamaño carta sostenida en sus manos, que algunos acompañaban con un farol. En el encabezado de cada hoja decía “10 años de libertad y resistencia”. A esta especie de título le seguía un espacio para la foto del

familiar muerto, que muchos no llenaron y en la parte de abajo su nombre completo. Cuando alguna persona gritaba el nombre de su familiar o vecino asesinado, múltiples voces exclamaba: “¡Presente, presente y siempre presente!”

En una parte del camino, Victoria, un líder amigo suyo y otras personas iban recordando y contando cómo había sido el día de la resistencia:

-Victoria: Por aquí no encontrábamos dónde meternos hace diez años. Cuando vino ‘Juancho’ mandó como a tres de los hombres de él a mirar, y cuando se dieron cuenta que ese paraco estaba muerto, esa gente pasó dando plomo.

-Ernesto: [Risas]. *Ellos asustados y nosotros también, porque creíamos que nos iban a matar y ellos creyendo que los iban a linchar* [Risas]. *Ambos estábamos asustados, pero no teníamos claro a quién le estábamos huyendo y ellos tampoco,* [Risas].

-Victoria: ¡Claro!, es que yo no estaba en el momento, yo llegué al medio día después del linchamiento. Y me paro allá [señalando el puente]. ¿Sabes a mí quien me hizo reaccionar? [Le pregunta Victoria a Ernesto], la cara de Tincho casi llorando. Yo a Tincho lo quería mucho y a mí me hace reaccionar su cara, porque un hombre así [señalando que es grande] que es súper amigo mío, con esa cara de angustia. Y yo ¡no!, aquí vamos a es a organizarnos, venga tal barrio, venga tal barrio, ¿Quién tiene escopeta aquí? Y las mujeres con rula.

-Victoria: [le cometa a una mujer de edad avanzada que se encuentra en el camino] Hace diez años vieja estábamos aquí corriendo, por ahí como locos cagaos.

-Mujer de edad avanzada: *Sí, como locos cagaos.*

Mientras Victoria siguió en la caminata, yo me quedé hablando con esta mujer de aproximadamente 70 años que al ver que no yo era de la zona me contó en un tono bajo:

-Mujer 1: *Uff eso era demasiado el miedo, imagínese...Nos salvó fue eso, que el pueblo mató el hombre ese, sino aquí no hubiera nadie, ya no hubiera nadie, habían acabado con todos.*

-Mujer 2: [...] *Yo tenía aquí cuatro niños así [señalando que eran pequeños], porque las mamás estaban trabajando... y el muerto ahí, estuvo hasta tarde y de noche en el puente. Yo no comía nada, ¡Eso fue horrible seño!. Todos los de aquí [señalando una de las casas] son desplazados, pero uno aguantó.*

- Mujer 1: *Somos resistentes seño, sí, resistentes. El pueblo es todo resistente.*

-Mujer 2: *Uno aguantó, yo vivía aquí y se llenaba de hombre armado esto.*

- Mujer 1: *Eso fue horrible, ¡horroroso!, el que no vivió eso no sabe... Mataron cinco allá, allá en la casita donde está la media palma, ahí mataron cinco. Eso fue horrible doña. Hasta aquí rebotaron las balas.*

[En ese momento una de las mujeres me señala el orificio de bala que quedó en el andén de una casa cuando asesinaron a los cinco muchachos en el año 2000. El andén era la única parte de la casa construida en cemento; el resto era de bahareque hecho con “bosta de vaca” y varios palos horizontales de palma de rino<sup>43</sup>. [En el lugar del asesinato había una pequeña placa hecha de cemento sobre el que se registraron la huella de dos manos].

---

<sup>43</sup> Madera resistente de la zona

▪ **Ilustración 9. Foto: Placa masacre 2001**



Foto tomada por Angélica Acosta, 2014

-Mujer 1: *Ahora está más tranquilo, esperamos que no vengan más nunca...*

-Mujer 2: *Que no pase más nada por aquí, porque ahorita estamos tranquilos. Los malandros aquí como siempre, por todas partes están. Pero con esa otra gente no queremos más nada. Nosotros aquí estamos pendientes de todo lo que viene, para presentarnos y manifestarnos...*

-Mujer 1: *Que no venga más esa gente, esperamos...*

Llegamos a un punto en que estas dos mujeres se despidieron y yo continué la marcha para alcanzar a Victoria entre las personas de la multitud que además de cada uno de los nombres de sus muertos comenzaban a gritar:

-*Por cada víctima del pueblo de Amagü ¡Presente, presente, presente y siempre presente!*

-*Por cada una de las víctimas no identificadas ¡Presente, presente, presente y siempre presente!*

Algunas veces los organizadores alternaban estas voces, con la convocatoria a la gente para que asistiera al evento de la plaza central

*-Comunidad de Amagúí, te invitamos a la gran olla comunitaria que tendremos en el parque central, pueden llevar yuca, plátano, ñame y cada una de las cosas que se necesitan para este gran sancocho.*

*-Por cada una de las víctimas del pueblo de Amagúí ¡Presente, presente, presente y siempre presente! Amagúí quiere paz ¡Paz, Paz, Paz!*

Escuché que Victoria gritaba:

*-Por los cinco del 2000 ¡Presente, presente y siempre presente!, Por los sueños de Amagúí ¡Presente, presente y siempre presente!*

*-Por la dignidad de la mujer ¡Presente, presente y siempre presente!*

Cuando llegamos a la plaza expusimos la galería de la memoria sobre el proceso de las chicas, la cual había sido construida a muchas manos. Al tiempo que empezaba a sonar el himno de Amagúí, llegaba el Senador con personas de RENVIC a ver la galería.

▪ Ilustración 10. Foto: Galería de la Memoria



Foto tomada por Angélica Acosta, 2014

Para el evento central, el lugar de las intervenciones se ubicó a una distancia cercana pero prudente del picós principal, mientras que atrás, sobresalía la blanca estatua de la libertad, que el día anterior algunas personas de Amagüí habían sugerido dejarla en el parque durante la celebración. Debajo de ella, colgaba en un pliego de papel, la carta ampliada con la que la comunidad de Amagüí había hecho entrega de las armas y los paramilitares retenidos a la Infantería de Marina, ese 16 de junio del 2004. Detrás de ella estaban puestas dos pancartas. Una que decía “10 años de resistencia y libertad. Un homenaje a las víctimas de Amagüí” y la otra diseñada por Victoria y la organización de víctimas de allí en la que decía: “Pueblo que olvida su pasado está condenado a repetirlo. Amagüí 10 años de resistencia. Gente honesta,

*libre y parrandera*”. En ambas se destacó la resistencia ante la violencia paramilitar ocurrida como sentido central de evento.

El encargado departamental de la Unidad de Víctimas (UARIV), dio apertura al evento leyendo una resolución referida a los procesos de reparación para víctimas que la Unidad estaba adelantando en Amagüí. Posteriormente, el maestro de ceremonias, le dio la bienvenida al senador quien saludó a las personas de Amagüí felicitándolas por: “*ser un símbolo de dignidad para nuestro país [...] por haberse levantado por sus derechos, de manera pacífica y firme*”.

*Yo creo que aquí las víctimas le dan un ejemplo y le enseñan a muchas otras personas que no es posible estar de brazos cruzados frente a la injusticia. En Colombia, lamentablemente, muchos de nuestros ciudadanos soportan silenciosamente toda clase de injusticia. Se les pisotea todos los días sus derechos, se les desconoce como personas, se les somete a la pobreza, a la ignorancia, a la marginalidad, y la gente no hace nada. Soporta en el silencio, soporta con tristeza, baja la cabeza, se agacha frente a la ignominia. Pues bien, aquí la gente dijo que no, y se paró por sus derechos. Y eso quiero saludarlo, felicitarlo y decirles que me encargaré, desde la posición que tengo como senador de la república, de contarle al país lo importante y digno que es que en Colombia exista un pueblo como Amagüí*

Luego de este saludo, el Senador hizo referencia directa al proceso de las chicas de Amagüí, contando que él junto a otros congresistas habían creado y aprobado la ley 1719 del 2014:

*“La ley que hemos creado le da potestad a los jueces de la República para que determinen que un hecho de violencia sexual es crimen de lesa humanidad. Muy rápidamente diré en qué consiste esto: los crímenes de lesa humanidad son imprescriptibles, quiere decir que no importa cuándo hayan ocurrido, son crímenes que deben ser investigados de manera penal por parte de los entes judiciales. Nuestra ley, les da más posibilidades a las mujeres para que puedan de manera digna, sin que se afecte su amor propio, sin que se afecte su imagen social, ir a los juzgados a pedir que se haga justicia. Porque no puede seguir ocurriendo que en Colombia la víctima sea considerada la culpable, o el culpable. Así que nuestra ley le da la oportunidad, y le ordena a los agentes del Estado que trate con la mayor consideración, protegiendo la seguridad de las*

*víctimas, atendiéndolas de una manera decorosa...Que quede como parte de la memoria histórica de este país, que la violencia sexual fue cometida por el Ejército y la Policía Nacional, por los paramilitares y también por la guerrilla... Los invito a ver la ley 1719 del 2014 como una herramienta para que ustedes obtengan justicia...” [aplausos]*

Posteriormente una mujer de RENVIC tomó el micrófono y centró su discurso también en el proceso de las chicas a quienes describió como:

*“Unas mujeres valientes de este municipio que alzaron la voz frente a un atroz crimen que sucede en el país y del que nadie dice nada. A esas mujeres La Red nacional de víctimas les rinde un gran homenaje, son mujeres valientes, son mujeres que se atrevieron a desafiar el horror de la guerra, a desafiar el horror de la violencia, a desafiar el horror de la violencia sexual en el marco del conflicto. Para ellas antes de irnos de aquí, queremos que todos les demos un fuerte aplauso”.*

[Se escuchan aplausos]

*Y también antes de irnos nosotros vamos a acompañar ese proceso en solidaridad, la comunidad también tiene que apoyar ese proceso, tiene que rodear ese proceso, un fuerte abrazo, rodearlo protegerlo y ellas hay que acompañarlas, jamás tenemos que darles la espalda, debemos acompañarlas, debemos estar con ellas. Un fuerte abrazo desde el movimiento de víctimas, un beso desde el alma a esas mujeres valientes y a toda Amagüí. Mil gracias.*

Ese día según Victoria, era la primera vez que personas con cargos importantes en el país hacían este reconocimiento público a las chicas y a este proceso en Amagüí. Esto les significaba mucho, porque según ella, ayudaba a disminuir la estigmatización que muchas personas de esta comunidad habían ejercido hacia ellas por haber sido víctimas y haberse atrevido a denunciar. También consideraba que era un respaldo nacional que contribuía a la protección de ellas.

Paso sólo un rato después del discurso anterior, cuando algunas personas de la comunidad se percataron de la presencia de un músico muy reconocido en la región que había participado en varios festivales nacionales de gaitas. Él, que estaba en Amagüí acompañando a otros líderes de RENVIC, fue llamado públicamente al escenario por el maestro de ceremonia y otros músicos, quienes le pidieron que entonara

una canción acompañado de un grupo de gaiteros del corregimiento. Con paso lento, se acercó a cantar un tema inédito que presentaría en el próximo festival nacional de gaitas. Cuando terminó de cantar, una mujer del RENVIC que lo acompañaba, lo presentó como un sobreviviente. Efectivamente, hacía un mes, este músico había sufrido un atentado en el que recibió varios disparos por hacer parte de un grupo de campesinos reclamantes de las tierras despojadas, que esta Red nacional de víctimas apoyaba en la región.

El evento siguió entre aplausos de agradecimiento a este músico por haberse presentado en esas condiciones de salud. Posteriormente habló un líder de la comunidad que a diferencia de las intervenciones anteriores, enfocó su discurso en el desarrollo e hizo alusión a los derechos humanos como un resultado del respeto y la unión del corregimiento:

*“Porque nosotros hemos aceptado la división que tiene el pueblo, Amagú no puede seguir dividido, Amagú debe seguir por una sola senda del desarrollo. Amagú requiere que todos nosotros los que hemos nacido aquí, tenemos que regresar a decir basta ya, Amagú tiene que ser una sola población con un desarrollo integral sostenible y humano, donde aquí cada uno de los derechos de nosotros se respete. Ese respeto llegará cuando nosotros mismos nos respetemos. Muchas gracias Muchas gracias mi pueblo querido del alma. Aquí estoy y aquí me quedaré [...] he regresado para quedarme”.*

Con la finalización de esta intervención se dio la entrada a las presentaciones de niños de Amagú y de corregimientos vecinos que fueron anunciados por el maestro de ceremonias como: “*Bailes populares ancestrales afrocolombianos*”. A esto le siguió el canto y la presentación de una mujer artista del corregimiento, quien dio la entrada para el socio-drama de las chicas.

En ese momento por primera y única vez, durante este evento, se escuchó en público la voz de Victoria ante la comunidad de Amagú:

- Victoria: Buenas tardes la idea es socializar un poco la experiencia que hemos tenido en ANMP con todo el proceso de exigir la dignidad y los derechos de las mujeres. También queremos hacerles saber a la comunidad de Amagú, que las voces de nosotras también son las voces de muchas mujeres que no se han atrevido a hablar por temor. Pero nosotras lo hacemos por la dignidad de toda la comunidad

de Amaguí. Entonces vamos a hacer un pequeño socio-drama de una de las partes que hemos vivido en nuestro proceso.

- Chica 1: *¡Ay mujeres y ustedes no se acuerdan de la primera audiencia que tuvimos de “El Tigre”!*
- Chicas 2: *Claro que sí.*
- Chica 1: *Claro que sí. Mujeres yo no me quiero imaginar de los que sucedió, mujeres, que yo me sentía que firme, ¡Pero estaba más aguada que ustedes!*
- [Risas entre ellas]
- Chica 3: *Sí hija te lo creo. Porque una de nosotras estaba que se peaba, que se cagaba, no encontraba donde poner ese culo. [Risas entre ellas] Le daban ganas de orinar y iba al baño y no orinaba. Se desmayaba y le preguntaban que tenía y decía, ¡ nada!*
- Chica 3: *Y unas de nosotras nos aguantábamos y otras ¡llora y llora! y no paraban de llorar.*
- [Risas entre ellas]
- *-Le tocó a Victoria buscar sábanas porque había mucho frío del miedo que teníamos y la psicóloga, Andreita, se aguantaba de aquí pa’lla, de allá pa’ca y nos decía ¡No te preocupes!, pero eso no era suficiente pa lo que nosotras sentíamos.*
- Victoria: El miedo era muy grande, claro que teníamos que tener miedo. Que la tristeza era fuerte. Además ese terror que sentíamos nosotros y ese valor que a la vez nos daba lo que estábamos haciendo. Nos daba miedo, porque nosotros queríamos el apoyo de la gente, pero no. Nosotros sentimos mucho miedo, mucho rechazo, el dolor fue fuerte, se acuerdan todo lo que sufrimos nosotros en este proceso.
- Chica 2: *Cuando uno viajaba y decíamos vamos a reunirnos y lo primero que nos decían era ¡Allá las van a matar!. O nos preguntaban : ¿De dónde vienen?. Y nosotras: ¡Ay hija, de cazar, hija! Y volvían y nos decían: “A ustedes las van a matar”*

- Chica 4: *Y yo fui embarazada y del miedo que tenía en mi vientre, ¡hasta ganas de parir me dieron!*
- Chica 2. *¡Y bueno está. Porque hasta parió!*
- [Risas entre ellas]
- Victoria: Claro y nació la niña con ANMP. También hay cosas buenas, hay que olvidarse de las cosas malas que también vivimos, porque a pesar de ese susto que vivimos, ya queremos transformar ese susto. Porque hemos logrado muchas cosas, porque la comunidad de Amagüí las conoce. Porque nosotras somos unas fuertes, unas bravas y nosotras hablamos por Amagüí. Y queremos que se haga justicia. Nosotras sabemos que se va a hacer justicia y ese día todo el pueblo de Amagüí va a celebrar con nosotras, cuando tengamos un veredicto favorable para la comunidad de Amagüí, liderado por mujeres. Aunque muchos no creen, mujeres fuertes y bravas que tienen dignidad para todas.

Hasta este momento del socio-drama, a pesar de que las chicas usaban un lenguaje jocoso y se reían constantemente sobre lo que estaban narrando, entre las personas del público que las escuchaban atentamente, no vi que alguien hiciera lo mismo. Por el contrario en los rostros de muchos cuando empezaron a contar, se veía el asombro, especialmente cuando nombraron a “El Tigre”. Por un tiempo corto la gente se quedó quieta y en silencio. A medida que avanzaban con los diálogos del socio-drama, aparecían en los rostros de algunas personas, expresiones de dolor, sorpresa y ensimismamiento.

- Chica 2: *Si miya te lo creo, porque yo viví en un encierro que no aprendí a bailar ni el chocho<sup>44</sup>. Pero ahora ese miedo se perdió, porque ahora, como que me maltratan la verija. [Solo hasta este momento las risas de ellas contagian al público]*
- Chica 1: *Y yo voy más allá porque yo no sabía bailar ese serrucho, pero cuando me ponen ese serrucho lo bailo como ustedes*

---

<sup>44</sup> Champeta famosa en la región en el año 2010 compuesta por Charles King, que se hace llamar “el Palenquero Fino”

- Chica 3: *Y yo cuando salgo a fiestas me tomo mi traguito de guaro hasta las cuatro de la mañana si se ofrece.*
- Chica 1: *pero vamos a recordar los tiempos atrás, porque ahora vamos a poner el canto de las Maruchas*
- Chica 3: *¡Oye Pisco Pineda allá donde Facunda hay un velorio vamos pa' lla!. ¡Oye Marto véngase mi hermano!*
- [Risas]
- Hombre: *Aquí les dejo este canto de las maruchas es un canto breve y se los voy a cantar con mucha pena pero....toca...*
- Victoria: *Quien no quiera oír que se tape los oídos.*
- Hombre: *Los que quieran acompañarnos que nos acompañen.*
- Maestro de ceremonias: *Sí señor*
- Hombre: *Por eso les digo es un canto muy breve. Lo voy a cantar de otro modo para que sea más largo.*

El hombre inicia el canto de las Maruchas con una entrada distinta a la acostumbrada que empezaba con el estribillo: “*San Isidro, San Simón Santo de mi devoción, sácame esta pesadilla que tengo en el corazón*”. Y prosigue:

Ay Marucha, trucha que trucha que está

Ay Marucha, trucha que trucha que va

Una vez él terminó, entró con toda fuerza a cantar y bailar la cantaora y las chicas del proceso. A esta ronda se sumaron algunas personas cercanas a ellas. Y de ahí en adelante gente de todas las edades empieza a reír al oír y recordar la letra las Maruchas:

Ay Marucha, trucha que trucha que está

Ay Marucha, trucha que trucha que va

Busco una barra de jabón,  
Lávate bien el mondón  
Ay Marucha,  
Busca una arroba de pita,  
Amárrate bien la pepita  
Ay Marucha,  
Búscate un buen zapatero  
Pa que te raspe los pelos  
Ay Marucha,  
Búscate un huevo de mondá  
Pa que lo tengas clavá  
Ay Marucha,  
Déle cordel a la trucha,  
Como que quiere pescar  
Ya me pescó la mondá  
Trucha que trucha que va  
Ay Marucha,  
Trucha que trucha que va  
Ay Marucha.

[Hay aplausos, risas y comentarios entre la gente]

Las Maruchas como parte del repertorio cultural de Amagüí en las que se acompañaba el duelo a través del humor, permitieron la comunicación de Victoria y las chicas del proceso con el público del corregimiento. A través de ellas se abrió paso a la alegría sin desconocer el dolor. De esta manera, el humor y la alegría prestaron su lenguaje agudo para celebrar la resistencia y vencer al terror. Lo mismo que había ocurrido después de la audiencia de “El Tigre”, en la que el humor fue la emoción que facilitó una expresión colectiva y reparadora.

### 5.3 La lucha por configurar un nuevo significado de la vida:

La intervención que Victoria había hecho, refiriéndose a ella y a las chicas como “mujeres fuertes y bravas, que hablaban por Amagúí, resistentes y que querían justicia”, era su respuesta luego de varios años de haber recibido críticas y juicios por atreverse a denunciar. En Amagúí, en donde fue necesario obedecer y callar para sobrevivir y en donde todavía eran cotidianas las expresiones de miedo ante un posible regreso de los paramilitares, las acciones de Victoria, de las chicas y de otros líderes y lideresas de la región, eran vistas como comportamientos que traspasaban un límite.

Ellas y ellos con sus procesos de denuncia seguían retando al terror como de mecanismo de control que “[se había acompañado] de una elaboración cultural del miedo” (Taussig, 2002:32). De esta manera, circuló por los valores cotidianos de esta población; modificó la configuración de sus relaciones sociales, sus formas de asociación, intercambio y cooperación; controló las manifestaciones colectivas de alegría y dolor y restringió la posibilidad de adoptar posiciones y lugares sociales desde los que se promoviera la denuncia. Es decir, permeó la estructura social, el sentido de orden construido en Amagúí y todavía mantenía algunas de sus expresiones.

Victoria, a lo largo de su trayectoria de vida desde los tiempos del control paramilitar en Amagúí, había recorrido la impotencia, los cuestionamientos, las disidencias marginales y las resistencias directas y públicas frente al control paramilitar. De este modo, había cruzado el umbral de sobreviviente para convertirse en denunciante. Este tránsito que había iniciado durante el periodo de “la resistencia civil” y concretado luego en la Audiencia Pública, ocurría unos meses después de que el paramilitarismo la había despojado de su lugar social como enfermera. Fue en ese momento en el que su trayectoria de vida quedó en un estado de liminalidad y ambigüedad (Turner, 1988: 102), sin un espacio definido, que le permitiera seguir ejerciendo los mandatos de su formación como lideresa y servidora pública. Tal vez por esto, no tardó mucho en desplazar sus prácticas asociadas con “servir” y “ayudar a la gente” a una posición que le permitiera tener eco, como era el nuevo lugar de defensora de derechos humanos, del que se hablaba en la región pero asociado a la trasgresión.

Por traspasar el límite del comportamiento aceptado en ese contexto particular no era extraño que la defensa de los derechos humanos se percibiera y se le recordara como un lugar peligroso, con capacidad de propagar su peligro sobre otros (Douglas; 1973)<sup>45</sup>. En poco tiempo al aumentar las amenazas sobre ella y otros defensores de su región, la concepción de riesgo asociada a esta posición, sus cuerpos también eran vistos como portadores y generadores de peligro. De esta manera, las personas amenazadas (víctimas de esta violencia), se empezaron a percibir como sujetos amenazantes, trasladándoles la carga de la sanción social, despojando a la amenaza de su gravedad como violación a los derechos humanos y confirmando que aún se estaba viviendo en lugares controlados por el terror.

Durante la celebración de “la resistencia civil” Victoria recordaba como muchas personas de su comunidad se empezaron a alejar de ella:

“La gente tenía mucho miedo sobre todo en esa época. Yo lo sentía. De hecho la gente nunca me lo decía porque la gente me tenía mucho aprecio, es que yo era la enfermera del pueblo. Pero ya después de eso con la incertidumbre de los paramilitares si, mucha gente si, cuando sabían que yo tenía amenazas, mucha gente le daba temor y se retiraba”.

Recuerdo también que en un momento en que paramos de bailar porro y nos sentamos con Rosario en una esquina de la plaza, una mujer que nos había visto con Victoria nos preguntó por ella. Nos explicó que era una de sus amigas de Amagüí que la recordaba mucho. Cuando le preguntamos si quería verla o dejarle una razón pensó un momento y nos dijo con cierta nostalgia: “No, sólo díganle que se cuide mucho”.

Algunas de las chicas del proceso vivieron situaciones parecidas. Aparte de lo que ellas y algunas mujeres de la comunidad narraban como expresiones de la gente “que les echaban miedo” de que las iban a matar por emprender este proceso, una de ellas nos contó que una amiga suya le había dicho por teléfono, que no volvía a salir con ella por miedo a las amenazas.

Pero en el lugar que ocupaba Victoria como defensora y representante del proceso de violencia sexual, también había asumido ser la denunciante visible para disminuir el riesgo que se pudiera generar sobre las chicas que habían sido víctimas directas. Era ella, a quien distintas instancias y medios de comunicación entrevistaban y visibilizaban. Sólo cinco años después de iniciado el proceso, las chicas habían decidido hablar directamente ante algunos medios, con el acompañamiento de la Fiscalía y de la organización

---

<sup>45</sup> Que la autora aborda como contaminación

nacional que las acompañaba. Es decir, Victoria había asumido el riesgo y con él las amenazas que se enfocaban en ella y en su familia.

Para Victoria, volverse defensora de derechos humanos, era re-posicionarse en un nuevo lugar social. Sin embargo, los elementos asociados al riesgo de esta nueva posición, hacían que mantuviera características de ambigüedad, propias de la liminalidad o de un lugar de frontera (Turner; 1988). Esta posición social le daba cierto reconocimiento por trabajar en favor o en defensa de los derechos de otras personas de Amagüí que obtenían beneficios por ello, pero tenía implícito un doble constreñimiento: Por un lado, se le juzgaba por traspasar el límite de retar el miedo y aprender a vivir en constante riesgo. Por otro, esta misma condición de haber cruzado el límite, parecía que aumentara las designaciones y solicitudes permanentes que le hacían personas de Amagüí, del proceso de violencia sexual y de la región en general, para que hablara y denunciara cosas que ellas no podían o no se atrevían a decir directamente.

Era como si haber cruzado el límite y haberse vuelto una mujer testigo, que además convivía constantemente con el riesgo por su trabajo en favor de los derechos de otros, la dotara de valores asociados al coraje y a la valentía superiores de que los otros tenían. Pero también, por estar en este lugar, se le ponía la responsabilidad de hacer lo que los demás no hacían, de decir lo que otros y otras no se atrevían, o de hacer cosas que los demás no podían. Esto había sido claro en la intervención de un líder de la región durante el intercambio entre personas de los procesos que lideraba, cuando le contaba que alguien de su vereda le había dicho: *“si ella pudo con esto, puede con lo de todos”*.

La ambigüedad con la que se concebía este lugar social, también se expresó con algunas instancias del Estado, que promovieron sus denuncias jurídicas, como deber ciudadano en favor de los derechos de las víctimas. Pero al tiempo, le impusieron múltiples restricciones y condicionamientos para garantizarle su protección, sobre todo en los asuntos que tenían que ver con su ejercicio como defensora de derechos humanos de varios procesos en su región.

En su cotidianidad también ha vivido esta ambigüedad, expresada en sus decisiones de denunciar (en medios nacionales) y guardar silencio, como le ocurría en las corralejas, en las que veces miraba la corrida desde los palcos y a veces se iba a las gradas para sentir la cercanía del toro.

Así vivía entre la admiración, el miedo, los juicios y estigmas por su situación de riesgo. Entre aquí y allá, en diferentes tiempos y espacios simultáneos. Constantemente escuchaba hablar de su valentía y liderazgo por atreverse a denunciar, al tiempo que recibía múltiples reproches por exponer a su familia, por no asumir una

maternidad tradicional, por no mantener una pareja, por no haber seguido siendo enfermera. Se le reprobaba haber cruzado el límite con sus denuncias y promover que otras personas lo hicieran. Un límite de un orden social atravesado por el miedo, y por un orden de género que la volvían aún más transgresora. En resumen, por ser una mujer que “sudaba camisa ajena”, que era lo que significa para muchos su lugar social como defensora de derechos humanos.

Finalmente, la celebración de la resistencia la cubrió una noche en la que la oscuridad dejaba ver muchas estrellas. Pero antes de empezar a “gozar el porro y el fandango” hubo unos minutos para que el artista explicara el origen de la estatua. Luego de contar la historia de ella y consultar al público sobre el monumento y el lugar en que querían ubicarla, la gente le solicitó que la mantuvieran donde estaba puesta. Así, luego de muchos desplazamientos esta figura femenina y foránea, parecía que había encontrado su lugar en Amagüí. Poco a poco fue cambiando su color, para convertirse en “otra negra más”, vestida de azul y blanco en honor al mar Caribe, como lo habían pedido las chicas del proceso. En esa noche de celebración, esta figura femenina, habitante de Amagüí, fue la testigo de los centenares de mujeres y hombres que llenaron la plaza y encendieron las velas, para gozar hasta la madrugada, al son del porro y el fandango. Esa noche la satisfacción de Victoria fue volver a vivir “ese hechizo de alegría”.

Continuará...

▪ Ilustración 11. Foto: Porro y fandango



Foto tomada por Angélica Acosta, 2014

▪ Ilustración 12. Foto: Estatua



Foto tomada por prensa local, 2015

## Bibliografía:

Acosta, Angélica. 2010. Estado de Avance de la Investigación en Violencia Basada en Género. UNIFEM. Programa integral contra violencias de género.

Alcoff, Linda. 2002. Feminismo cultural vs. post-estructuralismo: la crisis de identidad de la teoría feminista. En Revista Debats, Num. 76. Institución Alfons el Magnànim. España..

Appadurai, Arjun. 1991. La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías. Editorial Grijalbo. Mexico

Arendt, Hanna [1970 (2005)] “Sobre la violencia”. Alianza Editorial S.A. Madrid. España.

Aretxaga, Begoña. 2003. Maddening States. Annu. Rev. Anthropol. 2003. 32:393–410doi: 10.1146/annurev.anthro.32.061002.093341. By Universidad Nacional de Colombia on 03/12/12.

Beverley, John y Achugar, Hugo. 2002. La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrative. Universidad Rafael Landívar. Guatemala

Blair Trujillo, Elsa. 2008. Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s). Estudios Políticos, Vol. 32, enero-diciembre 2008, pp. 83-113. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia. Colombia.

Bonder, Gloria. 1998. Género y subjetividad. Avatares de una relación no evidente. En Género y Epistemología: Mujeres y Disciplinas. Universidad de Chile. Chile.

Das, Veena. 2008. Trauma y testimonio. En Sujetos del dolor, agentes de dignidad. Centro de Estudios Sociales. Universidad Nacional de Colombia. Colombia.

Douglas, Mary. 1973. Pureza y Peligro. Un análisis de Conceptos de contaminación y tabú. Siglo XXI Editores. Madrid, España

Echandía, Camilo. 2006. Dos décadas de escalamiento del conflicto armado en Colombia 1986-2006. Bogotá, Colombia: Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales (CIPE), Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales, Universidad Externado de Colombia.

Fiscalía General de la Nación. 2006. A desenterrar la verdad. *Revista Huellas*. Fiscalía General de la Nación. Revista Interna No. 54 ISSN 1657-6829. Bogotá. Colombia.

García; Evangelina. 2008. Políticas de Igualdad, Equidad y Gender Mainstreaming ¿De qué estamos hablando?” Área de Género del Centro Regional del PNUD para América Latina y el Caribe

Garzón, Juan Carlos. 2006. Desmovilización del Bloque Héroes de Montes de María de las AUC. Fundación Seguridad y Democracia. Colombia.

Grupo de Memoria Histórica 2011. Mujeres y guerra: Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano. Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.

Harvey, David. 1990. Between space and time: Reflections on the geographical imagination. *Annals of the association of American Geographers* Vol80 (3):418-434.

Human Rights Watch- HRW. 2013. El Riesgo de volver a casa. Violencia y amenazas contra desplazados que reclaman restitución de sus tierras en Colombia. HRW. Estados Unidos de América

Jelin, Elizabeth. 2002. Los trabajos de la memoria. México: Siglo Veintiuno editores. España

Jimeno, Myriam. 2005. Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida. Univ. Nacional de Colombia.

\_\_\_\_\_. 2007. Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencias. En Revista Antipoda. Julio a diciembre, 2007, pp. 169- 190. Universidad de los Andes. Colombia.

\_\_\_\_\_. 2008. “Lenguaje, subjetividad y experiencias de la Violencia. En Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad. Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia; Facultad de Ciencias Humanas y económicas, Sede Medellín y Pontificia Universidad Javeriana. Revista de Antropología y arqueología. Julio a Diciembre, número 005. Universidad de los Andes, Bogotá. Colombia.

\_\_\_\_\_. 2010. Emoções y política: A vitima e a construção de comunidades emocionais. Em MANA 16 (1) 99. Brasil

Lock, Margaret and Nguyen, Vinh-Kim. 2010. An Anthropology of Biomedicine. Wiley-Blackwell. Sussex. United Kingdom.

Marcus, George. 2001. Etnografía en/el sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. Revista Alteridades, Vol. 11, Num. 22, julio-diciembre, 2001, pp. 111-127. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa. Mexico.

MAPP-OEA. 2005. Quinto informe trimestral del Secretario General al Consejo Permanente de la Misión de apoyo al proceso de paz en Colombia (MAPP-OEA), OEA/ Ser.G; CP/doc 4062/05 del 5 de Octubre del 2005. Recuperada en <http://www.mapp-oea.net/index.php/ct-menu-item-45/ct-menu-item-49>. Julio del 2013

\_\_\_\_\_. 2006. Séptimo informe trimestral del Secretario General al Consejo Permanente de la Misión de apoyo al proceso de paz en Colombia (MAPP-OEA), OEA/ Ser.G; CP/doc. 4148/06. 30 de agosto 2006. Consultado el 25 de enero del 2015. Recuperada en <http://www.mapp-oea.net/index.php/ct-menu-item-45/ct-menu-item-49>. Julio 2013

Mesa de trabajo Mujer y Conflicto Armado. 2009. “El sistema de protección de los derechos humanos de Naciones Unidas y la situación de las mujeres en Colombia”. En <http://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2014/08/09.2009.Sistema-de-Protecci%C3%B3n-de-Derechos-Humanos-ONU-y-Situaci%C3%B3n-de-Mujeres-en-Colombia.-Informe-2009.pdf>

Organización de Estados Americanos. 2006. Séptimo informe trimestral del Secretario General al Consejo Permanente de la Misión de apoyo al proceso de paz en Colombia.

Oficina del Alto Comisionado para la Paz, Presidencia de la República (2006). Proceso de paz con las autodefensas. Informe Ejecutivo. Diciembre de 2006. En <http://www.acnur.org/t3/uploads/pics/2258.pdf?view=1>. Consultado el 25 de enero del 2015.

Pecaut, Daniel. 2004. Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible. En Memorias en conflicto. Institut français d'études andines, Embajada de Francia en el Perú

Quintero, Alexandra; Cely, Laura e Idrobo Natalia. 2009. Mujeres en conflicto: violencia sexual y paramilitarismo. Corporación Sisma Mujer, Bogotá. See more at: <http://www.bdigital.unal.edu.co/48864/#sthash.sJp8wAcu.dpuf>

Rama, Ángel. 1988. La Ciudad Letrada. Arca: Montevideo.

Salcedo, Andrés. 2008. Defendiendo el Territorio desde el exilio. Desplazamiento y reconstrucción en Colombia Contemporánea. Revista Colombiana de Antropología, Vol. 44, Núm. 2, julio-diciembre, 2008, pp. 309-335. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Colombia

Randall, Margaret. 1979. Qué es y cómo se hace un testimonio. En: *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Universidad Rafael Landívar. Guatemala.

Rappaport, Johanne., Pacho, A. R. 2005. Una historia colaborativa: retos para el diálogo indígena-académico. *Historia Crítica*, 29, 39-62.

Ricoeur, Paul. 2004. La memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica

Scott, James. 2000. Los Dominados y el Arte de la resistencia. Discursos Ocultos. Edición Era. México.

Taussig, Michael. 2002. Chamanismo, colonialismo y hombre salvaje. Ediciones Norma. Bogotá.

Turner, Victor ([1969] 1988). El proceso ritual. Estructura y antiestructura. Madrid, España: Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Todorov, Tzevetan. 2000. Los abusos de la memoria. Ediciones Paidós Ibérica. Barcelona, España

Vasco; Luis Guillermo. 2007. Así es mi método en etnografía. Publicado en Tabula Rasa. Revista de Humanidades, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, No. 6, enero-junio de 2007, pp. 19-52

*Referencias Online*

Centro de Investigación y Educación Popular–Cinep. Noche y Niebla: Deuda con la Humanidad: Paramilitarismo de Estado en Colombia 1988 – 2003Las Convivir: la legalización del paramilitarismo. <http://www.nocheyniebla.org/files/u1/casotipo/deuda/html/pdf/deuda13.pdf>. Consultada en Mayo 14 del 2012.

Programa Contravía (2006). <http://www.contravia.tv/espanol/>